Charles Remsberg

LECCIONES DE SANGRE

QUÉ APRENDEN LOS POLICÍAS DE SUS ENCUENTROS A VIDA O MUERTE

Charles Remsberg

LECCIONES DE SANGRE

QUÉ APRENDEN LOS POLICÍAS DE SUS ENCUENTROS A VIDA O MUERTE

Lecciones de sangre

Qué aprenden los policías de sus encuentros a vida o muerte

Charles Remsberg

Prólogo del teniente coronel Dave Grossman

Traducción de Albert Fuentes

melusina

Título original: Blood Lessons: What Cops Learn

From Life-or-Death Encounters

©

2008

, Charles Remsberg

©

2020

, Lexipol,

llc

© De la traducción: Albert Fuentes

© De la presente edición: Editorial Melusina

s.l.

www.melusina.com

Editorial Melusina desea agradecer el asesoramiento prestado por el Instituto Táctico de Estudios Policiales (

itepol

), cuya misión consiste en poner a disposición de las fuerzas y cuerpos de seguridad las mejores fuentes de conocimiento.

Diseño de cubierta: Silvio García Aguirre

Reservados todos los derechos de esta edición

Primera edición: mayo de

2021

e

isbn: 978-84-18403-33-0

A cada agente de policía que ha estado ahí... Y a todos los que lo estarán.

Enséñanos a dar sin medida, a combatir sin temor a las heridas,

a trabajar sin esperar una recompensa.

San Ignacio de Loyola

El dolor es debilidad que abandona el cuerpo,

y lo que no nos mata nos hace más fuertes.

Agente Matt Swartz,

policía estatal de Nueva York

En la calle, el mundo real suele ponerte a prueba primero

y solo luego te da una lección.

Comandante de policía Robert Dent,

policía estatal de Oregón (retirado)

Prólogo

Nota del autor

1. Una llamada al lado oscuro

Los gritos de una mujer resuenan en la espeluznante penumbra de una cámara de torturas cuando un agente se enfrenta a su primer tiroteo.

2. Oigo voces

Una bala rebota en la frente del sospechoso y la agente que la dispara se ve envuelta en una lucha sangrienta por su vida.

3. Puro miedo

Un sospechoso se ríe como si nada mientras se corta el antebrazo por lo sano.

4. Trucos carcelarios

Con el arma de un sospechoso encañonándole el cuello, un policía tiene que pensar rápido si quiere salvar su vida y la de su compañera novata.

5. El círculo de sangre canina

¿Qué clase de persona puede sentirse tan amenazada por la investigación de un detective como para devolver los golpes con unas advertencias tan macabras?

6. De tripas corazón

Unos cuernos diabólicos en la frente de un pistolero presagian un viaje sangriento por el infierno.

Informe especial: escaparon de las fauces de la muerte

7. Ingenuidad desesperada

«Ahí fuera, en la oscuridad, estaba sangrando como un cerdo degollado. Pero no estaba dispuesto a morirme.»

8. ¡Emboscada!

Tres policías en bicicleta en un callejón oscuro reciben una lluvia de fuego cuando un resuelto pistolero decide recurrir a ellos para suicidarse.

9. El poli biónico

«El dolor es debilidad que abandona el cuerpo y lo que no te mata, te hace más fuerte.»

10. Un legado de preguntas inquietantes

Un agente infiltrado, de aspecto vulnerable, parece el blanco perfecto para un atraco a mano armada. Sin embargo, la agresión no termina ahí.

11 Indicios de peligro

«Si me hubieras dado la oportunidad, te habría matado, no lo dudes.»

12. Un disparo por la espalda

«Asusta lo fácil que puede caerle a un agente una acusación por asesinato.»

Informe especial: primeros auxilios legales cuando el humo se disipa

13. Impacto colateral

Una salida familiar termina en un encuentro con la muerte cuyas

repercusiones se extienden más allá del sargento que arriesga la vida.

14. Setenta y dos minutos de locura

Una unidad de intervención acecha a un asesino activo en el infierno de Dante.

15. Giros inesperados

Una cadena de errores tácticos arroja el saldo de un agente asesinado... y la optimista reinvención de otro.

16. Agente/testigo/víctima

Después de una operación infernal, un agente destrozado se atormenta preguntándose: «¿Qué demonios estoy haciendo aquí?».

Informe especial: restañar las heridas para el día de mañana

17. Un as en la manga

¿Qué puedes hacer para calmarte cuando la deflagración de una escopeta te ha pasado tan cerca de la oreja que te ha abanicado el pelo?

18. En el filo de la navaja

Cuando un agente atormentado se sienta frente a la tumba de su compañero asesinado y se mete el arma en la boca, ¿qué le impide apretar el gatillo?

19. Una furia cuadrúpeda

No tiene el arma... y un perro gruñe y se lanza a por su cuello.

20. Espera lo inesperado

«Me confié un segundo y mi hijo de cuatro años estuvo a punto de perder a su padre.»

21. Disparos en la cuneta

El arma de un fugitivo atrapado contra las manos vacías de un policía... Y de postre: el perro.

22. Despertar en un baño de sangre

Sorprendido fuera de servicio por la furia de un asesino, un teniente piensa: «Cuando las cosas se tuercen de verdad es cuando mejor respondo».

23. Discapacitado en espontaneidad

«Has dicho más de una vez que el trabajo de policía me ha destrozado...» En una carta a su exmujer, un sargento defiende su inocencia.

24. Reparto letal

Un policía queda mutilado de por vida tras un enfrentamiento con un criminal violento y debe encontrar la forma de hacer las paces con su profesión y el sacrificio prestado.

Agradecimientos

Prólogo

No conoces la vida hasta que casi la pierdes.

Y para quienes luchan por ella,

la vida tiene un aroma que los protegidos nunca

conocerán.

Escrito en un búnker de Saigón, autor desconocido

Lecciones de sangre es un libro de vital importancia para todo agente de las fuerzas del orden, escrito por uno de los principales cronistas de lo que denomino el Renacimiento del Guerrero.

Asistimos hoy día a una explosión en el conocimiento y la comprensión de un ámbito crucial del desarrollo humano: la profesión policial. Esa explosión se produce en paralelo a un auge del espíritu del guerrero. En los últimos cincuenta años, hemos aprendido sobre la fisiología y la psicología del combate, la agresividad humana, el miedo y la respuesta de las personas en situaciones de estrés más que en los últimos cinco mil años. Y Charles Remsberg ha sido un pionero en la ampliación de estas fronteras.

A lo largo de veinte años, que abarcan tres tumultuosas décadas (1979-1999), Chuck ha ejercido como cofundador y presidente rotativo de la editorial Calibre Press, que ha prestado servicio a cuerpos y agentes en más de cincuenta países como el principal editor de materiales de formación para cuerpos y fuerzas de seguridad.

Ha escrito tres manuales sobre estrategias de supervivencia para agentes con gran éxito de ventas y amplia difusión en asignaturas de derecho penal en universidades y en academias de formación de

policías. Dos de esos libros se han citado ante el Tribunal Supremo de Estados Unidos como referencia ineludible por la que habría de juzgarse una formación policial moderna y responsable. Es cofundador del famoso seminario «Supervivencia en la Calle», ha participado en la producción de media docena de vídeos de instrucción que han sido premiados, fue uno de los fundadores del primer newsletter electrónico para miembros de los cuerpos de seguridad y, en la actualidad, ejerce como corresponsal especializado en PoliceOne.com, la página web líder para agentes del orden, y como editor de Force Science News. ¡Unos logros asombrosos!

Ahora, en este libro que aborda los aspectos fundamentales de la supervivencia en las calles, Chuck emplea su indiscutible talento para relatar una serie de impresionantes encuentros a vida o muerte y las lecciones que sus valientes protagonistas aprendieron a través de la sangre y el dolor, para ayudarte a ti en tu hora de la verdad.

Como agente del orden, debes aprender estas lecciones escritas con sangre para desempeñar tu trabajo en unos tiempos excepcionalmente violentos. Prepararte como guerrero en primera línea de fuego que no teme ponerse en peligro a diario nunca había sido tan importante como ahora.

La tecnología médica cada vez salva más vidas, frustra cada año más asesinatos, pero el ritmo al que nuestros ciudadanos intentan matarse los unos a los otros es el más alto en tiempos de paz desde que se tienen registros. Un estudio de las universidades de Massachusetts y Harvard publicado en 2002 concluía que si la medicina estuviera al mismo nivel que en la década de 1970, la tasa de asesinatos sería cuatro veces más alta de lo que es. Dicho de otro modo: hoy día, tres de cada cuatro asesinatos se previenen simplemente gracias a los avances de la tecnología médica. Si tuviéramos el nivel tecnológico de la década de 1930 (la mayoría de la población sin automóvil o teléfono propio; sin antibióticos), la tasa de homicidios actual se multiplicaría probablemente por diez. Si el nivel tecnológico fuera el de la década de 1870 en el Viejo Oeste (sin automóviles, sin antibióticos, sin antisépticos, sin anestesia), la tasa de homicidios multiplicaría por veinte la actual.

Así pues, vivimos en una época que hace palidecer la violencia del

Salvaje Oeste. Esta explosión en el índice de agresiones graves se constata en casi todos los países más industrializados del mundo.

El Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales, editado por la Asociación Estadounidense de Psiquiatría (la «biblia» de la disciplina), asegura que el trastorno por estrés postraumático «puede revestir especial gravedad o tener efectos a largo plazo cuando el estresor es fruto de la voluntad de otra persona». Los desastres naturales y los accidentes de tráfico son fatalidades o sucesos involuntarios que ni de lejos nos traumatizan tanto como las acciones hostiles, flagrantes e intencionadas de otro ser humano. Si ese manual diagnóstico no te parece de fiar, lee simplemente algunos de los relatos de este libro y dime si no te convencen. Las historias de encuentros a vida o muerte ardientes, íntimos e interpersonales que se recogen en estas páginas pueden ayudarte a entender por qué estas experiencias son tan traumáticas. De ser así, también podrán ayudarte a estar mejor preparado e inmunizarte.

A medida que vayas leyendo este libro, encontrarás un tema constante que lo domina todo: los agentes que protagonizan estas historias creen intensa y profundamente que compartir sus experiencias ayudará a otros agentes a estar a la altura de las circunstancias cuando se vean enfrentados al reto de su propia supervivencia. Estos guerreros han viajado al corazón de las tinieblas y, a su vuelta, nos han contado lo que vivieron. Si ellos consideran que lo que descubrieron habría podido ayudarles de haberlo sabido antes, entonces no podemos tener la menor duda de que hemos de estudiar y aprender las lecciones que comparten con nosotros.

Estos guerreros nos ofrecen una mirada descarnada a sus bautismos de fuego, a sus horas de la verdad. Para muchos de ellos, volver a esas experiencias fue profundamente doloroso. Varios agentes lloraron durante las entrevistas. Al menos uno de ellos tuvo que retomar el contacto con su terapeuta después de «revivir» su incidente para este libro. Aun así, todos ellos han querido compartir sus experiencias e incluso reconocer sus carencias, a pesar del gran dolor y sufrimiento que les provocaba, para ayudar a otros agentes, para ¡ayudar a protegerte! Al hacerlo, esperaban darle sentido a ese dolor.

El hombre sabio aprende de sus experiencias, pero un hombre sabio de verdad aprende de las experiencias de los demás. Así pues, te pido que no solo leas estos impresionantes perfiles de hombres y mujeres valientes, sino que además los estudies. Estudia y aprende, para que tu propia sangre, y la sangre de los inocentes, no se derrame.

Es un honor y una muestra profunda e imperecedera de confianza que estos hombres y mujeres hayan compartido sus experiencias con nosotros.

Teniente coronel Dave Grossman

Autor de Matar y Sobre el combate

Nota del autor

Los distintos encuentros a vida o muerte recreados en este libro son verídicos en todos sus detalles, al menos hasta donde llega la capacidad de los agentes para recordarlos y la mía para relatarlos. Por su importancia, algunos fueron noticia en todo el país y la heroica actuación de los agentes implicados les valió el reconocimiento de la sociedad. En otros, en cambio, el duro trance fue más íntimo. Todos ellos cambiaron la forma en que los agentes abordaban la tarea policial y, en algunos casos, su vida misma.

Estos relatos documentales son instructivos desde varios puntos de vista.

Primeramente, nos brindan una visión privilegiada de experiencias policiales excepcionales que combinan la intriga, el suspense y el drama. Si esta recopilación de casos estuviese destinada a civiles en lugar de a agentes del orden, seguramente bastaría con eso.

Sin embargo, quienes patrullan las calles encontrarán mucho más.

Son recordatorios vívidos de los retos para la supervivencia que pueden planteársele de pronto a cualquier hombre o mujer que lleve una placa. Los agentes que se vieron implicados en estos encuentros han hecho gala de una encomiable sinceridad al hablarme de sus reacciones y de los pensamientos que les acompañaron. Ello invita de forma inevitable a la comparación y la introspección. ¿Qué harías tú al verte enfrentado a circunstancias parecidas ya sea durante tu jornada de trabajo o fuera de servicio? ¿Cómo podrías mejorar tu respuesta táctica? ¿Qué carencias en tu repertorio de defensas ponen de manifiesto estos episodios?

No te equivocarás si decides dedicar veinticuatro días a la lectura de este libro. Eso equivaldría a un capítulo por jornada. Tómate el tiempo necesario para asimilar por completo cada encuentro y reflexionar sobre las enseñanzas que encierra. Si utilizas imágenes mentales en tu entrenamiento para afinar tu respuesta en momento

críticos, puedes incorporar las situaciones descritas en el libro, aplicando tus variaciones tácticas para obtener mejores resultados.

Lo más importante, por supuesto, son las «lecciones de sangre» que los agentes implicados creen haber aprendido o reforzado en las terribles experiencias que vivieron, así como los «Informes especiales» que incluyen los consejos de supervivencia de destacados expertos en la materia. Si los incorporas a tus prácticas profesionales y personales, tal vez algún día puedan salvarte la vida y/o tu bienestar emocional.

Para los formadores, estos episodios y sus enseñanzas pueden adaptarse fácilmente a la instrucción diaria previa al inicio del turno o a planes de formación más amplios. Las vivencias aquí recogidas presentan puntos de contacto casi infinitos con los aspectos más relevantes de los programas de formación. Asimismo, el hecho de que sus protagonistas sean agentes reales que se enfrentaron a amenazas reales con soluciones de supervivencia reales mejora enormemente su impacto.

Por último, subyace a todas estas reconstrucciones un trasfondo que es importante reforzar. En nuestros tiempos políticamente correctos, abundan los críticos contra las fuerzas policiales que desa-prueban las representaciones del estilo «Nosotros contra Ellos», como si en las calles no se librara una batalla entre el Bien y el Mal, como si todos estuviéramos hechos de la misma pasta humana.

La cruda realidad de estos mensajes transmitidos desde la primera línea de fuego desmiente esas fantasías utópicas. Los agentes del orden son, sin lugar a dudas, distintos de los depredadores a los que dan caza. Y demos gracias a Dios de que así sea.

Charles Remsberg

1. Una llamada al lado oscuro

Los gritos de una mujer resuenan en la espeluznante penumbra de una cámara de torturas cuando un agente se enfrenta a su primer tiroteo.

La llamada al número de emergencias a las 8:34 de la mañana podía ser desde una falsa alarma a una película de terror, pasando por cualquier solución intermedia.

voz de mujer, nerviosa, anónima: No les tomo el pelo. Esto no es una llamada de broma. Hay una mujer retenida en el 934 de Swift Avenue, encima del garaje, contra su voluntad. ¡Alguien tiene que ir rescatarla ya!

centralita: ¿Cómo se llama usted?

mujer: No puedo decírselo. Temo por mi vida.

centralita: ¿Cómo se llama ella?

mujer: Tengo que colgar.

Efectivamente, era una película de terror.

En apenas unos minutos, un agente se enfrenta a su primer tiroteo en sus doce años de carrera; la ciudad de Sheboygan, en Wisconsin, a orillas del lago Michigan, contabiliza su primera víctima mortal abatida por la policía en sus 167 años de historia; y los investigadores empiezan a desbrozar una grotesca peripecia en la que se mezclan el cautiverio, las torturas y el ansia de matar.

***

A sus treinta y seis años, el agente James Priebe, con sus dos metros de altura y más de ciento treinta kilos de músculo, recibe el aviso. La llamada también suena en las radios del sargento David Anderson y el agente Tim McMullen. Priebe se encuentra a apenas cuatro manzanas, así que es el primero en llegar, un minuto después del aviso. Es un agente agresivo que nunca rehúye una llamada peligrosa y solo hace unos meses que se desempeña en el turno de día. Ha aceptado el cambio de mala gana, temiendo echar de menos toda la acción que ha encontrado en una década trabajando en el turno de noche. Esa radiante mañana de un martes de agosto tenía que librar, pero está haciendo un turno extra.

El agente James Priebe, el sargento David Anderson y el agente Tim McMullen.

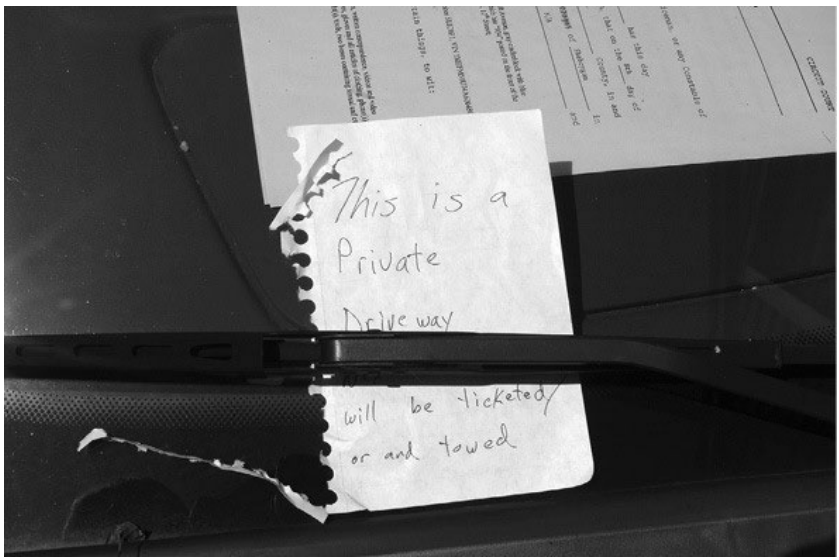
La casa de dos plantas vieja y destartalada se encuentra en Swift Avenue, en una parte degradada de la ciudad. Ocupa un solar esquinero, en lo alto de una suave pendiente desde la calle. Detrás de la casa, al mismo nivel que la calle 10, hay un garaje para dos plazas construido con bloques de hormigón. La pared del garaje que da a la casa se apoya parcialmente en un talud a la altura del patio trasero de la propiedad. Una escalera compuesta por cinco tablones comunica el patio con una puerta abuhardillada, estrecha y sin ventana que da a la planta superior del garaje.

Después de aparcar a una prudente distancia del garaje, Priebe sale del coche y se aproxima con cautela. En la rampa de acceso a la casa encuentra un Mercury Sable negro de 2004. Debajo de uno de los limpiaparabrisas ve una nota escrita a mano en la que se avisa al

dueño del coche que no puede aparcar ahí y que se avisará a la grúa.

Priebe no puede ver el interior de la planta baja del garaje porque las pequeñas ventanas de ambas puertas se han pintado con spray negro desde dentro. En cambio, sí puede echar un vistazo al interior del coche. Ve unos prismáticos, embutidos entre los asientos delanteros: «Eran muy grandes, como los que usaría un acosador». También ve un bolso de mujer.

El coche está tan arrimado al talud que Priebe no puede ver la matrícula delantera. La trasera ha sido doblada para que no se pueda leer el número. La despliega haciendo palanca y llama para comprobar si hay antecedentes.



Una advertencia al dueño del coche misterioso.

El garaje escondía un terrible secreto.

Tras subir por el patio, Priebe acerca el oído a la puerta abuhardillada. No se oye nada dentro. Llama con el puño. No hay respuesta. El pomo de metal gris está rayado y aboyado. Han echado la llave. Sigue sin oír ningún movimiento dentro.

Se dirige entonces a la casa, imaginando que tal vez haya alguien que tenga la llave.

***

En el interior del loft que ocupa el garaje, las dos únicas personas en una ciudad de cincuenta mil almas que saben lo que está ocurriendo se encaminan hacia el violento clímax de una noche de brutalidad y terror.

Kenneth A. Brulla

Una de ellas es Kenneth A. Brulla, cuarenta y cuatro años de edad, dueño de varios inmuebles en alquiler en Sheboygan y con una ficha policial por numerosas infracciones menores y denuncias de lesiones a mujeres. La otra es su esposa, de quien se había separado, una rubia de cuarenta y un años a la que llamaremos Faith. Más o

menos a la hora a la que el agente Priebe recibió la orden de dirigirse a Swift Avenue, se les esperaba a ambos en el centro de la ciudad para celebrar en los juzgados la última sesión de su proceso de divorcio.

En algún momento del día anterior, Brulla entró a escondidas en la casa donde vivía Faith y se escondió en armarios y trasteros mientras esperaba a que su ex se fuera a la cama. Sobre las once de la noche, cuando ella se dirigía al cuarto de baño después de fumarse el último cigarro del día en el porche de la casa, Brulla salió de pronto de un armario y la empujó contra la pared sujetándola por el cuello con el antebrazo.

Ella se resistió intentando sacarle un ojo. Pero él la amenazó con un «cuchillo de supervivencia estilo Rambo», dotado de una hoja negra de unos treinta centímetros. La visión de aquel cuchillo la paralizó. Si no le hacía caso, la amenazó, «haría daño» a sus dos hijos de una relación anterior que dormían arriba, por no hablar, pensó Faith, de lo que le haría con ese cuchillo a ella.

Entonces, le ató las manos con una «correa elástica» gruesa y se la apretó tanto que las manos se le entumecieron. Después, la obligó a salir de la casa y meterse en el Mercury Sable. Brulla se sentó al volante. Tenía a gente vigilando la casa, la advirtió. Si no contactaba con ellos cada cierto rato, los hijos de ella «lo pasarían mal».

Mientras conducía, Brulla llamó con el móvil para quedar con una mujer de cuarenta y tres años a quien consideraba su novia en aquellos momentos. Al igual que Faith, esa segunda mujer había solicitado y obtenido una orden de alejamiento contra él, pero consintió en que se vieran en una callejuela oscura. La acompañaba su hija de veinticuatro años.

Brulla dejó a Faith atada en el coche y se alejó para encontrarse con ellas, a una distancia suficiente para que no pudieran ver nada en el vehículo aparte del pelo rubio de una mujer. La «novia» de Brulla vio que este tenía un collar eléctrico de adiestramiento en la mano.

Intentó convencerla de que le acompañara, pero ella se negó a petición de su hija. En una ocasión anterior, Brulla había colocado a

la mujer contra una pared y le había tirado puñales, como si fuera una actuación de circo. La hija tildaba a Ken Brulla de «perro rabioso».

Pasada la una de la noche, Brulla y Faith llegaron solos a la casa de Swift Avenue y se metieron por la callejuela que daba al garaje. Faith no conocía el sitio. Brulla sí lo conocía porque hacía poco se había planteado comprar la propiedad a su dueño, que estaba pasando aprietos económicos.

Horas antes, mientras esperaba a su exmujer escondido en la casa, Brulla se había grabado con una cámara digital recitando una furibunda letanía de agravios contra ella. Al solicitar el divorcio tras un solo año de matrimonio, Faith lo había «destrozado», insistía él, y le había arruinado la vida hasta el punto de que «nunca podría recuperarse».

Aparcados en el callejón, continuó despotricando durante tres horas, mientras iba vaciando una botella de vodka y le recordaba compungido que se habían prometido cuidar el uno del otro cuando envejecieran. Solo la dejó salir del coche para que pudiera orinar en el césped. Su estado de ánimo era una montaña rusa: «pasaba de estar lloroso a mostrarse conciliador, para luego estar frío y distante».

Finalmente, cuando la noche desgranaba sus últimos compases antes de su cita en los juzgados, la sacó a rastras del coche y la obligó a subir la escalera de madera hasta la puerta del loft. Cogió entonces una piedra y golpeó con ella el pomo hasta que este cedió. Entonces, le arreó a Faith un golpe en la cabeza con una barra de acero que la dejó aturdida, la empujó hacia dentro y volvió a cerrar.

Parte de lo que ocurrió a continuación quedó registrado a ráfagas por una cámara de vídeo que Brulla instaló sobre una caja. Sus actos constituyen todo un manual de psicopatología.

Tendió a Faith de espaldas sobre un sofá largo de respaldo alto que se encontraba a unos cuatro metros y medio de la puerta. Faith solo llevaba una bata azul abierta. Le había atado las manos y los tobillos y cuando ella intentó gritar para pedir auxilio le tapó la boca con una gruesa cinta de embalar hasta que ella aceptó

quedarse callada.

Este nudo corredizo improvisado fue uno de los varios instrumentos de tortura empleados.

Brulla le pasaba la punta de su cuchillo de Rambo por el pecho y el cuello. Se sentó sobre su tórax cortándole la respiración. La besó y jugó con sus pechos, pero no la penetró. Le puso el collar eléctrico y, aunque le prometió que la descarga sería leve, se ensañó con ella hasta dejarla inconsciente. Le amarró una pierna a una de las vigas del techo y la colgó. Luego, armó un nudo corredizo con cuerda y cinta de embalar y la colgó también del cuello. Brulla la dejó forcejear y ahogarse hasta que ella defecó, perdió el conocimiento y casi se asfixió porque «quería ver cómo es estar cerca de morir». Luego, la limpió y volvió a tenderla en el sofá para someterla a un nuevo asalto de terror psicológico y tormentos físicos.

En ningún momento dejó de vomitar contra ella su rabia venenosa. Durante la noche, hizo cuarenta y ocho llamadas y envió varios mensajes de texto, en su mayoría a la «novia» que se había negado a

acompañarle. Con las primeras luces del día, volvió a llamarla y le pidió que le trajera café y unos burritos para desayunar al loft. Durante la llamada, ella le oyó preguntarle a alguien cómo quería el café, a lo que respondió una voz de mujer débil y asustada.

Al cabo de un rato, la mujer pasó en coche con su hija por el garaje sin detenerse. Los investigadores averiguaron después que ella era la mujer que se había decidido a llamar de forma anónima al número de emergencias, después de pensárselo mucho y consultarlo con unos amigos.

***

Cuando el agente Priebe llega y da parte de la matrícula del misterioso Mercury aparcado en el callejón, Brulla y Faith oyen la radio, aunque el agente había bajado el volumen. Luego, le oyen llamar a la puerta. También le oyen intentar abrir el pomo, antes de alejarse en dirección a la casa. Faith permanece en silencio, amenazada de muerte.

—Tenemos problemas —le dice Brulla en voz baja...

En la casa, el agente Priebe encuentra a la novia del propietario, que vive allí, y ella encuentra la llave de la puerta del loft. Unos quince minutos antes, ella había escrito la advertencia que Priebe encontró en el Mercury y asegura que no sabe quién es el dueño del coche. Le sorprende que alguien haya llamado a la policía y asegura que el espacio que hay en la planta superior del garaje está desocupado.

Para entonces, los dos coches de refuerzo que se habían asignado al caso están llegando. El sargento Anderson, que conducía el primero, se ha encontrado con Priebe y la novia del casero. El agente McMullen, por su parte, está llegando en el segundo coche patrulla. A falta de una orden de registro o de indicios que justifiquen una intervención de urgencia, deciden que la novia intente abrir la puerta. Empuñando la pistola, Anderson se queda en el césped, a la

izquierda de la escalera que sube al loft, mientras que Priebe permanece al pie de la misma cuando la joven gira la llave en la cerradura y abre la puerta.

Gracias a su gran estatura, Priebe dispone de la mejor visión inmediata del interior del garaje pese a estar abajo. En la penumbra, advierte el largo sofá, con su alto respaldo vuelto hacia la puerta que impide ver la parte del asiento. Entre la puerta y el sofá, aparece un varón blanco, bajo y fornido, sin camisa, en vaqueros y con unas «botas militares». Por su aspecto parece un «hombre de las montañas»: barba negra desaliñada, pelo largo desgreñado, un tatuaje chabacano en el pecho... y la mano y el antebrazo izquierdos escondidos detrás de la espalda.

—¿Quién coño eres tú? —le suelta la mujer, asustada. El hombre se lleva el índice a los labios y la hace callar.

—¿Quién coño eres? —le exige saber la mujer.

Priebe desenfunda su Glock 22 del calibre 40 y tira de la joven para apartarla de la escalera.

—¡Atrás! ¡Atrás! ¡Vuelva a su casa! —le grita. Luego, dirigiéndose al hombre desconocido, dice—: ¡Muéstreme su mano izquierda! ¡Muéstreme su mano izquierda!

El hombre se limita a mirarle sin decir nada. Tiene la mirada perdida como un soldado después de la batalla. Ni se mueve ni habla. Su silencio hace más «siniestro y escalofriante» el ambiente que se respira.

Priebe le grita varias veces la orden. No hay respuesta. Sin sacar la mano de detrás de la espalda, el hombre rodea el sofá por un lado y se arrodilla o acuclilla en la parte delantera que queda oculta. Ahora, sus dos manos están fuera del campo de visión del agente. Priebe solo puede verle la cabeza y el cuello.

—¡Arriba las manos! —Priebe se imagina que el hombre se incorporará de repente, disparando con un arma en cada mano, al estilo del Viejo Oeste. Priebe le grita ahora—: ¡Policía! ¡Arriba las manos! ¡Despacio!

La cámara está grabando el enfrentamiento.

—No me hagas daño, por favor. No tengo nada —murmura el hombre. El micrófono recoge las frases, pero Priebe no las oye.

El hombre baja la vista hacia un rincón del sofá. Priebe comprende la situación en un fogonazo: la mujer retenida contra su voluntad de la que se le ha informado se encuentra detrás del respaldo del sofá.

El micrófono de la cámara es el único que oye susurrar al hombre: «Lo siento»; y la voz débil de una mujer que suplica: «Por favor, no lo hagas».

El hombre levanta ambas manos por encima de la cabeza. Tiene un enorme cuchillo negro, «un cuchillo diseñado para matar». Entonces lo baja con fuerza. Se oye el grito de una mujer. «Un grito de película de terror. Escalofriante».

Sin ser consciente de sus movimientos, Priebe sube la escalera a toda velocidad, se planta en el umbral y dispara la primera bala. Oye y siente el arma, ve el fogonazo, pero el sospechoso no reacciona. No se inmuta, no se queja. Sigue cosiendo la mujer a puñaladas fuertes y rápidas. Los gritos de la mujer llenan el loft.

Priebe se lanza hacia el sofá, disparando a una mano mientras corre. Amante desde la infancia de la caza del aves y ciervos, cada bala que dispara da en el blanco. Cuatro balas perforan el tórax desnudo del sospechoso, tiros certeros al cuerpo, una bonita agrupación de impactos. Pero la ferocidad del agresor no flaquea. Sigue levantando y hundiendo la hoja del puñal. Priebe piensa: «Estoy echando el resto y no consigo pararlo».

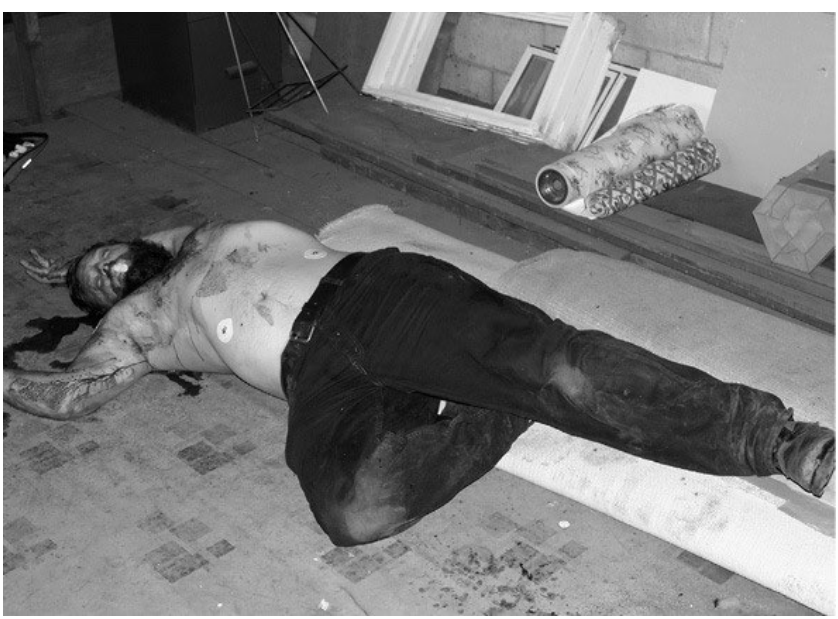
Siente que la ira lo ciega. Imagina que la hoja del cuchillo está atravesando a la mujer, que sigue gritando. El sospechoso vuelve a levantar el arma. Priebe se dice para sus adentros: «Ni de puta broma».

Su quinta bala estalla en el cañón. Otro impacto limpio. Esta vez el sospechoso deja caer el cuchillo sobre el sofá y se desploma en el suelo.

***

Las imágenes que Priebe presencia cuando rodea el sofá se graban a fuego en su memoria. Tendido en el suelo, inmóvil en un charco de sangre cada vez más grande, yace el sospechoso, a quien luego se identificaría como Kenneth Brulla. En la autopsia se dictaminará que presenta «lesiones graves en el corazón, el hígado y un pulmón, con una importante hemorragia interna». Son heridas mortales.

Faith está tumbada bocarriba en el sofá, desnuda, aterrorizada y «cubierta de sangre». El cuchillo ha caído a su lado. Lo que parece ser el cinturón de la bata que tiene debajo está atado a uno de sus tobillos. Tiene las muñecas fuertemente amarradas. Las marcas de las ataduras son visibles y un nudo corredizo rodea su cuello. Sangra de forma abundante.



El violento final del sospechoso tras una noche de violencia.

Hicieron falta cinco disparos para atajar la lluvia de puñaladas del agresor con su cuchillo «Rambo».

Restos de la atadura después del rescate.

Milagrosamente, Faith había podido levantar las manos y las piernas para protegerse de las puñaladas. Sus extremidades presentan profundas incisiones y cortes, y tiene tres costillas rotas, pero su torso no ha recibido ninguna puñalada. Está exhausta y herida de suma gravedad, pero conserva la vida.

—Todo irá bien —le asegura Priebe—. Somos policías.

Por si acaso, el agente sigue apuntando a Brulla, quien permanece tendido en el suelo, en apariencia sin vida. El sargento Anderson entra en tromba y, sirviéndose de una bolsa de primeros auxilios que le ha traído el agente McMullen de un coche patrulla, se aplica a cortar la hemorragia del cuerpo torturado de Faith en los tensos minutos que dura la espera antes de la llegada de la ambulancia.

—Sargento, he tenido que hacerlo. La estaba apuñalando —le dice Priebe a Anderson. Es un hervidero de emociones encontradas: rabia hacia Brulla por haber forzado su propia muerte, culpa por no haber podido ayudar antes a Faith, e incluso angustia por haber

quebrantado un mandamiento con lo que ha hecho.

En estado de shock, Faith oye las palabras del agente y nota por su tono que está preocupado. Más tarde, mientras la tratan en las urgencias del Memorial Medical Center de Sheboygan, pregunta por él. «Díganle que no tenía otra alternativa —insiste ella—. Me ha salvado la vida. Se lo agradeceré siempre».

Tras visionar el contenido «gráfico y perturbador» que grabó la cámara, el fiscal del distrito del condado de Sheboygan, Joe DeCecco, muestra su conformidad. El fatal desenlace «nos brinda una perspectiva extraordinaria sobre las decisiones que los agentes del orden deben tomar en décimas de segundo», afirma. Alaba a Priebe por «su carácter y entrega a una profesión que pocos ciudadanos entienden cabalmente. No albergo duda alguna de que [Faith] vive hoy gracias a las medidas que [el agente] tomó».

Lecciones aprendidas

Conversando un mes más tarde sobre el momento más dramático de toda su carrera, el agente Priebe todavía muestra a veces una intensa emotividad, aunque considera que su vida está regresando paulatinamente a su cauce habitual y se ha reincorporado al trabajo con entusiasmo. Menciona tener pesadillas de vez en cuando, incluida una típica en policías: soñar que intentas pulsar el gatillo en una situación de vida o muerte pero no lo consigues por más que lo intentes. Aun así, afirma con convicción: «Creo firmemente que ese día Dios me puso allí. Estaba destinado a responder a esa llamada».

Habla con sinceridad sobre las lecciones que cree que le han ayudado más en su viaje de vuelta desde esa visita personal al lado oscuro.

1. Valora el afecto de los demás. Aunque la policía de

Sheboygan no había adoptado programas de formación ni definido protocolos concretos para tratar con un agente después de un tiroteo, la compasión innata de sus compañeros pareció activarse de forma automática, ya en el mismo lugar de los hechos.

El compañero con el que Priebe dice sentirse más «cómodo y seguro» fue el que acudió a confiscarle el arma, el subdirector Allen Sherven. Lo hizo con tacto, después de haberlo acompañado fuera del loft ensangrentado, en la intimidad de su coche. Cuando Priebe le entregó su Glock, Sherven le dio su propia arma a cambio y le dijo: «Estoy contigo para lo que necesites».

«Fue una gran muestra de confianza», recuerda Priebe, muy distinto de lo que ocurre a veces en otros cuerpos, donde a los supervivientes de tiroteos se les ha desposeído fríamente de su arma reglamentaria y se les ha dejado plantados en el lugar de los hechos, solos y vulnerables.

El director David Kirk le dijo que se tomara un permiso remunerado durante el tiempo que considerase necesario, aun a pesar de que el departamento de policía iba justo de personal. «Antes de que pasara una hora, el director me dijo que había sido un disparo intachable y que no debía preocuparme», recuerda Priebe. Incluso le pagaron una habitación en un motel por si necesitaba un sitio donde estar a solas y poner en orden sus ideas antes de volver a su casa en el campo.

Mientras Priebe estuvo de baja, su contestador y su buzón se llenaron de mensajes de apoyo de sus compañeros. «Cuando todo el mundo te asegura que obraste bien, que no tenías alternativa, empiezas a creértelo», dice.

2. Busca consuelo espiritual. El hermano de Priebe lo puso inmediatamente en contacto con un pastor que tiene experiencia tratando con agentes de policía en situaciones críticas. Pese a que las circunstancias justificaban de forma evidente lo ocurrido, Priebe, alterado por el tiroteo, estaba «preocupado porque no sabía si Dios le perdonaría haberse

cobrado una vida», una secuela bastante común entre agentes de policía que han sobrevivido a un encuentro de esta naturaleza. «Tiene que decirme por qué está tan seguro de que Dios me perdonará», retó Priebe al párroco.

Estuvieron hablando cerca de dos horas. Sirviéndose de ejemplos bíblicos e históricos, el religioso pudo establecer una línea divisoria convincente entre la muerte que Priebe se había visto forzado a provocar y un asesinato injustificable. Cobrarse una vida, le aseguró el pastor, estaba justificado a ojos del Señor en situaciones como la suya. «Me marché del encuentro soltando un suspiro de alivio», dice Priebe.

3. Plantéate visitar a la víctima. La noche siguiente, Priebe fue a ver a Faith al hospital. «Necesitaba verla en un entorno seguro y limpio, con las heridas vendadas —explica—. Tenía que verla viva.» Le presentó a su mujer y estuvieron conversando unos tres cuartos de hora. Faith le dijo mirándole a los ojos que habría muerto si él no hubiera parado la agresión.

Priebe encontró consuelo en sus palabras, pero le dijo que ella era la auténtica heroína de lo ocurrido; si no hubiera luchado por su vida, él no habría tenido tiempo de hacer lo que hizo.

4. Expresa tus sentimientos. Cuatro días después del tiroteo, Priebe y el sargento Anderson se vieron en el sótano de la iglesia a la que acudía el segundo para llevar a cabo un análisis de incidente crítico acompañados de un terapeuta titulado y su ayudante, una agente que se había visto implicada en una muerte en otra jurisdicción. La sesión duró tres veces más de lo programado. «Me pasé casi todo el rato gritando, sacándolo todo, desahogándome —dice Priebe—. Me abrí en canal.»

Sacó toda su rabia y su odio hacia Brulla por haberle forzado a disparar y por haber herido a Faith; también, su sensación de no haber estado a la altura por no haber conseguido derribarlo antes y

sentimientos no del todo resueltos sobre un incidente cuyo recuerdo había reprimido durante años: un caso en el que una mujer agradable y educada se había suicidado después de que él la detuviera por conducir bajo los efectos del alcohol.

«Expresar mis auténticos sentimientos de forma abierta, sin avergonzarme ni sentirme incómodo, fue importantísimo —dice Priebe—. Si te lo guardas todo, con el tiempo te conviertes en una bomba de relojería.»

5. Vuelve al terreno de juego. Después del tiroteo, «nadie me dijo que fuese a la galería de tiro —recuerda Priebe—. Pero pensé que era importante volver al ruedo». El teniente Mike Williams, el instructor de su cuerpo de policía, lo puso a prueba.

Excelente tirador, Priebe no tuvo problemas, salvo cuando tuvo que «aplastar al objetivo», disparando a medida que caminaba en su dirección, de forma muy parecida a cómo lo había hecho en el loft mientras Brulla apuñalaba una y otra vez a Faith. Williams le ayudó a superar esa dificultad, asegurándole que «cuanto antes te acerques, antes podrás precisar los disparos».

Durante la sesión, tuvieron la oportunidad de hablar sobre una pregunta que seguía atormentándole: ¿Debería haber apuntado a la cabeza de Brulla para atajar de forma más drástica la agresión? Williams le convenció de que, dados los movimientos violentos del sospechoso y que Priebe iba corriendo hacia el sofá, disparar al cuerpo había sido un objetivo más seguro.

6. Carga las pilas. Durante los doce días que estuvo de permiso antes de reincorporarse a la plantilla, Priebe se alejó de su casa y del trabajo para irse a pescar a los bosques canadienses. Sin teléfono, sin noticias. No era tanto una huida cuanto una renovación. Su hermano le acompañó con sus dos hijos y Priebe se llevó a un sobrino. «Los críos siempre están felices —dice—. Eso era justo lo que necesitaba.»

7. Haz las paces con el lugar de los hechos. «Cuando por fin me reincorporé, sabía que aún tenía algo pendiente», dice. Se acercó con su coche patrulla al cruce de la calle 10 con Swift Avenue y aparcó para poder ver el garaje donde había tenido lugar su fatídica misión.

Sus superiores lo habían mantenido patrullando en la misma zona al entender que transferirlo podría parecerle una sanción. «Quería enfrentarme al sitio y aceptar lo ocurrido sin huir ni esconderme de ello.»

Mentalmente, «reconstruyó todo lo ocurrido» varias veces. Estuvo una hora o más sentado en el coche. Intuyó que los vecinos empezaban a preguntarse qué hacía allí. Pero cuando finalmente se marchó, afirma que «estaba absolutamente seguro» de poder enfrentarse a su siguiente misión, fuera lo que fuese.

2. Oigo voces

> Una bala rebota en la frente del sospechoso y la agente que la dispara se ve envuelta en una lucha sangrienta por su vida.

Aquel pandillero de veinticinco años tuvo un papel destacado en la vida de la agente Candace Milovich-Fitzsimmons durante menos de dos minutos. En un abrir y cerrar de ojos, logró cambiar la visión que la agente tenía del oficio policial para siempre.

—No es algo que yo buscara —dice Candace—. Me encontró a mí.

Si su sargento en la policía de Chicago hubiese sido un poco más permisivo, la agente jamás se habría visto en aquel trance.

Sobre las once menos cuarto de la noche de un gélido lunes, después de haber trasladado a un detenido a petición de un grupo de intervención rápida, Milovich-Fitzsimmons y su joven compañero, Matt Blomstrand, estaban matando el tiempo en las inmediaciones de su comisaría en el distrito noroccidental de la ciudad con la esperanza de que los dejasen marcharse a casa un poco más temprano, dado que solo faltaba un cuarto de hora para el final de su turno. «Aún es temprano —les dijo su sargento—. Volved a salir.» Y eso hicieron, con Milovich-Fitzsimmons al volante.

Cuando se aproximaban a un cruce a unas pocas manzanas de la comisaría, un Ford Explorer negro les llamó la atención en un callejón. «Iba a diez o quince kilómetros por hora como mucho —recuerda la agente—. Pegaba acelerones y luego frenaba, como si estuvieran jugando con las marchas, y la bocina sonaba a todo trapo».

Una pelea de pareja, pensaron, y siguieron circulando. «Pero entonces tuvimos remordimientos y empezamos a buscar el coche.» Lo encontraron enseguida en una calle mal iluminada de un barrio compuesto principalmente de pequeñas casas unifamiliares.

Cuando los agentes se colocaron detrás del vehículo, un hombre salió escopeteado por la puerta trasera del lado del acompañante, corrió unos cuantos metros, de pronto pareció cambiar de opinión, corrió de vuelta al todoterreno e intentó subirse al tiempo que este avanzaba a trompicones.

Los pilotos de freno no funcionaban y la tercera vez que el Ford Explorer se detuvo bruscamente el coche patrulla le dio por detrás.

Lo que la pareja de policías había interrumpido solo se descubriría después de que Milovich-Fitzsimmons sufriera el encuentro más violento en sus diez años de carrera como policía. Por lo que pudieron averiguar después, el conductor, el tipo que había intentado meterse de nuevo en el vehículo y otro mexicano que ocupaba el asiento trasero eran miembros de la banda callejera Spanish Cobras. El cuarto ocupante, en el asiento del acompañante, era un varón de treinta y tres años que tan solo unos minutos antes volvía a su casa del trabajo con una botella de leche para su familia.

En ese instante, un joven que pasaba por la calle con un bastón le había llamado y le había rogado insistentemente que le llevara en coche a algún lado. El objetivo tuvo «un mal presentimiento» al ver a aquel joven, así que en vez de poner en peligro la seguridad de su familia temiéndose que fueran a entrarle en casa, decidió «sacrificarse» y aceptó ir con él. Cuando ambos llegaron a la altura del Explorer del desconocido, dos individuos aparecieron de entre las sombras, metieron a la víctima en el todoterreno y se marcharon con su captura. Por lo visto, su plan era pedir un rescate.

Según se supo después, los agresores le robaron a la víctima trescientos cincuenta dólares y un teléfono móvil dentro del coche y luego lo apalearon por turnos a base de puñetazos y bastonazos. Los investigadores creen que abandonaron la idea del secuestro y decidieron ir a una zona industrial desierta que había en el mismo barrio y asesinarle allí.

Los trompicones que daba el coche eran culpa de la víctima, quien intentaba agarrar la palanca de cambio y activar el bloqueo de aparcamiento del motor.

Cuando el coche patrulla colisionó con el Explorer, el chaval que

estaba fuera y el que iba al volante decidieron largarse por patas. Milovich-Fitzsimmons avisó por radio que iniciaba una persecución a pie y echó a correr detrás del conductor. Su compañero, Blomstrand, tardó en salir de la unidad porque el golpe había atascado su puerta. Cuando por fin pudo salir por la ventanilla, Milovich-Fitzsimmons había desaparecido en la oscuridad.

Blomstrand, con menos de tres años al pie del cañón, se concentró en los dos vehículos, que todavía tenían los motores en marcha, en la víctima de la paliza que rodó fuera del todoterreno como un saco de patatas ensangrentado, y en el mexicano que permanecía dentro y estaba intentando escapar por la puerta de atrás.

Entretanto, Milovich-Fitzsimmons se vio envuelta en una serie de choques cada vez más peligrosos con el conductor, que tenía veinticinco años de edad, como pudo comprobarse después.

Para empezar, lo alcanzó en un paseo ajardinado y lo derribó haciendo que quedara a gatas sobre el asfalto. Había conseguido agarrarlo de la chaqueta, pero, antes de poder inmovilizarlo con una llave, el chaval se puso de pie, se desembarazó fácilmente de la chaqueta y volvió a huir. «Por eso los miembros de las bandas nunca llevan abrochada la chaqueta —explica la agente—. Y suelen llevar dos encima para no quedarse en mangas de camisa si tienen que escurrirse de una.»

La persecución a pie continuó por una pasarela «completamente a oscuras» que pasaba entre dos casas unifamiliares. Milovich-Fitzsimmons volvió a alcanzar al sospechoso detrás de unos garajes y lo empujó contra una valla de hierro forjado. «¡Al suelo!», le gritó.

En vez de ello, «el chaval se da la vuelta de repente y empieza a pegarme». Durante la pelea, el micro se desprende de su hombro y le cuelga entre las piernas, haciendo imposible que se comunique con la central para pedir ayuda.

Milovich-Fitzsimmons no sintió ningún miedo. Con un decenio de experiencia a sus espaldas, la agente de treinta y nueve años, una rubia en buena forma y con fama de ser dura pero justa, estaba acostumbrada a tener refriegas con sospechosos y nunca se había encontrado en una situación que se le fuera de las manos. «Estaba

pensando con claridad, dándome órdenes básicas para no perderle la cara a la situación. Eso sí, no entendía por qué estaba tan violento.» Sin saber nada del secuestro, la agente imaginó que se trataba de un ladrón de coches más.

En cierto momento, Milovich-Fitzsimmons logró agarrar a su adversario por la camisa y este tropezó y cayó al suelo. «¡Quédate ahí!», le gritó ella. Él levantó las manos un instante y, «tambaleándose sobre el culo», miró detrás de la agente; evidentemente, quería comprobar si el otro policía había llegado. Entonces, se abalanzó sobre ella, agarró la culata de la Smith & Wesson de 9 mm que la agente llevaba enfundada y la usó como asidero para levantarse.

«Noté que la cinta superior saltaba y la pistolera quedaba abierta —recuerda Milovich-Fitzsimmons—. Era la primera vez que veía amenazada mi arma. Pensé que me había metido en un buen lío.»

En sus propias palabras, afirma que se dejó guiar por «pensamientos neandertales»: «¡Pon la mano ahí!»; «¡Haz esto!». «Eran órdenes muy básicas y potentes, como si tuviera a alguien gritándome dentro de la cabeza.» Luchó por conservar el arma en su funda de nivel ii mientras el chaval continuaba tirando de la pistola con una mano e intentaba golpearle la cara con la otra.

Finalmente, logró separarse de él y desenfundar el arma. «¡Al suelo!», le gritó. Él volvió a lanzarse contra ella. La agente pulsó el gatillo y disparó una bala. «Era la primera vez que disparaba en acto de servicio. En cuanto apreté el gatillo, supe que era un buen disparo.»

Sí y no. La bala atravesó la mano izquierda del sospechoso y su manga. Luego, por increíble que parezca, rebotó en su frente y terminó clavada en el marco de la puerta de un garaje vecino.

Con la cara ensangrentada, el chico volvió a agarrar la semiautomática de Milovich-Fitzsimmons. Ella le golpeó con el arma, directamente sobre la herida, pero el sospechoso ni se inmutó. La empujó contra unos cubos de basura y huyó corriendo por el callejón hasta llegar a un solar abandonado, que pronto se convertiría en el tercer y peor escenario de aquella lucha por

episodios.

Milovich-Fitzsimmons enfundó y aseguró su Smith & Wesson, sacó las esposas y salió corriendo detrás de él. Cuando le dio alcance, vio que había caído de rodillas. «Pensé que la partida había terminado y me acerqué para detenerlo. Iba muy equivocada.»

«Lo único que podía ver eran sus muñecas. Visión de túnel total. Volví a oír esa voz en mi cabeza: "Muñecas, esposas".» Cuando se acercó, el sospechoso la derribó con un placaje y, aunque ella le golpeaba con las esposas, consiguió tirarla al suelo. Se le escaparon las esposas de las manos.

«Estuvimos revolcándonos por el suelo —recuerda la agente—. Yo le daba puñetazos y patadas en la cara y el pecho, le estrujaba las pelotas con todas mis fuerzas. El tipo ni se inmutaba... Solo se cabreaba más.» La agente desenfundó el arma pero no conseguía ángulo de tiro. Casi veinte centímetros más alto que ella y con cuarenta kilos más de peso, el sospechoso logró inmovilizarla, le dio puñetazos en la cara y volvió a forcejear con ella para hacerse con el arma.

«Sus manos eran como garfios —asegura la agente—. Logró retorcerme la muñeca y clavarme el arma en la garganta. El cañón me dejó varios arañazos.» Aficionada al entrenamiento con pesas —«Soy más fuerte de lo que parezco»—, Milovich-Fitzsimmons logró apartar el arma y luego la volvió hacia el sospechoso. Apretó el gatillo, pero no pasó nada. El sospechoso estaba sujetando la corredera para impedir que se moviera.

El cañón iba y venía mientras la agente luchaba desesperada por salvar la vida y el sospechoso por arrebatársela. «Se me hizo eterno. Luchaba con toda mi alma, pero no conseguía inmovilizarlo. Estaba agotada. Sabía que no iba a poder aguantar mucho más.»

Entonces volvió a oír aquella voz en su cabeza. «Claros como el día», tres nombres sonaron dentro de su cráneo: «Jake, Alex, Eddie», sus tres hijos.

«No puedo rendirme», se dijo a sí misma. Pese al agotamiento, siguió apartando el cañón de su cabeza y de su cuerpo hasta que

divisó a su «ángel», un hombre en camisa azul de uniforme, que llegaba corriendo por el callejón. Era el agente de refuerzo al que su compañero había enviado en la dirección en que la había visto correr cuando salió en persecución del sospechoso que huía de la colisión.

—¡Dispara a este hijo de puta! —gritó—. ¡Tiene mi arma!

Casi a quemarropa, el agente disparó cuatro veces rápidamente. Una de las balas rozó la mano derecha de Milovich-Fitzsimmons. Las otras tres impactaron en el agresor. El tipo se desplomó muerto encima de ella.

«Creo que en ese instante estuve a punto de entrar en shock. Oía voces pero no podía responder, moverme o ni siquiera abrir los ojos. Y no paraba de temblar. Tiritaba de los pies a la cabeza.»

Pero estaba viva y pudo volver a casa y reencontrarse con sus niños. Sus nombres habían sonado en su cabeza para espolearla.

Lecciones aprendidas

Desde el instante en que Milovich-Fitzsimmons comunicó por radio que iniciaba la persecución hasta que el agente de refuerzo informó del desenlace fatal del tiroteo, solo pasó un minuto y cuarenta y cinco segundos. Lo que ocurrió durante ese breve lapso de tiempo, «me cambió enormemente», dice la agente, que pertenece a una familia de policías, ya que tanto su marido como su hermana son sargentos de la policía municipal de Chicago. Milovich-Fitzsimmons enumera los errores que cree que cometió y las lecciones que extrajo de ellos:

1. Dispara hasta acabar con la amenaza. «Cuando estábamos luchando en el callejón y le disparé, tendría que haber seguido disparando. En la academia, cuando nos enseñaron a manejar las armas de fuego, disparábamos una vez, enfundábamos y

esperábamos nuevas instrucciones. Nos decían que había que disparar dos veces al pecho y una a la cabeza, pero no lo hacíamos. Actúas como te adiestran. Lo que más me pesa es no haberlo acribillado en el callejón cuando tuve la oportunidad. No pienso volver a quedarme corta. Si tengo motivos para disparar, lo haré las veces que haga falta y no perderé el tiempo buscando alternativas.

»Cuando volví a enfundar, me precipité en la desescalada al sacar las esposas. Tendría que haberme esforzado más en recuperar la radio y pedir ayuda. Tendría que haber previsto que la lucha quizá no había terminado.»

2. Concéntrate en devolver los golpes. «Mientras duró el forcejeo, recurrí en todo momento a órdenes verbales. Consumí demasiada energía gritándole y quedé exhausta. Se nos pide que utilicemos órdenes verbales, pero yo las limitaría un poco para concentrarnos en imponernos físicamente a nuestros adversarios.»

3. Evalúa tu potencia de fuego. «Cambié de arma. Lo primero que dije esa noche cuando terminé el turno fue: "Quiero un arma distinta, una del calibre 0,45". Fui al campo de tiro y probé varias. Terminé eligiendo una Sig Sauer de 9 mm. Es ligera, con un gatillo de fácil accionamiento. Conseguí que todos mis disparos quedaran bien agrupados la primera vez que la utilicé con la diana. Ahora voy más a menudo al campo de tiro. Quiero sentirme más cómoda con el arma. No tenía totalmente naturalizado el uso del arma cuando la necesité.»

Aunque muchos agentes prefieren llevar una segunda arma cuando así lo permiten los protocolos de sus cuerpos, Milovich-Fitzsimmons está convencida de que no ganaría nada con eso. «Me costó horrores no perder la que tenía. ¿Y si hubiera tenido una segunda pistola en una funda tobillera cuando le di una patada y él me la hubiera quitado? Ya es bastante difícil controlar un arma como para encima tener que controlar dos.»

4. Liquida toda resistencia enseguida. «Ahora he visto que soy menos tolerante con la resistencia de los sospechosos. Si alguien se pone de uñas, lo esposo inmediatamente. No quiero más jueguecitos. He comprobado que analizo a la gente y las situaciones con más detalle. Jamás voy a permitir que me vuelvan a poner en una situación así.»

5. Asegúrate de que tanto tu cuerpo como tu mente estén preparados para el combate. «Ahora vigilo mis sensaciones. Después de reincorporarme al trabajo tras un tiempo de baja, una noche tuve la sensación de que había pillado la gripe. Me pregunté: "Si esta noche la cosa se pone fea, ¿podré defenderme?". Decidí quedarme en casa. Antes no le habría dado importancia y me habría presentado en comisaría, haciéndome la fuerte. Ahora sé que necesito estar en plena forma cuando trabajo. No puedo ni imaginarme cómo habría sido pelearme esa noche si me hubiese encontrado mal.

»También necesito que mi mente esté en orden. En la comisaría, algunos compañeros estaban hablando sobre mi incidente y una agente dijo: "Si me llega a pasar a mí, no lo cuento". Otros compañeros bajaron la cabeza en señal de asentimiento. Me acerqué a ellos. "¡No os rindáis nunca! —dije—. Basta pensarlo para estar perdido. Si piensas que no vas a sobrevivir, no lo harás y tu nombre terminará impreso en un recordatorio." Intenté hablar con otros compañeros sobre lo ocurrido porque quería que vieran lo que se podía aprender».

6. Tu forma física ha de ser una prioridad. «Me tomo más en serio el trabajo en el gimnasio. Ahora entreno hasta diez veces a la semana. Antes del incidente, podía levantar cincuenta kilos en el banco si tenía un buen día. Ahora, me he impuesto el reto de ciento ocho kilos, el peso del tipo que me atacó. Ya he llegado a los setenta y tres.» La agente ha descubierto que le motiva tener en el gimnasio una Polaroid del cadáver de su

agresor, en el que se ven los tatuajes de la banda a la que pertenecía.

«Ese hombre pasó apenas un momento por mi vida, pero me cambió muchísimo. Miro la foto y me cabreo de verdad. Me empuja a trabajar más duro.»

3. Puro miedo

Un sospechoso se ríe como si nada mientras se corta el antebrazo por lo sano.

El día era frío, pero la misión estuvo a punto de abrasarle. «Creo que nunca pasé tanto miedo en el trabajo —dice Guy Rossi, un agente de patrulla de la policía municipal de Rochester (Nueva York)—. He estado en dos tiroteos pero nunca como ese día he tenido la sensación de que iba a morir.»

Más de una década después, recuerda haber luchado por su vida como si todo acabara de ocurrir, sudando y forcejeando sobre cristales rotos con un hombre desnudo que quería amputarse su propio brazo.

«Ese mes de diciembre, me tocaba patrullar por una zona de alta criminalidad cuando me llegó el aviso de que un hombre estaba gritando delante de su casa. Los agentes que respondieron a la llamada (incluido un instructor en defensa táctica) se personaron ante un hombre desnudo que golpeaba con los puños las ventanas del porche de la casa. Estaba empapado de sangre, con los brazos y las manos llenos de cortes, pero aun así seguía con su diatriba. Nos llamaron a mí y a otro instructor de defensa táctica como refuerzo.

»Cuando llegamos, la situación entre el individuo y los agentes estaba en un punto muerto. El tipo agarraba un cristal en forma de gancho con la mano derecha y amenazaba con acuchillar a cualquier agente que se le acercara. Lo rociamos con una lata entera de gas pimienta, pero no dio resultado. El tipo se echó a reír como si nada mientras se cortaba el antebrazo izquierdo hasta el hueso rodeándolo por completo, como si estuviera cortando un jamón alrededor del hueso. Entonces, sangrando a chorro, se metió corriendo en su casa y cerró de un portazo.

El agente Guy Rossi

»A mí ya me parecía bien. Si hubiese dependido de mí, habríamos esperado fuera a que se desangrara. Pero uno de los agentes más entusiastas del cuerpo había entrado detrás de él. Lo vi entrar justo cuando el individuo sacaba la mano con el cristal por detrás de la puerta. El agente se colocó en una esquina y sacó el arma, pero la

sangre le cubría la cara y no veía nada. En esas décimas de segundo, no supe si le había rajado la cara o era sangre del brazo casi amputado de aquel tipo.

»Empujé la puerta con fuerza y conseguí atrapar al tipo detrás de ella. Tenía el arma en la mano derecha y mi linterna táctica en la izquierda. Como último recurso antes de disparar a través de la puerta, levanté la linterna y, por suerte, le di en la parte superior de la frente. El tipo soltó el cristal.

»Los cuatro (y tres éramos instructores de defensa táctica) usamos todas las técnicas imaginables: golpes de porra por todo el cuerpo, luxaciones, rodillazos en la cara, la cabeza y el cuerpo, sin ningún resultado. El tipo era como una figura de plastilina con superpoderes.

»En un momento dado, conseguimos ponerle una esposa en el brazo que tenía todo cortado, y cuando el agente tiró de la anilla para ponérsela detrás de la espalda, el músculo se desprendió del hueso como un chuletón bien asado. Aquello no tuvo el menor efecto en el individuo, pero el agente lo soltó y empezó a vomitar.

»Finalmente, conseguí practicarle una estrangulación lateral y el individuo se desvaneció. Estábamos jadeando los cuatro, como si hubiésemos corrido una maratón. Le dije a los otros agentes: “Si se vuelve a levantar, ¡le disparáis!”.

»No dábamos crédito, pero el tipo volvió en sí y consiguió ponerse en pie aunque nos tenía a los cuatro encima. Y eso que todos rondábamos el metro ochenta y los noventa kilos de peso. El tipo debía de medir uno setenta y pesar unos sesenta y pocos kilos. ¡No dábamos crédito! Supe que si ese tío lograba escapar, alguien iba a terminar muerto.

»Una vez más, le aplicamos un abanico de técnicas de impacto que normalmente terminarían con la muerte del sospechoso. Somos agentes expertos y tenemos que reducir a gente a diario. Ver a ese tipo resistir la tunda que le estábamos dando fue espantoso.

»En aquel barullo, sin darnos cuenta dimos unos pasos hacia atrás hasta llegar a unos cristales rotos. El tipo trató de coger uno como

un loco. Sin saber cómo, logré aplicarle una estrangulación lateral invertida mientras estábamos los dos bocabajo sobre los cristales y lo dejé inconsciente. Entonces, pudimos esposarlo entre tres mientras el otro agente seguía vomitando junto a la puerta.

»Para apartar al sospechoso de los cristales, lo arrastramos al exterior y lo tiramos contra un montón de nieve. El tipo no recuperó el conocimiento. Cuando llegó nuestro jefe, había tanta sangre por todas partes y encima de nuestros uniformes que dio parte de un tiroteo al suponer que la persona que estaba tendida en la nieve roja estaba muerta.

»No me lo explico, pero el sospechoso sobrevivió. Iba hasta las cejas de polvo de ángel. Nunca pensé que justificaría disparar contra un hombre desarmado, pero ya no pienso lo mismo después de lo que ocurrió ese día.

»Un año después, vi a un hombre manco yendo en bicicleta por mi sector. Me hizo un gesto para que parase el coche. Cuando me acerqué, vi que era el hombre que me había dado la peor pelea de mi vida. Me dio las gracias y se disculpó.

»Había hecho una cura de desintoxicación durante un año y me dijo que no recordaba lo ocurrido, pero que su vecino le había explicado que la policía había hecho un enorme esfuerzo de autocontrol aquel día. El vecino le había dicho que él habría disparado si hubiese sido policía. A ese hombre le salvamos la vida en más de un sentido ese día.

»Le estreché la mano y continué patrullando.»

Lecciones aprendidas

Doce años después, Rossi dice que todavía tiene pesadillas sobre ese altercado angustioso y aún recuerda las lecciones que sacó de la experiencia:

1. Planea antes de actuar. «Tuvimos la suerte de poder contener al sospechoso. A partir de ese día, cada vez que hemos tenido que enfrentarnos a alguien desnudo que mantenía una actitud amenazante, hemos pensado una estrategia antes de intervenir.»

El sospechoso mostraba síntomas de delirio agitado: desnudez injustificada, atracción por el cristal, furia irracional, fuerza sobrehumana, insensibilidad al dolor. En este tipo de situaciones, la mejor estrategia es conseguir asistencia médica cuanto antes y pedir refuerzos. La aplicación de fuerza física arrolladora y el traslado inmediato a un centro médico pueden ser las mejores opciones para una reducción no letal de la amenaza.

2. Anticípate a los errores de tus compañeros. «Aunque lleves bien ensayados y entrenados tus recursos tácticos de supervivencia, tienes que estar preparado para la imprevisible eventualidad de verte obligado a actuar antes de tiempo como consecuencia de la precipitación o desacierto táctico de un compañero.»

3. Actúa como un depredador si es necesario. Se habla mucho de ser un luchador, pero muy poco de otra actitud mental que podrías necesitar, comenta Rossi. «Frente a la posibilidad inminente de tu muerte», tienes que ser capaz de «obligarte a convertirte en un depredador más fuerte que el que te está intentando quitar la vida». Eso significa devolver todos los golpes sin piedad, aprovechando al máximo cualquiera de sus debilidades, con un compromiso férreo con la obtención de la victoria en el combate por tu propia supervivencia.

4. Cuidado con las probaturas. «La peor pesadilla de un agente es emplear todos los recursos de su repertorio contra un sospechoso desarmado que no siente dolor.» Ir probando distintas bazas de forma indecisa con la esperanza de dar con

una que funcione te hace perder tiempo, malgastar energías y, en última instancia, podría multiplicar los riesgos. «Tienes que darlo todo para lograr la victoria y estar dispuesto a llegar hasta el final.»

«En esta situación, los agentes mejor formados disponibles eran tres instructores de defensa táctica. Sabía que si no podíamos reducir al sospechoso, la situación seguiría degenerando a menos que estuviéramos dispuestos a recurrir a la fuerza letal. Si el sospechoso hubiese vuelto a levantarse, le habría disparado.»

5. Confía en que siempre se puede sacar algo bueno de lo malo. «Por ejemplo, he visto que las frases motivacionales que me digo todos los días ("Pase lo que pase, hoy sobreviviré") funcionan. Ese compromiso estaba tan profundamente arraigado en mi mente que no acepté ni siquiera como posibilidad el rendirme ante su portentosa demostración de poderío físico.»

6. Asume que el mañana está en tus manos. «Cuando te hallas en una lucha a vida o muerte, el mañana no existe a menos que tomes medidas para hacerlo realidad.» Lo que te depare el futuro depende por entero de lo que «está ocurriendo en el aquí y ahora, y de tu capacidad de respuesta».

4. Trucos carcelarios

Con el arma de un sospechoso encañonándole el cuello, un policía tiene que pensar rápido si quiere salvar su vida y la de su compañera novata.

Ironías del destino, cuando el policía de tráfico Barry Goines decidió terminar su turno con un paseo tranquilo, eligió salir a patrullar por una carretera en el este de Texas conocida entre los vecinos como la carretera del Viejo Presagio. Aunque el nombre no presagiaba nada bueno, nuestro policía no se asustó. Le gustaba aquella carretera porque no solía haber mucho tráfico.

«Iba con un poco más de cuidado de lo normal», dice Goines, con sus veinte años de carrera en la policía de tráfico de Texas. Solía patrullar solo, pero aquella jornada de octubre le habían asignado una novata, la agente Jasmine Andreasen, para que le acompañara en su turno desde las cuatro de la tarde hasta la una de la noche porque su instructor se había tomado la noche libre. Andreasen había terminado su formación en la Academia del Departamento Seguridad Pública hacía solo seis meses.

«Los agentes, cuando llevan mucho tiempo trabajando codo con codo, son capaces de interpretar las acciones y el lenguaje corporal de sus compañeros. A veces incluso pueden leer sus pensamientos y saben qué esperar del otro y cómo reaccionar como equipo —dice Goines—. Como Jasmine y yo nunca habíamos trabajado juntos, no quería que nos viéramos implicados en un incidente en el que pudiéramos necesitar ese tipo de vínculo para salir de una pieza. No quería verme envuelto en nada que pudiera poner en peligro su periodo de prueba.»

Habían tenido bastante trabajo. Esa noche tuvieron que acudir a un accidente grave con varios heridos. Ahora acababan de salir de la cárcel del condado de Smith después de detener a un conductor

ebrio en un control. Goines propuso una zona más tranquila y se apostaron discretamente junto a la carretera del Viejo Presagio, una «vía de doble sentido típica de esa zona rural», a unos ocho kilómetros de su comisaría en Tyler, para controlar el escaso tráfico.

Cuando solo faltaba media hora para que acabara el turno, vieron los faros de un coche que se les acercaba por detrás.

Fue entonces cuando todo cambió.

Los agentes Barry Goines y Jasmine Andreasen

***

El límite de velocidad era de cincuenta millas por hora. El Ford Escort negro pasó a sesenta y cuatro. Goines encendió las sirenas y salió a la carretera. El infractor paró su coche al cabo de unos cien

metros, sobre la hierba que cubría el margen de la calzada.

Goines y Andreasen se detuvieron a un coche de distancia. Cuando se preparaban para salir, vieron una «discusión bastante movida» entre el conductor y la persona que ocupaba el asiento del copiloto. «Cuando me bajé —recuerda Goines—, el conductor salió enseguida y me esperó junto a la parte trasera izquierda de su coche.»

Andreasen practicó una inspección visual rápida del interior del Escort desde el lado del acompañante. Al terminar, se colocó junto a la parte trasera derecha del vehículo mientras Goines hablaba con el conductor.

El hombre parecía nervioso y no paraba de tocarse un botón de su mono de trabajo. Le entregó a Goines un permiso de conducir de Texas y reconoció que se lo habían retirado.

«Me llamó la atención que saliera tan rápido del coche y quise ver si había algo a simple vista que pudiera explicar las prisas con las que había salido del vehículo», dice Goines.

El agente, de cuarenta y siete años, se acercó al lado del conductor del Escort y echó un vistazo. «Saludé al acompañante preguntándole cómo estaba pero no me respondió. Había algo que no me encajaba en ese hombre. Estaba demasiado tieso en el asiento. Daba la impresión de querer ser invisible y me pareció sospechoso. Cuando me incliné para echar un vistazo, noté que el interior olía a cerveza. También pensé que el coche estaba demasiado limpio para esos dos individuos. Tuve el presentimiento de que algo iba mal.»

Volvió con el conductor. Le tiró de la lengua y él le confesó que había salido de la cárcel del condado hacía tan solo seis días. Dijo que lo habían condenado por conducir con el permiso retirado, aunque Goines supo después que también había intentado huir de un policía de tráfico en una persecución a alta velocidad.

«Cuando le pregunté cómo se llamaba su acompañante, el tipo dudó y repitió mi pregunta», un recurso que suele utilizarse para ganar tiempo mientras se piensa una respuesta falsa. Finalmente, dijo que su acompañante se llamaba Sonny. «No sabía su apellido.» Entonces, tras un nuevo tira y afloja, «me dijo que su acompañante

era un amigo de su primo y que se apellidaban igual. Era evidente que mentía. Supuse que estaba intentando cubrirle porque estaría en busca y captura por conducción bajo los efectos del alcohol, robo o cualquier otra orden de arresto de las que solemos encontrarnos».

Sería después cuando Goines averiguaría que el acompañante estaba en busca y captura por algo mucho más grave, un delito por el que no dudaría en querer asesinar a un agente de policía si con ello podía evitar su detención.

«Dejé al conductor con mi compañera en la parte de atrás del coche —recuerda Goines—, y me acerqué con cautela a la puerta del acompañante y la abrí, sin perder de vista ni un instante al individuo que estaba dentro. Miraba al frente mientras fumaba. Tenía las manos a la vista. Pude ver una lata de cerveza en el suelo del coche, entre el asiento y el faldón de la puerta. Vi que la cerveza acababa de derramarse sobre la alfombrilla.

»Pensé que lo peor que podía pasarme era que el tipo diera un brinco o me obligara a la típica pelea con un borracho en la cuneta. Me puse frente a la abertura de la puerta para bloquear su huida, pero intenté adoptar una actitud lo menos amenazante posible. Le hablé sin levantar la voz, de forma monocorde, e incluso me medio metí la mano izquierda en el bolsillo para demostrar que no había agresividad en mi actitud. Pensé que si intentaba salir corriendo estaba encima de él. Que si quería pelea, iba a poder derribarlo hacia la izquierda y, en caso de necesidad, podría usar mi linterna como arma contundente.

»Cuando le pregunté si tenía algún documento de identidad, hizo ademán de sacarse la billetera, pero enseguida interrumpió el gesto y me dijo que no tenía nada. Yo tenía bien agarrada la linterna con la mano derecha y estaba inclinado hacia él, porque intuí que estaba a punto de intentar algo. El sospechoso hablaba en voz baja y despacio. Sus movimientos eran lentos y vacilantes. No se movía del asiento y permanecía con las manos en las piernas, fumando sin parar. Pensé que tenía entre manos al típico borracho con pocas ganas de colaborar.

»Con más paciencia de lo que es habitual en mí, le dije varias veces que saliera del coche, pero el tipo no se movía». Goines tenía en

mente a su compañera novata y quería evitar un enfrentamiento. Aun así, cuando pensó que el sospechoso llevaba demasiado tiempo emperrado en su negativa a obedecer sus órdenes, le preguntó si «quería salir por las buenas o por las malas». El hombre le respondió con una pregunta: «¿No es ilegal que salga del coche en este estado? Estoy borracho». Goines le replicó: «Es ilegal que no obedezca mis órdenes».

Con la linterna preparada en la mano derecha, Goines empezó a sacar la mano izquierda del bolsillo lentamente, preparándola para una maniobra de derribo. El sospechoso empezó a salir del coche con las manos abiertas y a la vista.

«De repente, el tipo dio un brinco y, cuando quise darme cuenta, me vi con el cañón de un arma clavado en el cuello», recuerda Goines.

Era una técnica rapidísima que el sospechoso había aprendido a dominar durante su estancia en la cárcel. El arma, un revólver cromado del calibre 22, había permanecido escondida debajo de su muslo derecho y, al moverse para salir del coche, el sospechoso había enganchado el guardamontes con el meñique derecho y, en un movimiento perfectamente coordinado, había salido del vehículo y encañonado a Goines.

«Solo tuve tiempo de murmurar: “Más despacio...”. Me sorprendió. No vi el arma hasta que fue demasiado tarde.»

Goines tiró inmediatamente la linterna y se llevó la mano derecha a la cadera, lo más cerca que pudo de su pistola Sig Sauer. La mano izquierda la tenía levantada junto a la cara, con la palma abierta.

«No me atrevía a moverme. Era evidente que el tipo estaba preparado y dispuesto a matarme. Mientras me tenía agarrado, pude deslizar lentamente la mano derecha hasta rozar mi arma reglamentaria. Pero el tipo se dio cuenta de lo que hacía y me lo impidió con la mano.»

—¡Tranquilo, hombre! ¡Tranquilo! —le ordenó el sospechoso.

«Me flaquearon las piernas —recuerda Goines—. Todo ocurría a cámara lenta. Oía su voz, pero era como si me hablara desde un

túnel. Supe que iba a morir.

»Al principio, en una situación así, el miedo empieza a devorarte, bloquea tu mente y te debilita por completo. Estaba seguro de que el sospechoso iba a usarme como rehén para desarmar a mi compañera y que luego nos asesinaría a los dos. Pensé que estaba en una situación desesperada y no encontraba forma de darle la vuelta.

»Durante una pesadilla así, te empiezan a asaltar pensamientos extraños, como la deuda que tenía acumulada en la tarjeta de crédito y la vergüenza que me daba, y que saldar esa deuda iba a ser difícil para mis padres, y que solo me quedaban seis meses para terminar de pagar la pensión alimenticia de mi hijo, y que Acción de Gracias y Navidad estaban a la vuelta de la esquina y que todo era una pena...

»Fue empezar a pensar en esas cosas y decidir que echaría el resto para salvarme. Iba a sobrevivir a cualquier precio.

»En ese momento empecé a cabrearme de verdad. Estaba cabreado con él por haberme puesto en aquel trance y conmigo mismo por haberlo permitido.

»Comprendí entonces que, si dejaba que la situación se alargara, el tipo iba a envalentonarse todavía más y mi compañera y yo cada vez lo tendríamos peor. Tenía que actuar. Y hacerlo rápido.»

***

Cuando el acompañante salió de pronto del coche, la agente Andreasen entendió enseguida que algo iba muy mal. Se acercó al conductor para retenerlo, pero este se asustó al ver que su acompañante tomaba como rehén a Goines, giró hacia la izquierda y salió corriendo hacia el lado del conductor del coche patrulla y se escondió detrás del maletero.

Andreasen se apartó rápidamente de la luz de los faros. La puerta

del acompañante del coche patrulla estaba abierta y decidió parapetarse detrás de ella. Desde ahí, intentó estar atenta a cualquier movimiento amenazador por parte del conductor huido mientras observaba atentamente la situación desesperada en la que se hallaba su compañero.

Por su parte, Goines rezaba por que la agente no disparase a su captor, ya que «su única parte visible desde la posición que ocupaba Andreasen era su cabeza, y estaba muy cerca de la mía. Por otro lado, también rezaba por que no soltase el arma y se rindiera, y por que el conductor al que intentaba no perder de vista no la atacara y desarmara».

El captor «tenía sus ojos pegados a los míos», recuerda Goines. «Mi mano derecha seguía tocando la funda de mi pistola cuando me hundió aún más el revólver en el cuello. Noté el contacto del cañón y oí el clic cuando amartilló el revólver. Volvió a decirme: "Tú, tranquilo".

»El sospechoso seguía intentando hacerse con mi arma y entendí que no podía permitírselo. Tenía el revólver en su mano derecha y me lo clavaba en el lado izquierdo de la garganta apuntando hacia arriba. El tipo intentaba alcanzar mi arma que tenía en el lado derecho con su mano izquierda. Moviéndome con toda la sutileza de la que fui capaz, intenté mantener su mano a la máxima distancia posible sin apartar la mano derecha de la funda de mi arma.

»Decidí entonces que, si se presentaba una oportunidad, por pequeña que fuera, echaría hacia atrás la cabeza, apartaría su revólver de un manotazo hacia arriba y hacia la izquierda y, al mismo tiempo, desenfundaría. Cabía la posibilidad de que me asesinara, pero yo también le mataría. Supuse que, como mínimo, recibiría un disparo y no sabía cuánto tiempo podría mantener la conciencia y estar en condiciones. Tenía que ser muy rápido.»

Andreasen le dio la oportunidad que esperaba. Hizo un ademán que distrajo al captor de Goines y le hizo apartar la mirada por un instante del agente.

«Eché la cabeza hacia atrás y aparté el revólver de mi garganta

propinándole un manotazo lo más rápido y fuerte que pude. Sentí que intentaba volver a encañonarme. Cuando levanté la mano para impedírselo, conseguí colocar uno de mis dedos debajo del martillo del arma. Mientras pudiera mantenerlo ahí, no podría disparar.»

Habiendo desenfundado, Goines giró su cuerpo hacia la derecha y hacia abajo para desequilibrar al sospechoso, mientras seguía luchando por controlar el revólver con la mano izquierda. Durante el forcejeo, el sospechoso logró agarrar el arma de Goines por un instante, pero este fue capaz de arrebatársela enseguida.

Tal vez porque se dio cuenta de que no iba a vencer en esa pelea, el sospechoso de pronto se volvió y corrió hacia el coche patrulla detrás de cuya puerta estaba apostada Andreasen.

«Jasmine se encontraba en mi línea de fuego y me aparté a un lado para tener un buen disparo —recuerda Goines—. Entonces empecé a disparar.» Andreasen le imitó. Dispararon «muchas veces» mientras el sospechoso cruzaba la carretera y corría hacia unos árboles que había detrás de dos casas.

«No oí ninguno de mis disparos, ni tampoco los de Jasmine —dice Goines—. De pronto, mi arma dejó de disparar. Me cabreé como una mona. Pensé que se había encasquillado.» En realidad, la había vaciado. Trece balas. Goines creía que solo había disparado dos o tres.

«Me puse a cubierto, cambié el cargador y llamé a la comisaría de Tyler para pedir refuerzos. Luego eché un vistazo al margen de la calzada y, entre la hierba, vi el revólver cromado del sospechoso junto a mi cargador vacío.» Mientras luchaba por salvar la vida, Goines había conseguido arrancarle el arma de la mano y la había tirado al suelo sin darse cuenta.

«Cuando le disparaba, creía que el sospechoso todavía llevaba el arma. Empecé a ponerme malo. Los medios y seguramente mi departamento me iban a poner a parir por haber disparado a un hombre desarmado.»

El conductor seguía acurrucado detrás del maletero del coche patrulla y Andreasen le ordenó que se tumbara en el suelo y lo

esposó. Goines sacó su fusil de asalto del coche y se puso a cubierto con su compañera y el conductor detenido detrás del vehículo, esperando refuerzos.

Cuando llegaron los otros agentes, Goines les contó enseguida lo ocurrido. Más tarde, se daría cuenta de que la enorme tensión vivida había «deformado su percepción de las cosas». Dijo a sus compañeros, por ejemplo, que el sospechoso le había disparado. Incluso pidió a otro agente que le examinara en busca de heridas. En realidad, el revólver, que seguía amartillado, no había efectuado ningún disparo. También estaba convencido de que el sospechoso había resultado herido, cuando, en realidad, ninguna de las trece balas que había disparado él o de las cinco que había disparado Andreasen había impactado en el agresor. Goines comentaría más tarde: «Tu instinto de supervivencia, el trance en el que entras, es tan intenso que tus recuerdos no son del todo fiables. Tu mente omite o inventa un montón de cosas».

Varios policías montados a caballo y con perros rastreadores descubrieron al sospechoso escondido bajo el follaje de unos matorrales a unos cien metros del lugar de los disparos. «Se lo había hecho encima», recuerda Goines. Le hallaron varios carnés de identidad falsos en la billetera. En sus bolsillos encontraron una bolsita de marihuana y una media de nylon. Tres balas habían perforado su chaqueta, formando un triángulo de unos ocho centímetros de lado. Pero ninguna de ellas le había alcanzado.

El conductor negó conocer la identidad del sospechoso o haber tenido conocimiento de que había un revólver en su coche. Sin embargo, al ser interrogado por el fbi y las autoridades policiales de Texas, reconoció que habían pasado «algún tiempo juntos». Cuando Goines y Andreasen los pararon, se dirigían a comprar marihuana a un conocido suyo que vivía en la calle del Viejo Presagio.

El hombre del revólver se llamaba en realidad Sidney Shawn Byrd. Se había escapado de una prisión de Alabama tres meses antes, donde cumplía veinte años de condena por robo a mano armada y secuestro. A sus treinta y ocho años, Byrd había sido el único cabecilla de un motín en la cárcel en el que resultaron heridos varios funcionarios de prisiones y se produjeron daños por importe de más de dos millones de dólares. Tenía un expediente carcelario y

unos antecedentes penales que daban para un volumen de casi un palmo de grosor.

Lecciones aprendidas

Tras analizar de forma crítica lo ocurrido, Goines resume sus observaciones en tres aspectos principales.

El enfoque investigador. «Que te tomen como rehén es una experiencia muy estresante —dice—. Sin embargo, lo más desagradable y estresante del calvario que nos tocó vivir a mí y a Jasmine fue la investigación efectuada por nuestro cuerpo de policía.» Sus superiores les concedieron tres días de permiso remunerado, además de ofrecerles terapia psicológica, pero en opinión de Goines eso no bastó para compensar la actitud destructiva con la que se les trató.

«Cuando llegamos a la comisaría después del tiroteo nos colocaron inmediatamente en mesas separadas y nos pidieron que redactásemos nuestras declaraciones. El estrés de ese momento fue mucho peor que el del tiroteo por cómo nos trataron los investigadores; fríamente, como si fuéramos unos criminales.

»Cuando nuestros compañeros se enteraron de lo ocurrido, llamaron a la comisaría para que supiéramos que estaban con nosotros. Querían darnos palabras de aliento, asegurarse de que estábamos bien y decirnos que se alegraban de que hubiésemos salido vivos. Esas llamadas fueron importantísimas para nosotros, pero a los investigadores no les gustaron, porque consideraban que teníamos que centrarnos en nuestras declaraciones.

»Estaba aturdido. La mente me iba a mil por hora. Me obligaron por las bravas a pasar de una situación de altísimo estrés en la lucha por la supervivencia a desmenuzar todo el incidente para el informe. No nos dieron la oportunidad de tomar distancia, ordenar las ideas y

respirar un poco. Era evidente que los investigadores consideraban que nuestro bienestar físico y mental eran secundarios con respecto a la investigación.

»Me dejaron claro que no iba a poder volver a casa hasta que no terminara todo el papeleo. Me entrevistaron, me interrogaron una y otra vez. Mi informe se examinó y analizó a fondo, y durante todo aquel tiempo me sentí como si, para ellos, yo fuera el malo de la película. ¡Olvidaron que era yo quien había tenido un revólver clavado en la garganta!

»Nunca había estado tan cerca de llegar al límite de mis fuerzas emocionales y psicológicas. Aunque sabía que mi decisión de disparar estaba plenamente justificada, empecé a temerme lo peor por cómo estaban gestionando lo ocurrido.

»Su actitud no era "Casi te matan. Qué alegría que estés vivo. ¡Buen trabajo!". En vez de eso, era una actitud en plan "¿Qué has hecho mal? ¿Qué ley has incumplido? ¿Qué medidas o protocolo no has seguido? ¿Qué has hecho que pueda ensuciar la reputación de esta casa?". Parecía que su único objetivo era crucificarnos.»

Desglose táctico. Gracias a que la cámara de vídeo instalada en el coche patrulla captó todo el incidente, Goines y Andreasen pudieron redactar paso a paso y con rigor un informe preciso y detallado de lo ocurrido que incorporaba un análisis crítico de su actuación conjunta. Señalamos a continuación los aspectos que más sorprendieron a Goines.

1. Baño de realidad

«Echando la vista atrás, lo que me afectó de verdad fue lo rápido que se torció todo, lo rápido que terminé con un revólver en el cuello. Me cabreó que Byrd pudiera engañarme aunque intuyera que estaba en busca y captura por algún delito y que cabía la

posibilidad de que quisiera pelea.

»Me he encontrado en situaciones en las que he podido verle las intenciones al sospechoso, adivinar si quería salir corriendo o pelear conmigo, lo que me ha permitido desbaratar cualquier posibilidad de que intentara atacarme. Pero nunca había vivido algo así. El tipo actuó tan rápido que no tuve la menor oportunidad de reaccionar. Es increíble lo pronto que pasé de sentirme al mando de la situación a verme convertido en rehén.»

2. Comportamiento del sospechoso

Gracias al vídeo, Goines pudo identificar «todas las manifestaciones de lenguaje no verbal que anunciaban la intención de agredir» por parte del conductor, mientras Andreasen le vigilaba y Goines interrogaba al acompañante. «A toro pasado, me doy cuenta de que sus movimientos indicaban que se disponía a atacarla.» La cinta recoge los siguientes detalles:

• El conductor adelanta la pierna izquierda y apoya el peso en la derecha como si, de forma inconsciente, estuviera caminando hacia ella.

• Extiende los brazos por detrás de la espalda y luego por encima de la cabeza como si quisiera estirar los músculos antes de atacar.

• Evalúa a la agente mirándola de arriba abajo como si estuviera sopesando si podrá con ella.

• Mira a ambos lados para comprobar si pasa algún vehículo por la carretera, como si le preocupara que pudieran atropellarle en caso de terminar peleando con la agente en la calzada.

• No para de mover las manos.

• Gira la cabeza para ver qué están haciendo Byrd y Goines junto a

la puerta del acompañante.

• Incluso se inclina hacia Andreasen cuando Byrd ataca a Goines, como si fuera a lanzarse sobre ella aprovechando la distracción.

«No hay ni un solo segundo del vídeo en el que no muestre algún indicio de que se está preparando para tomar medidas contra ella o contra los dos», dice Goines.

3. Comportamiento de los agentes

El vídeo también nos muestra a Andreasen «enviando señales no verbales de forma involuntaria que habrían podido contribuir a que el conductor se sintiera más seguro atacándola», dice Goines. En cierto momento, «la agente se pasa la mano por la cara y se frota los ojos, lo que es señal evidente de cansancio, como si hubiera bajado la guardia y no estuviera lo bastante atenta para defenderse con prontitud, aunque en este caso fue capaz de reaccionar con gran rapidez».

Por lo que respecta a su propio rendimiento táctico, Goines se ha cuestionado muchas veces qué habría podido o debido hacer de una forma distinta.

«Byrd reconoció en el juicio que me habría matado si me hubiera asomado al interior del vehículo y hubiese intentado sacarlo a la fuerza. No hacerlo fue una decisión acertada en este caso.

»¿Tendría que haberme mantenido a una distancia mayor de la puerta para que no pudiera echárseme encima tan deprisa? Bueno, me habría sorprendido igualmente. En ese caso, también me habría apuntado con el arma antes de que yo pudiera desenfundar.

»Otros agentes me han dicho que se habrían colocado al otro lado de la puerta abierta, para poder empujarla contra el sospechoso al primer indicio de problemas. Quedarme del otro lado de la puerta

también me habría proporcionado la oportunidad de agacharme detrás.

»¿Tendríamos que haber esposado inmediatamente al conductor? Tanto este como Byrd reconocieron en el juicio que habían planeado que el primero se lanzaría contra Jasmine en cuanto Byrd hiciera lo propio conmigo. Sin embargo, el conductor se asustó en el último momento y huyó por patas. Así pues, haberlo esposado inmediatamente para preservar nuestra seguridad habría sido una decisión inteligente. Lo habríamos eliminado como posible amenaza.

»No obstante, sospecho que, en cuanto hubiéramos esposado al conductor, Byrd habría salido del coche guardándose el arma en el bolsillo trasero del pantalón. Entonces, si se hubiera llevado la mano atrás para sacarla, es probable que yo hubiese pensado que quería coger la billetera y me habría sorprendido de todos modos.

»Una cosa que sí creo que hice bien fue tomar medidas drásticas contra Byrd en cuanto se presentó la primera oportunidad. Alargar la espera solo habría servido para empeorar nuestra situación. Byrd habría podido usarme como escudo con el que protegerse si Jasmine se negaba a bajar el arma y entonces habría podido matarla. Gracias a Dios no llegamos a ese extremo.»

Palabras y gestos. Un pequeño gesto o unas pocas palabras pueden tener un impacto decisivo en un agente que acaba de verse implicado en un incidente grave. Goines nos cuenta qué gesto le ayudó más a recobrar el ánimo y cuál le ayudó menos.

Menos beneficioso: «Uno de mis supervisores que acudió inmediatamente al lugar de los hechos se acercó para preguntarme: "¿Llevabas puesta la gorra?". Esas fueron las primeras palabras que me dirigió. No si estaba bien. Solo una pregunta sobre mi gorra. Me molestó muchísimo.»

Más beneficioso: «Uno de los agentes de refuerzo se me acercó sin decir nada y me puso la mano sobre el hombro casi como si me diera un abrazo. Ese pequeño movimiento me reconfortó una barbaridad. Me dio la tranquilidad de saber que todo iría bien y que tendría el apoyo de mis compañeros.»

Después de la acción

Sidney Shawn Byrd fue a juicio dos veces después de haber tomado como rehén a Goines. La primera por asalto a mano armada contra un agente de la autoridad y la segunda por posesión de arma de fuego siendo un convicto. Se le condenó a sendas cadenas perpetuas por cada uno de los delitos, a cumplir de forma sucesiva. Tendrá que vivir más allá de la centuria si quiere optar algún día a la libertad condicional.

5. El círculo de sangre canina

¿Qué clase de persona puede sentirse tan amenazada por la investigación de un detective como para devolver los golpes con unas advertencias tan macabras?

El detective Dave Spaulding empezó a preocuparse cuando alguien clavó un gato destripado en la puerta de su casa.

Hasta ese día, había quitado hierro a los indicios inquietantes de que alguien se la tenía jurada como consecuencia de la espeluznante investigación que estaba llevando a cabo. «Ese gato sí me hizo despertar —reconoce—. Finalmente, me di cuenta de que mi familia y yo corríamos peligro.»

Algunas experiencias policiales y las enseñanzas que extraes de ellas te acompañan durante toda la vida. El encuentro de Spaulding con el gato muerto ocurrió hace dos décadas. Ahora está jubilado, tras una carrera de treinta años como agente del orden. Sin embargo, algunas preguntas sobre lo ocurrido siguen obsesionándole y asegura que seguirá tomando ciertas precauciones que adoptó entonces hasta su último aliento.

Volviendo la vista atrás, parece que ese extraño caso que le cambió la vida dio sus primeros avisos con la aparición de otros animales mutilados. En ciertas carreteras solitarias del bucólico condado de Montgomery (Ohio), donde Spaulding era un veterano con doce años de carrera a sus espaldas en la policía del condado, los granjeros habían empezado a encontrar animales muertos tirados en los campos y las zanjas.

«Sobre todo eran perros, siempre animales muy fuertes —rememora Spaulding—. Un pastor alemán, un gran danés, un husky... y unas cuantas cabras. No habían muerto atropellados. A todos les faltaban los órganos internos y estaban desangrados. Se lo habían quitado todo.»

El detective Dave Spaulding

Como la mayoría de zonas rurales, el condado de Montgomery ha visto numerosos casos de vandalismo en cementerios —pentáculos trazados en el suelo con un palo entre varias botellas de cerveza tiradas, por ejemplo—. «Niñatos haciendo el bobo», en opinión de Spaulding. Era una época en la que la iconografía satánica estaba de moda en la contracultura juvenil, alimentada por grupos de música como Black Sabbath y las filosofías tenebrosas de gurús como Anton LaVey. Sin embargo, los perros muertos se antojaban «demasiado reales para no ser más que el rastro de alguna fantasía satánica adolescente».

La policía del condado tomó nota, pero las investigaciones preliminares no arrojaron ninguna pista concreta.

Entonces, una noche de primavera, una pareja joven decidió salir de excursión nocturna con su perro por una parque boscoso en un

lugar apartado del condado. «Pensaron que sería una experiencia un poco tétrica y que sería divertido —dice Spaulding—. Tenían una linterna y el perro, así que se sentían bastante seguros.»

En el bosque, el perro olió algo que se movía y salió corriendo a perseguirlo, perdiéndose en la oscuridad. Al buscarlo, la pareja llegó a un sitio en el que vieron unas luces que titilaban entre las copas de los árboles. Se acercaron y pudieron distinguir a varias personas con túnicas que «salmodiaban y canturreaban» con unas velas que las iluminaban de forma espeluznante. Algo grande colgaba de una rama.

Sorprendidos al parecer por los pasos de la pareja al acercarse, las personas empezaron de pronto a «moverse de un lado a otro frenéticamente».

«La pareja se acercó lo suficiente como para darse cuenta de que no eran bienvenidos», dice Spaulding. Corrieron de vuelta a su coche, fueron al pueblo rural más cercano y llamaron a la policía del municipio. Unos agentes de la policía del condado acudieron como refuerzo.

Cuando la pareja acompañó a los agentes al sitio del que habían huido en esa zona densamente boscosa, todo estaba desierto. Sin embargo, quedaban unos objetos «peculiares».

En un claro de unos diez metros de diámetro, se había dibujado con tiza en polvo un gran pentáculo inscrito entre dos círculos concéntricos. Había una vela negra consumida en cada punta de la estrella y los restos de cera mezclados con tierra en las pisadas indicaban que los presentes habían desfilado portando velas en torno al símbolo. De una rama que se proyectaba sobre el claro, colgaba por las patas traseras y atado con una cuerda el cadáver abierto en canal de un pastor alemán, justo encima del centro de la estrella. Al perro lo habían degollado, dejando que se desangrara, aunque no se advertían restos de sangre en la tierra.

Dave Spaulding había empezado a interesarse por los crímenes cometidos por sectas. De su propio bolsillo, había asistido a varias clases sobre el tema y había estudiado referencias fundamentales como la Biblia satánica y manuales de magia negra, aunque siempre

había pensado que, siendo realistas, nunca tendría que usar toda esa información. Los esfuerzos que dedicaba a formarse en aquel tema habían sido recibidos con burlas por parte de sus compañeros, quienes lo tildaban de «rarito».

Ahora, en cambio, tuvieron que recurrir a él.

A Spaulding la escena le pareció «real». Pero, al igual que en el caso de los animales mutilados, había poco sobre lo que trabajar. Los jóvenes que habían denunciado los hechos dijeron que el perro muerto, por fortuna, no era el suyo (que apareció ileso). No pudieron precisar el número de personas con túnicas que habían visto a la luz de las velas. Creían que había hombres y mujeres, pero no estaban seguros de sus edades ni pudieron aportar más datos.

En el lugar de los hechos, un agente encontró un trozo de papel en el que se leía escrito a mano: «el círculo de sangre canina». ¿Así se hacía llamar aquel grupo?, se preguntó Spaulding. A saber...

Cuando se lo permitían sus otras misiones, Spaulding hablaba con vecinos de la zona y se entrevistaba con los expertos en crímenes rituales que impartían los cursos a los que había asistido. Consiguió hacer aflorar «muchos rumores» entre los vecinos del lugar sobre «cosas muy raras» que pasaban en el bosque y sobre perros que se habían perdido sin dejar rastro. Sin embargo, pese a las decenas de entrevistas efectuadas, no logró recabar nada sólido, «tan solo un batiburrillo de información confusa que no llevaba a ninguna parte».

Los expertos, incluidos dos que eran enemigos jurados, coincidían con Spaulding en su primera interpretación. Aquello no era obra de unos niñatos con ganas de travesuras, sino de «un grupo que sabía lo que hacía», concluyeron. Con toda probabilidad, los participantes bebían la sangre y, seguramente, también se comían los órganos de aquellos poderosos animales en la creencia de que podrían «absorber su fuerza» mediante su sacrificio, «algo así como la versión ocultista del dopaje deportivo».

A falta de pruebas que pudieran hacerle progresar en sus pesquisas, la policía restó prioridad a la investigación. Más por interés personal que por ninguna otra cosa, Spaulding siguió haciendo

preguntas cuando se lo permitían sus demás obligaciones. Empezó a tener la ineludible intuición de que los implicados eran «personas de la comunidad», no forasteros, pero ni siquiera fue capaz de señalar a un solo sospechoso posible.

Spaulding, que entonces tenía treinta y cuatro años, vivía con su mujer y sus dos hijos pequeños, de cuatro y ocho años, en una «tranquila y típica zona residencial» a unos veinte minutos en coche de aquel tétrico paraje en el bosque. Una mañana, varias semanas después de que se hiciera público el caso, su mujer, embarazada de su tercer hijo, salió de casa de camino al trabajo y fue a buscar el coche que estaba aparcado en el camino de entrada. Se acercó a la puerta del conductor por la parte de atrás mientras buscaba las llaves en el bolso, de forma que no levantó la vista hacia el parabrisas hasta que estuvo sentada al volante con la llave puesta en el contacto.

Abierto de patas contra el cristal, había un gato eviscerado.

Gritó y volvió corriendo a la casa. «Evidentemente, estaba alterada —recuerda Spaulding—. En la policía, a eso lo llamamos una pista. Sin embargo, por increíble que me parezca ahora, no le di demasiada importancia y no lo relacioné con la investigación sobre la secta. Mis superiores tampoco lo hicieron. Pensamos que simplemente había sido una broma pesada de algún crío de la urbanización.»

Tres semanas después, tuvo que cambiar su punto de vista por las malas. Spaulding y su mujer habían dejado a los niños con los abuelos y habían salido a pasar la noche solos. Cuando volvieron a casa en torno a las doce del día siguiente, descubrieron otro gato —destripado como el primero— clavado a una puerta de madera que tenían en el lateral de la casa.

«Fue entonces cuando me di cuenta de que me habían puesto una diana —dice Spaulding—. Alguien me estaba mandando el mensaje de que podían recurrir a la violencia y hacernos daño.»

Los expertos a los que consultó le dieron la razón. Le dijeron: «Las personas a las que estás investigando saben dónde vives y quieren que sepas que pueden meterse contigo. Es una amenaza para que

desistas.»

Aun así, dice Spaulding, «lo primero que pensé es que no iba a dejarme amilanar. Creía que yo podía con todo, que era inmune. Seguí hablando con la gente sobre el caso». No obstante, seguía preocupado por que pudieran hacerle daño a su familia. «Me di cuenta de que tenía un problema.»

Habían pasado varios días cuando una noche, en torno a las doce, oyó que alguien llamaba a la puerta principal de su casa.

«Nadie usaba esa puerta —dice Spaulding—. Todos nuestros conocidos entraban siempre por la puerta lateral, junto al camino para el coche».

Encendió la luz del porche y abrió la puerta una rendija con una pistola en la mano. Una chica de larga melena rubia y dos hombres jóvenes, uno de los cuales llevaba una sudadera con capucha, estaban fuera. Le dijeron que se les había estropeado el coche y le pidieron entrar a llamar por teléfono.

«No os mováis de aquí —les dijo Spaulding—. Voy a llamar a la policía.» En cuanto lo oyeron, salieron corriendo inmediatamente hacia un coche estacionado en la calle y se marcharon a toda velocidad. Spaulding no pudo leer la matrícula del coche ni tampoco dar una buena descripción del mismo.

«Habían intentado meterse en mi casa —dice—. Ignoraba quién me estaba buscando las cosquillas, pero era evidente que no se daba por vencido y dejé de sentirme invulnerable. Tuve que cambiar mis rutinas y adoptar una mentalidad distinta para proteger a mi familia. De pronto, asegurarme de que podría imponerme en cualquier circunstancia aunque no estuviera de servicio se convirtió en mi máxima prioridad.»

Antes de aquel caso, Spaulding «no prestaba atención a si funcionaba la luz del porche». Ahora, se aseguraba de que las luces de seguridad que había instalado no dejaran «ninguna zona en sombra fuera de la casa». Instaló puertas más resistentes. Comprobaba religiosamente que todas las ventanas estuvieran bien cerradas antes de acostarse. Asimismo, la policía del condado y la

policía municipal redoblaron la vigilancia de su domicilio con coches patrulla.

Dentro de su casa, Spaulding escondió armas en varios sitios donde pudiera acceder a ellas rápidamente en caso de necesidad. Entre otras, un revólver de cañón corto que metió en una maceta sobre una repisa y una escopeta sujeta a un portabicicletas sobre la puerta del armario de su dormitorio. «No salía a tirar la basura sin ir armado.»

Cambiaba a diario las rutas que hacía entre su casa y el trabajo, y siempre rodeaba la manzana antes de aparcar frente al garaje de su casa, «para cerciorarme de que no me siguiera nadie».

Empezó a pensar estrategias defensivas en las que la pregunta no era si algo iba a ocurrir, sino cuándo iba a hacerlo: «Si te planteas si algo va a ocurrir, estás contemplando la posibilidad de que no ocurra. Cambié de mentalidad. Ese algo terminaría ocurriendo e iba a estar preparado».

Spaulding se preguntó a sí mismo: «Si tuviera que atacar esta casa, ¿cómo lo haría?». De entrada, imaginó que alguien podría entrar por una pequeña ventana a pie de calle en el salón donde la familia veía la televisión. Con su mujer, preparó un plan de huida: ella se escondería en el sótano con los dos niños mientras «yo defendía la casa desde un pared que podía servirme de escudo. Me aseguré de que la butaca en la que me sentaba no estuviera a más de dos pasos de un arma de fuego».

Al retomar la investigación, Spaulding recibió una carta anónima y dos llamadas, también sin identificar. La carta estaba escrita a máquina y llegó en un sobre sin remitente que había sido franqueado en la cercana localidad de Dayton. La nota le recomendaba «dejar de incordiar» por su bien y el de su familia, porque las personas a las que estaba intentando dar caza sabían dónde vivía. En las breves llamadas telefónicas, un hombre «le transmitió básicamente el mismo mensaje». Los intentos de rastrear esas amenazas telefónicas no dieron ningún resultado.

Por fortuna, nunca llegó a producirse un enfrentamiento directo con los miembros de esa secta. Las amenazas contra él y su familia

cesaron con la misma prontitud con la que se habían iniciado y asimismo dejaron de aparecer pistas sobre la presencia del grupo en el condado. Se rumoreó que se habían mudado a Indiana, pero la verdad del caso es que fue imposible recabar ninguna prueba sólida.

«Aún hoy —dice Spaulding—, no sé a quién cabreé, pero alguien pensó que me había acercado demasiado. Me gustaría saber con quién hablé, qué dije y qué hice que les hizo tomar medidas. Lo que más me asustaba era no saber qué callo había pisado y sigo pensando en ello.

»Este incidente fue un momento decisivo en mi vida. Me obligó a reconsiderar cómo hacía las cosas.» Cuando se mudó con su familia a una casa nueva, Spaulding la examinó con la misma mentalidad con la que se enfrentó a las amenazas anteriores. Sigue cambiando la ruta con la que va y vuelve del trabajo y sigue dando una vuelta a la manzana antes de aparcar frente al garaje. «No bajo la guardia.»

Prepararte de forma proactiva frente a posibles agresores que quieran vengarse de ti cuando estás fuera de servicio es una «decisión razonable en la vida» para cualquier agente del orden, en opinión de Spaulding. «A lo largo de tu carrera, te encontrarás con muchas personas que creerán que tienen todo el derecho de ir a por ti. Tienes que asegurarte de que tu estilo de vida te permita imponerte al peligro cuando este se presente.

»Cada uno de nosotros debe ser un participante activo de su propio rescate. El séptimo de caballería no aparecerá en la colina para salvarte. Tienes que estar preparado para salvarte a ti mismo.»

Lecciones aprendidas

Haber trabajado para la policía del condado «no puede compararse con hacerlo para la cia», reconoce Spaulding. Aun así, le sorprendió y preocupó que sus adversarios pudieran averiguar dónde vivía. Asimismo, no entendía cómo habían podido enterarse.

En este mundo en el que la intimidad parece una cosa del pasado, algo que la aparición de internet no ha hecho sino empeorar, resulta todavía más difícil conseguir que tu información privada no se divulgue. Pese a ello, Spaulding nos ofrece varios consejos para reforzar tus defensas y no convertirte en un blanco fácil:

1. No publicites la dirección de tu casa. Si te piden tu dirección y número de teléfono cuando compras algo en una tienda, proporciona las señas y el número de la institución policial para la que trabajas (pero no menciones su nombre). Asimismo, no cumplimentes las tarjetas de garantía. «Algunos agentes creen que si no especifican toda la información personal que se les solicita en una garantía, el producto no quedará cubierto —dice Spaulding—. No es verdad. Si conservas el ticket, la garantía es válida. Las empresas venden la información personal que recopilan mediante esas tarjetas y no te conviene que tus datos personales vayan circulando por ahí.»

No pongas tu nombre en el buzón o en una placa en la puerta de tu casa. Solicita que tu nombre no conste con tu número de teléfono en las guías. Y si vuelves a casa con tu coche de policía, mételo en el garaje en vez de dejarlo delante. Son recomendaciones básicas, pero aun así muchos agentes las desatienden, aunque varios policías hayan sido asesinados después de haber publicitado su lugar de residencia de forma flagrante.

Cerciórate de que tus compañeros en la calle o en la radio de tu comisaría no faciliten tu número de teléfono particular, aunque quien haya llamado asegure ser otro agente o alguien de quien ansías tener noticias. Es preferible que la persona que llama deje un número de contacto y que luego te lo pasen. Con los sistemas de identificación de llamadas entrantes, ten la precaución de no devolver la llamada desde tu teléfono particular a alguien a quien no conoces.

2. Sé impredecible. Cambiar tus itinerarios yendo y volviendo

del trabajo te ayudará a reducir las probabilidades de que alguien que te espía pueda adivinar cuándo y dónde encontrarte. También te ayudará a detectar si un coche te sigue para descubrir dónde vives.

3. Sé discreto. Evita las charlas con los compañeros después de terminar tu turno en el aparcamiento de la comisaría. Esas reuniones a la vista de todo el mundo que terminan cuando los agentes se van a sus coches particulares y enfilan de vuelta a sus casas no son recomendables, ya que un acosador lo tendrá más fácil para identificarte y seguirte.

4. Mantente alerta mientras conduces de vuelta a casa. «Muchos agentes se meten en su coche cuando terminan el turno y entran en una suerte de "colapso mental" —dice Spaulding—. Es peligroso.» Echa un vistazo al retrovisor mientras conduces o cuando estás parado en un semáforo y haz el esfuerzo de recordar los coches que tienes detrás. ¿Hay un coche que no se separa de ti? ¿La persona que conduce ese coche que tienes detrás o a tu lado te está observando de forma notoria?

Cuando vuelvas a casa de noche, echa un vistazo por el retrovisor cuando los vehículos que van detrás de ti pasen debajo de las farolas. Si la vía por la que circulas no está iluminada, la forma de los faros puede ser suficientemente indicativa para que la recuerdes.

5. Cambia de perspectiva. «Imagina cómo pensaría un acosador. "¿Cómo puedo averiguar dónde vive este policía? ¿Hay algún sitio en el que sea vulnerable?".» Por más rocambolesco que te parezca un posible plan contra tu persona, no descartes la posibilidad de que alguien que te busque las cosquillas pueda utilizarlo. «Si tú puedes pensarlo, un acosador también podrá», dice Spaulding.

6. Cómprate una trituradora de papel. Destruye cualquier papel que contenga tu nombre, los números de cuenta bancaria y de tus tarjetas de crédito, los extractos del banco, los números de teléfono y direcciones de los miembros de tu unidad familiar, notas de carácter personal que puedan revelar tus hábitos y los lugares que frecuentas, etcétera. «Los investigadores suelen revisar el contenido de la basura en las casas de sospechosos —dice Spaulding—. Los malos lo saben y también pueden utilizarlo contra ti.»

Ten cuidado asimismo con lo que tiras en el trabajo. No des por supuesto que un papel con información personal será destruido antes de que lo saquen con la basura.

7. Recuerda: preparación, no paranoia. Hay motivos de sobra para temer una agresión de alguien que quiera vengarse de ti. Como señala Spaulding, «mucha de la gente a la que detienes es puesta en libertad bajo fianza antes de que termines el papeleo y alguno podría estar lo bastante cabreado como para ir a por ti». De todos modos, eso no significa que debas permitir que el temor te consuma.

Spaulding recomienda: «Cuando estés preparando tus medidas defensivas, hazte la siguiente pregunta: "¿Estoy tomando una precaución razonable que tal vez me ayude a lograr un objetivo sensato, o bien estoy dejándome llevar por una sobreactuación paranoica?". Ser consciente del problema y tomar medidas sencillas para paliar tus vulnerabilidades puede ser de gran ayuda en tu protección y la de los tuyos.»

Después de la acción

Tras su experiencia con ese grupo que sacrificaba animales,

Spaulding se fue de vacaciones con su familia y alquiló una cabaña en las montañas de Carolina del Norte. «Paré en una tienda junto a la carretera —recuerda— para comprar leche, huevos y otras cosas, mientras mi mujer y mis hijos esperaban en la furgoneta. Cuando estaba pagando, oí que alguien gritaba mi nombre.

»Me giré y vi que se acercaba un varón blanco, corpulento y de aspecto desaliñado a quien no conocía de nada. Resultó que me recordaba de cuando trabajé en la prisión del condado y él era un preso que cumplía condena por robo. Cuando empecé a marcharme, el tipo me miró y dijo: "Oye, aquí no eres policía. Sin placa no hay pistola. ¡No me costaría nada acabar contigo ahora mismo!".

»Retrocedí un poco, me encaré a él y dije: "A lo mejor no soy policía aquí, pero ¿dónde está escrito que no lleve arma?". Me miró un momento, se volvió y se marchó. El dependiente me dijo: "Me alegro de que haya entrado en la tienda. El tipo llevaba en el revistero más de media hora y me daba muy mala espina".

»Lo pasamos bien durante aquellos días de vacaciones, pero puse en práctica muchas de las lecciones que había aprendido con "El círculo de sangre canina".» Cuando se tramitó una ley federal para que los agentes jubilados o fuera de servicio pudieran portar armas en todo el territorio nacional, Spaulding le relató su encuentro en la tienda al congresista de su distrito por medio de una carta. «Más tarde, me dijeron que el congresista había votado favorablemente después de leerla.»

6. De tripas corazón

Unos cuernos diabólicos en la frente de un pistolero presagian un viaje sangriento por el infierno.

Te miras el pecho y ves tu placa cubierta de sangre espesa. Estás malherido y ni siquiera puedes sacar tu arma reglamentaria con ninguna de tus manos. Un guarda jurado que podría ayudarte ha caído y lucha por no desangrarse como consecuencia de una terrible puñalada. Y tu agresor, que ha vaciado el cargador contra ti en una salvaje tormenta de plomo, sigue empeñado en destruirte y está subiendo al asiento delantero de tu coche patrulla, a punto de hacerse con tu fusil automático del 0,223...

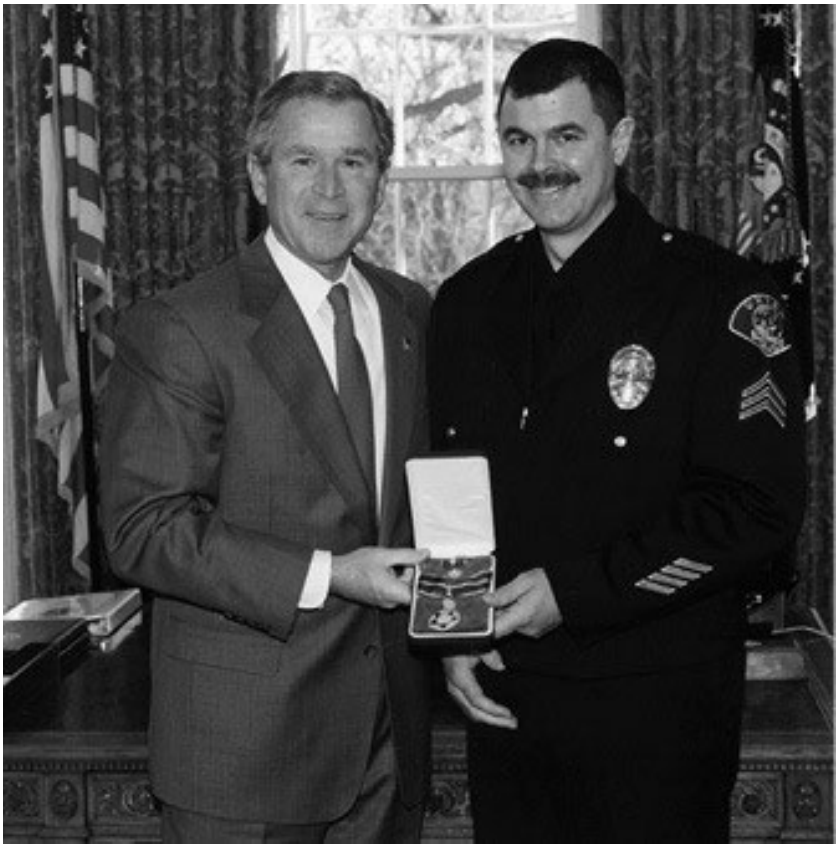
Cuando el sargento Marcus Young se encontró en este terrible trance, era en realidad su agresor quien peor lo tenía. Sin ser consciente de ello, había atacado a un agente con un repertorio infinito de recursos y un espíritu indoblegable. La fe con la que Young luchó por imponerse pese a tenerlo todo en contra recordaba a aquel soldado estadounidense quien, enfrentado a un vendaval de fuego alemán durante una batalla de la segunda guerra mundial, pronunció la muy recordada frase: «Nos tienen rodeados, los pobres desgraciados».

La batalla del bien contra el mal todavía no había concluido.

***

La primera vez que habían disparado a Marcus Young, más de veintiún años antes, la bala había tenido el efecto de empujarle a ser policía. A sus veinte años, y destinado en una base de San Diego como técnico en aviónica militar, Young había salido con un colega

de un cine en torno a las doce de la noche en un barrio peligroso del centro frecuentado por drogadictos, vagabundos y personal militar.



El cadete Julian Covella; el sargento Marcus Young con el presidente George W. Bush

Mientras su amigo estaba pidiendo cambio en un local para pagar el billete del autobús, un chaval con pinta de matón se acercó a Young por detrás y le clavó un arma en la espalda. Young, que tenía buenos conocimientos de artes marciales, lo derribó con una llave y salió corriendo. El chico lo persiguió y le dio alcance en el hueco de una escalera. Lucharon por hacerse con el control del arma. Hubo varios disparos pero ninguna bala impactó en sus cuerpos. Con todo, Young se rompió varias costillas durante la lucha. Entonces, cuando Young intentó escapar de nuevo, aquel aspirante a ladrón le disparó en el pie y desapareció en la noche.

Seis meses después, Young volvía a encontrarse en ese mismo cine en compañía de tres marineros del ejército. Los destellos de luz de la pantalla le permitieron ver que la persona que estaba sentada justo delante de ellos era el hombre que le había disparado. Salió entonces al vestíbulo del cine y llamó a la policía.

«Toda la experiencia fue muy positiva: ver cómo la policía lo detenía y luego me entrevistaba; haber testificado después en el juicio. Recibí un trato cortés y profesional en todo momento —recuerda Young—. En ese momento, decidí que cuando dejara la Marina iba a ser agente de policía.»

La noche de ese tiroteo que puso su vida en peligro, un viernes de principios de marzo, Young hacía casi dieciocho años que era policía, los cinco últimos como sargento de coche patrulla y encargado de formación. Servía en la policía municipal de Ukiah, en una zona de explotaciones forestales, viñedos y campos de perales en el norte de California. En otros tiempos, Ukiah había sido elegida una de las seis mejores poblaciones pequeñas de Estados Unidos donde vivir. En más de cien años ningún policía había sido tiroteado en el municipio.

Un aviso «fácil» por robo en tienda comercial terminó en una lucha a muerte en este aparcamiento.

«Mis cuatro hombres iban esa noche por parejas, en un turno de doce horas hasta el amanecer, y yo era el único que tenía una plaza libre», recuerda Young, que en esa jornada estaba haciendo horas extra. Así que se llevó a Julian Covella, un cadete uniformado pero que todavía no podía portar armas que se había inscrito en un programa de formación para jóvenes Scouts que patrocinaba el departamento de policía. Young no conocía a Covella, pero había oído hablar de él; aquel estudiante de secundaria había recibido el galardón de Cadete del Año unos meses antes.

«Mi hijo nos había dicho que quería ser cadete cuando cumpliera los catorce años —dice Young—, así que fuimos en coche a su instituto, donde hacía de voluntario en un acto, y le presenté a Julian. Entonces, sobre las nueve y media de la noche, nos dieron el aviso de que se había detenido a un ladrón en el Wal-Mart del municipio.

»Sé que ninguna salida es rutinaria, pero me pareció que era una misión fácil, algo que en condiciones normales sería de baja prioridad. Pensé que sería una buena experiencia educativa para Julian. Serían quince minutos, veinte todo lo más, y habríamos terminado.»

En efecto, el aviso parecía bastante rutinario cuando Young y Covella llegaron. Un equipo de seguridad formado por un matrimonio joven estaba deteniendo a una chica de dieciocho años llamada Monica que había intentado timar a la tienda con su chico. Según los guardas de seguridad, habían visto al chico sacando una bolsa de lona de 29 dólares de un expositor y metiéndola en uno de los carritos de la tienda. Entonces, Monica la había llevado al mostrador de atención al cliente y había intentado «devolverla» con el ticket de una compra anterior para recuperar el efectivo.

Más tarde averiguarían que Monica era adicta a las metanfetaminas, aunque no parecía estar bajo los efectos de dicha droga en ese momento y Young tampoco encontró nada cuando registró su bolso.

Sin embargo, cuando transmitió su nombre por radio, el sistema informó de que estaba en busca y captura por un robo en domicilio particular cuyo importe ascendía a diez mil dólares.

Se le había dicho al chico que esperase en el aparcamiento exterior. «Cuando los guardas de seguridad nos lo describieron, informando de que tenía tatuajes en el cuello, la impresión que tuve fue que era alguien salido de la cárcel —dice Young—. Me quedé con esa idea en la cabeza.»

Mientras sacaba sus esposas para reemplazar las que habían empleado los guardas de seguridad, Young le preguntó a la chica: «¿Debo preocuparme por mi integridad física?». Ella contestó que no. Le preguntó entonces: «¿El chico va armado?». Una vez más la respuesta fue no.

El resto de unidades estaban ocupadas, de modo que Young tuvo que continuar sin refuerzos. El cadete Covella y los guardas de seguridad le siguieron hasta el aparcamiento. Una vez allí, pidió a los guardas que localizasen al chico y que se lo enviaran mientras él metía a Monica, con las manos esposadas a la espalda, en el asiento trasero del coche patrulla, que estaba aparcado en una plaza cercana a la entrada del establecimiento. Estaba poniéndole el cinturón de seguridad cuando oyó que la guarda de seguridad le llamaba a gritos.

Salió del coche y se dirigió hacia ella. A una distancia de unos cinco o seis metros, vio a un varón blanco, en la treintena, vestido con vaqueros, una cazadora marrón y una gorra de béisbol, que «se acercaba rápidamente con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta».

—¡Saca las manos de los bolsillos! —le ordenó Young, yendo hacia el hombre.

—¿Por qué la has metido en tu coche? —preguntó el sospechoso, señalando con la cabeza a Monica.

—¡Saca las manos!

—¿Por qué?

—Porque me preocupa mi seguridad.

—Tengo un cuchillo, que lo sepas —le anunció el hombre.

Young comentaría después sobre el sospechoso: «Me miraba con una expresión muy intensa».

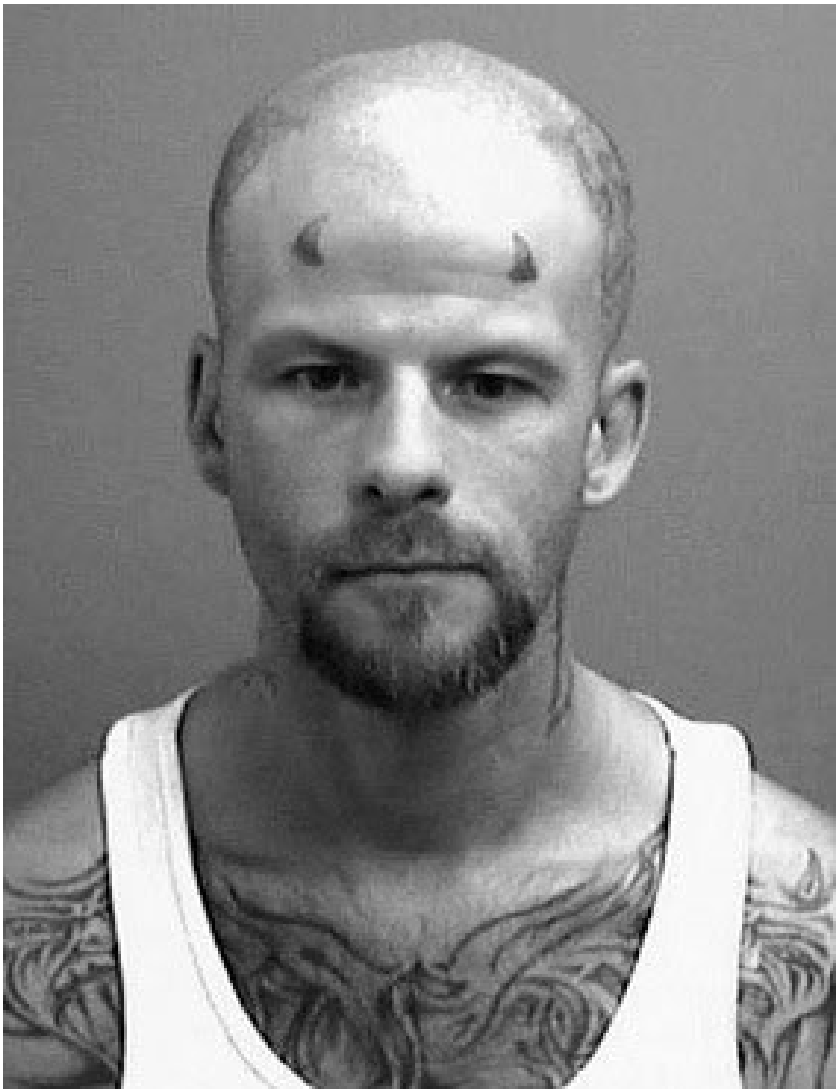
Lo tenía casi encima. El hombre empezó a sacar la mano izquierda del bolsillo.

Observando la escena desde el coche patrulla, Monica empezó a chillar.

***

Young no lo reconoció inmediatamente en la escasa iluminación del aparcamiento, pero por anteriores encontronazos conocía al sospechoso como una mancha desagradable en el tejido social de Ukiah. La gorra de béisbol tapaba dos tatuajes reveladores: un par de cuernos diabólicos dibujados en su frente.

Era Neal Beckman, de treinta y cinco años de edad, hijo de un criminal convicto. Desde jovencito «llevaba tiempo practicando para convertirse en un criminal con todas las letras», dice Young. Su propia familia había tenido un papel preponderante en su aprendizaje. Su padre adoptivo había sido condenado a pena de cárcel por no tener los papeles en regla de sus armas después de que el propio Young lo detuviera. Sus dos hermanos también habían terminado entre rejas.



Neal Becman y el tatuaje de la banda Nazi Lowriders

A los diecisiete años, Beckman había planeado con la ayuda de dos cómplices asaltar a un anciano en su casa para robarle. En principio, solo pretendían desplumarlo y salir pitando. Pero una vez en la casa, Beckman cambió de planes. Tiró al anciano al suelo y lo

apuñaló con un cuchillo aprovechando que se hallaba indefenso en el suelo. Más tarde diría que «flipó» al oír cómo el aire salía silbando de los pulmones perforados de su víctima.

Preso en un correccional para jóvenes, Beckman se integró en una banda. En la cárcel, donde pasó gran parte de su vida adulta por distintos delitos, logró que lo aceptaran como miembro de los Nazi Lowriders, una banda supremacista blanca con presencia en las calles y las cárceles que estaba asociada a la Hermandad Aria. El grupo se granjeó «fama por su brutalidad y ambición» mientras se hacía con el control de los patios en el gigantesco sistema penitenciario de California y aprovechaba cualquier oportunidad criminal extramuros, incluida la distribución de metanfetaminas.

La madre de Beckman trabajaba en el Wal-Mart de Ukiah. En compañía de Monica, Beckman ya había inspeccionado el establecimiento un par de veces. Tal vez tuvieran planes más ambiciosos que una simple bolsa de lona de veintinueve dólares. Esa noche se habían presentado en el Wal-Mart con un mínimo de cinco bombas caseras de pólvora y metralla en el coche, incluida una que tal vez habrían podido introducir en la tienda. Se cree que esta última se la llevó un joven cómplice de la pareja que huyó en cuanto le echaron el guante a Monica.

No mucho antes de esa noche, un grupo especial para delitos mayores había interrogado a Beckman por otros asuntos. Le prometió a sus interrogadores que nunca más permitiría que lo detuvieran de nuevo.

***

Adelantándose a la inminente aparición del acero, Marcus Young lo embistió hombro contra hombro para atrapar su mano izquierda intentando retorcerle el brazo hacia atrás. Al mismo tiempo, Beckman sacó la mano libre del bolsillo derecho de su cazadora empuñando un revólver de cinco recámaras Smith & Wesson que había robado. Lo pasó por encima de su pecho hacia el hombro

izquierdo y disparó una bala del calibre 0,38 contra la cara de Young.

La bala penetró en la mejilla izquierda del sargento y salió por la parte posterior de su cuello tras pasar a tan solo unos milímetros de su columna. Young sintió «una quemazón, pero no dolor». Sabía que la bala le había alcanzado, pero «me centré en luchar para acabar con la amenaza».

En el caos que siguió al disparo, se sucedieron varias imágenes que se grabaron a fuego en la memoria de Young, como si los movimientos hubiesen quedado congelados por una luz estroboscópica.

Mientras forcejean, Young consigue estampar a Beckman contra un coche cercano y el sospechoso, envalentonado por la metanfetamina que circula por su organismo, trata de saltar por encima del capó para escapar.

La pelea continúa sobre el asfalto y, mientras Beckman le golpea con todas sus fuerzas desde el suelo, Young intenta reventarle la cara con un puñetazo durísimo. Sin embargo, su puño impacta con toda la energía en un bordillo de hormigón del parking, provocándole un tajo de cinco centímetros entre el índice y el corazón...

Beckman consigue escapar y vuelve a dispararle a quemarropa. Dos balas impactan en Young, en el pecho y en la espalda, pero las detiene su chaleco. Otra penetra por su axila izquierda, le atraviesa el cuerpo y sale cerca de su columna, llevándose por delante un fragmento de cinco centímetros de su omoplato. La última bala penetra en su bíceps y le destroza el húmero...

El guarda de seguridad, «heroicamente», se lanza para placar al sospechoso y, tras derribarlo, le da un puñetazo en la cabeza y le arrebata el arma. Le apunta a la cabeza y pulsa el gatillo dos veces. Nada. El cargador está vacío...

Los tres forman una montaña humana. Beckman está de espaldas sobre el suelo. El guarda de seguridad está encima de él, pecho contra pecho. Young corona la melé. Beckman ha sacado un

cuchillo de cazador de su chaqueta y, con un potente mandoble, se lo clava al guarda de seguridad en el hombro derecho, hundiendo la hoja hasta su pulmón. Young trata de sacar su arma reglamentaria con la intención de encañonarle la cabeza y terminar con la locura. «Mentalmente, pienso que estoy desenfundando el arma, pero en realidad no pasa nada.» Baja la vista y ve que tiene el brazo derecho irreconocible, ensangrentado e inmóvil. Su placa y todo el pecho de su uniforme están cubiertos de sangre, que sale a chorro de la herida que tiene en la cara. «Voy a morir desangrado —piensa—, ¡pero tengo que pararlo!»

Young está de rodillas. El guarda de seguridad se refugia a gatas entre dos coches aparcados, donde intentará contener la hemorragia con las pocas nociones de primeros auxilios que recuerda de sus días con los Boy Scouts. Y Neal Beckman, sin una sola herida, gatea hacia la puerta del acompañante del coche patrulla de Young, que se está abierta, a un par de plazas de donde se encuentran.

«Dentro del coche, sujeto al techo, está mi fusil automático Heckler & Koch del calibre 0,223 —explica Young—. En el maletero tengo mi escopeta Remington 870 cargada con balas y perdigones. Y el botón para acceder a las armas está en el salpicadero del coche. Beckman no quería liberar a su novia. Quería mis armas.»

«Si no consigo pararlo —pensó Young—, nos matará a todos en el aparcamiento, a Julian, a los guardas de seguridad y a mí.»

Una vez más, Young intentó desenfundar su Beretta del calibre 0,40 con la mano derecha, sin conseguirlo. Tenía el brazo incapacitado. Lo intentó entonces con la izquierda, pero la herida por el puñetazo contra el bordillo era tan grave que no podía asirla con la fuerza suficiente para sacarla de la funda, pues tenía que cruzar el brazo hacia el otro lado en una postura forzada.

El cadete Covella se había refugiado detrás de un coche aparcado cuando oyó los primeros disparos. Ahora, Young lo llamó a voces y el joven cadete corrió hasta el sargento.

—Desenfunda mi arma y pónmela en la mano izquierda —le dijo Young—. ¡Ahora!

Covella nunca había manejado un arma y no estaba del todo familiarizado con los dispositivos de seguridad en la funda de Young. «Me pareció que me costaba una eternidad sacar la pistola», diría Covella después. Puso el arma en la mano ensangrentada de Young. Para entonces, Beckman ya estaba sentado en el asiento del acompañante del coche patrulla, con la puerta cerrada.

Las decisiones que tomó Young en ese instante venían precedidas de años de preparación y adiestramiento. De rodillas, con el culo sobre los talones, intentó sostener el arma con la mano herida y debilitada, y empezó a apretar el gatillo, esperando que las balas atravesaran la puerta delantera de su unidad, que se hallaba a una plaza y media en el aparcamiento. Los dos primeros disparos no consiguieron atravesar la carrocería. Sorprendido por las detonaciones, Beckman se volvió y se quedó mirándole. Los chillidos de Monica desde el asiento trasero atravesaban la noche.

Young apuntó y volvió a disparar. La bala reventó la ventanilla e impactó de lleno en la frente de Beckman, justo en medio de sus cuernos tatuados. Su cabeza quedó apoyada en el respaldo y el culo se le levantó del asiento. La cuarta bala de Young penetró por detrás, atravesó varios órganos vitales y quedó alojada en su cuello. Beckman no llegó con vida al hospital.

El revólver del agresor, el material del sargento Young y el bordillo en el que se partió la mano.

Pese a las atenciones recibidas por parte de los equipos de emergencia, el sospechoso falleció de camino al hospital.

Habían pasado menos de noventa segundos desde el momento en que Young le había puesto las manos encima.

Siguiendo las indicaciones de Young, Covella conectó la radio portátil del sargento y avisó de que había un agente herido. Los servicios de emergencia ya estaban recibiendo un aluvión de llamadas de los clientes del Wal-Mart que se encontraban en las inmediaciones. «Le dije a Julian que agitara mi linterna para que los equipos de emergencia pudieran ver dónde estábamos cuando empezaran a llegar», recuerda Young.

«El guarda de seguridad seguía desangrándose. Perdió casi dos litros de sangre. Pensé que yo también iba a morir desangrado y me preocupó mucho caer inconsciente. Sabía que mi pulso y mi tensión arterial estaban por las nubes, así que empecé a hacer ejercicios de respiración profunda para intentar calmarme.»

Los gritos de Monica fueron perdiendo intensidad hasta convertirse en sollozos. A lo lejos, Young oyó el aullido urgente de las sirenas.

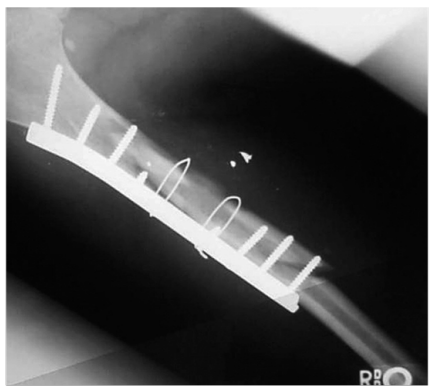
***

Sin embargo, antes de que llegaran los equipos de emergencia, dos agentes de la policía de tráfico de California acudieron al lugar de los hechos. Volvían a casa después de unas prácticas de campo y oyeron la llamada de socorro de Covella en su radio. Young no quería echarse en el suelo para que pudieran examinarle las heridas. «Pensé que me moriría si me tumbaba. Para mí, echarme en el suelo y rendirme eran lo mismo», recuerda Young. Sí permitió que le quitaran la camisa y el chaleco antibalas para verle las heridas, pero se concentraron por encima de todo en convencerle de que todo iría bien.

«Me transmitieron mensajes muy optimistas, diciendo que nos iríamos a tomar un café en cuanto los sanitarios me echaran un vistazo. Con sus palabras, consiguieron que dominara aquella experiencia tan traumática. Fue estupendo.»

Según varios testigos, Young hizo de tripas corazón y mantuvo la suficiente presencia de ánimo para «dirigir las operaciones» después de que lo trasladaran en una ambulancia de los bomberos a las urgencias del hospital a las diez de la noche. Ordenó a las enfermeras que empaquetaran su ropa como prueba y que le extrajeran dos muestras de sangre para hacerle sendas pruebas de alcoholemia y drogas. Les pidió que le dijeran a su esposa, Stephanie, que se quedara «en casa con los niños» y que «estaría en casa por la mañana». (Por supuesto, ella acudió inmediatamente al hospital para estar a su lado.) Young conocía a una de las

enfermeras; era el presidente de la Junta Escolar de Ukiah y ella era uno de los miembros. Le dijo en broma que «quizá no podría asistir a la reunión de la semana siguiente». Mientras lo preparaban para operarlo, le pidió a Stephanie que buscara a Julian Covella para decirle que era un chico muy valiente, que estaba orgulloso de él y que le había salvado la vida.



De arriba a abajo: Tres de las cinco heridas de bala que recibió el sargento Young; su mano desgarrada; y una radiografía de su húmero reconstruido.

Sin embargo, pese a su animosa actitud, sobrevivir no fue una victoria fácil. Había sufrido dos severas contusiones por el impacto de las balas en el chaleco y las tres trayectorias de las balas que habían penetrado en su cuerpo eran peligrosas. Había perdido más de un litro de sangre. El dolor empezó a golpearle unos cuarenta minutos después de la pelea; «un siete en una escala de diez», según su testimonio. Una empleada de una funeraria y conocida suya apareció en el hospital. La habían llamado para que se llevara el cadáver de Beckman, pero el personal hospitalario la mantuvo lejos de su vista para que Young no se hiciera «una idea equivocada».

Estuvo en el quirófano hasta las cuatro de la madrugada, pero no sería la última vez. En los meses siguientes, fue sometido a varias intervenciones para reconstruir el hueso y el músculo de su brazo y recuperar su funcionalidad. Una operación para reconstruir su omóplato no salió bien y tuvo que repetirse. Su bíceps «volvió a desgarrarse» después de la reconstrucción y tuvieron que reimplantárselo. Aún fue necesario operarle otra vez el brazo derecho porque el hueso y el músculo no se regeneraban bien. Su húmero terminó con una placa metálica de veinte centímetros, ocho tornillos y una malla de cables para mantener en su sitio los distintos fragmentos del hueso. Durante la recuperación, Young tuvo que aprender a escribir con la mano izquierda, después de que cicatrizara el profundo tajo que se había hecho entre los dedos.

Milagrosamente, para la herida facial, bastó con «limpiarla con antiséptico y taparla con una tirita. La bala me atravesó la cabeza sin tocar un solo hueso o diente, afectarme el habla o seccionarme la médula espinal. ¡Extraordinario!».

Estuvo cinco días en la unidad de cuidados intensivos. «Me sentía como si me hubieran machacado con un bate de béisbol», recuerda. Agentes voluntarios hicieron guardia junto a su puerta las veinticuatro horas del día, como precaución ante cualquier intento de venganza por parte de los Nazi Lowriders. Cribaron a más de

trescientas personas que fueron a visitarle. A una de ellas le fue prohibida la entrada: era el padre adoptivo de Neal Beckman, quien dejó de todos modos una flor como gesto de disculpa. Delincuentes a los que Young había metido en la cárcel le enviaron tarjetas con deseos de una pronta recuperación.

Cinco días después del tiroteo, Young salió del hospital, aunque en ese momento todavía no podía usar los brazos. El departamento de policía iba a celebrar una sesión de análisis de lo sucedido y Young quería estar presente. «Entré en la comisaría para que todo el mundo viera que estaba bien.»

Siguieron unas «duras semanas» de recuperación en casa. «Ni siquiera podía lavarme —recuerda Young—. Mi mujer desperdició todos los días de vacaciones y baja por enfermedad para cuidar de mí.» Se propagó el rumor de que los Lowriders querían vengarse de Young y su familia. «Al final nos mudamos a otro sitio. En menos de cinco horas, cuarenta amigos y parientes nos ayudaron a trasladarlo todo a la casa nueva.»

Seis semanas después de recibir cinco balazos, Young convenció al psiquiatra del departamento: «Me dio el alta y pude volver al trabajo». Se le permitió retomar la actividad a media jornada y con misiones de poca exigencia física, aunque todavía tenía pendientes varias cirugías «muy dolorosas» y mucha terapia.

«Siempre quise ser policía —dice Young—. La gente dice de mí que soy una víctima, un superviviente, alguien afortunado. Pero creo que Dios pensó que podría ocuparme de esa situación y que por eso estaba allí esa noche. Dios me dio la fuerza necesaria para sobrevivir y seguir cuidando de mi familia y de mi comunidad.»

Lecciones aprendidas

Discreto y callado por naturaleza, Young aceptó que su historia apareciera en recreaciones para la televisión y también se ha convertido en un muy solicitado conferenciante en congresos sobre

orden público porque cree que su experiencia cercana a la muerte encierra varias lecciones que podrían ayudar a otros agentes a sobrevivir. Entre ellas, destacamos las siguientes:

1. Invierte en ti mismo. En opinión de Young, su supervivencia fue el punto culminante de toda una carrera dedicada a la formación y búsqueda de la excelencia, en gran medida pagada de su propio bolsillo. «Algunos cuerpos policiales hacen lo mínimo indispensable —comenta—. Pese a que las plantillas son cortas, las responsabilidades se amplían y los presupuestos se reducen. Algunas direcciones apoyan con más decisión la necesidad de la formación continuada que otras. Es ahí donde debes mostrar iniciativa. Tienes que ser proactivo en tu propio desarrollo personal, especialmente en todo lo que tenga que ver con el entrenamiento de la fuerza.»

A lo largo de más de veinte años, Young promedió cien horas anuales de formación certificada en orden público, superando sistemáticamente los requisitos mínimos de formación. En sus horas libres, estudiaba y enseñaba autodefensa y artes marciales. Se aseguró de que su entrenamiento y ejercicios incluyeran simulaciones de situaciones de discapacidad, tiro con la mano no dominante, disparo en posiciones inhabituales y otros simulacros de situaciones excepcionales. «Valió la pena.»

También dio sus frutos la búsqueda de la excelencia en artes marciales en sus horas libres. «Dedicaba la misma carga de entrenamiento a luchar con el lado derecho y con el izquierdo. Y aprendí a luchar a pesar del dolor y en cualquier tipo de situación.»

Incluso las muchas clases de autodefensa que dio a mujeres y niños le resultaron útiles. «Aprendíamos a luchar contra un agresor, a resistir aunque la situación fuese desesperada. Al enseñar esos valores, los fortalecí en mí mismo.»

Un psicólogo clínico familiarizado con la experiencia de Young ha declarado: «La mediocridad no cabía en su sistema de valores. Se exigía a sí mismo luchar por alcanzar la excelencia. Los hábitos que fue desarrollando a lo largo del tiempo enseñaron a su cerebro a ser

resuelto y conservar la tranquilidad en situaciones de alto estrés. Su cerebro, sin tener que pensarlo, hizo exactamente lo necesario para sobrevivir.»

2. Prepárate mentalmente para la calle. «Tenía la costumbre de ir al trabajo treinta o sesenta minutos antes de empezar el turno —explica Young—. Me ponía el uniforme, abrillantaba la placa y los zapatos, preparaba el coche patrulla. Aquella rutina me ayudaba a aparcar mis asuntos personales y centrarme en el trabajo que tenía por delante.»

Young llevaba en la cartera una tarjeta con frases positivas para ayudarle a imponerse en enfrentamientos a vida o muerte. «Las repasaba de vez en cuando para que me quedaran grabadas en la cabeza. Me preparaba mentalmente: "Voy a imponerme en cualquier enfrentamiento contra una amenaza letal. Voy a volver vivo a casa después de mi turno".»

3. Añade valor a tus patrullas con acompañantes. Cuando llevas a un civil en el coche patrulla, es fácil pensar que lo haces para mejorar la imagen pública del cuerpo y que en realidad, en el mejor de los casos, tu pasajero es un estorbo. Sin embargo, es más productivo, dice Young, «comunicarte con el civil sobre las distintas posibilidades teóricas. Informarle sobre algunas cosas básicas»: por ejemplo, cómo funciona la radio, cómo vigilar las manos de la gente que te vas encontrando, qué hacer en caso de emergencia. «Nunca subestimes el valor de un civil valiente. No es imposible que un día te salve la vida.»

4. Haz un autoexamen crítico de tu actuación. Aparcando los elogios por su heroísmo, Young buscó objetivamente y encontró lecciones tácticas que podían convertirlo en un agente mejor (y más eficaz).

«Como Beckman se hallaba muy cerca de mí cuando lo vi, mi primera reacción instintiva fue intentar cubrir la distancia que nos separaba para controlar sus movimientos. Inicié una técnica de aplicación de dolor para que me obedeciera, pero el sospechoso no sintió nada porque había ingerido metanfetaminas. Tal vez habría sido más inteligente ampliar la distancia en un primer momento, desenfundar el arma, ponerme a cubierto y ordenarle que se diera la vuelta. Sin embargo, ampliar la distancia también habría podido crear una situación mucho más peligrosa para las personas que había en el aparcamiento. Lo más ventajoso habría sido conseguir que se diera la vuelta y sacara las manos de los bolsillos dándome la espalda.»

Antes del enfrentamiento físico con Beckman, «debería haber pedido refuerzos, sabiendo que posiblemente me enfrentaba a un posible preso en libertad bajo fianza. La policía de Ukiah no tenía ninguna unidad disponible en ese momento, pero aun así habría podido comunicarme con otros cuerpos policiales con los que solemos colaborar y pedirles ayuda».

Muchos policías llegaron después, cuando Young casi había muerto asesinado. Su mujer recuerda estar a su lado en el hospital mientras «los médicos y las enfermeras lo intentaban todo con él y los charcos de sangre iban haciéndose cada vez más grandes». Entonces, levantó la vista y vio «un mar de agentes de policía al pie de la cama. Nunca había visto tantos uniformes distintos en un espacio tan pequeño».

Sin duda, por lo menos uno de esos agentes habría podido acudir al aparcamiento del Wal-Mart para ayudarle. Si hubiera llegado antes de que empezase el tiroteo, el enfrentamiento habría podido resolverse sin derramar tanta sangre inocente.

Después de la acción

El vigilante de seguridad se recuperó de las heridas y se reincorporó al trabajo. Julian Covella se convirtió en policía y hoy día circula en

solitario en un coche patrulla por las calles de Ukiah. Ambos recibieron numerosas condecoraciones por sus acciones en el aparcamiento del Wal-Mart.

Seis meses después del tiroteo, el hijo de Young, Jeremy, entró en la policía de Ukiah como cadete. Ha sido nombrado dos veces Cadete del Año y hoy está cursando un grado universitario en orden público.

Viendo que tal vez quedaría relegado a tareas burocráticas como consecuencia de sus secuelas, Marcus Young decidió finalmente cursar un master en orientación psicológica «para continuar sirviendo de una forma distinta». En la universidad donde ahora trabaja, intenta atraer al «máximo de gente posible» a una carrera en las fuerzas del orden. Ha creado asignaturas en tres institutos de secundaria para que los adolescentes se familiaricen con la profesión policial.

Young se ha convertido en uno de los agentes del orden más galardonados del país. Entre su amplísimo abanico de reconocimientos públicos destacan los siguientes premios: Agente del Año por la Asociación Internacional de Jefes de Policía y la Medalla Presidencial por el Valor para Agentes de Seguridad Pública, la más alta distinción que puede recibir un funcionario del país. Julian Covella y el vigilante de seguridad recibieron la Medalla Carnegie al heroísmo.

Informe especial: escaparon de las fauces de la muerte

Ha terminado el tiroteo. El asaltante yace muerto en el asfalto, pero tu compañero está gravemente herido y pierde mucha sangre. Hasta que lleguen los equipos médicos de emergencia, ¿qué puedes hacer concretamente, desde primeros auxilios a apoyo psicológico, para ayudar a que tu compañero sobreviva a esta situación desesperada? Y si eres tú el herido, ¿qué puedes hacer para ayudarte a ti mismo, sabiendo que de las decisiones que tomes puede depender tu vida?

Te ofrezco el consejo de seis destacados especialistas en entrenamiento de supervivencia:

• El doctor Bill Lewinski: investigador en ciencias de la conducta con más de treinta años de experiencia en psicología de las fuerzas del orden y director ejecutivo del Centro de Investigación en Ciencia de la Fuerza, dependiente de la universidad estatal de Minnesota en Mankato.

• La doctora Alexis Artwohl: ex psicóloga de la policía municipal de Portland (Oregón) y coautora del libro Deadly Force Encounters.

• Robert «Coach» Lindsey: ex coronel y director de la academia de la policía del condado de Jefferson Parish (Luisiana), con más de cuarenta años de experiencia como formador.

• Brian Willis: veinticinco años como agente del orden e instructor en la policía de Calgary (Alberta), y creador del método «Entrenamiento de la mente ganadora».

• Paul Ruffolo: instructor en «La voluntad de ganar: Autoperfeccionamiento y motivación», con cerca de treinta años de experiencia como agente de la autoridad y formador en Estados Unidos y el extranjero.

• Dave Smith: instructor del seminario «Supervivencia en la Calle» de Calibre Press y veterano del Departamento de Seguridad Pública de Arizona.

Hilera superior: el doctor Bill Lewinski, la doctora Alexis Artwohl y Robert «Coach» Lindsey.

Hilera inferior: Brian Willis, Paul Ruffolo y Dave Smith.

Las técnicas que nos proponen pueden emplearse en cualquier situación de heridas graves —en un accidente de tráfico, por ejemplo—, ya sea ayudando a un compañero herido o a un civil que se halle entre la vida y la muerte.

1. Empieza a prepararte con antelación. «Los formadores deberían empezar a inculcar las técnicas de supervivencia ya en la fase de selección de personal —sostiene Ruffolo—. Los oficiales recién incorporados deberían tener una visión realista de lo feas que pueden ponerse las cosas en la calle, para no caer en el error tan habitual en los primeros años de carrera de creer que la placa y el chaleco antibalas te vuelven invencible. Pero también tienen que meterse en la mollera que no hay nada en la calle a lo que no puedan sobrevivir. Lo cual no significa que no haya nada que no pueda hacerles daño.

»La actitud que han de tener es: "Ahí fuera hay cosas terribles, pero puedo sobrevivir. Puedo imponerme en cualquier situación". Si un agente no tiene esa mentalidad, le resultará más difícil lidiar con una herida grave.»

Smith es de la misma opinión. «Al margen de si tienes formación en primeros auxilios, atender a un compañero o compañera herido (o,

lo que es todavía más estresante, a ti mismo) requiere una mentalidad fuerte. Es preciso que ensayes cómo sería, para ti o para un compañero, sufrir una herida de bala, cómo sería imponerte en la lucha y cómo iniciarías luego los primeros auxilios. Y eso implica auxiliarse también a uno mismo, empleando, por ejemplo, tu cinturón para hacerte un torniquete en la pierna o para aplicar presión directa sobre una herida. Vence mentalmente en la lucha, trata tus heridas, cúrate y ¡hazte más fuerte!

»Este tipo de práctica mental no significa angustiarse. Eso es justo lo que no queremos. Se trata, sencillamente, de una preparación positiva.»

Lindsey añade: «Cuando recibes una llamada avisándote de que hay un agente herido (una de las peores cosas que pueden pasarte), tienes que concienciarte y hacer un esfuerzo mental, emocional y espiritual que te prepare para lo que te vas a encontrar. En apenas treinta segundos, puedes conseguir traer a tu mente consciente cosas concretas que vas a tener que hacer, una suerte de "plan interno" que guiará tus pasos en el lugar de los hechos.

»Es muy posible que sea el momento más importante y difícil de toda tu carrera. Cuando has condicionado de forma sistemática tus respuestas a determinados estímulos, empiezas a ocuparte de lo ocurrido antes incluso de llegar al lugar de los hechos y te preparas para contribuir a la solución de problema, en lugar de agravarlo. La antítesis de esto sería un grupo de gente sin saber qué hacer alrededor de un agente herido que se desangra.»

2. Ocúpate primero de las cuestiones prácticas. Lindsey continúa: «Lo primero es calmarte y controlar tus emociones. Lo que menos te conviene es ver mermada tu capacidad de acción por culpa de factores que pueden reducir tu capacidad de rendimiento, como los excesos de adrenalina, tensión arterial, frecuencia respiratoria y estrés.»

En opinión de Willis, «como prestador de ayuda, tienes que proyectar una confianza y autoridad tranquilas, la misma actitud con la que estás acostumbrado a tratar con civiles en experiencias

traumáticas. Las personas en shock están asustadas, confusas, no saben qué va a pasar y se sienten muy solas aunque estén acompañadas. Necesitan alguien que tome el mando de su situación».

Es importante recordar, cuando llegas al lugar de los hechos, que «la inmensa mayoría de los heridos de bala, incluso en la guerra, sobrevive», dice Smith. «En segundo lugar, como agentes de la autoridad no esperamos a que los demás vengan a tratar nuestras heridas o las de nuestros compañeros. Somos responsables y capaces de tratar a quienquiera que esté herido. Esa es una de las creencias fundamentales (así como un rasgo de carácter) de un optimista, y las investigaciones demuestran que los optimistas tienen más probabilidades de sobrevivir.»

«Cuando llegas al lugar de los hechos —afirma Lindsey—, es posible que recibas disparos de la misma persona que ha herido a tu compañero. Tienes que protegerte y salvarte antes de poder protegerlo y salvarlo. No asumas que el agresor ha huido aunque no lo veas y no oigas disparos. Busca refugio para ti mismo y el agente herido y usa a los agentes que te han acompañado para fijar un perímetro de seguridad por si el agresor vuelve a aparecer.»

Cuando te hayas puesto a cubierto, tendrás que aplicar tus conocimientos de medicina de guerra. Por desgracia, apunta Ruffolo, muchos agentes «muestran enormes carencias» en este terreno. «Muchas veces, el herido no sobrevive porque no se le administran unos primeros auxilios básicos. Si la sangre sale a borbotones de una arteria, no es el momento de ponerse a hablar. Primero le haces un nudo y luego ya hablaremos».

Lewinski, por su parte, sostiene que «a veces, según lo que creas que van a tardar en llegar los médicos, es posible que debas contemplar la posibilidad de llevar al herido a las urgencias del hospital más cercano en vez de esperar. Ello le ayudará a ver que está cada vez más cerca de recibir atención profesional, lo que es mejor que quedarse tendido en el suelo con la esperanza de que no tarden demasiado, pero sin saber cuándo van a llegar».

Si finalmente decides quedarte en el lugar de los hechos, hay tres cosas básicas que debes hacer desde un punto de vista médico antes

de que lleguen los sanitarios: taponar la hemorragia, asegurar la respiración y prepararte para tratar un posible choque hipovolémico», señala Lindsey.

«Si el agente ha recibido un disparo en la zona protegida por el chaleco antibalas, es posible que sufra un trauma severo por impacto que afectará a su capacidad respiratoria y podría ponerlo en riesgo de entrar en shock. Si está inconsciente y no respira, ¿sabes cómo despejar sus vías respiratorias? ¿Sabes cómo devolverle la respiración?

»Si ha recibido el disparo en un punto no protegido, tienes que determinar en qué sitio se está produciendo la hemorragia: ¿En la herida de entrada? ¿En la herida de salida? ¿O en ambas? ¿Sabes cómo meter un trozo de tela en una herida para parar la circulación? ¿Sabes cómo enfrentarte a una herida penetrante de tórax? Tu dominio de estas técnicas tiene que ser practicable en una situación real, aunque solo sea para salvarte a ti mismo.

»Alguien puede haber tapado al agente herido con una manta para evitar que entre en shock. ¿Pero hay alguna otra capa aislante entre el herido y el suelo helado? El suelo podría ser el causante principal de su hipotermia.

»Sigue dándolo todo por ayudar al agente hasta que puedas transferir la responsabilidad a alguien que esté mejor capacitado en procedimientos y materiales.»

«No te olvides de preguntar al agente herido si puedes hacer algo por él o ella en ese mismo instante —apunta por su parte Artwohl —. El agente podría tener un deseo concreto, como que le pongas la chaqueta encima para abrigarse o que llames a su cónyuge para que le espere en el hospital. Son cosas importantes para el herido que podrías no recordar.»

Y, si eres tú el herido, comunica tus deseos a quienes te estén auxiliando. «Es fundamental lograr una buena comunicación a todos los niveles en estas situaciones de crisis», sostiene Artwohl.

3. Muéstrate animoso. «El agente herido puede estar muy cerca de sufrir un ataque de pánico: "¿Estoy muy mal? ¡No quiero morir!". La gente, cuando se encuentra en una situación así, quiere saber cuántas posibilidades tiene de salvarse y si podrás ayudarles», dice Lindsey.

«Es imprescindible que adoptes una actitud positiva: "Estoy contigo... Voy a ayudarte... Saldrás de esta. Te han disparado una vez. He taponado la hemorragia. Estás respirando. Voy a levantarte los pies y te mantendré caliente. La ambulancia llegará en dos minutos".

»Mantenlo informado para que no se inquiete imaginando qué va a ocurrir. Dale datos creíbles, verídicos, transmitiéndole con tu lenguaje verbal y no verbal que estás a su lado. Dile: "Mírame a los ojos y verás que te estoy diciendo la verdad"».

Lewinsky desarrolla este punto: «Las fantasías negativas son el peor enemigo para el éxito. Por ello, conviene reducir al máximo las posibilidades de que la mente del herido empieza a divagar sobre la gravedad de su estado. Si se centra en lo negativo, su imaginación puede ser su peor enemigo y, de hecho, podría provocarle un shock e incluso la muerte».

En primer lugar, Lewinsky recomienda «captar la atención del agente herido para que escuche bien lo que tienes que decirle. Debes conseguir que se olvide de cualquier preocupación interna y se concentre en tus palabras. Hazle saber que, juntos, lo conseguiréis. Saber que alguien lucha a brazo partido a tu lado tiene un efecto tranquilizador en la mayoría de personas.

»Las palabras concretas que le dirijas no son lo más importante. Tienes que transmitirle ánimos, la convicción de que, por más cruenta o desesperada que parezca la situación, la superaréis juntos. Si te muestras seguro y transmites tranquilidad, le ayudarás a convencerse de que podrá sobrevivir si trabajáis codo con codo».

«Demasiado a menudo, los agentes que intentan ayudar en estas situaciones se empeñan en dar órdenes al herido: "¡No te mueras! ¡No me hagas esto! ¡No te rindas!". Esas frases no ayudan —advierte Willis—. Una afirmación más positiva es decirle que "lo

peor ya ha pasado" y que estás ahí para apoyarle. Recalcar que lo peor ya ha pasado puede ser un recurso muy útil para conseguir que la mente del agente herido se centre de forma adecuada.

»Tienes que contrarrestar cualquier influencia negativa. Permitir que otros agentes o curiosos que presencian la escena comenten que la situación es horrible puede tener un impacto negativo inmenso. "Inmuniza" al agente herido diciéndole: "Es posible que oigas cosas negativas de las personas que hay aquí. No les hagas caso. Esta gente no entiende la situación". Ello contribuirá a reforzar tus mensajes positivos.»

Ya sea estando herido o intentando ayudar a otro agente, recuerda que el aspecto de una herida no es en absoluto determinante. «Ver mucha sangre no significa nada —asegura Artwohl—. Con la atención sanitaria de que disponemos hoy día, una bala podría atravesarte el corazón y aun así tal vez sobrevivas. En el lugar de los hechos, no dispones de la información necesaria para predecir de forma precisa las consecuencias a largo plazo de una herida por arma de fuego.

»Aunque tenga muy mala pinta, si el agente herido pregunta por su estado, asegúrale que los equipos sanitarios están a punto de llegar y que se recuperará. Lo más importante es que el agente se sienta seguro, protegido y esperanzado con respecto a su recuperación. Aunque no consigas convencerlo del todo, trasladar ese mensaje es muchísimo mejor que mostrarte pesimista».

Una faceta posible de una actitud optimista podría ser emplear el sentido del humor, especialmente si conoces bien al agente herido. «El humor es una de las mejores herramientas para mitigar el estrés y ayudar a tranquilizar a un herido», explica Artwohl. La psicóloga recuerda una situación en la que el herido, sufriendo de unos dolores terribles, se mostró preocupado por si iba a quedar desfigurado de forma permanente. Un amigo que le estaba auxiliando bromeó: «¡Sí, quedarás más feo de lo que ya eres!».

«Los policías están acostumbrados al humor negro —sostiene Artwohl—. Intercambiar insultos como suelen hacer los colegas en su relación cotidiana puede contribuir a aligerar el ambiente y normalizar la situación. Es de gran ayuda poder recuperar cierta

normalidad en una situación extremadamente estresante.»

Si no conoces bien al agente herido, puedes intentar introducir el humor en la situación con mucho tacto, propone Artwohl. «Tal vez, empezar con algo muy suave, como decir de forma delicada: “Odio cuando me pasa esto”. Observa su reacción.» Si eres tú el herido, puede ser útil hacer bromas sobre tu estado con las personas que te están atendiendo.

4. Usa el poder inconsciente de la mente. Mediante la suma de imágenes positivas, un lenguaje adecuado y la fuerza de la esperanza, puede lograrse lo que Willis denomina el «control verbal del trauma». Con el enfoque adecuado, afirma, «puedes detener la hemorragia de un agente herido, impedir que entre en shock e iniciar su curación y recuperación en el mismo lugar de los hechos. Con independencia de si ha recibido un disparo, una puñalada o sufrido un infarto, puedes trasladarle mensajes que le ayuden a usar su fuerza mental para sobrevivir, aunque esté inconsciente.

»Las personas gravemente heridas se hallan en un estado mental alterado que las hace muy sugestionables. Su estado mental no es analítico ni consciente, por lo que no discutirán ni rechazarán lo que les digas. En efecto, estás esquivando su mente consciente y hablas directamente a su inconsciente, que en circunstancias desesperadas es hiperreceptivo y puede procesar la información a velocidad de vértigo, incluso si la persona ha perdido el conocimiento y parece incapaz de oírte.

»Para hacer más efectivos tus primeros auxilios, dile al agente herido: “Hay cosas que puedes hacer para ayudarte a ti mismo. Puedes parar la hemorragia con el poder de tu mente. Deja que tu mente lo haga. Para de sangrar. Protege tu sangre. Verás que enseguida empiezas a sentirte mejor”. Recálcale de forma delicada, pero también firme, las órdenes que le das.

»El inconsciente controla todas las funciones autónomas del organismo. Sabrá hacer lo que le estás pidiendo al agente. Puede reducir el ritmo cardíaco, bajar la tensión arterial, reducir o parar la

hemorragia, segregar los inhibidores del dolor que el organismo produce de forma natural, todo ello a través del poder de la sugestión.»

Un sanitario que puso en práctica el enfoque de Willis le escribió para contarle la historia del marido de una agente canadiense que sufrió la rotura de un aneurisma aórtico en el abdomen. Sangraba de forma abundante no solo internamente sino también a través de la herida de una operación quirúrgica anterior. Sufría convulsiones intermitentes cuando llegaron los servicios médicos.

El sanitario informó: «Le hice un recorrido guiado por sus vasos sanguíneos, recordándole que estaban intactos y en perfecto estado, y le dije que podía atajar la hemorragia y conservar la sangre para sus funciones principales, y demás. En unos pocos minutos, la sangre se había coagulado en su herida exterior, taponándola. Tenía mejor color, y su estado general y pulsos periféricos habían mejorado para el transporte [al hospital]. Su doctor consideró que se había enfrentado a una situación desesperada y le dijo [días después] que lo ocurrido en el lugar de los hechos le había salvado la vida».

Para paliar el dolor, Willis propone ayudar a los agentes heridos a crear imágenes mentales positivas en las que se vean en un lugar agradable donde el dolor puede desaparecer. Refiere casos de víctimas de quemaduras graves a los que se dijo que imaginaran que «un arroyo de montaña de aguas frías y transparentes» bañaba su cuerpo y empezaba a curarlos. Ello no solo ayuda a mitigar el dolor, asegura, sino que además esas personas pudieron «recuperarse antes, presentando menos inflamación y cicatrices».

Empleando una técnica a la que Willis ha puesto el nombre de «ajuste del malestar», a un agente a quien se ha ayudado a mitigar el dolor gracias a la fuerza de sugestión puede decírsele al llegar al centro sanitario que el malestar volverá a aparecer de forma momentánea para que el doctor pueda efectuar un diagnóstico preciso. Después, podrá «bajarlo» otra vez.

Si eres el herido, Willis recomienda: «Acompasa la respiración para ralentizar tus respuestas fisiológicas. Tienes que decirte: “Lo peor ya ha pasado. Puedo dejar de sangrar”. Imagina que la hemorragia se

detiene y que la herida se cierra. Imagina que estás en el sitio que más te gusta y siente lo agradable que es estar ahí. Focaliza entonces tu mente para que revise y confirme que el resto de tu cuerpo está bien. De esta forma, no te obsesionarás solamente con la herida. Imagina (y haz) todo lo que sea necesario para ayudarte a ti mismo a superar el trance».

Estas técnicas serán más efectivas todavía si tienes experiencia avanzada en visualización positiva y simulacros de crisis. «A medida que vayas ensayando este enfoque con la imaginación y aplicándolo a distintos tipos de situaciones, te irás sintiendo más cómodo y capaz de utilizarlo. Aprenderás a destapar el increíble poder de tu mente cuando lo necesites», recalca Willis.

Lewinski es de la misma opinión. «Tu mente —lo que puede hacer y lo que tú te consideras capaz de hacer— es la herramienta más potente que tienes. Pero esta mentalidad no es un regalo del cielo. Tienes que cultivarla cuanto antes mejor, porque así podrás recurrir a ella cuando tu vida o la de un compañero penda de un hilo.»

5. Implica al agente herido en su propia supervivencia. «Debes darle algo que hacer al agente herido para que así sea partícipe del esfuerzo por salvarle la vida —insiste Lewinski—. Haz que se apriete la herida para taponar la hemorragia o que sostenga un trozo de plástico encima de su herida penetrante de tórax para ayudar a taparla, pídele que te hable o que sencillamente te mire a los ojos. Haz que colabore contigo de alguna forma y no permitas que se desentienda.

»Recuérdale que respire hondo y de forma acompasada como técnica para calmarle. Ello ayuda a bajar la frecuencia cardíaca y la tensión arterial, además de contribuir a reducir la hemorragia y el riesgo de entrar en choque hipovolémico. Si el agente está en shock o sufre un ataque de pánico, sangrará más. Cuanto más lenta circule la sangre, más fácil será que coagule.

»Si consigues que haga cualquier cosa, por pequeña que sea, se sentirá fortalecido. Cuanto más empoderado se sienta para participar de su propia supervivencia, más positiva será su actitud y

más efectivo será su trabajo con cualquier recurso disponible que le ayude a sobrevivir.»

Para subrayar la importancia de la participación del herido, Lewinski recuerda un terrible accidente de tráfico con varios muertos y heridos graves. «La persona más traumatizada en el lugar de los hechos era un novato que se quedó plantado y se limitaba a mirar lo que hacían sus compañeros. Como su cerebro no estaba ocupado en nada productivo, buscaba todos los aspectos negativos de la escena y se obsesionaba con ellos.»

Todo lo contrario ocurrió cuando Lindsey tuvo que acudir a socorrer a un agente con una gravísima herida de bala en el cuello que había recibido en un solar lleno de maleza. Los agentes temían que el agresor todavía estuviera al acecho. Como Lindsey necesitó los dos brazos para arrastrar a su compañero lejos del peligro, le dio a este su pistola y le pidió que los cubriera.

«De esta forma le di la oportunidad de ser partícipe de su propia supervivencia —explica Lindsey—. Apartó su mente de la gravedad de la herida y ello le dio fuerza para ser protagonista de su propia salvación.»

Si eres un agente herido, concentrarte en cualquier cosa que puedas hacer para ayudarte a ti mismo, aunque solo sea respirar hondo para calmar tu organismo, será importante. Si hay más gente a tu lado, «darles indicaciones te ayudará a tomar el mando de tu propia crisis —dice Lewinski—. Puedes empoderarte formando un equipo solidario que actúe con decisión.

»Sea cual sea la situación, lo más importante es tener el firme convencimiento de que puedes sobrevivir y estás empleando los recursos indicados para hacerlo.»

Menciona a un agente forestal que sufrió varias fracturas y otras heridas graves cuando su avión de vigilancia se estrelló en un paraje remoto de África. El agente tuvo que enfrentarse a unos peligros inimaginables. Hacía tanto calor que tuvo que buscar la única sombra disponible, debajo del propio avión, que tenía una fuga de combustible y podía estallar en cualquier momento. Leones y hienas estaban al acecho. Cuando decidió girar sobre su propio

cuerpo, se fracturó la pelvis por los dos lados. Cada vez que se movía, las astillas de hueso penetraban en sus músculos. Tenía espasmos por la acumulación de toxinas en su cuerpo. Temió el comienzo de una gangrena.

Pero se esforzó al máximo en apartar su mente de las heridas y centrarla en la supervivencia. Para empezar, y de forma meticulosa, buscó a gatas varios palos que amarró a sus piernas rotas con los cordones de sus botas para hacerse unas férulas.

«En una situación en la que la mayoría de gente solo podría ver un futuro lúgubre y desalentador y se dejaría morir de desesperación, este agente consiguió imponerse a todo —dice Lewinski—. Se mantuvo con vida hasta que finalmente dieron con él y fue rescatado. En todo momento mantuvo el convencimiento de que así sería.»

«Hasta los detalles más insignificantes que pueden ayudarte a conservar la vida son más poderosos en términos psicológicos que limitarte a esperar a que el destino te eche una mano —afirma Artwohl—. Casi siempre habrá algo que puedas hacer, aunque solo sea utilizar la radio para pedir ayuda. Debes buscar solución a los problemas a medida que estos se van presentando. No puedes quedarte de brazos cruzados como una víctima.

»Los supervivientes suelen ser personas que tienen la habilidad de conservar la calma bajo presión y controlar su respuesta emocional. También son proactivos. Tardan un solo instante en controlar su reacción de perplejidad (“¡Mierda!”) y se concentran en hacer todo lo que esté en su mano para salvarse.»

6. Motiva el deseo de vivir. Para motivar la voluntad de vivir, «intenta que el agente herido se concentre en cosas que son importantes para él: familia, trabajo, creencias religiosas, la jubilación, lo que sea», recomienda Ruffolo. «Si quieres que alguien luche, lo más fácil es que lo haga por lo que más le importa. Si se abandona, esas cosas y personas que son tan valiosas para él acusarán su desaparición. El herido tiene que sentir que su supervivencia tiene una finalidad, que su

supervivencia es imprescindible para sus valores. Al reforzar las cosas que son más valiosas para el herido, podrás supeditar su trabajo mental a la lucha por salvar la vida.

»Si conoces bien al agente, seguramente sabrás qué vínculo debes aprovechar y conseguir que ocupe un primer plano en su mente. Si no lo conoces, prueba con sus hijos o la familia. La gente suele ser muy sensible a ello. Si el agente es alguien con quien has trabajado estrechamente, dile que necesitas que sobreviva porque todavía tienes que aprender mucho de él.

»Debes estar atento a cualquier asomo de duda sobre sus posibilidades de supervivencia. Es posible que el herido o herida te pida que transmitas mensajes a su cónyuge o a sus hijos, por ejemplo. Puedes contestarle: "Se lo dirás tú mismo, porque saldrás de esta y volverás a verlos".»

Para crear una mentalidad óptima es preciso, entre otras cosas, aparcar el cinismo y reforzar la convicción de que la profesión policial es una vocación ejemplar, dice Ruffolo. «Como agente, sales a la calle y mejoras la calidad de vida de la gente todos los días. Es una profesión noble. Si estás plenamente convencido de ello, el efecto positivo sobre tu autoestima es constante. Verte como alguien que siempre debe dar el máximo para lograr sus objetivos te ayudará a sobrevivir cuando la situación te exija dar el máximo para sobrevivir».

7. Mantén la presencia. «El contacto físico, sea del tipo que sea, suele ser reconfortante, siempre que no comprometa el estado de salud del agente herido —dice Artwohl—. Como mínimo, cógele la mano. Siéntate a su lado en el suelo. Adopta una postura física relajada, sonríe, háblale en un tono tranquilo, evita toda terminología o expresiones faciales que puedan alarmarle. No camines nervioso ni te muestres agitado. Recuerda que el ochenta por ciento de la comunicación entre humanos es no verbal y que el agente herido captará tu lenguaje gestual y se verá influido por el mismo.»

Lindsey añade: siempre que sea posible, «hay que buscar a alguien

con el que el agente herido tenga una excelente relación y llevarlo a su lado para que lo acompañe en la ambulancia. Es preferible no entregarlo a unos desconocidos, si se puede evitar.»

8. Los días posteriores… «Cuando hayas logrado salir del trance —vaticina Ruffolo—, sentirás gratitud, además de una sensación de capacidad. Valora e interioriza lo que has logrado. Sobrevivir incrementa la confianza. Habrás aprendido esta lección: "Lo he conseguido. Si hoy lo he conseguido, podré hacerlo otra vez si es preciso"».

Sin embargo, es importante que sigas atento a tu bienestar, advierte Lindsey. «Por cada mancha en tu piel, hay una mancha dentro de tu cuerpo que es necesario lavar. Es posible que el agente que fue herido no sea el único que necesite terapia para tratar un trastorno por estrés postraumático.»

7. Ingenuidad desesperada

«Ahí fuera, en la oscuridad, estaba sangrando como un cerdo degollado. Pero no estaba dispuesto a morirme.»

¿Unas bridas de plástico pueden servir para algo más que para retener temporalmente a un sospechoso? ¿Y si también pudieran servir para salvar a un agente gravemente herido?

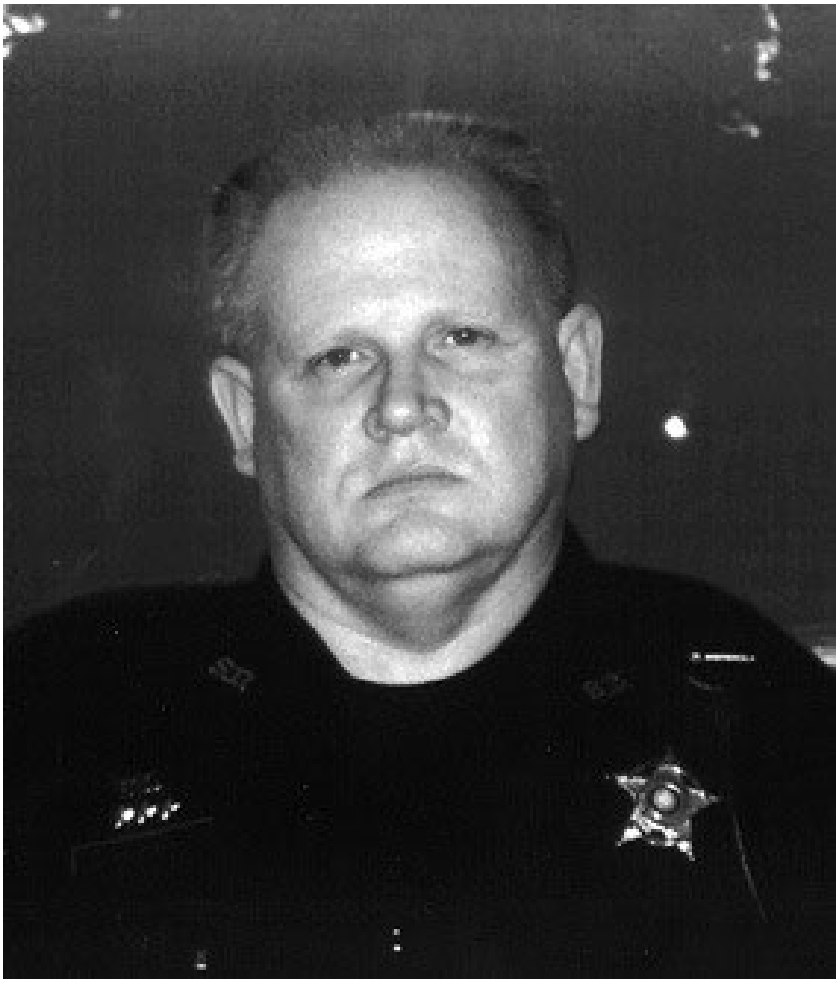
Para el agente Ed Martin, una de esas sencillas tiras de nylon fue el ejemplo supremo de cómo llevar a la práctica un mantra de supervivencia que suelen repetirse los policías: «Improvisa... Adáptate... y vence».

En un turno de madrugada que empezó tranquilo, la deflagración sorpresiva procedente de una escopeta disparada por un criminal que ya había asesinado a tres personas penetró en el brazo izquierdo del agente Martin, le seccionó una arteria y lo envió tambaleándose a las puertas de la muerte. «De no ser por esa brida —le dijo a un civil que le preguntó por el peligro que había corrido su vida—, no estaríamos hablando.»

A sus cuarenta años, Martin era uno de los cuatro agentes de la policía del condado de Jefferson que habían salido a patrullar los dos mil quinientos kilómetros cuadrados en torno a Beaumont (Texas) antes del amanecer de esa mañana de junio. Acababa de pagar la cuenta de su desayuno en un ihop abierto las veinticuatro horas que había no muy lejos de su comisaría cuando su radio empezó a crepitar con un mensaje a las 03:26. Se había informado de un altercado doméstico en una residencia particular a unos tres kilómetros del minúsculo pueblo de China (población de 1.100 personas), a unos treinta kilómetros al oeste del restaurante.

El agente Luther Bracken, quien había desayunado con Martin y trabajaba ese turno en una unidad de refuerzo que circulaba sin zona asignada por los tres grandes distritos del condado, le dijo que

le seguiría en cuanto pagara su cuenta. Martin salió solo. Activó la sirena.



Los agentes Ed Martin y Luther Bracken

De camino, el operador de sala le avisó de que la situación parecía «cada vez más grave». La denunciante no identificada, quien había llamado desde el interior de la vivienda, había dejado el auricular sin cortar la llamada. El operador estaba oyendo «gritos, chillidos, portazos» y otros indicios de que aquel altercado era grave e iba a más.

Unos quince minutos después del aviso inicial, Martin llegó al lugar de los hechos, una humilde casa de ladrillo de una sola planta con un cobertizo para el coche, situada entre arrozales y pastos para el ganado, junto a un tramo escasamente urbanizado de la carretera de North China. Había una camioneta aparcada en el largo camino de acceso a la vivienda, lo bastante lejos de la carretera asfaltada para que Martin pudiera encajar su coche patrulla justo detrás.

«Me pareció extraño que la camioneta estuviera tan lejos de la casa, como si la persona que había llegado en ella no quisiera que nadie se percatase de que había aparcado allí —recuerda Martin—. Me hizo pensar en un chaval que llega tarde a casa y espera poder entrar sin que sus padres se enteren. Pero también pensé en un intruso.»

Sin embargo, lo que le preocupó de verdad fue el silencio. «Si la gente grita y chilla tanto como para que alguien avise a la policía —comenta—, la pelea suele seguir en marcha cuando llegas: discusión a grito pelado, insultos, tacos, lanzamiento de objetos.» Pero en esta casa reinaba un silencio espeluznante y el agente no detectó ningún indicio de movimiento en su interior. «Esto no me gusta nada —pensó—. Algo va mal aquí.»

Cerró con llave su coche patrulla como medida de protección contra la posibilidad de que alguien se acercara por detrás y accediera a las armas que guardaba dentro. Luego, echó a andar por el patio de camino a la casa. Salvo por una luz «en la parte trasera de la casa», reinaba una oscuridad total: la luna tapada por las nubes, ni una sola luz en el patio, ninguna farola en la carretera. «Cuando llevas tanto tiempo haciendo turnos de noche, desarrollas una muy buena visión nocturna», dice Martin. No encendió la linterna y mantuvo la mano junto a su Glock 22 del calibre 0,40.

La entrada principal consistía en una contrapuerta de cristal que daba a un zaguán techado y sin luces de un metro y medio de longitud aproximadamente. Al final del zaguán había una puerta de madera maciza que daba a la vivienda propiamente dicha. A Martin tampoco le gustó la distribución del espacio; incluso murmuró para sus adentros: «No me gusta estar atrapado en una caja». Aun así, decidió abrir la contrapuerta, encendió la linterna y entró en el zaguán.

Aquel espacio no era lo bastante ancho para permitirle colocarse enteramente a un lado de la puerta interior de la casa. Aun así, pudo ver por la posición de los goznes que la puerta de madera se abría hacia dentro, de modo que, al cerrarse la contrapuerta a su espalda, por lo menos tenía la ventaja de estar situado en el lado opuesto a los goznes de la puerta interior, lo que le daba la esperanza de estar fuera del campo de visión inmediato de alguien que la abriera desde dentro.

Sin embargo, con sus dos metros de estatura y ciento veinticinco kilos de peso, no lo tenía fácil para esconderse. Su mejor opción, pensó, era llamar con el puño y salir inmediatamente del zaguán para establecer el contacto con los inquilinos desde el exterior. Llamó a la puerta y dijo en voz alta: «¡Policía!».

Apenas se había echado atrás medio paso cuando, «en menos que canta un gallo», la puerta interior se abrió de par en par y un hombre al otro lado del umbral le descerrajó un tiro con una escopeta de corredera del calibre 12. El cañón estaba a apenas unos centímetros de distancia.

La mayoría de los perdigones doble cero atravesaron el bolsillo superior izquierdo de la camisa de su uniforme y penetraron en la primera capa de su chaleco de kevlar. Tres «perdigones rebotaron entre ellos» y penetraron en su bíceps izquierdo. La parte central del antebrazo, que había levantado para enfocar con la linterna, recibió el impacto de los gases, la onda expansiva y el taco del cartucho. El impacto le arrancó un trozo del brazo de unos veinte centímetros de largo y diez de ancho, y del grosor de una baraja de cartas, ocasionándole lesiones en nervios y tendones que le incapacitaron el brazo de forma instantánea. «Toda mi carne se había evaporado», explica Martin. La linterna cayó repicando al suelo.

«¡Hijo de puta!», gritó Martin. Disparó cinco veces con su pistola. Dos balas impactaron en su agresor, una en la mano y la otra, tras rozar la escopeta, en el pecho. Sin mediar palabra, el sospechoso se metió el cañón de la escopeta en la boca y apretó el gatillo. Volaron trozos de carne y cráneo como si hubiera estallado un melón. El hombre se derrumbó en el umbral, muerto.

La deflagración sorprendió al agente Martin atrapado en un estrecho zaguán.

Neutralizada la amenaza de forma rotunda, Martin se miró el brazo. «Me vi los músculos y los tendones del antebrazo al aire. La parte superior del brazo bombeaba un torrente de sangre roja y brillante. Los perdigones me habían seccionado la arteria. Luego supe que la arteria también me había reventado a la altura del antebrazo, pero en ese punto no sangraba tanto porque la sangre se perdía antes de llegar.»

Martin llamó por radio pidiendo ayuda y fue corriendo a su coche patrulla, que estaba a más de treinta metros de distancia. Pensó que podría hacerse un torniquete con la correa de su fusil AR-15, que tenía dentro del coche cerrado, en un soporte en el techo. Sin embargo, cuando llegó a la puerta del coche, vio que había perdido la llave. La llave se había desprendido de su llavero de cinturón y debía de estar en el césped del jardín a oscuras. Martin sacó la porra extensible y reventó la ventanilla.

La sangre salía a borbotones de su arteria y el agente Martin buscó algo dentro del coche con lo que salvar la vida.

Dentro, la correa del fusil se convirtió en un obstáculo formidable para un hombre que solo disponía de una mano útil y que perdía sangre a toda velocidad. La correa estaba atada al fusil con una brida de nylon y Martin no conseguía liberarla con sus dedos temblorosos. «Si hubiera pensado con más claridad, habría recordado que tenía una daga en una de las rejillas de ventilación del coche. Habría podido cortar la brida con la daga».

Una opción que sí se le ocurrió fue usar el cable del micrófono que llevaba en el hombro para cortar la hemorragia, pero no se atrevió a hacerlo por miedo a perder el contacto por radio con su operador. Intentó calmarse para reducir su ritmo cardíaco, «pero es difícil conseguirlo cuando acabas de salir de un tiroteo».

Entonces, casi tres desesperados minutos después de haber pedido ayuda, el agente Bracken, de quien se había separado después de desayunar en el restaurante, llegó al lugar de los hechos en su coche. «Tenemos que encontrar algo con lo que hacerme un

torniquete en el brazo», exclamó Martin cuando Bracken llegó a la altura coche patrulla de su compañero y vio toda la sangre.

—Creo que tengo unas bridas—dijo Bracken.

—¡Ve a buscarlas!

En cuanto ciñeron la tira de plástico en torno a la parte superior del brazo de Martin, la hemorragia menguó visiblemente. Pero el diseño de la brida impedía que, una vez ajustada, pudiera aflojarse. «Sabía que si la sangre quedaba bloqueada demasiado tiempo, podía perder el brazo —dice Martin—. Aunque lo que más preocupaba en ese momento era morir desan-

grado.»

Los perdigones excavaron una terrible galería a través de la piel, los nervios, el músculo y los vasos sanguíneos.

Y tenía más razón que un santo. Los médicos le dijeron más tarde

que otros cinco minutos de pérdida de sangre incontrolada le habrían costado la vida. La brida, en efecto, lo había salvado de las fauces de la muerte.

Martin no tardó en recibir en asistencia médica profesional. En primer lugar, un equipo de atención sanitaria urgente inició un tratamiento intravenoso y, luego, un helicóptero de rescate que había sido destinado a un accidente de tráfico en la misma zona fue desviado al lugar de los hechos.

Sin saber todavía si podría sobrevivir a sus heridas, Martin le entregó su alianza de boda a Bracken y su placa a uno de los sanitarios que lo acompañaron en el helicóptero, con la petición expresa de que solo podían dárselos a su esposa. Sin embargo, pensar de forma consciente en su esposa y sus tres hijos pequeños alimentó su voluntad de sobrevivir.

Mientras el helicóptero transportaba a Martin a las urgencias de un hospital en Beaumont, Bracken y el sargento Bruce Koch registraron la casa y descubrieron enseguida las terribles circunstancias que habían precedido al disparo de escopeta.

La furgoneta que Martin había visto en la entrada de la casa pertenecía a Richard Jennings, de cincuenta y dos años, el delincuente que había disparado contra el policía y luego se había suicidado en la puerta. En la casa vivían su mujer, de la que estaba separado, y sus tres hijos. Antes de que Martin pudiera personarse, Jennings había montado en cólera porque su mujer, de cuarenta y tres años, había decidido divorciarse de él tras quince años de matrimonio. La mató de un disparo y luego hizo lo mismo con dos de sus hijos, un niño de once años y una niña de siete.

También disparó contra su hijo de trece años, pero el chico logró escapar de la carnicería y corrió a la casa de un vecino. Una amiga de la niña, que había ido a dormir con ella, fue encontrada detrás de una cortina, aterrorizada pero ilesa. Al aparecer en aquel momento, Martin le había salvado probablemente la vida, según declaró más tarde el sheriff Mitch Woods.

Según algunos de sus familiares, Jennings, quien ya había pasado por un divorcio anteriormente, «creía que lo estaba perdiendo

todo». En una triste ironía del destino, el padre de Jennings también había matado a su esposa, estrangulándola tras cuarenta y cuatro años de tormento matrimonial.

Esa noche en la carretera de China, Martin se convirtió en el primer policía del condado en recibir un disparo en acto de servicio en la historia reciente. Dos meses más tarde, fue galardonado con la Estrella de Texas en el Capitolio del estado. Esta condecoración es un reconocimiento a aquellas personas que, trabajando para los servicios de emergencia, «se han expuesto a graves riesgos en el cumplimiento de su deber».

«Cuando fui a Austin a recibir el reconocimiento de manos del gobernador —recuerda Martin—, quise dedicar unos minutos a visitar el memorial por los policías caídos en acto de servicio que se encuentra en el Capitolio. Busqué los nombres de agentes a los que había conocido, y había varios. Pero al empezar a mirar el muro me di cuenta de que no podía pasar por los otros nombres echándoles tan solo un vistazo. Me sentí obligado a leerlos todos.»

Era lo que había que hacer, dice Martin: un reconocimiento solemne de que a veces la frontera entre quién vive y quién muere es tan delgada como una brida. También fue una plegaria silenciosa en señal de gratitud.

Lecciones aprendidas

Mientras se prepara para volver algún día a las calles, Martin enumera algunas de las lecciones que pretende incorporar de su visita a la casa de los horrores:

1. Ajusta tu respuesta táctica a tu «lectura». «Tendría que haber escuchado esa vocecilla que todos llevamos dentro —dice Martin—. Tuve una sensación muy desagradable desde el principio con esa misión.» Sin embargo, no tiene inconveniente

en reconocer que algunas de sus respuestas tácticas no mostraron la debida precaución. En particular, habría podido evitar ese embudo letal en el zaguán de la casa si hubiera llamado a la contrapuerta de cristal en vez de acercarse a la puerta interior. De haber sido así, habría podido situarse al lado de la puerta, sin exponerse en absoluto, y habría tenido más tiempo de reacción ante cualquier sorpresa desagradable. «No voy a volver a meterme en una caja mortal en mi vida».

2. Usa tu «cobertura portátil». Por el lado positivo, la promesa que Martin le hizo hace años a su esposa de que «siempre me pondré el chaleco cuando lleve el uniforme o cualquier otra cosa que insinúe que trabajo para las fuerzas del orden» le dio muy buenos frutos. «Si el chaleco no hubiera detenido el grueso de los perdigones, el disparo seguramente me habría volado el pulmón izquierdo o quién sabe si algo peor. Hay que estar chiflado para no llevar un chaleco ligero hoy día. Sí, hace calor en Texas. Pero nunca he sabido de nadie que haya muerto por sudar. En el peor de los casos, pierdes unos kilos y a muchos compañeros no nos vendría nada mal.

»Cuando veo a compañeros sin el chaleco, me pongo a rezar por ellos y rezo por poder asistir a su fiesta de jubilación y no a su funeral.»

3. El valor de la ira. «Me cabreó muchísimo que me disparase, que pudiese desenfundar antes que yo. No me gusta perder ni al parchís y no me rindo fácilmente.» Su ira, afirma, tuvo mucho que ver con la resolución con la que atajó la amenaza y pudo conservar la vida.

4. Acepta la responsabilidad de ser el primer sanitario. «Pregúntate "¿Quién es el primer sanitario cuando recibes un disparo?". No será otro agente, ni tampoco el equipo médico que acuda a socorrerte. Eres tú. Tienes que ser tu primer

sanitario hasta que llegue alguien que pueda atenderte mejor.»

Aceparlo implica que has de saber cómo administrarte unos primeros auxilios para una herida de bala o por arma blanca. Y, cuando ensayes mentalmente situaciones de crisis, deberías analizar tus diversas opciones para proteger tu vida y reforzarlas.

5. Adopta una mentalidad de supervivencia. «Crecemos viendo series y películas en las que la gente cae muerta al primer disparo. De forma subliminal, esas imágenes van dejando su impronta en tu mente, lo reconozcas o no. En lo más hondo, tu cerebro te dice: "Si recibes un disparo, morirás".

»Como parte de tu formación, debes desarrollar una mentalidad que te permita contrarrestar esos pensamientos. De lo contrario, si te disparan, podrías resignarte a creer que estás perdido y entonces es muy posible que eso sea lo que ocurra.

»Ahí fuera, en la oscuridad, estaba sangrando como un cerdo degollado. Pero no estaba dispuesto a morir. Tenía mujer e hijos en casa esperándome. Me dije a mí mismo: "No aquí, no ahora". Si recibes un impacto, no vas a morir necesariamente. Soy la prueba viviente de ello. Pero tienes que luchar con la convicción de que vas a ganar la partida.»

Después de la acción

«Hay que recorrer un largo camino para curarse», ha comprobado Martin. Meses después de ver peligrar su vida, «mi mano sigue sin sensibilidad, aunque me dicen que la recuperaré con el tiempo. Sigo sintiendo dolor, aunque ahora ya es "normal" y el único medicamento que tomo es para los nervios, para ayudarme a controlar las pequeñas "explosiones" que voy sintiendo a medida que las conexiones nerviosas se van regenerando.»

Se ha sometido a múltiples cirugías a fin de reconstruir su brazo

gravemente dañado. Aún tiene pendientes otras, además de innumerables sesiones de extenuante rehabilitación. Con todo, los médicos no se atreven a predecir si podrá recuperar plenamente la funcionalidad de su mano izquierda.

Inasequible al desaliento, Martin se promete que volverá a incorporarse al trabajo, aunque ello requiera que le amputen el brazo y se lo cambien por una sofisticada prótesis que pueda ofrecerle una mayor funcionalidad.

8. ¡Emboscada!

Tres policías en bicicleta en un callejón oscuro reciben una lluvia de fuego cuando un resuelto pistolero decide recurrir a ellos para suicidarse.

Horas interminables de aburrimiento e instantes de puro terror, suele decirse del trabajo de policía. Y el terror suele estallar sin previo aviso.

Una mañana de principios de marzo, en Tempe (Arizona), tres policías en bicicleta estaban tratando con un sospechoso de haber invadido una propiedad privada. Un minuto después, estaban luchando a vida o muerte contra un pistolero ebrio empeñado en la misión de que los policías acabaran con su vida. «Las cosas fueron de “cero” a “¡mierda!” en cero coma cero segundos», recuerda uno de los policías.

En menos de diez segundos, se intercambiaron más de veinte tiros. Dos agentes yacían heridos, uno de ellos en estado crítico. El sospechoso estaba muerto. Había cumplido su misión.

Todo empezó poco después de la medianoche, cuando los agentes Chuck Bridges y Steve Smith pedaleaban por una concurrida zona de bares y ocio cerca del campus de la universidad estatal de Arizona. «Había cincuenta y dos locales con licencia para servir bebidas alcohólicas en poco más de dos kilómetros cuadrados —recuerda Smith—. La gente acudía a la zona de todas partes, también de algunos de los barrios más duros de la ciudad, y llevaban sus herramientas de destrucción encima. Cada noche teníamos que quitarle el arma a alguien.»

El agente Chuck Bridges

Era la segunda noche de Bridges como policía en bicicleta. Desde el primer momento, supo que la misión encomendada no sería pan comido. En su primer turno, él y Smith, un agente de la patrulla ciclista con dieciocho meses de experiencia, se habían enfrentado a

un borracho cabreado que perseguía a la gente y pegaba martillazos a las papeleras y las señales que encontraba a su paso. Lo había intentado con Smith, y Bridges había estado a punto de dispararle, pero al final consiguieron hablar con él y tranquilizarlo.

Esa segunda noche, en cambio, había empezado más sosegada. La zona se estaba recuperando tras las juergas de la fiesta de San Patricio y había menos gente en las calles. Cuando los agentes pasaron frente a un callejón que conducía a un bloque de oficinas, Smith detectó a «un transeúnte problemático y antisocial» al que había detenido varias veces por invasión de la propiedad privada. «Era un heroinómano y siempre llevaba droga encima —dice Smith —. Los dueños no querían que hiciera sus trapicheos en los locales de ocio.» Los agentes decidieron espantar al veinteañero de la zona por enésima vez.

Interceptaron al sospechoso en la bocacalle cuando este había empezado a alejarse. «Solía mostrarse obediente, pero esta vez estaba muy agitado y tuvimos que emplear cierta fuerza para controlarlo», dice Smith. Lo esposaron y Bridges solicitó por radio un coche patrulla para llevarlo a las dependencias policiales.

Cuando Smith empezó a cachearlo (no tardó en descubrirle un alijo de setas alucinógenas entre las múltiples capas de ropa), el sargento John Schaper se presentó en su bici. Tenía la intención de hablar con Bridges sobre un asunto burocrático sin relación con la detención, aunque también ayudó a controlar al sospechoso «jaranero». Era la primera noche de Schaper como supervisor de la patrulla ciclista de la policía. Había aceptado la responsabilidad a petición de Smith, de quien hacía años que era amigo.

Mientras trabajaban, una furgoneta blanca Ford destartalada se detuvo a unos siete metros y medio, en la calle transversal a la entrada al callejón. Bridges, de espaldas a la calle, no vio la furgoneta. Smith y Schaper tampoco repararon en ella en un primer momento.

El conductor, quien más tarde fue identificado como Brian Ball, de treinta y dos años, saltó del vehículo y sin cerrar la puerta caminó a toda prisa hacia los agentes.

«Me percaté de su presencia cuando se encontraba a unos tres metros de nosotros —diría Schaper más tarde—. Al principio, supuse que era simplemente un turista que quería saber cómo se llegaba a algún sitio o alguien a quien habían puesto una multa de estacionamiento y tenía ganas de quejarse. Cuando eres policía en bicicleta, ocurre todos los días que la gente te aborde por estos motivos.

»Sin embargo, cuando se acercó un poco más, vi que empuñaba un arma y supe que nos daría problemas.»

Para entonces, Smith también había levantado la vista y había reparado en el arma, una Colt semiautomática del 0,32, «vieja y gastada». El desconocido exhibía «la mirada de las mil yardas y apretaba la mandíbula». Smith y Schaper gritaron: «¡Chuck, va armado!». Todo ocurrió «en décimas de segundo», recuerda Smith.

El arma apuntó en primer lugar a la cabeza de Chuck Bridges. Este empezó a girarse hacia la izquierda, pero, antes de poder volverse por completo, Ball bajó ligeramente el arma y le disparó a menos de metro y medio. La bala impactó en el chaleco blando de Bridges, a apenas seis milímetros del borde, entre la axila izquierda y la cadera.

Inmediatamente, y «con los ojos abiertos como sartenes de medio metro», Ball disparó por segunda vez, esta vez a Schaper. La bala impactó en el costado derecho del sargento, justo por debajo de la protección, y penetró en su cavidad abdominal. El policía cayó al suelo.

«¡Mierda! ¡Ahora me toca a mí!», pensó fugazmente Smith. Ball se volvió hacia él y empezó a disparar.

«Estaba a poco más de un metro de distancia y yo mido más de metro ochenta y peso cien kilos. Era el blanco más grande disponible. Hasta un ciego me habría dado —dice Smith—. Pero milagrosamente no lo hizo.»

Sin embargo, Schaper se encontraba en estado crítico. La bala había descrito una trayectoria errática en su cuerpo y «le había dado en todas partes», recuerda Smith: le atravesó la vena cava (la gran

vena que lleva la sangre al corazón), le seccionó el apéndice y el uréter, y le perforó el colon. «Intentó volver a la lucha, pero las heridas eran demasiado graves», dice Bridges. Schaper se derrumbó entre dos transformadores que había a un lado del callejón.

El sargento herido cayó entre dos cajas eléctricas, fuera de combate.

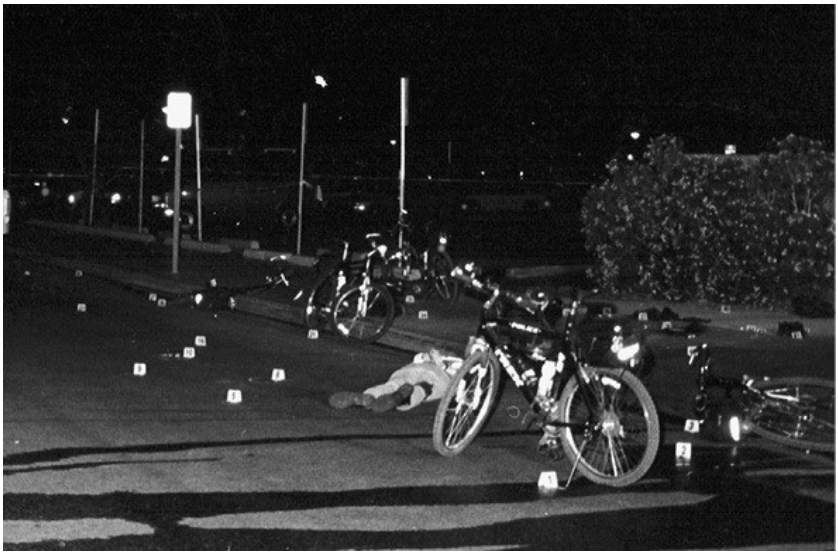
Bridges también estaba herido. Su chaleco había detenido la bala, pero la contusión le había dejado dolorido, sangrando y con un tremendo hematoma.

«Sabía que tenía que reaccionar inmediatamente —recuerda Smith —. Tenía a un detenido esposado que estaba a punto de subirse por las paredes y a dos compañeros heridos a los que tenía el deber de proteger. “Este tipo quiere matarme y no se lo voy a permitir”, recuerdo que ese fue literalmente el pensamiento que me pasó volando por la cabeza.» Instintivamente, tiró de un empujón al detenido histérico al suelo, sacó su Smith & Wesson del calibre 0,45 y empezó a responder al fuego.

Bridges también participó en la batalla. Cuando la primera bala del

agresor le golpeó, dio un giro de trescientos sesenta grados al tiempo que desenfundaba su Glock del 22 sin darse cuenta de lo que hacía. Cuando completó el giro y se encontró frente a frente con el emboscado, estaba listo para disparar. Bridges recuerda: «Cuando sentí el impacto de la bala, ignoraba la gravedad de la herida o si el chaleco la había parado. Pero sabía que tenía que contratacar con todas mis fuerzas. Pensé: "¡Tengo que ganar cueste lo que cueste!"».

Durante los seis meses anteriores, había ido una vez a la semana en sus horas libres a un campo de tiro para afinar la puntería con su arma reglamentaria. «Ese entrenamiento suplementario valió la pena. Fui capaz de reaccionar muy deprisa.» Localizó a Ball en su punto de mira y empezó a disparar. «Supe que iba a destrozarlo.»



El delincuente vio las bicicletas... y una oportunidad.

Al mismo tiempo que Bridges y Smith abrían fuego contra su agresor, vivieron una de las peores pesadillas que pueda encontrar un policía en su trabajo. El letal agresor no caía.

«Vimos cómo la espalda de su chaqueta saltaba cada vez que una de nuestras balas impactaba de lleno en su cuerpo, atravesándolo y saliendo por detrás —dice Smith—. Sabíamos que le dábamos con cada disparo, pero el tipo no caía. Seguía disparando contra nosotros, aunque tenía varias heridas mortales de necesidad.»

Siguieron disparando hasta que, finalmente, cayó al suelo y el arma le saltó de la mano. Quedaba una sola bala en el cargador. «No dejó de disparar hasta que besó el suelo», dice Smith. Con el agresor tendido en el asfalto, Bridges lo esposó mientras Smith le cubría.

En apenas unos segundos, los agentes habían disparado catorce balas contra Ball. Ocho de ellas impactaron en su pecho. Cinco de ellas le provocaron heridas a las que no habría sobrevivido, según el forense, puesto que le habían reventado el corazón instantáneamente y le habían dañado otros órganos vitales de forma irreparable.

La herida de Bridges finalmente no revistió peligro de muerte. La del sargento Schaper resultó mucho más grave. «Mantuvo una buena actitud mental en el lugar de los hechos, consiguió acompasar la respiración y controlar las emociones», dice Smith. Schaper se había visto envuelto en dos tiroteos en su carrera profesional. «Sabía lo que tenía que hacer para no convulsionar y morir desangrado. No tenía por qué saberlo, pero el caso es que lo hizo.»

El personal sanitario no entendía cómo había llegado vivo al hospital. «Nunca habían visto sobrevivir a alguien con una herida así», dice Smith. «Murió dos veces en el quirófano», mientras los cirujanos intentaban reparar su cuerpo. Finalmente consiguió salir con vida, pero las heridas le obligaron, de mala gana, a jubilarse por motivos de salud, asumiendo que la lucha por recuperarse mental y físicamente le llevaría probablemente toda la vida. «Era un hombre muy activo —dice Smith—. Disfrutaba saliendo a correr todos los días por las montañas. Eso se terminó.»

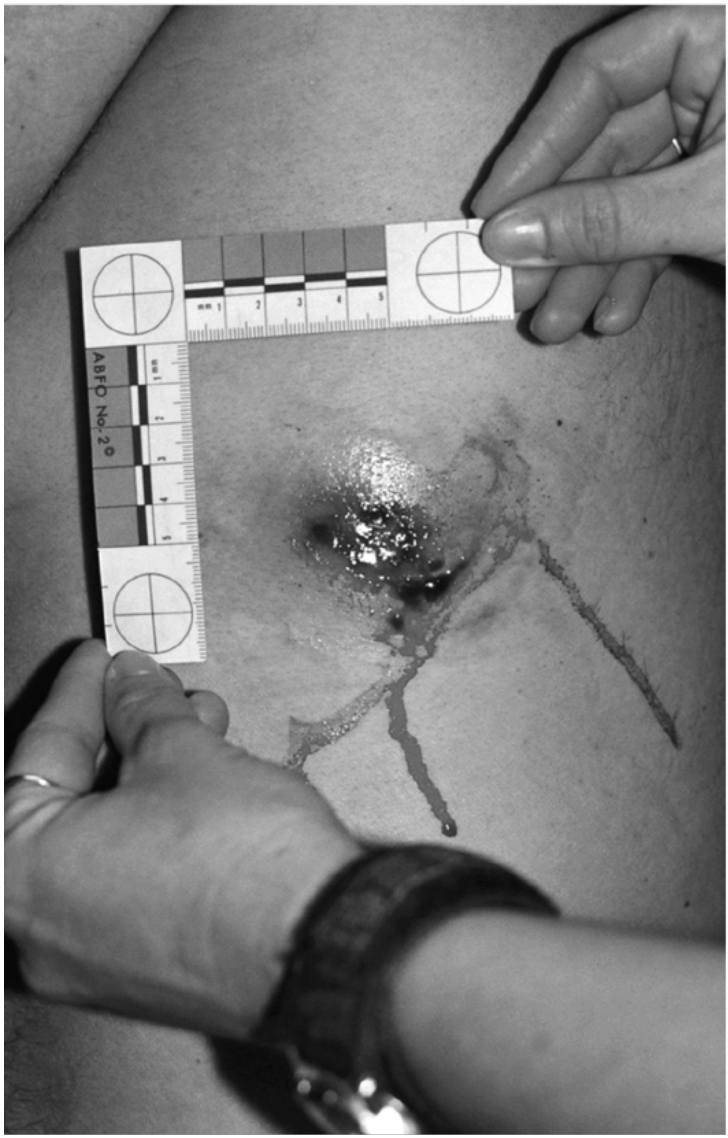
Un suicidio por medio de la policía.

Según Smith, la familia de Ball «envió una carta a John disculpándose» por lo que el sospechoso había hecho. «Nos dieron su apoyo en las medidas que tomamos.»

La investigación reveló que se trataba de un caso típico de «suicidio por policía». Ball era un perdedor empedernido que quería acabar con su vida, pero prefirió que la policía le hiciera el trabajo sucio. Alcohólico y con problemas mentales, «le gustaba imitar a los tipos duros de las películas y se hacía fotos posando como ellos», dice Smith. «Dibujó a su padre en la pared de su apartamento y hablaba con él. Su esposa le tenía tanto miedo que se mudó a Hawái para perderlo de vista.»

La mañana anterior al tiroteo, había perdido su trabajo como empleado de mantenimiento en unos apartamentos. Se pasó todo el día en el bar y se tomó tantos White Russians que el barman tuvo que mandar a por más suministros. Se gastó sus últimos dólares invitando a sus compañeros de borrachera a pollo frito en un local de comida rápida al otro lado de la calle. Entrada la noche, cogió

un cuchillo e hizo el tímido intento de apuñalarse, pero los parroquianos del bar le arrebataron el arma antes de que pudiera hacerse daño.



La «iniciación» de Bridges
en la brigada ciclista de la policía.

Más tarde, los amigos de Ball dirían a la policía que había comentado varias veces tener deseos de suicidarse, pero que temía no tener el coraje necesario para hacerlo. Había hablado de obligar a la policía a que lo liquidara. «Dos sospechosos armados habían sido abatidos por la policía en la zona unas semanas antes de nuestro encuentro —dice Bridges—. Ball lo sabía. Sus amigos nos dijeron después que les había preguntado: "¿Sabéis que los polis te disparan si les sacas un arma?".»

Tras aquel primer gesto suicida de dudoso convencimiento, Ball se levantó borracho y desconsolado de su taburete y dijo antes de marcharse: «Adiós. Voy a meterme en problemas». Le habían retirado el permiso por acumular varias sanciones por alcoholemia, pero ello no fue impedimento para que se subiera a su camioneta y enfilara hacia el distrito en el que Smith y Bridges estaban patrullando. Su tasa de alcoholemia triplicaba el límite legal.

«Buscaba policías —dice Bridges—, y sabía que siempre podría encontrarlos en esa zona. Llevaba las matrículas caducadas y creemos que confiaba en que le parasen por eso.

»En realidad, fue una suerte que se cruzara con nosotros tres. Estaba listo para disparar en cuanto tuviera a un poli en su punto de mira. Si un agente en solitario y sin refuerzos a la vista lo hubiese parado y se hubiera acercado a su furgoneta, seguramente habría muerto antes incluso de saber quién le disparaba.

»Cuando Ball aparcó cerca del callejón, tuvo que enfrentarse a tres agentes. Aun así, tuvimos que darlo todo para abatirlo.»

Lecciones aprendidas

Durante la reconstrucción de la emboscada en el callejón, los agentes insistieron en atribuir su supervivencia a los innovadores programas de formación de su departamento. En concreto, destacaron a su instructor en armas de fuego, el sargento Craig Stapp, por su firme compromiso en ayudar a los agentes a hacer

frente a la crudísima realidad de las calles. Las lecciones que extrajeron del tiroteo refuerzan en general las ideas que Stapp se empeñó en inculcarles:

1. Entrena para desarrollar tus reflejos y memoria musculares. Bridges y Smith no tuvieron tiempo para pensar cuando se vieron enfrentados a un hombre que les disparaba a quemarropa. Sin embargo, como eran fieles partidarios de la formación continuada en tiro, habían desarrollado la capacidad de desenfundar, apuntar y disparar de forma instintiva y refleja. Frente a aquel ataque sorpresivo, no desperdiciaron el tiempo pensando en cómo actuar. Sin pausa y sin que interviniera el pensamiento consciente, contratacaron con la respuesta más contundente posible.

«Cuando todo empieza a torcerse —dice Smith—, lo único que puedes hacer es confiar en tu entrenamiento. Entrenar tiene que ser divertido, pero no es el momento para hacer el burro.» Menciona a un agente conocido suyo que «nunca se tomaba las prácticas en serio, se limitaba a guasear y no prestaba atención». Cuando ese agente se vio envuelto de forma imprevista en un tiroteo, «disparó siete veces al suelo».

En cambio, Bridges «me echó una mirada mientras respondíamos a los disparos de Ball y luego me dijo: “Estuviste perfecto. Tus movimientos fueron los mismos que en las prácticas”. Pudimos meter las balas donde importaba».

«Pon en práctica tus entrenamientos. Si no practicas lo que has aprendido, no reaccionarás adecuadamente en el momento más decisivo de tu vida. Los problemas pueden presentarse de golpe, sin avisar. Si has practicado hasta el punto de que tu mente y tu cuerpo reaccionen instintivamente, estarás preparado.»

2. Practica el juego del «Y si». Imaginar situaciones hipotéticas y plantearte cómo reaccionarías frente a diversos desafíos tácticos es un método «portátil» de adiestramiento que puedes —y debes— llevar a todas partes. «Lo hago un montón de veces —dice Bridges—. Si estoy aparcado en algún sitio y tengo un

minuto, pienso: "¿Qué haría yo si de pronto alguien se acercara a la ventanilla del coche y empezase a disparar?". O bien: "¿Y si me persono en una fiesta denunciada por ruido y un tipo me recibe en la puerta apuntándome con una pistola?". Represento toda la escena mentalmente e imagino cómo reaccionaría exactamente para imponerme a la amenaza.»

«Te sirve para afilar la mente —conviene Smith—. Si estás preparado mentalmente, es más probable que también lo estés físicamente.»

3. Debes estar preparado para luchar sin tener donde cubrirte. Las bicicletas apenas ofrecen protección y los tres agentes no tuvieron tiempo para buscar refugio antes de responder a los disparos de Ball. Sin protección, el movimiento cobra una importancia capital.

«En un mundo ideal, los agentes han recibido una formación más que suficiente para moverse, desenfundar y disparar con precisión y prontitud —dice el instructor Stapp—. Disparar mientras te mueves requiere adiestramiento y práctica, pero no es imposible y además puede salvarte la vida.

»Cuanto más tiempo permanezcas en el mismo punto al que dispara el sospechoso, más probabilidades habrá de que te dé. En un tiroteo a corta distancia, basta dar dos o tres pasos mientras desenfundas y disparas para dificultar en gran medida que el agresor consiga darte. Tu movimiento crea una demora en el sospechoso y puede provocar que dispare sus balas al punto en el que estabas mientras tus balas impactan en él.

»Cuando las distancias son mayores y la dificultad de disparar con precisión aumenta, puede resultar ventajoso colocarse en el mejor lugar disponible para abatir al sospechoso.» Recuerda que debes moverte siempre que te resulte provechoso.

4. No te relajes hasta que hayas eliminado la amenaza por

completo. «En las prácticas, algunos oficiales recurren al "par controlado" para incapacitar al "sospechoso" y luego interrumpen el fuego —dice Bridges—. Suponen que el sospechoso caerá al suelo simplemente porque le han dado un par de veces. Nuestras balas destruyeron los órganos principales de Ball, incluido su corazón, pero aun así pudo seguir disparando. En un tiroteo, no confíes en que tu agresor caerá inmediatamente. Sigue disparando hasta que no haya ninguna posibilidad de que pueda seguir representando una amenaza.»

5. No pierdas nunca la fe en que vas a sobrevivir. «Todo apuntaba a que John Schaper iba a morir —dice Smith—. Una perforación de la vena cava puede cobrarse la vida de una persona en menos de cuarenta y cinco segundos. John es de los que nunca se rinden y ese espíritu combativo le ayudó a superar las peores expectativas.»

Apenas dos meses después de haber visto la muerte de cerca, Schaper pronunció un discurso en un congreso de la Asociación Internacional de la Policía en Bicicleta de Montaña. En él, recordó que, cuando estaba tendido en estado crítico en el callejón, supo que tenía que bajar sus pulsaciones y no entrar en pánico para incrementar sus probabilidades de supervivencia.

«Cuando llegaron otros agentes y los servicios médicos para ayudarme, vi en sus caras lo preocupados que estaban. Supe que tenía que quitarle hierro al asunto para no estresarme, así que hice un par de bromas e intenté que la conversación fuese ligera. De esta forma, logré que ellos también se tranquilizaran un poco. Estaba tendido en el suelo, relajado, y nunca perdí la fe en que iba a salir de esa.»

Smith añade: «Debes tener la voluntad de vivir. Y para que sea así, debes saber cuál es tu misión en la vida. Eso es lo que te ayuda a seguir luchando.»

6. Aborda la terapia con la misma seriedad que tu adiestramiento. «No tuve problema en disparar a Ball —dice Smith—. Ese hombre había intentado matarme a mí y a dos de mis mejores amigos. Era o él o nosotros. Pero sí lo pasé mal cuando vi la gravedad del estado de John. Le había presionado para que se incorporase a la brigada ciclista y la primera noche le dispararon.

»Sean cuales sean tus dudas, si no las trabajas hasta resolverlas, te destrozarán. Empezarás a plantearte qué habrías podido hacer mejor, aunque sepas que obraste correctamente o que no tuviste alternativa. Un buen terapeuta puede ayudarte a hacer frente a los pensamientos irracionales y otros problemas que puedan inquietarte. El proceso tal vez no será fácil, pero debes hacerlo.

»Un tiroteo como el que vivimos —cualquier tiroteo, de hecho— es una experiencia que te cambia la vida. No es algo que puedas despachar a la ligera. Tienes que encontrar la forma de pasar página.»

Después de la acción

Tras la jubilación anticipada de Schaper por motivos de salud, Bridges ascendió a sargento de la policía de Tempe. Smith se retiró de la policía tras los veinte años preceptivos y empezó a trabajar como inspector de seguridad para un municipio cercano. Pero no antes de volver una última temporada a la patrulla ciclista: «Me encantaba —dice—. Me gustaba la acción. Ha sido el mejor trabajo que he tenido».

9. El poli biónico

«El dolor es debilidad que abandona el cuerpo y lo que no te mata, te hace más fuerte.»

Unos días después de despertar de un coma que había durado cuatro semanas, el policía Matthew Swartz saltó de la cama en el hospital, echó a andar hacia el cuarto de baño... y se cayó de culo. Tendido en el suelo y «en pelotas», fue ese el momento en el que vio que le faltaba la parte inferior de la pierna izquierda.

Ese instante también marcó el inicio de un extraordinario periplo hacia la reinvención personal, en el que Swartz, a sus treinta años, se enfrentó con heroica determinación a los peores pronósticos para alcanzar una meta que muchos consideraban imposible. Se convirtió en el primer agente en los ochenta y nueve años de historia de la policía estatal de Nueva York en desarrollar «plenamente sus arduas responsabilidades» (en palabras del propio cuerpo policial) pese a tener la pierna amputada por debajo de la rodilla.

En todo el país, pasó a formar parte del selecto grupo de policías amputados, entre setenta y setenta y cinco de un total de ochocientos mil agentes del orden a jornada completa, según investigaciones informales. Como Swartz, la mayoría de los integrantes del grupo ha sufrido amputaciones por debajo de la rodilla; otros, tal vez menos, han perdido la mano. Sin embargo, todos comparten una lucha común y pueden enseñarnos lecciones importantísimas sobre la valentía y la convicción.

El policía Matthew Swartz y su esposa Alison en compañía de su chow chow.

«Nos enfrentamos a nuestras “discapacidades” como nos enfrentamos al mal en nuestro trabajo —dice Swartz—. Cuando ocurre algo malo, lo aplastamos, lo rompemos, lo destrozamos, y luego pasamos a ocuparnos del siguiente peligro o desafío. Eso es lo que hacemos los polis.»

En el momento en que el destino cambió su vida, Matt Swartz ya era un auténtico ejemplo para las fuerzas del orden en Estados Unidos. Hijo de dos agentes de policía en una pequeña localidad de Nueva York, había servido en la Guardia Área Nacional como especialista de seguridad durante las operaciones Escudo del Desierto y Tormenta del Desierto. Destinado a Panamá, le fue concedida la Medalla del Mérito de las Fuerzas Áreas cuando su capacidad de observación y rápida toma de decisiones le permitieron salvar la vida a un civil víctima de un infarto. De vuelta

a Estados Unidos, había trabajado como agente en varias policías de pequeños municipios antes de unirse a la policía estatal de Nueva York. En acto de servicio, había sobrevivido a dos tiroteos: uno durante un enfrentamiento con un suicida que pretendía morir a manos de la policía, el otro con ocasión de una intervención en un robo con allanamiento.

Destinado a la sección de tráfico en una comisaría formada por doce agentes cerca de las montañas Adirondack, al oeste de la ciudad de Albany, en una zona rural que hacía inviable recibir refuerzos de forma rápida, se acostumbró a actuar como un «ejército unipersonal» autosuficiente. Perfeccionó su mirada torcida —«a un suspiro de una mirada demente», reconoce—, con la esperanza de intimidar a cualquier delincuente que pudiera encontrarse cuando estuviera solo en carreteras poco transitadas. En su tiempo libre, alcanzó el grado de capitán como voluntario del cuerpo de bomberos y colaboraba en una brigada de salvamento en los bosques.

«Me gustaba esa vida», recuerda Swartz. No tenía hijos con su mujer, Alison, pero los dos chow chow y un caballo «nos mantenían ocupados. Estábamos empezando a construir nuestra casa soñada» en un terreno en el campo cerca de la pequeña localidad de Meco. Swartz, que de joven había soñado con ser arquitecto, hacía personalmente gran parte del trabajo de construcción.

Tras un triste fin de semana de noviembre, en el que uno de sus perros murió, Swartz estaba llevando a Alison al trabajo en un «bonito, fresco y soleado lunes de otoño», un día «perfectamente normal», cuando «nuestras vidas de pronto se detuvieron en seco» (literalmente) a las 07:34. A tan solo tres kilómetros de donde vivían, un joven de veintidós años con un pésimo expediente como conductor giró inopinadamente a la izquierda en su Chevrolet Monte Carlo azul, cruzando el carril contrario de la sinuosa carretera por la que circulaba el matrimonio Swartz, con la intención de meterse por un camino rural.

Aparentemente, no miró para ver si venía alguien.

Su coche chocó contra el lado del conductor de la camioneta de Swartz, provocando que esta diera un trompo y cuatro vueltas de

campana. Alison apenas sufrió rasguños y contusiones leves: «Ese regalo se lo debo a Dios», dice Swartz. El infractor también salió bien parado. Pero Swartz salió despedido por la ventanilla trasera de la cabina de la camioneta y cayó sobre el asfalto sufriendo heridas graves: tres fracturas craneales, traumatismo craneoencefálico, hemorragia arterial grave, fracturas de brazo y codo, y la pierna izquierda destrozada, entre otras lesiones. Sangraba por los ojos, las orejas, la nariz y la boca.

Una vez trasladado en helicóptero al hospital (curiosamente, desde un helipuerto que el propio Swartz había preparado para la policía estatal), los médicos ingresaron en una unidad de cuidados intensivos al joven policía y le practicaron una traqueotomía, además de ponerle una sonda de alimentación, un catéter y otros instrumentos de soporte vital.

Swartz nunca ha podido recordar la colisión ni las consecuencias inmediatas de la misma. Sus últimos recuerdos de ese período son la muerte de su perra, Pudgy, y haberla enterrado cerca de su casa nueva, la víspera del accidente.

En el hospital, los médicos lo pusieron en coma inducido para facilitar la recuperación del cerebro. Todavía a las puertas de la muerte, Swartz pasó «dormido» su cumpleaños y aún no había recobrado la conciencia cuando los médicos descubrieron que su tibia fracturada había seccionado una arteria principal, provocándole una hemorragia interna que podía causarle la muerte. Durante dos semanas intentaron salvarle la pierna, pero finalmente empezó a gangrenarse y no hubo más remedio que proceder a la amputación.

Estando Swartz en coma, le correspondió a Alison cargar con la responsabilidad de dar el consentimiento a la intervención. «Me cortaron la pierna unos quince centímetros por debajo de la rodilla —dice Swartz—. El muñón parecía una barra de pan.»

Alison le explicó con tacto lo ocurrido cuando salió aturdido del coma a principios de diciembre, «pero en aquel momento no fui capaz de retener nada de lo que me dijo». Muchas veces ni siquiera era capaz de recordar dónde estaba o quién era. Fue precisamente unos días después, con el trayecto abruptamente interrumpido al

cuarto de baño, cuando empezó a entender plenamente que una parte de la extremidad que le había ayudado a ser el mejor vallista y saltador de altura del instituto y un bravo policía había desaparecido de su vida para siempre.

Unas vidas cambiaron para siempre por un mal volantazo en una carretera tranquila.

El policía Swartz salió despedido por la ventanilla trasera

de su camioneta.

«Pero sigues siendo tú», le aseguró Alison. Lo que quería decir, según entendió él, es que «por lo menos le quedaba el corazón».

***

Nunca tuvo la menor duda sobre si querría volver a prestar servicio como policía cuando se recuperase de la amputación. Desde el primer día, todo su interés consistió en saber cómo podría lograrlo. Los obstáculos que encontró habrían podido amilanar a cualquiera con una mentalidad menos enérgica.

Para empezar, lo ignoraba todo sobre las prótesis, incluyendo, por supuesto, cómo hay que llevarlas. Dando por supuesto que superaría desafíos «rutinarios» como aprender a andar otra vez,

¿podría desarrollar la fuerza y la agilidad necesarias para usar de forma fiable la pierna artificial cuando tuviera que ganar una pelea, perseguir a alguien a pie o incluso entrar y salir prontamente de un coche patrulla?

Volviendo a casa del hospital,
con la determinación intacta.

Su estado físico no invitaba precisamente a la esperanza. Durante los casi dos meses que estuvo ingresado, bajó de los setenta y cinco a los cincuenta kilos, y pasó de ser un hombre delgado y musculoso a estar tan débil que no podía abrir una botella de agua. Como consecuencia de la fractura de brazo, también le costaba caminar correctamente con un andador o sujetarse a los soportes de la cinta de andar en las sesiones de recuperación. Tenía temblores y no podía parpadear mientras esperaba a que le bajara la inflamación del cerebro. Su fuerza era la de un hombre de setenta años y la tremenda inflamación del muñón le dolía tanto que no podía imaginarse colocándolo en el apoyo de una prótesis.

A todo ello hubo que añadirle los gastos exorbitantes del tratamiento. Además de las facturas médicas que se iban acumulando, la prótesis que necesitaba costaba casi veinte mil dólares, por no hablar del gasto en fisioterapeutas. Estimaban que los gastos totales ascenderían a más de setecientos mil dólares, y seguían creciendo. Como la colisión se produjo estando fuera de servicio, no pudo contar con ninguna indemnización laboral. El conductor que había provocado el accidente tenía «un seguro mínimo, siendo amables», según Swartz. Su seguro médico particular le dio problemas. «No querían pagar nada. ¿Instrumental médico duradero? (Ese era el eufemismo que utilizaba la compañía para referirse a la prótesis.) "Tienes muletas, ¡qué más necesitas! Ah, ¿que también necesitas muchas sesiones de rehabilitación? ¿Qué te parece un no por respuesta?»

En enero, unas semanas después de que le dieran el alta, sus superiores en la policía le felicitaron porque no habría impedimento en concederle una jubilación por incapacidad. Swartz rechazó la idea rotundamente. Sus antepasados eran italianos y alemanes y su madre decía que tenía el temperamento de un italiano con el gen alemán necesario para hacerlo valer.

A medida que iba recuperando la claridad mental y se hacía más profunda su determinación, vio que «entraba de verdad en sintonía» con los veteranos que regresaban mutilados de Irak. Algunos de ellos se recuperaban y volvían al combate, constató Swartz. Si ellos podían volver al tajo en una zona de guerra, ¿por qué no iba a poder él volver a ser policía estatal? «Pensarlo me ayudó a

mantener la concentración mientras rezaba por mi futuro.»

***

Algunos médicos con los que consultó le dijeron que quizá, tras «unos cuantos años» de rehabilitación, podría «intentar» volver al trabajo. Sin embargo, para cuando salió del hospital, a Swartz le quedaban muy pocos días de baja que utilizar.

La «familia azul» (en realidad, gris, dado el color del uniforme de la policía estatal de Nueva York) intervino entonces para darle más tiempo y una oportunidad de conseguirlo.

Durante su hospitalización, un agente como mínimo había permanecido cerca de su habitación las veinticuatro horas del día. Mientras estuvo en coma, los operadores de sala que iban a verle simulaban conversaciones por radio a su oído con la esperanza de mantener estimulado su cerebro.

Otros policías se habían ofrecido a terminar la construcción de su casa nueva y luego se ocuparon de trasladar todos los enseres de la pareja. Ahora, sus familias y varias organizaciones de policías celebraron actos para recaudar fondos con los que sufragar sus gastos médicos y de rehabilitación, y algunos agentes, con el beneplácito de sus superiores, le donaron sus escasos días de vacaciones, aprovechando que las normas de la policía estatal de Nueva York así lo permiten. En poco tiempo pudo disponer de un año de baja con el cien por cien de su sueldo.

Competir en concursos de tiro permitió al policía Swartz mantener afinada la puntería.

Un jefe de policía de la zona le regaló pases para una piscina. Un agente le donó un banco de pesas, un hand gripper y un par de humildes mancuernas de apenas uno y dos quilos que su hijo había dejado en casa cuando se marchó a estudiar a la universidad. «Por algo se empieza», dice Swartz.

Intentaba aligerar el ambiente cuando sus amigos iban a verle llamándose a sí mismo «torpe» y «paticorto», pero atacaba su recuperación con un ánimo vengativo que no estaba para bromas. A través de otros agentes amputados con los que contactó por internet, averiguó qué prótesis funcionaban mejor estando de servicio. Cuanto más ligera, mejor, le recomendaron. Se decidió por un modelo que le prometía poner un «muelle en sus pasos», proporcionaba una buena flexión (con una articulación flexible) y respondía bien en terrenos irregulares. Consistía en un adaptador (que encajaba con sorprendente comodidad en su muñón), una vara vertical de fibra de carbono y un pie que podía calzar con la bota de combate reglamentaria.

Localizó a una terapeuta, también amputada, que estaba dispuesta a guiarlo, gratuitamente, por una «extensa y profunda rehabilitación»

para recuperar la fuerza y todo un abanico de funcionalidades con su pierna nueva. Tuvo que atravesar sus límites físicos «en unas rutinas crueles, donde solo contaba el dolor. Pero el dolor es debilidad que abandona el cuerpo —concluyó Swartz— y lo que no nos mata, nos hace más fuertes».

La terapeuta sabía qué teclas tocarle. Por ejemplo, le enseñaba cómo hacía ella un ejercicio con su prótesis en una de las máquinas y luego en tono condescendiente le proponía reducir el peso cuando le tocaba a él. Sus amigos policías también le picaban. «Si me veían haciendo ejercicios de deambulación, decían: "¡Me ha parecido ver a un cojito por aquí!"».

Cuando consiguió naturalizar la deambulación y volver a conducir, empezó a correr: «correr, correr y volver a correr». Sus compañeros le llamaban Forrest Gump. Swartz se creó un mantra: «No te prives; llámame discapacitado. Te daré diez segundos de ventaja y luego te cazaré y te enseñaré lo que vale este discapacitado».

El agente Swartz frente a un cartel que lo dice todo: «He perdido la pierna, pero no el corazón».

En realidad, y sin demasiados entrenamientos, tardaba dieciséis minutos en correr dos kilómetros y medio. El tiempo máximo de la prueba de resistencia que exigía el departamento todos los años a sus agentes era de once minutos para la misma distancia, a lo que había que sumar abdominales y flexiones.

Sus entrenamientos incluían esprintar y parar de golpe; bajar del coche patrulla y esprintar cuarenta yardas; y correr en las escaleras de una fábrica cercana. Apuntaba sus objetivos e iba aumentando la dificultad tenazmente, progresando pese a las lágrimas y los reveses. «Cierro los ojos y oigo "Eye of the tiger" cuando recuerdo esos días.»

Swartz leyó en un estudio científico que correr con una prótesis en la pierna es un veinticinco por ciento más difícil. «Así, para ponerme al mismo nivel que los tíos que dicen que dan el 110 por ciento, imaginé que yo tendría que dar el 125 o quizá el 130. La vida de alguien podía depender de mi capacidad física. No quería que mis compañeros reclamaran ayuda por la radio y pensaran: "Oh, no. Viene Matt". Quiero que piensen: "¡Gracias a Dios, viene Matt!"».

A medida que mejoraba («de forma extraordinaria», según sus médicos), Swartz empezó a visitar periódicamente su comisaría para asegurarse de que su nombre seguía en la tabla de misiones. Siempre llevaba pantalones largos para que la gente solo viera dos botas de trabajo normales sobresaliendo de las perneras. Si descubría que su nombre no figuraba en la lista, lo volvía a escribir a lápiz, un silencioso pero enfático recordatorio de que tal vez estaría de baja un tiempo, pero no iba a permitir que se olvidaran de él.

Aun a pesar de que su supervisor, el capitán William Sprague, había empezado a correr con él, en un gesto de apoyo a su causa, Swartz nunca conseguía que sus superiores le dieran una respuesta concreta cuando les preguntaba qué tenía que hacer para demostrar su aptitud física y reincorporarse al servicio activo. Así las cosas, decidió incluir hazañas de policía en sus rutinas de ejercicio: escalar vallas, subir corriendo una escalera, persecuciones a pie, vadear

arroyos y nadar en ellos, practicar rescates desde un coche o cargar con un compañero «herido» a la espalda. Lo documentaba todo con fotografías que conservaba en un «libro de la recuperación», pues pensaba que, como prueba, una imagen vale más que mil palabras jactanciosas.

A finales de verano, empezó a prepararse para la prueba más difícil desde que había salido del hospital: renovar la licencia de bombero voluntario. Para conseguirlo, tenía que completar un «recorrido de obstáculos de combate» que incluía, entre otras cosas, hacer un sprint de cuarenta yardas en menos de cinco segundos (a un jugador universitario de fútbol americano se le piden cuatro segundos), arrastrar un maniquí de ochenta kilos, reptar por un túnel con todo el equipo y subir una manguera por una escalera de varios pisos.

Swartz terminó el recorrido en doce minutos y todavía le quedaba fuelle en los pulmones.

Al poco, completó una prueba física informal en la academia de la policía estatal de Nueva York. Ahora pudo recorrer los tres kilómetros en doce minutos, con cuarenta y ocho abdominales y cincuenta y dos flexiones de postre, «un resultado muy respetable», pensó, teniendo en cuenta el infierno que había superado.

El agente Swartz demostró su aptitud para volver al trabajo con hazañas de policía.

Envió una carta a la policía estatal en la que solicitaba la reincorporación al servicio activo. «Estoy preparado —se dijo a sí mismo—. Y si me dicen que no, estoy preparado para demostrarles que estoy capacitado, no discapacitado.»

Al poco, fue convocado a la sede central en Albany para que un cirujano ortopédico contratado por la policía lo sometiera a un peritaje médico. El doctor no quiso ver el álbum de recuperación de Swartz. Le leyó en voz alta una lista de preguntas que ocupaban dos páginas y trataban todos y cada uno de los puntos que el agente había previsto: «¿Puede entrar y salir rápidamente de un coche patrulla? ¿Puede perseguir a pie a un sospechoso que se da a la fuga? ¿Puede permanecer de pie durante horas? ¿Puede conducir en condiciones de mal tiempo?», etcétera. Finalmente llegó la pregunta definitiva: «¿Está preparado para asumir plenamente sus arduas responsabilidades?».

—Sí, lo estoy —respondió Swartz.

Después de la sesión, el capitán Sprague le indicó que aquella prueba no era más que un eslabón de una cadena que le llevaría tiempo completar. «Relájate y ten paciencia», le recomendó.

Sin embargo, dos horas después, Sprague volvió a llamarle: «No sé lo que has hecho, pero los has dejado enutusiasmados —dijo—. Preséntate en la comisaría a las siete de la mañana del lunes, ¿entendido? Espero que tengas un uniforme limpio, porque lo has conseguido. Has vuelto.»

«Me puse a llorar a lágrima viva —dice Swartz—. Mi mujer también.»

«Forrest Gump» corrió un sinfín de carreras para recuperar la resistencia.

En otra llamada esa misma tarde, su comandante le dijo «¡Solo te asignaremos la mitad de los calcetines que te corresponden este invierno!» en referencia jocosa a su pie amputado. Luego, recuperando la seriedad, el comandante le confesó que cuando había rechazado la oferta que le había cursado la policía de jubilación por discapacidad, «todos pensamos: "El pobre ni siquiera se da cuenta de lo que le ha pasado. Vamos a darle un poco de espacio y de tiempo para que lo piense mejor. Al final terminará entendiéndolo". Ni soñando habríamos imaginado que podrías volver. Nos equivocamos y has demostrado lo equivocados que estábamos. Estamos orgullosos de ti».

Su primera jornada de vuelta a su trabajo como patrullero fue un 10 de octubre; faltaba un mes para que se cumpliera un año de su accidente. Se le encomendó patrullar con un joven agente que se había incorporado al servicio como instructor. «Había llegado el momento de la venganza —recuerda Swartz—. El chico me llamaba "novato" y me enviaba a por café o a sacar un árbol que había caído cruzado sobre la calzada.»

Desde ese día, Swartz ha hecho frente a todas las misiones que pueda recibir un agente de la policía estatal. Ha trabajado bajo ventiscas y aguaceros, ha peleado con sospechosos y los ha perseguido. Ha ganado medallas de oro en las olimpiadas de policías y bomberos de su estado. Se ha presentado a las pruebas para ascender a sargento, ha dado conferencias sobre la voluntad de sobrevivir a los estudiantes de la academia y ha sido nombrado instructor en armas de fuego, uno de un total de ciento veinte aproximadamente entre los 5.600 agentes que integran la policía estatal de Nueva York.

Pero la máxima felicidad la encuentra donde siempre la había buscado: en la carretera, asumiendo plenamente sus arduas responsabilidades, un ejército unipersonal en los confines del estado de Nueva York.

Lecciones aprendidas

Si te piden que imagines qué es el riesgo, es probable que pienses en «un delincuente decidido a hacerte daño», comenta Swartz. «Sin embargo, también puedes ser víctima de un imbécil que provoca un accidente por una distracción y termina haciéndote daño. En términos prácticos, el resultado es el mismo». Es decir, un daño físico lo bastante grave para cambiarte la vida de arriba abajo.

Mientras se recuperaba de sus profundas heridas, Swartz entendió que la mentalidad puede resultar tan decisiva como un buen equipo de médicos. A continuación, reproducimos una lista con los que considera los principios fundamentales de su «terapia mental».

1. Comprométete ahora. «Cuando estaba en la cama del hospital, con lesiones cerebrales, múltiples fracturas y varios órganos afectados, lo más fácil habría sido rendirme. En cambio, mantuve un firme compromiso con la mentalidad del guerrero. Es posible que algún día te veas en un dilema parecido. Decide ahora —antes de encontrarte en esa situación — que no te rendirás nunca.»

2. Debes estar preparado para un tipo distinto de lucha. «Si nos piden que imaginemos en qué consiste luchar por tu propia vida, lo que suele venirte a la cabeza es una pelea de duración media en la calle. Tienes que estar preparado para librar una lucha que dure meses o incluso años. Y eso es lo que tendrás que hacer, luchar, aun cuando las personas de tu entorno te digan que debes rendirte. Mis compañeros y médicos me dijeron que debía pedir la jubilación por motivos de salud. Acababa de cumplir treinta años. Había trabajado durísimo para ser un buen policía y no iba a dejar de luchar por lo que quería, ni siquiera un minuto.

»Tuve que luchar por la propia esencia de mi vida, por seguir respirando y curarme. También tuve que luchar por la vida que quería: mi matrimonio, mi carrera, mis otros intereses, como correr. Para plantar cara e imponerte en la lucha, tienes que mantener la concentración en lo que es importante para ti, en lo que perderías si

abandonas.

»Durante mi recuperación, recuerdo haber visto un cartel que decía: "La excelencia se gana. Llegar adonde uno quiere exige determinación, entrenamiento, sudor y orgullo...". Tienes que imponerte una visión de ti mismo. Tienes que desearla y perseguirla con toda la pasión que puedas reunir en tu alma y en tu corazón». La cita era de la primera medallista de oro olímpica de Estados Unidos en eslalon, una mujer que solo tenía una pierna con la que esquiar.

«Justo a la izquierda de ese magnífico cartel había un pequeño rótulo de madera que me pareció más convincente si cabe: "Cuando te han bendecido, transmítelo". Intento vivir conforme a esas palabras.»

3. Alimenta un sistema de apoyo potente. «Vivir de verdad supone encontrar problemas que uno no puede resolver solo. A veces nos enfrentamos a contratiempos que superan nuestra capacidad. Quien llega a la meta en solitario sin que nadie le acompañe no recibe ningún premio.

»Aprende a recurrir a los demás. Como mínimo, tu sistema de apoyo ha de incluir a tu familia, tus amigos y tus colegas, además de tu fe en Dios. Hazlos partícipes de tu vida ahora mismo. No dudes en recurrir a ellos en busca de orientación y apoyo cuando atraviesas momentos difíciles. Estarás mejor preparado cuando encuentres en tu camino un escollo verdaderamente importante.

»Mientras piensas de qué personas podrías rodearte en un momento de necesidad, pregúntate: "¿Qué clase de esperanza y ejemplo les doy ahora mismo, antes de que ocurra la gran tragedia? ¿Por qué iba a querer alguien ayudarme si no lo merezco?". No habrá muchos casos en los que el apoyo te llegue porque sí.»

4. Conserva el sentido del humor. «Cualquier camino que emprendas tendrá sus bajadas, sus cuestas y, con un poco de

suerte, algún tramo largo de llano donde puedas dar gas y relajarte. En todo momento, esfuérzate en mostrar sentido del humor. Te ayudará a estar animado y a que también lo estén las personas que te rodean. Un hombre herido y deprimido es alguien a quien los demás querrán ayudar mucho menos que a un hombre que ha recibido una buena golpiza y sigue mostrándose divertido y relajado.»

5. Valora lo que tienes todos los días. «No olvides jamás que en un abrir y cerrar de ojos todo puede cambiar en tu vida y la de las personas que te siguen.»

6. Pon las cosas en perspectiva. «Llevar placa y pistola no te convierte en policía. Son herramientas que nos ayudan a hacer lo que hay que hacer de forma honesta. Nos ayudan a cumplir la misión de una forma más rápida, segura y eficaz. Yo me lo planteo así; en mi caso, simplemente tengo una herramienta más que mis compañeros: placa, pistola, uniforme, coche patrulla, radar, prótesis en la pierna izquierda. Así de sencillo.»

10. Un legado de preguntas inquietantes

Un agente infiltrado, de aspecto vulnerable, parece el blanco perfecto para un atraco a mano armada. Sin embargo, la agresión no termina ahí.

La constancia puede ser una trampa mortal para un policía. Si eres demasiado predecible, te conviertes en una presa fácil.

Pero, por otra parte, ¿de qué forma habría podido beneficiar al agente especial John «Jay» Balchunas ser un poco más constante, mostrarse más terco, firme, sin excusas?

En torno a la medianoche de un fatídico viernes de finales de octubre, Balchunas, de treinta y cuatro años y con doce de carrera en distintos cuerpos policiales, se dirigía a cumplir una misión en horas extra a la zona norte de Milwaukee. Ya había terminado su turno en el Departamento de Narcóticos de la Dirección de Investigaciones Criminales de Milwaukee, que le había destinado a un grupo operativo federal para investigar la distribución de heroína en una Zona de Narcotráfico de Alta Intensidad como agente infiltrado.

En esos momentos se dirigía a cumplir su turno de medianoche con otro grupo operativo federal. Tenían a un sospechoso bajo vigilancia permanente y Balchunas se había ofrecido voluntario para sustituir a un miembro del grupo que no podía trabajar esa noche porque tenía otras obligaciones.

A unas pocas manzanas del lugar donde había quedado con sus compañeros, metió su Chevrolet Camaro azul sin distintivos en una estación de servicio Shell abierta las veinticuatro horas con la intención de comprarse un café para llevar.

El agente especial John Balchunas

No había nada llamativo en su forma de vestir: llevaba unos vaqueros corrientes, una sudadera y un cortavientos que ocultaba su placa y su Glock del calibre 0,40 en una discreta funda de cuero

bien ceñida a su cadera derecha. Aun así, llamaba la atención: un varón blanco aseado y de aspecto adolescente, a solas en un barrio negro, violento y con elevados índices de criminalidad. Una presa fácil.

«Cualquiera de nosotros se habría parado en esa gasolinera —afirma un amigo cercano de Balchunas, también policía (a quien llamaremos Todd Roepper)—. Jay conocía por su trabajo el tráfico de drogas en el barrio y ese sitio en concreto no tenía antecedentes que pudieran preocuparle.» También estaba familiarizado de forma práctica con otros barrios difíciles desde el principio de su carrera, cuando había sido agente de patrulla en Milwaukee. Podría decirse que no tenía el nivel de desasosiego que hubiera tenido, por ejemplo, un residente en una urbanización ajardinada que se hubiera perdido por esa zona.

Aparcó el Camaro cerca de un compresor que había en un extremo del edificio bajo construido en bloques de hormigón que alojaba la oficina y la tienda de la gasolinera y entró por la puerta que se hallaba a unos diez metros.

Dos pares de ojos oscuros estaban haciendo sus propias labores de vigilancia desde el otro lado de la calle. Dionny Reynolds, de veintiséis años, y su amigo de infancia, Anthony Bolden, de diecinueve, eran miembros de una «panda» criminal desestructurada que había cometido varios atracos a mano armada y otras acciones violentas en Milwaukee y sus suburbios. La mayoría de las veces, el grupo asaltaba restaurantes de comida rápida. Ya habían puesto sus miras en la gasolinera Shell en una ocasión, pero se echaron atrás cuando vieron que el cajero estaba protegido tras un cristal a prueba de balas.

Esa noche, Reynolds y Bolden, trabajando sin el resto de la panda, habían aparcado el Dodge Intrepid que les habían prestado a unas cuantas manzanas y habían caminado hasta la estación de servicio mientras buscaban a un camello que solía vender marihuana en la zona. El traficante había disparado contra Reynolds unos meses antes y tenían la intención de ajustarle las cuentas.

Estaban merodeando por la acera de enfrente cuando vieron parar a Jay Balchunas.

Un blanquito, un coche chulo... Pensaron que debía ir «cargado», es decir, en su jerga, cargado de dinero. Ignoraban que era un poli y que cargaba con un arma.

Cuando Balchunas salió de la tienda y se encaminó a su Camaro con un café de cincuenta centavos en la mano, Reynolds y Bolden ya estaban escondidos junto al compresor, al acecho entre las sombras.

Le asaltaron cuando se acercó a la puerta del conductor de su coche. Reynolds lo encañonó por delante con una semiautomática de 9 mm y Bolden lo agarró por la espalda.

Lo que ocurrió en los confusos nanosegundos que siguieron pudo reconstruirse gracias a los datos aportados por un transeúnte que lo vio de refilón y a lo que un agente denominó «declaraciones de esos mierdecillas», refiriéndose a Bolden y Reynolds.

Casi al instante, Balchunas contrataca de forma instintiva, «según dictaba su formación», en palabras de su amigo, Roepper, quien añade: «No se quedó plantado con las manos en alto». Bolden, luchando por controlarlo, roza con la mano la funda de la Glock y grita: «¡El tío va armado!»... Balchunas les suelta: «¡Soy poli! Ni se os...». La pistola de Reynolds dispara dos balas.

El agresor afirmaría después que tuvo un «ataque de pánico» y apretó el gatillo de forma refleja. Sin embargo, Roepper cree que el tipo sopesó rápidamente las opciones que tenía: podía salir corriendo, esperar el resultado de la pelea, lo que le habría dado a Balchunas la posibilidad de desenfundar su arma reglamentaria, o disparar primero sin perder un instante y sin compasión.

Desde la otra acera, los agresores clavaron sus ojos hambrientos en la gasolinera Shell.

El agente especial Balchunas abandonó esta tienda de camino a un destino inesperado.

Falló el primer tiro. Bolden diría más tarde que «notó» que la bala le había pasado rozando el hombro. La segunda bala impactó en el abdomen superior de Balchunas, perforándole el hígado, le salió por la espalda y quedó atrapada en su ropa. El agente cayó de rodillas y sus atracadores huyeron.

Herido de extrema gravedad, el agente volvió a gatas a su coche y con un hilo de voz dijo por radio: «Soy Balchunas. Necesito ayuda. Me han disparado...».

Cuando llegaron los primeros policías al lugar del delito, Balchunas estaba vivo y pudo describir por encima a sus asaltantes, aunque perdía sangre rápidamente y estaba al borde de caer inconsciente. Según un amigo, su actitud era «no voy a morir aquí, ¡voy a luchar!».

Y luchó durante más de una semana tras ser sometido a una cirugía mayor, entrando y saliendo de un estado de semiconsciencia. Pero la bala de Reynolds había causado tantos daños en su hígado que era imposible reconstruirlo y no podía procesar las toxinas de su organismo, dice Roepper. Tras recibir cincuenta unidades de sangre, perdió la vida.

Además de su carrera como agente del orden, Balchunas había sido voluntario del cuerpo de bomberos y se había sacado el título de técnico en emergencias médicas. Iba a casarse. Entre los familiares que le sobrevivieron, se contaba su madre, que era capellán de la policía, y un cuñado que trabajaba como agente en un suburbio de Milwaukee.

Era la una y veinte de la noche cuando su madre recibió la llamada del supervisor de Balchunas en la que este la informó de que había resultado herido. «Pensé que saldría de esta —recordaría ella más adelante—. Me había prometido el día que tomó juramento que siempre llevaría el chaleco.»

Al final, «siempre» no fue siempre.

La noche que fue tiroteado, el chaleco ligero de Jay Balchunas

estaba tirado en el asiento de su coche.

Lecciones aprendidas

Biznieto de un agente de policía, Balchunas era admirado entre todos sus compañeros por su entrega y meticulosidad como policía. Era «tranquilo, sereno y muy metódico», alguien con «una energía ilimitada y una actitud positiva inquebrantable, un policía extraordinario», en palabras del fiscal general de Wisconsin, quien añadió: «Perdimos a uno de nuestros mejores chicos».

«Pienso todos los días en lo que le pasó —dice Roepper—. Éramos muy colegas.» Entre sus amigos y formadores, Roepper no es el único que busca extraer alguna enseñanza de la tragedia que pudiera servir como legado con el que honrar su memoria.

Se ha especulado mucho sobre lo ocurrido. Quizá su familiaridad con el barrio le hizo caer en un exceso de confianza. Quizá, como llegaba con el tiempo justo a una reunión informativa, fue menos precavido de lo que era habitual en él. Quizá, como estaba a punto de empezar la segunda mitad del segundo turno que hacía ese día, no estaba fresco y sus reacciones y percepción eran más lentas de lo normal. Quizá no tendría que haberse parado a comprar un café en un barrio complicado. Quizá tendría que haber aparcado el coche junto a un surtidor, donde había más luz. Quizá hubiera podido decirles algo distinto a los atracadores para calmarlos o distraerlos, en vez de anunciar que era policía. Quizá un movimiento defensivo más sofisticado le habría permitido liberar su mano para desenfundar y disparar...

Al final, ninguna de esas hipótesis parece convincente, según concluyen Roepper y otras personas conocedoras de las pruebas del caso. En su opinión, el factor determinante fue el marco temporal: «Jay no tuvo tiempo para reaccionar de forma efectiva», sostiene Roepper. No tuvo tiempo para negociar ni para recuperar el control físico de la situación. Fue un ataque sorpresivo culminado casi al instante con un disparo.

Es ahí donde entra en consideración la constancia. «Sea cual sea la misión encomendada, es imposible saber cuándo te vas a cruzar con el próximo Dionny Reynolds», dice Roepper. Cuando tu vida está en el filo de la navaja, cuando te encuentras en el lugar equivocado en el peor momento posible, lo que has hecho para protegerte a ti mismo antes de que surja la amenaza puede ser la piedra de toque de tu supervivencia.

Dada la localización de la herida que sufrió Balchunas, su chaleco seguramente habría impedido que el disparo fuese mortal. «Llevaba el chaleco más a menudo que la mayoría de los compañeros —dice Roepper—. Era de los que más insistía en la necesidad de llevar equipos de protección.» Esa noche no se lo puso. ¿Por qué?

¿Acaso pensó que todavía no estaba «en el trabajo» y que por lo tanto no estaba en peligro?

¿Acaso pensó que durante una vigilancia móvil, es decir, «siguiendo a un tipo en el coche toda la noche», bastaba con tenerlo «a mano»?

¿Acaso la última imagen que vio en vida fue su chaleco tirado en el asiento del coche mientras avisaba por radio de que le habían disparado?

Son preguntas inquietantes.

Después de la acción

Unos días después del tiroteo, Dionny Reynolds fue detenido en un suburbio de Milwaukee cuando un policía atento reconoció que el coche en el que iba con otros dos varones negros coincidía con la descripción del vehículo con el que se acababan de darse a la fuga unos atracadores después de asaltar un Dairy Queen. En los calabozos, Reynolds se jactó del asesinato de Balchunas con un compañero de celda y este escribió una nota a la policía.

Durante su interrogatorio, un detective de homicidios de la policía de Milwaukee jugó la baza de que el sospechoso tenía tres hijos. «Si

le ocurriera algo a uno de tus chicos, ¿no querrías saber qué paso?», le preguntó el detective, antes de dejarlo solo para que reflexionara sobre el calvario por el que debían de estar pasando los padres de Balchunas. Poco después, y en una infrecuente demostración de empatía, Reynolds confesó e implicó a Anthony Bolden, un narcotraficante convicto.

Reynolds, quien explicó haber empezado a tener cierto trato familiar con las armas a los doce años, había acumulado desde entonces un largo y variopinto historial criminal. El capo de la droga que aparece como héroe en la película hip-hop New Jack City había sido su inspiración en la vida, según declaró a un periodista. Su primera condena llegó a los dieciséis años, por incendiar la casa de un vecino. Consiguió que el asunto quedara en un año de libertad vigilada y pensó: «¿Por qué no continuar por este camino?».

Entre la detención y el inicio del juicio por el asesinato de Balchunas, Reynolds fue acusado y condenado por el homicidio de un joven «escandalosamente gay» al que había abordado en una parada de autobús de Milwaukee. El juez de aquel caso dijo de él que era «lo peor de lo peor». Cuando lo sacaban del juzgado después de hacerse pública la condena, Reynolds se volvió hacia la familia de la víctima y les dirigió una «sonrisa dentuda de oreja a oreja».

Por la muerte de Balchunas, Reynolds recibió una sentencia de asesinato con premeditación y alevosía, atraco a mano armada con empleo de la fuerza en grado de tentativa y posesión ilegal de un arma. Fue condenado a sesenta y dos años y medio de prisión. Si se suman sus sentencias por el asesinato en la parada de autobús y otros atracos no relacionados, su puesta en libertad obligatoria se prevé para 2122, con lo que le queda más de un siglo entre rejas.

Bolden fue condenado a veintiséis años de cárcel por su complicidad en el asesinato de Balchunas, además de dos sentencias consecutivas por varios atracos a mano armada. Su fecha prevista de puesta en libertad es 2092. En su periplo a través del sistema judicial, Bolden ha intentado suicidarse dos veces, una de ellas manteniendo la cabeza bajo el agua en un asqueroso lavabo de la cárcel.

Reynolds no testificó en el juicio por la muerte de Balchunas, pero durante la lectura de la sentencia dijo: «La gente me llama monstruo, demonio, el diablo. Eso es lo que soy. Me da igual. Que me encierren no significa que alguien no recoja el testigo en la calle. No será la última vez que esto pase».

11. Indicios de peligro

«Si me hubieras dado la oportunidad, te habría matado, no lo dudes.»

Hay que contar al agente de patrulla Frank Lombardo entre los entusiastas del abordaje por la puerta del copiloto cuando se ordena la detención de un vehículo. Considera esa táctica «el factor singular más importante al que debo haber salvado la vida» en la mañana en que se encontró con un Toyota 4Runner a toda velocidad que llevaba a bordo a dos fugitivos que habían atracado un banco, tres pistolas escondidas... y la voluntad de asesinar a un policía si era preciso.

Como cualquier profesional experto, Lombardo fue el arquitecto de su propio éxito. Al relatar el incidente, destaca paso a paso cómo practicó una detención de enorme importancia a partir de pequeños indicios y cómo se sirvió de una actitud engañosa como estrategia protectora durante la intervención.

Era la 1:55 de una noche de enero cuando tres vehículos, incluido el 4Runner, pasaron a toda velocidad frente al coche patrulla de Lombardo, agente de la policía de South Brunswick (Nueva Jersey), en el mismo instante en que este abandonaba un control de tráfico en la ruta 1. Dos de los coches redujeron la velocidad mientras los perseguía, pero el 4Runner aceleró desde los ciento diez kilómetros por hora y se puso a ciento ochenta. Lombardo pisó a fondo detrás de él.

Aunque solo tenía dieciocho meses de experiencia en el trabajo, empezó a detectar indicios de posible actividad delictiva como si fuera un profesional avezado. El vehículo tenía las lunas tintadas, carecía de matrículas y exhibía un adhesivo provisional de registro. Cuando finalmente empezó a aminorar la marcha, el conductor pasó de largo de un lugar bien iluminado donde Lombardo pretendía

detenerlo. En un sitio oscuro y tétrico casi dos kilómetros más adelante, el conductor giró bruscamente hacia el arcén, frenó de golpe y encendió las luces de posición. «Parecía de manual.»

El agente de patrulla
Frank Lombardo

Las lunas tintadas impedían ver la actividad en el interior, pero pudo detectar que el conductor y un ocupante del asiento delantero se movían. Cuando el sargento Chris Weidman de la policía municipal de Plainsboro se personó para ayudarle, Lombardo optó por la aproximación por la puerta del copiloto, una táctica que llevaba practicando un año, imaginando que de esta forma sorprendería a los ocupantes del vehículo y tendría ventaja.

Al salir de su unidad, la rodeó por detrás para evitar que su cuerpo bloqueara la luz de los faros delatando su presencia y se acercó discretamente por el arcén.

Cuando llegó a la ventanilla del copiloto del 4Runner, pudo ver al conductor, un varón negro de mediana edad, y al acompañante que ocupaba el asiento delantero, un varón blanco de unos veinticinco años. Ambos miraban por la ventanilla del conductor, esperando su llegada por ese lado. «Los pillé completamente por sorpresa.»

Buena cosa. Lo que Lombardo no pudo ver fue que el pasajero tenía dos pistolas —una Davis del calibre 0,380 y una Glock 17— metidas en la cintura del pantalón. El conductor también tenía una Glock 17, que había escondido debajo de su asiento durante la detención. Cuando Lombardo habló, los ocupantes se sorprendieron tanto que se quedaron inmóviles. No intentaron sacar sus armas.

Llevaban unas chaquetas negras de cuero que parecían caras. Estaban demacrados, como si hubieran hecho un viaje muy largo y hubieran dormido por turnos, un indicio que suele estar relacionado con el transporte de drogas.

La aproximación verbal que empleó Lombardo pretendía no parecer amenazante, haciendo el clásico papel de poli bobalicón y bondadoso. «Eh, muchachos. ¿Qué tal?», les preguntó. Entonces, tras comentar que circulaban con exceso de velocidad, añadió en tono jocoso: «¡Uno de vosotros dos tendría que ser poli!».

Pidió al conductor que le diera las llaves justificándose con estas palabras: «Eh, oye. Si quiero que me des las llaves es porque estoy muy cansado esta noche y no me apetece tener que volver a pisar a fondo».

—Vale, no pasa nada —le dijo el conductor al dárselas.

Aunque Lombardo estaba a apenas unos centímetros de la cara del acompañante, el sospechoso lo ignoraba de forma patente y mantenía la vista clavada al frente.

Lombardo quería separarlos cuanto antes mejor.

—Escucha —le dijo al conductor—, no quiero dejarte mal delante de tu compañero. ¿Por qué no te bajas del todoterreno, vienes por detrás y hablamos sobre lo que hay que hacer? No es nada del otro mundo.

El conductor obedeció sin rechistar. Ahora que el sospechoso estaba entre el coche y Lombardo, el agente intentó aclarar el «motivo» del control. El sargento Weidman, actuando como agente de refuerzo, se colocó en el ángulo ciego del acompañante para vigilarlo al tiempo que controlaba el interior del vehículo.

Durante lo que pareció una conversación en gran medida informal, Lombardo no tardó en acumular múltiples indicios de infracciones:

• El permiso de conducir del conductor indicaba que tenía treinta años, pero por su aspecto parecía rondar los cuarenta y cinco.

• El domicilio que constaba en el permiso se encontraba en Plainfield (Nueva Jersey), unos sesenta y cinco kilómetros al norte de donde habían parado, pero el conductor había manifestado que volvían a «casa», a un motel Red Roof en otra ciudad que estaba más al sur. ¿Qué sentido tiene «volver a casa» para dormir en un motel tan lejos de donde vives y que se encuentra en dirección contraria?

• El conductor dijo que el coche pertenecía a un tercero, pero no pudo ofrecer un número de teléfono con el que contactar con él.

• Sin dejar de interpretar el papel de poli bondadoso, Lombardo le sonsacó que había visitado a «un conocido de Elizabeth (Nueva Jersey)», pero el sospechoso no pudo recordar ni el nombre ni la dirección de esa persona.

Durante aquel «interrogatorio disimulado», el conductor habló con tranquilidad, pero sus gestos mostraban estrés. Estaba nervioso y cambiaba el peso de un pie a otro, mientras intentaba meter las manos en los bolsillos. Asimismo, Lombardo se fijó en que una película de sudor empezaba a cubrir su frente, pese al frío que hacía esa noche de invierno. «Era evidente que se sentía muy incómodo conmigo tan cerca.»

Tras fijarse en unos bultos en los bolsillos delanteros de sus pantalones, Lombardo le preguntó: «¿Tienes algo encima que no deberías tener?».

El conductor sonrió nervioso. Con una expresión distinta a la que había mostrado al contestar a las otras preguntas, miró a Lombardo, volvió la cabeza para echar un vistazo rápido al 4Runner (una reveladora «mirada a medio de fuga», según la interpretó Lombardo) y luego miró de nuevo al policía. Entonces, se dirigió a la parte trasera de su vehículo, puso las manos sobre el techo en pose de cacheo y dijo: «No, adelante, regístreme». Señal evidente de que el hombre tenía «conocía la rutina».

—Seguro que ves muchas series de policías —dijo Lombardo, sin salirse del papel—. Los cacheos no los hacemos así. —Entonces, recolocó al conductor con los dedos entrelazados a la espalda y las palmas vueltas hacia Lombardo.

El cacheo reveló la pista más importante hasta ese momento. De uno de los bolsillos de sus pantalones, Lombardo extrajo varios fajos de billetes cuyo valor ascendía a casi cuatro mil dólares. En uno de los fajos, había dos mil dólares todavía precintados con el envoltorio de un banco de Tucson (Arizona).

Lombardo dio un paso más en su actuación de poli bobo con la esperanza de que el conductor siguiera tranquilo y la situación no se saliera de madre.

—Eh, ¿qué has hecho? ¿Has hecho saltar la banca en un casino de Atlantic City? —dijo riéndose. Luego añadió—: Oye, normalmente no paro a gente que lleva cuatro mil dólares encima. Te creo si me

dices que el dinero es tuyo, pero ¿te importaría sentarte en mi coche mientras aclaro esto?

El conductor volvió a obedecer. Al parecer, seguía convencido de que solo iban a multarlo por exceso de velocidad.

En cuanto el conductor se metió en la celda del coche, y con el sargento Weidman y un segundo agente de refuerzo recién llegado (el patrullero de primera Dale Owens, de la policía de South Brunswick) apostados para observar a los dos sospechosos, Lombardo volvió con cautela al 4Runner y abordó al hombre que esperaba en el asiento del acompañante.

—¿Tienes documentación? —preguntó Lombardo.

—No.

—¿Apellido?

Silencio sepulcral.

—¿Cómo te apellidas?

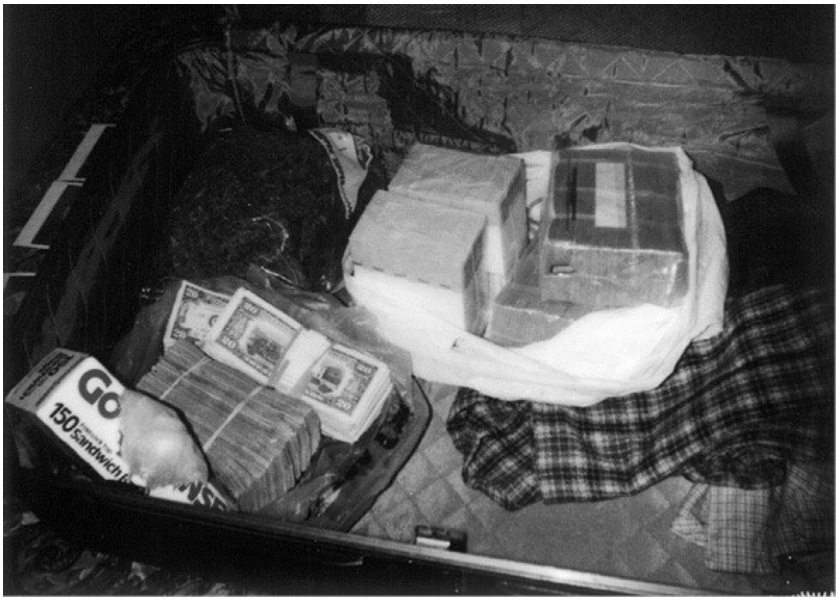
Callada por respuesta.

—Escucha, antes de tratar tu crisis de identidad, ¿por qué no sales del coche?

Cuando el ocupante salía, Lombardo lo bloqueó en el ángulo de la puerta abierta.

—¿Llevas algo encima que pueda hacerme daño? —le preguntó.

«El tipo me dirigió la mirada más fría y espeluznante que he visto en mi vida —dijo Lombardo—. Abrió la boca como si fuera a hablar, pero no dijo palabra. Fue la respuesta más aterradora que he recibido a esa pregunta en mi vida.»



Tras un bien resuelto control de tráfico, se recuperaron unos fajos de billetes envueltos todavía con el precinto bancario.

Tomando la decisión en décimas de segundo, Lombardo agarró al ocupante, lo estampó de frente contra el 4Runner y lo esposó. En cuestión de segundos, encontró las armas escondidas en la cinturilla del sospechoso. Al cabo de un momento, los policías también recuperaron el arma escondida debajo del asiento del conductor.

«Hasta ese día nunca había encontrado armas en un coche. Aquello no hizo sino confirmarme en la idea de que no hay control de tráfico rutinario.»

De vuelta en la comisaría, poco a poco se fue haciendo evidente que Lombardo había detenido a dos «tipos realmente peligrosos». El conductor era Donald Malone, de cuarenta y seis años; el acompañante, Thomas Riley, de veinticinco. Ambos tenían antecedentes penales.

A Riley lo buscaba el cuerpo de alguaciles de Estados Unidos por

dos atracos bancarios. El envoltorio del fajo de billetes que se le encontró a Malone se relacionó con un banco de Arizona, de un total de tres que habían sufrido atracos en las semanas anteriores. La comisaría recibió unas capturas de las cámaras de seguridad del banco que parecían encajar con los dos sospechosos. En esos atracos, se había empleado una pistola negra con una mira láser. Su descripción encajaba perfectamente con la Glock que encontraron debajo del asiento del conductor.

Lombardo recibió autorización para colaborar con el fbi en el registro de la habitación de motel de los sospechosos. Allí, las autoridades recuperaron 160.000 dólares todavía en sus precintos, así como medio kilo de marihuana.

Durante una entrevista posterior a la detención, Riley confesó a Lombardo: «Si me hubieras dado la oportunidad, te habría matado, ¡no lo dudes!». Riley tenía antecedentes y una nueva condena por un delito grave le habría valido la cadena perpetua. No quería volver a poner los pies en la cárcel.

Hablando sobre el inesperado abordaje por la puerta del acompañante, Riley le comentó: «Eso ha estado bien. Hazlo siempre igual».

El patrullero aceptó el elogio con caballerosidad: «Siempre es agradable que un profesional valore tu trabajo», dijo con una sonrisa.

Lecciones aprendidas

«Ese control de tráfico me hizo aprender muchas cosas y también confirmar muchas otras que ya sabía», recuerda Lombardo. De entre todas ellas, «unas pocas prioritarias» le han servido varias veces desde ese día y ha procurado transmitirlas a otros agentes.

1. Usa el abordaje por la puerta del copiloto siempre que sea

posible. «Me salvó la vida. El acompañante dijo que tenía decidido dispararme cuando llegase a la puerta del conductor. Mientras analizaba el vehículo desde el lado del acompañante, pude ver que los dos ocupantes estaban discutiendo. Más tarde averigüé que el conductor intentaba convencerle de que no disparase cuando yo llegara al coche.»

Otra ventaja importante de ese enfoque es que quedas protegido del tráfico viario, especialmente cuando te encuentras en carreteras y autovías muy transitadas. «Les digo a los agentes que se pongan el vídeo de cualquiera de los controles de tráfico que hayan hecho en una autovía y se fijen en la cantidad de coches que pasan a su lado durante la parada. Es asombroso.»

2. No seas un libro abierto. «Cuando un vehículo o sus ocupantes te huelen mal, no permitas que se den cuenta de lo que sospechas. Hacerme el bobo hizo que Riley se relajara cuando ordené a Malone que saliera del coche.»

3. Presta atención a la salida de los ocupantes del vehículo. «Algo que aún me obsesiona es que ordené a Malone que se bajara del coche pero no presté atención al momento preciso de la salida. Simplemente, esperé detrás del coche a que llegara.» Mientras Lombardo esperaba, Malone se sacó la Glock 9 mm de la cintura del pantalón y la escondió debajo del asiento, seguramente porque previó que el agente lo cachearía.

«Tomó la decisión consciente de no enfrentarse conmigo con esa arma. Si no se produjo un tiroteo fue porque lo decidió él, no yo. Nunca más he vuelto a ordenar a alguien que se baje del coche sin observarlo atentamente.»

4. Si acudes como refuerzo, sé eficaz. «Cuando te toca actuar como apoyo o cubriendo a un compañero en un control de tráfico, tu tarea principal es vigilar a los ocupantes del

vehículo infractor mientras el agente principal se ocupa del interrogatorio, pasa la matrícula o los datos del coche al operador, hace la revisión de antecedentes penales o redacta una citación. Sin embargo, ¿cuántas veces apoyamos de verdad a nuestros compañeros? A menudo, nos asomamos a la ventanilla del acompañante y empezamos a charlar sobre el partido que se juega esa noche o cualquier otra tontería, ¿verdad? Estando el agente principal ocupado y centrado en sus obligaciones, y tú junto a la ventana del acompañante, ¿quién vigila el coche y otras posibles amenazas?

»También aprendí una valiosa lección sobre la colocación del agente de apoyo. Uno de mis apoyos esa noche, el patrullero Owens, se cubrió a las cinco con respecto a mí, escondido detrás de un árbol. Riley me dijo que le puso muy nervioso no saber dónde estaba mi agente de apoyo. Esa incertidumbre le obligó a esperar hasta que me dirigí a él para decidir si iba a dar algún paso.»

5. Entrena para identificar amenazas. «Cuando noté la pistola en la cintura de Riley, habría jurado que había gritado "¡Un arma!", pero los dos agentes que me cubrían aseguran que no dije nada. Siempre debes transmitir la información crítica a los agentes que te acompañan y, de hecho, es muy conveniente practicarlo para que la reacción sea automática. Mis apoyos vieron la urgencia con la que intentaba esposar a Riley e intervinieron al interpretar correctamente mi lenguaje corporal.»

6. Recuerda la «Norma Más Uno», y no solo para los sospechosos. «Tras descubrirle la primera arma a Riley, me sorprendió encontrarle una segunda en la parte trasera de la cintura del pantalón. Asume siempre que un sospechoso a quien encuentras un arma tiene otra escondida que todavía no has encontrado.

»Cuando le pregunté por qué portaba dos armas, me dijo: "Tú llevas una de repuesto, ¿verdad?". Siempre insto a mis compañeros a que

lleven armas de repuesto, pero solo unos pocos lo hacen. Si los criminales se anticipan a lo que pueda pasar y llevan armas de repuesto, ¿por qué no hacemos nosotros lo mismo?»

Después de la acción

Malone y Riley fueron extraditados a Arizona donde se los sometió a juicio. Ambos fueron sentenciados a sesenta años de cárcel. Todavía tienen que cumplir varias décadas antes de la fecha más temprana prevista para su puesta en libertad.

12. Un disparo por la espalda

«Asusta lo fácil que puede caerle a un agente una acusación por asesinato.»

Cuando se solicitó al inspector Tim Robbins que prestara declaración sobre las circunstancias en las que había disparado mortalmente a un criminal empedernido que había intentado arrebatarle el arma, se hallaba en las urgencias de un hospital, bajo los efectos de un sedante y recibiendo tratamiento por lo que temía que era un infarto provocado por la lucha a vida o muerte que acababa de librar.

Aconsejado por un abogado, rehusó la entrevista. No tenía inconveniente en relatar lo ocurrido —de hecho, eso era lo que quería hacer—, pero necesitaba tiempo para disipar las dudas sobre su estado de salud, aclarar sus ideas, calmarse y dormir.

Entonces, sin que lo viera venir, Robertson fue detenido y acusado de homicidio voluntario, delito que fue luego agravado a asesinato. La autopsia preliminar reveló que el agresor de Robertson había recibido los disparos por la espalda.

Sin conocer la versión del agente, sin esperar a que concluyera la investigación del tiroteo y sin haber recibido todavía los resultados definitivos de la autopsia y el análisis toxicológico del sospechoso, el fiscal del distrito había decidido iniciar un proceso criminal que podía terminar con la condena del policía de cuarenta y un años de edad a tres años de reclusión en una cárcel del estado.

«La ley prohíbe que un agente dispare cuatro veces por la espalda a un sospechoso que se da a la fuga —afirmó el fiscal en declaraciones recogidas por la prensa—. Por eso he decidido acusarle.»

«Eso es una tontería —sostuvo el abogado Vinton Lide, quien

terminaría capitaneando la defensa legal de Robertson—. No he visto nada parecido en cuarenta y cuatro años de carrera. Resulta vergonzoso e inexcusable.»

Este caso ilustra con meridiana claridad la acuciante necesidad de que el sistema judicial comprenda mejor el papel crucial que la ciencia puede y debe desempeñar en la investigación y análisis de los tiroteos en los que se ven implicados los cuerpos de seguridad. Es un toque de alerta para que los agentes procuren entender mejor sus derechos cuando un caso que empieza siendo «rutinario» da un giro inesperado y termina convirtiéndose en noticia de primera plana.

Reflexionando sobre el caso Robertson, el doctor Bill Lewinski —director ejecutivo del Centro de Investigación en Ciencia de la Fuerza, dependiente de la universidad estatal de Minnesota en Mankato— sostiene que la labor policial puede salirse de madre de forma inesperada y que, precisamente por eso, «asusta lo fácil que puede caerle a un agente una acusación por asesinato».

El fallecido en el tiroteo era William Sheffield, un expreso de cuarenta y cinco años de edad con un dilatado historial delictivo y numerosos tatuajes carcelarios que así lo atestiguaban. Se encontraba en libertad bajo fianza acusado de delitos relacionados con el desguace de coches robados, y Robertson, agente de la policía del condado de Darlington (Carolina del Sur), llevaba semanas persiguiéndolo cual gato al ratón por otro delito de robo, en este caso de una barbacoa de acero inoxidable valorada en ocho mil dólares y tres remolques de transporte. Según se supo después, Sheffield había dicho a sus cómplices que no tenía la intención de pasar un día más entre rejas.

El último jueves de un mes de diciembre, Andy Locklair, otro inspector del mismo cuerpo, recibió información de un confidente que resultó ser pariente de Sheffield. El delincuente se encontraba con su novia en una casa prefabricada en el vecino condado de Chesterfield, esperando a que escampara.

Esa misma noche, delante de una tienda cerrada no muy lejos del supuesto escondite del sospechoso, Robertson y Locklair se citaron con un policía del condado de Chesterfield y un agente de patrulla

de la aldea más cercana, Society Hill (población de 700 habitantes). Aunque desconocían su ubicación exacta, según el chivatazo la casa se encontraba a unos tres kilómetros al oeste por una carretera asfaltada en una zona con colinas y espesos pinares, granjas miserables y casas prefabricadas desperdigadas.

Robertson conocía bien a Sheffield y sabría reconocer su camioneta gmc, de modo que los agentes acordaron que sería él quien se internaría por la carretera con su Ford Crown Victoria sin distintivos para no llamar la atención.

Sobre las diez de la noche, Robertson volvía después del infructuoso paseo cuando vio una camioneta accediendo al camino sin asfaltar de una de las propiedades que ya había visto en el recorrido de ida. Era una noche sin luna ni estrellas, no había alumbrado en la zona, y la niebla todavía dificultaba más la visibilidad, pero cuando aparcó detrás de la camioneta Robertson se convenció de que era la de Sheffield. Conectó por radio con su agente de apoyo: «Andy, venid todos aquí. Creo que los he encontrado».

Una mujer se bajó de la camioneta y se dirigió hacia la casa, que estaba a tan solo unos metros. El conductor, que llevaba una gorra de béisbol, salió y Robertson reconoció al fugitivo al que intentaba dar caza.

Sin que Robertson lo supiera, su llamada por radio no había sido escuchada donde le esperaban sus compañeros junto a la tienda. Los otros agentes estaban charlando fuera de sus unidades y no la oyeron. Robertson se encontraba solo en la oscuridad, sin supervisión, con un delincuente que contaba en su historial con algunos delitos sumamente violentos. En una disputa por un asunto de drogas, dice Robertson, «Sheffield disparó noventa veces con un subfusil Mac-10 contra una casa prefabricada en la que vivía una mujer con sus dos hijos. Siempre me preocupaba tratar con él porque sabía que podía ser violento si se veía acorralado».

Cuando lo abordó, Sheffield «me reconoció inmediatamente —recuerda Robertson—. Tenía los ojos como platos». Sin saber quién o qué podía haber dentro de la casa prefabricada, el investigador quiso detenerlo antes de que pudiera huir a su interior. Robertson le agarró las manos y las puso sobre la cabina de la camioneta.

—Tengo unas órdenes de arresto para ti —le dijo Robertson—. Quedas detenido.

—No —replicó Sheffield—. No pienso ir.

La vida del inspector Robertson cambió en esta casa perdida entre pinares.

«Entonces se volvió inmediatamente hacia mí», recuerda Robertson. El combate de su vida (y por su vida) había empezado.

Robertson no es un trozo de pan precisamente. Con su metro noventa y sus cien kilos de peso, puede levantar ciento treinta y seis kilos en el banco de pesas. Sheffield era más ligero, medía en torno al metro ochenta y pesaba unos noventa y cinco kilos, pero luchó con una fiereza descomunal. Más tarde, el informe toxicológico reveló la presencia de altas tasas de cocaína y alcohol en sangre.

Mientras forcejeaban junto a la camioneta, Sheffield trató varias veces de arrebatarle el arma enfundada a Robertson, una Sig Sauer 226 de 9 mm. Robertson, que había sido el primero de su

promoción en la academia y estaba bien formado en recursos defensivos, consiguió repelerlo a base de rodillazos. Sin embargo, aunque le golpeaba con todas sus fuerzas en el abdomen y la entrepierna, el agresor no caía al suelo, donde Robertson esperaba poder esposarlo.

«No decía nada, no se debilitaba, no se inmutaba —dice Robertson —. Le daba rodillazos con toda mi alma, le gritaba que se echara al suelo y dejara de resistirse, y el tipo me miraba fijamente como si quisiera apuñalarme con los ojos. En mi vida había visto a alguien resistir a tal castigo. No daba crédito.»

La lucha se alargaba y Robertson empezó a acusar la fatiga. Le faltaba el aliento: «No sabía si iba a poder aguantar mucho más».

Después de una de las ocasiones en que el sospechoso intentó arrebatarle el arma, Robertson le gritó:

—¡Voy a dispararte! ¡Échate al suelo!

—Dispárame, joder. ¡Dispárame! —le rugió Sheffield.

Pero el agente no lo hizo, no hasta que notó que la mano de Sheffield aferraba la culata de su pistola y empezaba a sacarla de la funda. «Sentí que tenía la intención de matarme», insiste Robertson. Atrapó entonces la mano de Sheffield, le arrebató la pistola, le pegó un empujón al tiempo que se apartaba a un lado en un recurso defensivo que dominaba y le ordenó que se tirase al suelo a punta de pistola. Cuando volvió a embestir, Robertson le disparó dos balas a unos dos metros de distancia.

Ambas impactaron en el blanco, pero Sheffield no cayó. En vez de ello, corrió hacia un cobertizo para tractores a unos once o doce metros y desapareció en la oscuridad.

Robertson le persiguió empuñando el arma y disparó una bala involuntariamente contra el suelo mientras corría al no reparar en que todavía llevaba el dedo en el gatillo. Cuando llegó al cobertizo, rodeó una esquina y antes de que pudiera detenerse chocó de bruces contra William Sheffield, que estaba con las piernas flexionadas en postura de combate. «Aquello me sorprendió —

recuerda Robertson—. Esperaba encontrármelo tendido en el suelo o que hubiera desaparecido.»

Regresó inopinadamente a la realidad cuando Sheffield le agarró el arma. Robertson la retiró al instante al tiempo que empujaba al sospechoso y volvía a dispararle dos veces. En esta ocasión, Sheffield cayó bocabajo sobre la tierra. «Vi que sangraba. Intentó ponerse de pie, pero no podía mover las piernas.» Murió desangrado ahí mismo.

Cuando el sospechoso cayó abatido, habían pasado en torno a dos minutos y medio desde que Robertson había reclamado inútilmente apoyo por la radio.

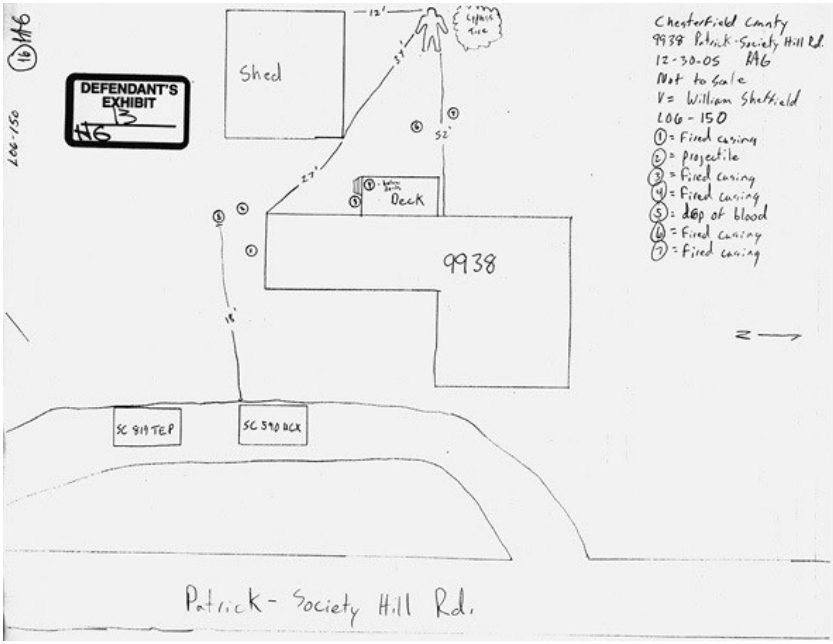
Actuando en lo que el mismo describiría después como un estado de shock —«¡No podía creer que hubiese tenido que disparar a alguien!»—, Robertson esposó al sospechoso como medida de precaución, volvió a pedir apoyo por radio, solicitó una ambulancia (los agentes esta vez sí oyeron el aviso al final de la carretera), lidió con la novia de Sheffield, que estaba comprensiblemente alterada, y con un hombre cuando estos salieron de la casa prefabricada, y trató de sosegarse y no hiperventilar.

Los agentes que acudieron al lugar de los hechos lo encontraron junto a su coche, «en cuclillas, con las manos en la cabeza y con una sensación tremenda de malestar y cansancio». El pecho le dolía «como si se lo apretaran con un tornillo». Le costaba respirar y no podía parar de toser. El equipo médico, preocupado por su corazón, le administró nitroglicerina para el dolor de pecho. Solo más tarde supo que no había tenido un infarto.

«La mente no paraba de darme vueltas. Durante los dos combates, hubo veces en que las cosas ocurrieron tan deprisa que no pude comprender qué estaba pasando. Otras veces, todo me pasaba tan despacio que no parecía real. Nunca me había encontrado en una situación en la que se concentrara tanto estrés en tan poco tiempo.»

De camino en ambulancia al Centro Médico Regional de Carolina Pines, cerca de Hartsville, Robertson llamó con el móvil a su mujer, una investigadora privada que había sido teniente de la policía de Hartsville. Cuando ella fue a verle al hospital, la acompañaba un

amigo y vecino, el abogado Paul Cannerella.



Croquis del lugar de los hechos que describe la acción desde la furgoneta hasta el luctuoso final.

Entre tanto, la policía del condado de Chesterfield se había puesto en contacto con unos investigadores del estado para que analizaran las circunstancias del tiroteo. Fue un funcionario de esa agencia el que se personó en las urgencias con la intención de tomar declaración a un superviviente que se hallaba en una situación de alto estrés. «Esta noche no», le dijo Cannerella. Robertson «no estaba en condiciones» de enfrentarse a algo tan importante.

Ya eran más de las doce de la noche de aquel viernes. El puente de Año Nuevo les esperaba. Cannerella le prometió que el martes, cuando todo volviera a la rutina, Robertson tendría lista su declaración escrita para entregarla en la fiscalía. Y así lo hizo. Pero nadie pasó a recogerla y no se concretó fecha para entrevistarlo.

El sospechoso esperaba en la oscuridad cuando el inspector Robertson rodeó la esquina del cobertizo.

El miércoles, Robertson descubrió por qué, cuando lo detuvieron acusado de homicidio voluntario. La novia de Sheffield había explicado a las autoridades que había visto lo ocurrido y que Robertson había disparado contra Sheffield sin previa provocación cuando este intentaba huir.

El otro residente de la casa prefabricada refutó su versión, insistiendo en que la mujer había corrido al interior de la casa antes de que empezara el tiroteo y que no se había movido de allí hasta que todo hubo terminado. Cuando ella entró a toda prisa en la casa, según el otro inquilino, le había explicado que Sheffield y un policía estaban forcejeando por el arma de este último. Luego, se demostró que, desde su ubicación, la mujer no pudo haber visto todo lo ocurrido.

El fiscal del distrito, sin embargo, parecía obcecado en los orificios de bala en la espalda del sospechoso y concluyó que Robertson debía hacer frente a un proceso penal.

«Aquello me dejo anonadado —recuerda Robertson—. Bastante había tenido ya con la experiencia del tiroteo como para encima tener que ver cómo me procesaban y detenían sin escuchar mi versión de los hechos. ¿Cómo podíamos haber llegado a ese punto? Mi mujer se derrumbó. Nunca había vivido una pesadilla así.»

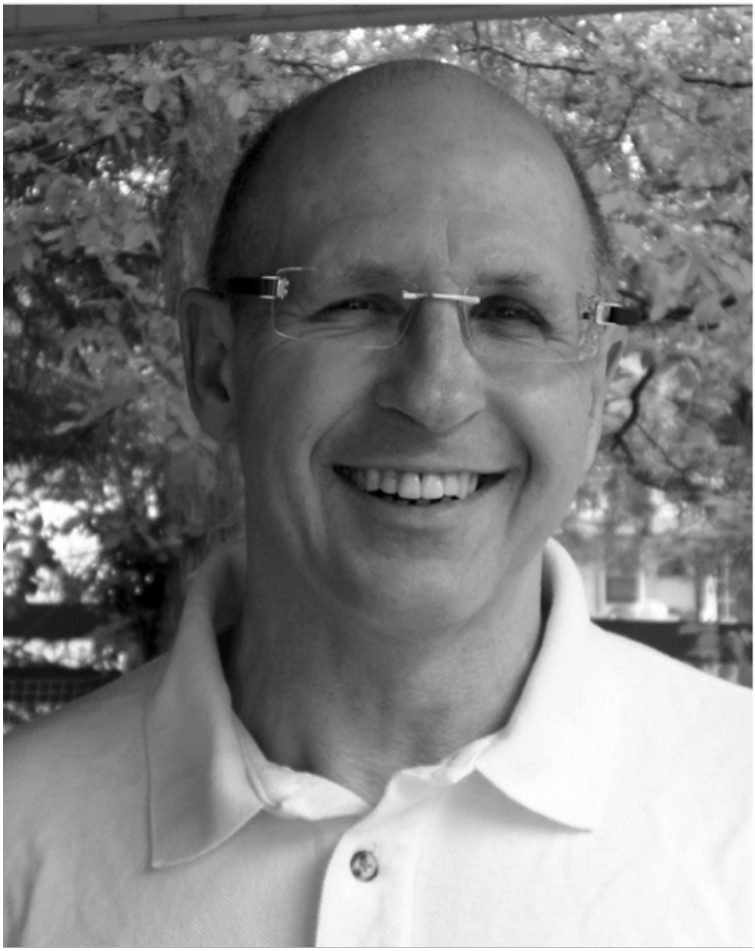
O eso parecía, hasta que el fiscal presentó el caso ante el juzgado de instrucción, redobló la apuesta y lo acusó de asesinato. Ahora, si era declarado culpable, Robertson podía recibir una sentencia de cadena perpetua. «Estaba furioso —dice—. Me pareció que les iba a costar muchísimo probar el homicidio voluntario, por no decir un asesinato, que exige premeditación y alevosía. Me pareció que iban a por mí.»

***

Puesto en libertad bajo fianza de quince mil dólares, a Robertson se le permitió continuar trabajando en tareas burocráticas en su comisaría, con el pleno apoyo de sus superiores. Había entregado a la dirección una copia de su declaración y le creyeron. «Mantener el contacto con los compañeros me ayudó a conservar el ánimo», dice Robertson.

Como miembro de la Asociación de Agentes del Orden de Carolina

del Sur, tenía derecho a recibir asistencia jurídica gratuita. El consejero general de la asociación, Vinton «Dee» Lide, ex fiscal de Estados Unidos y asistente del fiscal del estado, además de curtido defensor de agentes implicados en tiroteos con víctimas mortales, tomó el caso. Fue asistido por James Redfearn como abogado adjunto.



El doctor Bill Lewinski

Lide expresó su total conformidad con la decisión que había tomado en las urgencias del hospital de aplazar el redactado de la declaración formal hasta que pudiera recuperarse del estrés del tiroteo. El abogado era consciente de que los recuerdos de un hecho

traumático suelen ser más completos y precisos después de por lo menos un ciclo de sueño, de modo que siempre recomendaba esperar a los agentes a los que representaba en nombre de la asociación.

Tanto Lide como Steve Smith, un conocido investigador privado y comandante retirado de la policía del estado que se había ofrecido a prestar ayuda, habían oído hablar de la labor revolucionaria que se estaba llevando a cabo en el Centro de Investigación en Ciencia de la Fuerza bajo el liderazgo de su director ejecutivo, el doctor Bill Lewinski, sobre la dinámica de los «tiros por la espalda». Lide contrató a Lewinski como consultor con la intención de llamarlo a declarar como perito cuando empezara el juicio de Robertson.

A partir de los recuerdos de Robertson, su propio análisis del informe completo de la autopsia y sus amplios estudios sobre las dimensiones temporal y espacial en enfrentamientos con víctimas mortales, Lewinski llegó a las siguientes conclusiones:

• De las dos primeras balas que disparó Robertson durante el intenso forcejeo cerca de la camioneta, una produjo una herida superficial en el hombro derecho de William Sheffield y la otra penetró en su omóplato derecho en dirección casi vertical, de abajo arriba. Ambas trayectorias iban de atrás hacia delante, y de izquierda a derecha. Las heridas eran compatibles con una descripción de los hechos según la cual Sheffield se habría encarado a Robertson en actitud amenazante cuando este tomó la decisión de disparar, pero las balas habrían impactado en el sospechoso después de que este se volviera.

• En el segundo tiroteo, cerca del cobertizo para tractores, una bala penetró en el lateral posterior de la caja torácica inferior de Sheffield con una trayectoria de atrás adelante y de derecha a izquierda. Esta bala se desvió hacia arriba y atravesó el corazón del sospechoso. La otra bala penetró directamente en el tramo inferior de la columna y quedó alojada allí. Ambas heridas podían ser mortales. Y ambas balas, como en el caso anterior, eran compatibles, en opinión de Lewinski, con un giro brusco de

Sheffield justo antes del momento del impacto.

El desafío, como siempre en estos casos, era convencer a un jurado de legos que un ser humano podía girarse tan deprisa como para cambiar significativamente de postura entre el instante en que un agente decide apretar el gatillo y el instante en que la bala impacta.

Cuando el caso llegó a juicio en la ciudad de Chesterfield, Robertson, enfrentado a la posibilidad de pasar tres años de su vida en una prisión del estado, subió a declarar para tener por lo menos la oportunidad de presentar públicamente su versión de lo ocurrido. Hasta ese momento la acusación no había oído su relato de los hechos. Lewinski testificó durante una hora y media y expuso de forma pausada la documentación de sus estudios que permitía avalar las tesis de Robertson.

Dichos estudios demostraban, según explicó Lewinski, que, por término medio, un agente podía tardar un mínimo de tres cuartos de segundo en empujar a un hombre y disparar dos balas con una pistola, que era lo que Robertson afirmaba haber hecho en ambos forcejeos. En ese tiempo, declaró Lewinski, una persona normal puede volverse ciento ochenta grados para pasar de una posición enfrentada a estar de espaldas con la intención de huir corriendo.

Dada la naturaleza de las heridas de Sheffield, la «mayor probabilidad» era que hubiese ocurrido precisamente eso en aquel caso y que los disparos se hubieran producido según relataba Robertson, testificó Lewinski. Dado el tiempo que tarda un agente que se dispone a disparar en percibir y procesar un cambio en la posición del sospechoso antes de poder abortar el disparo, Robertson no pudo evitar efectuar los disparos que penetraron en la espalda de Sheffield en cuanto este empezó a correr.

Mediante demostraciones físicas e interpretaciones coherentes de datos muy detallados extraídos de sus investigaciones, Lewinski «pudo bajar el listón de sus explicaciones para que cualquier jurado pudiera entenderlas y acreditó que un disparo por la espalda a veces puedes ser un “buen disparo”», recuerda Lide.

Tras cuatro días de testimonios, el jurado se retiró para deliberar. Se informó de que los familiares de Sheffield habían vertido varias amenazas; entre otras, la promesa de que, si Robertson era absuelto, «alguien moriría en el juzgado».

El juez del caso, John Hayes III, avisó de que no iba a tolerar ninguna alteración del orden. Si se producía algún altercado, los implicados podían esperar un mínimo de seis meses en la cárcel, declaró. Se desalojó la sala y se registró a fondo. Los asistentes que quisieron volver tuvieron que pasar por un detector de metales.

En menos de cuatro horas, los cinco hombres y siete mujeres que componían el jurado entregaron su veredicto: no culpable. La libertad y la carrera de Tim Robertson como agente del orden habían quedado a salvo.

«Es el alivio más grande de mi vida —dijo un Robertson lloroso—. Me alegra que todo esto haya terminado y pueda volver a mi trabajo, que es investigar crímenes.»

A lo largo del juicio, el jefe de Robertson, Glenn Campbell, y varios de sus colegas habían estado sentados en la sala para mostrarle su apoyo de forma visible. En cambio, el fiscal que incoó el proceso contra él solo se pasó por el juzgado en dos breves ocasiones, dejando la tarea a sus dos jóvenes asistentes.

Acabado el juicio, uno de ellos dijo a los medios: «Según la ley, hemos hecho lo que teníamos que hacer». El fiscal, por su parte, se limitó a reconocer que «el veredicto ha sido no culpable», sin añadir nada más.

Hablando en nombre del Centro de Investigación en Ciencia de la Fuerza, Lewinski declaró: «Nunca afirmaremos que todos los agentes sean inocentes en tiroteos con víctimas mortales. Al igual que hay buenos policías, también hay malos disparos. Pero nuestro objetivo es en parte ayudar a los investigadores y fiscales a entender que lo que puede parecer controvertido a menudo no lo es si se considera a la luz de principios científicos. Por el bien de todos los implicados, el mejor momento para valorarlo es durante la investigación, no durante un juicio».

Lecciones aprendidas

Robertson afirma: «Estuve reflexionando sobre el incidente [en los meses que siguieron a su absolución] y saqué varias conclusiones de esta tragedia que espero puedan ayudar a otros agentes a no tener que pasar por lo mismo que yo viví».

1. Prepárate. «Ponte a punto mental y físicamente antes de abordar una situación de riesgo o de tratar con una persona que sabes que es peligrosa. Yo sabía que el sospechoso al que buscaba tenía un pasado violento y había manifestado a su familia que no pensaba volver a pisar la cárcel y que le daba igual vivir. Si no hubiera estado preparado mentalmente para afrontar su resistencia y agresividad hacia mí, no sé si habría podido sobrevivir al encuentro.»

2. Intenta siempre que te acompañe otro agente. «Nunca empieces una operación solo, ni siquiera cuando es de vigilancia. Especialmente cuando estés trabajando en otra jurisdicción, como fue en mi caso, hazte acompañar en todo momento por un agente de esa jurisdicción.»

3. Verifica si se han recibido tus mensajes de radio. «Siempre que sea posible, asegúrate de que tu agente de apoyo te ha oído y ha recibido el mensaje antes de salir de tu vehículo para abordar la misión. Yo llamé por radio para alertar a mis agentes de apoyo cuando creí haber localizado al sospechoso, pero salí del coche antes de que ellos respondieran. Luego supe que no habían oído mi transmisión.»

4. Actúa de forma decidida. «Cuando llegue el momento de emplear fuerza letal para proteger tu integridad física o la de otras personas, hazlo de forma inmediata. No dudes ni te cuestiones tus acciones. Debes adiestrarte para actuar con decisión cuando se produzca el incidente. Si no lo haces, caerás en tus viejos hábitos cuando te halles en una situación de máxima exigencia.»

5. Debes tener un plan B. «Debes estar preparado en todo momento para recurrir a un plan alternativo, porque la mayoría de decisiones, especialmente cuando se toman sobre la marcha, nunca se desarrollan según lo previsto.»

6. Debes prepararte para los retos legales. «En el clima actual, la necesidad de defenderte incluye también el ámbito legal, además del distrito que tienes asignado. En cualquiera de los dos terrenos, puede ocurrir lo peor. La preparación legal debe ser una parte obligada de tu repertorio de recursos defensivos.»

Informe especial: primeros auxilios legales cuando el humo se disipa

El tiroteo ha concluido. Has sobrevivido. El sospechoso está muerto o herido. Ahora tus prioridades han cambiado.

Hace unos instantes, tu único objetivo era proteger tu vida, la vida de tu compañero o la de un civil. Ahora debes protegerte frente a una amenaza distinta: quizá te aguarda un proceso judicial.

En sus más de veinte años como abogado de policías, John Hoag, socio del bufete Snyder & Hoag en Portland (Oregón), ha representado a más de cuarenta agentes implicados en tiroteos. Como abogado para varios sindicatos de policías de la región noroeste de Estados Unidos, ha protegido a agentes del orden en investigaciones internas, juzgados de instrucción, comisiones de investigación y procesos estatales y federales. Hoag conoce de primera mano lo fácil que es dar un paso en falso incluso cuando un tiroteo parece absolutamente justificado.

A partir de su experiencia, Hoag propone diez elementos cruciales de «primeros auxilios legales» que deberías tener muy en cuenta una vez que el humo se haya disipado.

Si perteneces a una unidad o patrulla con negociación colectiva y una carta de derechos, algunas de estas consideraciones deberían activarse de forma automática para protegerte. De lo contrario, son cuestiones por las que deberías luchar con tus compañeros y, en todo caso, recordar si algún día te ves implicado en un enfrentamiento con víctimas mortales.

Llevar esta lista en el bolsillo puede ser un bendición cuando te encuentras en una situación de máximo estrés y necesitas orientación.

John Hoag

1. Informa sucintamente a tu supervisor. «Aunque estés seguro de que no has hecho nada malo, es importante que tu comportamiento después del incidente no comprometa tu protección jurídica —advierte Hoag—. Inmediatamente después de un tiroteo, te conviene decir lo menos posible y abandonar el lugar de los hechos cuanto antes.»

«Si intentas reconstruir los detalles estando estresado, tal vez deberás corregir tus afirmaciones después, cuando ya hayas aclarado lo que ha ocurrido realmente. Las contradicciones no os convienen ni a ti ni a tu cuerpo policial, y podrían ayudar al abogado de la parte contraria.»

En privado, traslada a tu supervisor tan solo la información necesaria para que los equipos forenses y de investigación empiecen su labor. En concreto, Hoag recomienda:

• Informa del estado y localización del delincuente o delincuentes, si los conoces.

• Notifica las heridas de todos los implicados, incluidas las tuyas, que requieran atención médica inmediata.

• Traza en un mapa lo ocurrido (si se ha producido una persecución, lo ocurrido puede abarcar una gran distancia).

• Identifica cualquier prueba que sea preciso proteger.

• Identifica cualquier testigo que sea preciso aislar e interrogar.

• Ofrece un relato al grano de lo que ha ocurrido. «Puede ser tan sencillo como, por ejemplo: “El hombre me sacó una pistola mientras lo cacheaba. He pensado que iba a matarme, así que le he disparado para defenderme”», sugiere Hoag.

Además, sé muy cuidadoso con lo que dices en el lugar de los hechos. «Psicológicamente, es probable que te estés cuestionando las decisiones que has tomado, preguntándote si podrías haber hecho algo distinto», explica Hoag.

«Un error habitual es preguntar a tus compañeros o a tu supervisor si has hecho bien las cosas. Casi siempre, la respuesta es sí y podrías haberlo hecho incluso antes, pero dudaste porque todavía tenías la esperanza de no verte obligado a disparar. Sin embargo, piensa por un momento cómo podría aprovechar esas manifestaciones de duda

un fiscal o un abogado experto en derechos civiles que represente a los demandantes.

»No busques la aprobación de tus compañeros por lo que ha ocurrido. Podría perjudicarte el día de mañana.»

2. Llama a tu abogado cuando antes. «Es fundamental que te reúnas con tu abogado lo antes posible después del tiroteo. Si el servicio de asistencia jurídica de tu policía no te proporciona un abogado, contrata a uno por adelantado, ya sea por tu cuenta o junto con otros agentes, que esté dispuesto a atenderte inmediatamente las veinticuatro horas del día.

»Necesitas a alguien que entienda la labor policial y los protocolos posteriores a un tiroteo. Lo ideal sería un antiguo ayudante del fiscal del distrito que ejerza ahora como penalista.

»¿Por qué no recurrir a un representante sindical o a un compañero que tenga la experiencia de un tiroteo y parezca conocer el terreno? Porque los primeros detalles que refieras después de un tiroteo deberían ser confidenciales y lo que manifiestes a tu abogado quedará amparado por el secreto profesional y protegido de cualquier control externo. Aunque la legislación de tu estado contemple la confidencialidad de una conversación con un representante sindical, eso no te ayudará cuando te enfrentes a un juez de instrucción federal o tu caso termine en un tribunal federal y se te juzgue por homicidio.

»Los agentes a veces preguntan: "¿Para qué voy a necesitar a un abogado? No he hecho nada malo y no tengo nada que ocultar."

»Aunque no te quepa ninguna duda de que es así, los tiroteos suelen provocar una respuesta comunitaria antes de que se conozcan todas las circunstancias. En un tiroteo polémico que conozco bastante bien, alguien oyó decir a la comandante de la unidad que quería fuera del cuerpo al agente sin esperar siquiera a ser informada por sus propios hombres sobre lo ocurrido. Algunos cuerpos policiales no están preparados para afrontar las consecuencias de un tiroteo y, a menos que todo parezca intachable, a veces ven fallos donde no

los hay. En ocasiones, los fiscales demuestran enormes carencias en ciencia forense o se dejan llevar por sus ambiciones políticas y concluyen de forma prematura que has cometido un error.

»Necesitas a un buen conocedor de la legislación que vele por tus intereses. Esa persona ha de ser capaz de disipar algunos de tus temores. Los agentes a menudo tienen el temor infundado de que van a perder la casa y todos sus bienes en el proceso judicial que sigue a un tiroteo. Un abogado experto puede explicarte de forma realista qué cabe esperar en tu situación.

»Si, en el peor de los casos, tu cuerpo policial te informa de que, no siendo sospechoso de haber cometido ningún delito, no puedes consultar a un abogado (sí, no sería la primera vez que ocurre), entonces exige poder entrevistarte con un psicólogo o sacerdote de tu unidad para ganar tiempo mientras aclaras las cosas.»

3. Hazte una revisión médica. Pide que te lleven directamente a un centro médico después del tiroteo, sugiere Hoag. Allí han de tomarte muestras de sangre y orina lo antes posible para demostrar que no habías consumido alcohol ni drogas cuando apretaste el gatillo.

Asimismo, los técnicos médicos podrán fotografiar cualquier herida que hayas sufrido para presentarla como prueba más adelante. Y pueden examinarte en busca de lesiones de las que tal vez no te hayas percatado en el fragor del momento. «También se lo recomiendo a los demás agentes que se vieron implicados en el incidente, pero no dispararon», apunta Hoag.

Pide que te chequeen las constantes vitales, especialmente tu tensión arterial. Aunque estés en buena forma, la tensión puede mantenerse en cifras elevadas durante un buen rato. Incluso noventa minutos después del tiroteo, puede seguir estando sesenta puntos o más por encima de los valores normales.

4. No des una declaración detallada de forma voluntaria

inmediatamente. Por sí solo, tu estado clínico —hipertensión, altos niveles de adrenalina, agotamiento, lesiones físicas— puede ser argumento suficiente para negarte a hacer una declaración formal inmediata, habida cuenta de que seguramente se tratará de la entrevista más importante de toda tu trayectoria profesional y debes estar tranquilo y tener las ideas claras para abordarla de forma conveniente.

Hoag afirma: «He oído el argumento de que un agente debe recibir el mismo trato que cualquier otro sospechoso de haber participado en un tiroteo. Pamplinas. Que un agente haya abatido a un sospechoso que le amenazaba no es un homicidio más en el que se tenga que detener al culpable.

»La sociedad te pide que pongas en riesgo tu integridad física y recurras al uso de una fuerza letal para protegernos a todos. Te han formado para hacerlo de manera adecuada y legal; es una parte fundamental de tu trabajo. Cuando cumples con esta exigencia, nadie debería tratarte de la misma forma que a un criminal.

»Si te presionan para que declares inmediatamente y has de obedecer porque así lo exige el reglamento de tu cuerpo policial, empieza diciendo que declaras bajo coacción y contra tu voluntad, y que todavía no has podido reunirte con tu abogado», recomienda Hoag.

«Casi todos los psicólogos que trabajan con la policía afirman que lo ideal es dejar pasar cuarenta y ocho horas antes de que el agente preste declaración. Para entonces, tu mente y tu cuerpo se habrán serenado en gran medida y tu informe será mucho más completo y fiable.

»Mal que le pese, un cuerpo policial que insiste en que prestes declaración antes de volver a tu casa “para que la opinión pública vea que no tenemos nada que ocultar”, lo que consigue en realidad es hacer necesaria en un futuro una nueva declaración que complemente o enmiende la primera. Los abogados de los demandantes sabrán aprovecharlo.»

5. Ten cuidado con quién hablas. «Obviamente, no hables con la prensa, por más que te apetezca que se conozca tu versión de los hechos, y avisa a tu familia de que tampoco lo haga —dice Hoag—. Todos sabemos de las tergiversaciones y distorsiones de que son capaces reporteros y redactores.»

Para no parecer culpable, no despaches a los reporteros con un «sin comentarios» ni tampoco des la callada por respuesta cuando te pregunten. Diles que te gustaría explicarles lo ocurrido pero que los protocolos de tu cuerpo policial exigen que toda la información de carácter oficial se vehicule por los canales previstos. «Tu cuerpo policial debería ocuparse de las declaraciones a la prensa —dice Hoag—. En un caso polémico con una gran cobertura informativa, la policía debería contar con un portavoz que procure ofrecer declaraciones neutras e insistir en que no conviene sacar conclusiones apresuradas antes de que se conozcan y comprueben todas las circunstancias del caso.»

También debes ser precavido incluso con aquellas personas con las que te sientas cómodo y en quienes confías. En algunos cuerpos policiales, a veces se te asigna un compañero para que te apoye y no se separare de ti en los primeros momentos. «No le hables del tiroteo —dice Hoag—. Las conversaciones con esa persona tal vez no estén legalmente amparadas por el secreto de las comunicaciones.»

El mismo consejo vale también para amigos, allegados y algunos miembros de tu familia. «La legislación sobre el secreto de las comunicaciones puede variar según la jurisdicción, pero por regla general afecta fundamentalmente a lo que le dices a tu cónyuge, tu pareja de hecho en aquellos estados en los que estas tienen reconocimiento legal, tu abogado, un profesional médico titulado o un representante oficial de una confesión religiosa.

»Los psicólogos coinciden en que puede ayudarte hablar sobre tus sentimientos, no reprimir lo que has vivido. Se trata, sencillamente, de no equivocarte cuando elijas con quién hablar.»

6. Descansa para refrescar la memoria. La Sección de Servicios

Psicológicos de la Asociación Internacional de Jefes de Policía recomienda que se permita un ciclo completo de sueño a un agente que haya sobrevivido a un tiroteo antes de que se le exija emitir una declaración formal. Hoag sostiene que, en muchos casos, resulta deseable aplazar la declaración todavía más.

«Las primeras horas de sueño serán, en el mejor de los casos, intermitentes —explica— y, cuando el pico de adrenalina remita del todo, tal vez estés tan agotado que tampoco te encontrarás en las mejores condiciones para prestar declaración. Cuarenta y ocho horas después del incidente, es más probable que hayas podido encadenar unas horas suficientes de sueño reparador.

»El sueño y el descanso ayudan a que el cuerpo restaure su equilibrio y también tienen el efecto de refrescar la memoria, lo cual podría suponer una diferencia decisiva para la coherencia y rigor de tu declaración. Si has descansado, tienes más posibilidades de aclarar lo que ha ocurrido realmente sin dejarte llevar por unas primeras impresiones que tal vez sean erróneas.

»Asimismo, el equipo de investigación ya habrá entrevistado a la mayoría de implicados, cuando no a todos, y también habrá podido examinar concienzudamente el informe forense, de modo que tus entrevistadores sabrán hacerte las preguntas más pertinentes.

»Por supuesto, no hay dos mentes humanas iguales. El "momento adecuado" puede variar en función de tu experiencia, edad, formación, experiencias críticas anteriores, tu vida personal, etcétera. Algunos agentes pueden necesitar más tiempo que otros. Lo ideal sería poder tomar la decisión cuando te sientas preparado para dar el paso.»

Durante esas horas de descanso, conviene prescindir del alcohol y no consumir más cafeína de lo normal, para que tu mente y tus emociones tengan la máxima claridad mientras procesas y asimilas lo ocurrido. Hacer ejercicio de forma regular y retomar en la medida de lo posible tus rutinas también te ayudará a apaciguar la mente y el cuerpo y refrescar la memoria.

7. Vuelve al lugar de los hechos. Antes de someterte a la entrevista oficial, Hoag es firme partidario de volver al sitio donde se produjo el tiroteo con un abogado. Ver cualquier vídeo disponible y escuchar las cintas de audio también es importante.

«Todo ello puede servirte para disipar las lagunas de tu memoria y puede ser fundamental para aislar en tu mente una imagen verídica del incidente, separándola de aquellos recuerdos sensorialmente distorsionados», sostiene Hoag. En efecto, varios estudios demuestran que las personas que vuelven al entorno en el que se produjo una determinada experiencia pueden recordar entre un cincuenta y un setenta por ciento de sus detalles significativos, mientras que quienes intentan recordar lo ocurrido desde un lugar distinto solo recuperan entre un treinta y un cincuenta por ciento de los detalles concretos.

«Es preferible que tu paseo no se grabe y que no te acompañe ningún investigador —dice Hoag—. Tus reacciones y comentarios durante esos minutos tienen que quedar en privado. Asimismo, el paseo debería efectuarse bajo las mismas condiciones de luz que había en el momento del tiroteo, si es posible.»

Aun así, Hoag advierte contra cualquier «recreación» del enfrentamiento. «Ello podría infligir un estrés emocional excesivo al agente implicado —dice—. Y lo que tal vez sea incluso más importante: resulta prácticamente imposible efectuar una recreación que coincida de forma idéntica con todas las pruebas forenses, como, por ejemplo, la trayectoria de las balas, el tiempo, la distancia, el movimiento, etcétera. A menudo, la grabación de la recreación será un regalo injustificable para el abogado de los demandantes.»

8. Pide a tu abogado que te ayude con la declaración. «Ya sea oral o escrita tu declaración oficial sobre el tiroteo, tu abogado debe ayudarte a estructurarla de tal forma que sea lo más completa y rigurosa posible y no contenga afirmaciones erróneas o un lenguaje descuidado que luego pueda perjudicarte.

»Casi todas las fuerzas policiales solicitan al agente implicado que ofrezca una declaración voluntaria, y la mayoría de agentes querrán hacerlo, siempre que no se les apremie. Cooperar de forma voluntaria puede resultarte beneficioso. Te permite controlar la entrevista, puedes tomarte los descansos que necesites y consultar con tu abogado si lo estimas oportuno.

»También significa que tu abogado puede imponer que tu declaración no sea grabada ni en vídeo ni en audio, que sea apuntada por un investigador debidamente formado para el caso y que luego puedas revisarla con su ayuda antes de darla por buena.

»He insistido en este procedimiento durante años porque, a tenor de mi experiencia, ni el agente implicado ni yo mismo podemos predecir en qué momento aflorarán sus emociones durante una entrevista. Ningún agente debería pasar por el mal trago de verse u oírse más tarde en una grabación en la que se derrumba, llora o se queda sin habla.

»Algunos abogados insistirán en que tienes derecho a guardar silencio y que cualquier declaración podría usarse en tu contra, además de reclamarte que no prestes declaración a menos que se te requiera oficialmente. Sin embargo, muchos cuerpos policiales han entendido que emitir esas órdenes no es una buena práctica, toda vez que la fiscalía puede censurarles por tomar una declaración que luego no podrá admitirse como prueba. Asimismo, esa práctica tampoco es bien vista entre la opinión pública, porque no entiende por qué un agente no iba a querer declarar de forma voluntaria. Así pues, a menos que yo observe algún elemento cuestionable o censurable en el tiroteo, siempre permito que los agentes colaboren de forma voluntaria, en vez de insistir en su derecho a guardar silencio. Con ello nos ahorramos tensiones innecesarias y se da mejor imagen.

»Eso sí, solo una entrevista. Contar una y otra vez la misma historia no beneficia en nada al agente. Si se ha iniciado una investigación interna y también una para determinar posibles responsabilidades civiles, esos investigadores pueden asistir a la entrevista en la que se estudien las posibles responsabilidades penales y solicitar o exigir su declaración cuando el investigador penal haya terminado y abandone la sala.»

9. No te atormentes con las injusticias que verás en el proceso. «Debes entender que, por más que no hayas cometido un solo error, ni en el momento del tiroteo ni después, sigue habiendo muchas probabilidades de que se llegue a un acuerdo entre las partes antes del juicio o de que el caso termine en un tribunal civil que dicte un veredicto favorable al sospechoso o sus familiares. Evidentemente, no estarás contento, pero por tu bienestar psicológico debes intentar poner distancia con ese resultado.

»Lo justo sería ser absuelto, pero en los procedimientos civiles no siempre se impone la justicia. Los acuerdos extrajudiciales son una cuestión meramente económica y la aseguradora de tu cuerpo policial seguramente llevará la voz cantante en la negociación. En un juicio, ¿quién puede predecir lo que hará el jurado? Hace muchos años que dejé de intentar leer las mentes de los jurados.

»Por más desagradable que le pueda parecer a tu sentido de la justicia una sentencia civil adversa, intenta centrarte en el lado positivo que tiene para ti. Prácticamente todos los estados tienen leyes que obligan al empleador a "cubrir, defender e indemnizar" a sus empleados por sus acciones durante la jornada laboral y en el ejercicio de sus responsabilidades. En términos prácticos, eso significa sacar la billetera cuando hay que pagar indemnizaciones en demandas civiles en caso de un veredicto adverso. Si tu empleador decide negociar un acuerdo o pierde el caso en el juicio, recuerda que es su dinero, no el tuyo.»

10. Haz campaña con tus compañeros en previsión de lo que pueda pasar y prepárate para cuando llegue «el día». Si el reglamento y los protocolos de tu cuerpo policial no contienen disposiciones que cubran tus intereses legales, ahora es el momento de hacer campaña con tus compañeros para cambiarlos, no después de que hayas tenido que defender tu vida y se haya iniciado una investigación de tus acciones.

«En aquellos lugares en los que represento a agentes, he cosechado

un éxito casi total en conseguir que los cuerpos policiales se avengan a reconsiderar sus prácticas de investigación de tiroteos —dice Hoag—. ¿Por qué? Porque cuando ofreces una explicación bien meditada, es posible conseguir que los responsables de esos cuerpos entiendan que aquellas prácticas que protegen al agente son las que dan pie a unas investigaciones más completas y solventes, lo que redunda a su vez en una mayor protección para el cuerpo policial.

»También es importante para las fuerzas policiales recordar que el adiestramiento es un factor absolutamente fundamental para que los agentes sobrevivan a los tiroteos. Y este debe incluir también lo que ocurre después del tiroteo. Por desgracia, he podido comprobar que nueve de cada diez cuerpos no ofrecen ese tipo de formación.

»Hay que cambiar las cosas. Y rápido. Entre tanto, tienes que prepararte para "el día", ya sea por tu cuenta, en el marco de tu organización sindical o con tus compañeros. Cuando llegue el día en que debas emplear una fuerza letal para defender tu vida, querrás que de esa experiencia surja un agente mejor y más fuerte, no alguien amargado. De lo bien que conozcas y sepas aprovechar las leyes dependerán en gran medida los resultados que obtengas.»

13. Impacto colateral

Una salida familiar termina en un encuentro con la muerte cuyas repercusiones se extienden más allá del sargento que arriesga la vida.

¿Te has preguntado alguna vez cómo reaccionaríais tú y tu familia si os vierais en medio de un enfrentamiento violento estando fuera de servicio?

El sargento Terry Azbill y su esposa Cynthia, con sus hijos Aaron y Alisa.

El sargento Terry Azbill conoció la respuesta a esta pregunta de una forma mucho más dramática de lo que habría imaginado jamás.

Un jueves de abril, el sargento Azbill, de veintinueve años de edad, estaba disfrutando de una tarde libre en su trabajo como supervisor de un curso de formación para su cuerpo policial, el Departamento de Seguridad Pública de Arizona. Él y su mujer, Cynthia, habían decidido salir en coche con sus dos hijos con la intención de dar un paseo por el desierto que se extendía cerca de su casa en Phoenix.

Al salir de la ciudad, pararon en un banco a unos dos kilómetros de su casa para cobrar un cheque. Mientras esperaban en el coche junto a la ventanilla del banco, la cajera que les atendía de pronto se echó al suelo. Detrás de ella, Azbill vio a un hombre empuñando un arma. En décimas de segundo, decidió intervenir. Unos instantes después, había frustrado el atraco y matado a un ladrón que había amenazado su vida.

Cuando se disipó la polvareda, Azbill y Cynthia apuntaron de forma detallada y sincera, como si fueran entradas de un diario, de qué manera se habían sentido durante el incidente y también después. Sus perspectivas difieren. Pero las coincidencias de sus emociones y el impacto prolongado que todo ello tuvo sobre sus vidas no deja duda alguna de que un encuentro a vida o muerte en el que se ejerce la fuerza letal es una experiencia compartida.

La visión del sargento

«Cuando la cajera se tiró al suelo, lo primero que pensé fue que había sufrido un infarto. Pero entonces, a través de la ventanilla, vi al sospechoso armado en el vestíbulo de la sucursal, junto a la hilera de cajeros, y a unas treinta personas en el suelo.

»"Hay un atraco a mano armada", le dije a Cynthia. Avancé un poco con el coche hasta quedar fuera del campo de visión de la ventana y le dije a mi mujer que se fuera con el coche y llamara a la policía. Salí con mi placa e identificación en la mano izquierda. En la

derecha llevaba un revólver de cinco recámaras que siempre me acompañaba cuando no estaba de servicio.

»Me pasaron muchos pensamientos por la cabeza mientras corría hacia la entrada del banco. ¿De verdad he visto a un sospechoso armado? ¿Hay un coche listo para la huida con otro sospechoso armado esperando en su interior? ¿Y si el atracador escapa por la puerta trasera? Y si la policía local acude, ¿me veré atrapado en el fuego cruzado?

»Tomé posición a un metro y medio de las puertas de la entrada, detrás de una columna y una pared sin ventanas que me ofrecían un escudo y ocultación excelentes, además de un lugar seguro desde el que disparar en caso de necesidad. Mi idea era esperar a que el sospechoso saliera y, cuando las puertas de cristal se cerraran, intentar efectuar la detención.

»Tenía los ojos pegados a las puertas cuando ocurrió algo que no había previsto. Unos clientes, sin saber que se estaba produciendo un atraco, se acercaban a la entrada. Tuve que enseñarles la placa e identificarme como policía. Por ello, me vi obligado a apartar la vista de las puertas y hablar en voz alta de forma que todos pudieran oírme. Me preocupaba revelar mi posición, pero al final pude despejar la zona de transeúntes inocentes.

»Cuando volví a concentrarme en las puertas, vi que el sospechoso se disponía a salir del banco. Reculando, exclamó: "¡Gracias por el dinero! ¡Gracias por el dinero, imbéciles!". No tuve la menor duda de que se rendiría. Otros atracos de los que había tenido noticia siempre habían terminado con el sospechoso tirándose al suelo y gritando: "¡No disparen! ¡No disparen!".

»Grité: "¡Policía! ¡Quieto! ¡Al suelo!". El sospechoso dijo: "¡Mierda! ¡Joder!". Pero en vez de rendirse, se volvió y empezó a andar hacia mí con el arma. En ese momento, todo parecía ir a cámara lenta. Me resultó difícil no quedarme atontado mirando el arma con la que me apuntaba.

»Disparé dos veces. Las dos balas le dieron, una directa al corazón; una herida mortal. Pero no cayó. Hasta ese día, había supuesto que, si recibías una bala, por no decir dos, caías. Pero entendí enseguida

que el atracador no iba a morir inmediatamente.

»Me preocupaba quedarme sin balas. Tal vez debería haber llevado una semiautomática con cargadores de repuesto cuando estaba fuera de servicio, pero solo tenía mi revólver de cinco balas y ya había gastado dos.

»El sospechoso abrió la puerta para volver a entrar en el banco. Disparé dos veces más. Una le dio, la otra impactó en una de las puertas. El tipo todavía seguía en pie. Fue entonces cuando tuve que tomar una difícil decisión: ¿debía quedarme fuera y permitir que entrara en el banco para retener a treinta rehenes? ¿O debía, con una sola bala en el revólver, entrar en el banco y perseguirle?

»Aunque estaba muy asustado, decidí perseguirle.

»Le hice un placaje de fútbol americano justo al otro lado de la puerta. El impacto hizo que saltara la pistola de su mano, pero en ese momento no lo vi. El atracador aterrizó bocabajo en el suelo, junto al cajero, con las manos debajo del pecho.

»Salté sobre su espalda para evitar que se diera la vuelta y grité a toda la gente presente en el banco: "¿Hay más sospechosos?". No contestó nadie. Algunas personas salieron corriendo de la sucursal. Finalmente, un empleado me dijo que el sospechoso había entrado solo. Seguía siendo peligroso y tuve que inmovilizarlo sin disponer de esposas. Estaba preocupado porque daba la espalda a la entrada. ¿Y si había realmente un segundo sospechoso y entraba detrás de mí? ¿Y si un agente de policía excesivamente nervioso entraba por las puertas y me veía de paisano con un arma en la mano, sin que se me pudiera identificar como policía de forma inmediata? ¿Me dispararía?

»Tras lo que pareció una eternidad (seguramente solo fueron treinta segundos), el sospechoso dejó de resistirse. Se estaba muriendo. Empecé a buscar su arma, pero lo único que encontré fueron fajos de billetes manchados de sangre. Quedé empapado de sangre. Al mismo tiempo, procuraba no perder de vista las puertas por si alguien entraba.

»Grité a una empleada de la sucursal que llamara a la policía. Ella

cogió el teléfono y me dijo: “Me tienen en espera”. Me dirigí a otra empleada y le di a gritos el número directo de un compañero de mi departamento, que no estaba muy lejos del banco. “Hablará con el oficial de turno —le dije—. Explíquele que el sargento Azbill, n. 2314, se ha visto implicado en un tiroteo.” La mujer se quedó callada. Fue directamente al teléfono sin apuntar nada. ¿Había oído lo que le había dicho?

»Yo seguía encima del sospechoso cuando una de las víctimas del banco se me acercó y me dijo: “Gracias a Dios que estaba usted aquí”. Esas palabras me serenaron y me ayudaron a confirmar que había obrado bien.

»Todavía no había encontrado el arma del sospechoso. Volví a mirar hacia la entrada y, finalmente, la vi a un metro de la puerta. Corrí a buscarla y me quedé más tranquilo porque sabía que, si había algún imprevisto, tendría más munición. También recuperé mi placa y mi identificación. Habían caído justo al otro lado de las puertas.

»El primer agente uniformado en llegar era de la policía del condado. Me reconoció porque había trabajado con él, de modo que se aplacó mi temor a que me disparase otro agente. Cuando varios agentes de la policía local se personaron en el banco, envié a uno de ellos a que buscara a mi mujer y le dijera que estaba bien.

»Luego llamé a mi policía. La cajera había transmitido toda la información que yo le había dado. Un comandante me dijo que nuestro Equipo de Tiroteos estaba en camino y que no hiciese ninguna declaración hasta que llegaran. Fue un buen consejo.

»Cuando colgué el teléfono, un subinspector del Departamento de Policía de Phoenix esperaba para hablar conmigo. Me dijo que habían aprendido, por experiencia, que me convenía ir en compañía de otro agente a un sitio tranquilo lejos del lugar de los hechos y esperar allí al Equipo de Tiroteos. Salí discretamente con un agente por la puerta de atrás, sin que nos viera la prensa, y caminamos hasta una pizzería que había cerca. Disponer de ese tiempo para relajarme lejos del banco fue de gran ayuda. Era muy fácil hablar con el agente que me acompañó. Ambos estuvimos de acuerdo en que lo mejor era no comentar nada sobre el tiroteo.

»Cuando volvimos al banco, vi al comandante de mi departamento. Me dijo que nos había concertado una cita a mi mujer y a mí con el psiquiatra del cuerpo. Aquel ofrecimiento me demostró que el departamento se preocupaba por mi bienestar y el de mi familia, aun antes de conocerse las circunstancias del incidente.

»La primera persona con la que hablé sobre lo ocurrido fue el abogado de mi policía, quien acudió al lugar de los hechos. Me avisó de que cualquier declaración que le hiciera quedaba amparada por el secreto que rige las comunicaciones entre abogado y cliente. También me informó de que podía llamar a mi abogado, si así lo deseaba, pero no quise. Cuando terminé de contarle la historia de lo ocurrido, me recomendó hablar con el Equipo de Tiroteos y me dijo que estaría a mi disposición para asesorarme durante el interrogatorio.

»De camino a la entrevista, me detuve a hablar un momento con un teniente coronel muy amable de mi departamento. Me sugirió que llamase a casa para hablar con mi mujer. Poder hacer una llamada a casa antes de la entrevista es muy importante porque reduce el estrés del agente implicado en el tiroteo, así como el de los miembros de su familia más inmediata. Después de hablar con Cynthia, me sentí más relajado.

»Tras la entrevista, en la que participaron, además del Equipo de Tiroteos, el fbi, la policía local y el fiscal del condado, se me ordenó no hacer ninguna declaración a la prensa. También fue un buen consejo. El agente de relaciones con los medios de mi departamento se ocuparía de trasladar la información. Terminada la entrevista, el Equipo de Tiroteos me llevó a casa.

»Me alegré de ver a mi mujer y mis hijos. Sabía que mi mujer era una persona fuerte, pero mi hijo tenía tres años y medio y mi hija solo dieciocho meses, y no estaba seguro de cómo les afectaría lo ocurrido. Me pareció que mi mujer estaba bien, que mi hija no estaba afectada y que mi hijo estaba tranquilo. Yo me sentía como anestesiado.

»Vi la noticia en los distintos canales de televisión. Cuando los telediarios terminaron, nuestro teléfono fijo empezó a sonar sin parar. Mi mujer lo hizo de maravilla respondiendo a casi todas las

llamadas. Fue muy difícil. Gente con la que no había hablado en años nos llamó para decirnos auténticas majaderías. La mayoría de gente que nos llamó no tenía mucho que decir. El asedio duró toda la noche.

»Mi mujer y yo teníamos la cita con el psiquiatra del departamento la tarde del día siguiente. Después de sentarnos en su despacho, el psiquiatra puso unos papeles sobre la grabadora que tenía en la mesa sin comentar en ningún momento nada al respecto. Pensé: "¿Por qué intenta esconder que está grabándome?".

»El doctor me informó de que yo era el agente número 126 que entrevistaba que había estado implicado en un tiroteo. Conforme avanzaba la conversación, me fui sintiendo cada vez más como una mera estadística. Mi departamento había tenido la mejor de las intenciones al concertarme aquella cita y merece reconocimiento por facilitar a sus agentes ayuda profesional. Yo tenía ganas de hablar con el psiquiatra, pero, por desgracia, salí de su despacho sintiéndome mal.

»La semana siguiente hablé con otros dos agentes que también se habían visto implicados en tiroteos. Aunque hacía años que éramos amigos, nunca me habían hablado de sus experiencias. El tiempo que pasé con esos dos agentes fue lo que más me ayudó.»

Nuevas reflexiones que Azbill escribió un año después del tiroteo

«Lo que más me cabrea es que un agente tenga el poco tacto de emitir juicios tácticos sobre un tiroteo sin haberse informado bien. Si mis disparos no eran intachables, que baje Dios y lo vea. Me pregunto qué debe de pasarle por la cabeza a un policía que haya disparado en circunstancias cuestionables o no justificadas.

»Algunas cosas te provocan flashbacks. Durante este último año, habré matado al sospechoso diez mil veces en mi mente. Cada vez que paso en coche por un banco, o veo ciertos programas de

televisión, o me encuentro con alguien que me recuerda al sospechoso, revivo todo el tiroteo otra vez. Me gustaría hablar con alguien que haya convivido cinco años con las secuelas de un tiroteo para ver si la cosa mejora con el tiempo o no.

»Aún hoy, me parece que hablar con compañeros que han vivido incidentes parecidos es la "terapia" que mejor me va.»

La visión de la esposa

«Cuando Terry me dijo que se estaba produciendo un atraco a mano armada, lo primero que pensé fue que me estaba tomando el pelo. Cuando miré dentro y vi a un hombre vestido con ropa oscura apuntando con un arma a una cajera que estaba al otro lado del mostrador, tuve una sensación muy mala.

»En el momento en que Terry se bajó del coche, no dudé de que estaba cumpliendo con su deber. Pero enseguida tuve un mal presentimiento y pensé que era un error, aunque hubiese visto al hombre con el arma. Pensé que era un telegrama cantado o una representación teatral de un atraco (son espectáculos muy populares durante las Fiestas del Oeste en nuestra zona). Si todo era una broma, ¿quedaría Terry en ridículo?

»Entonces oí los disparos. Cuando salió del coche, supe que cabía la posibilidad de que Terry tuviera que disparar, pero no pensé que la cosa llegaría tan lejos. El miedo que sentí en ese momento no se puede describir con palabras. Todo mi mundo podía venirse abajo. Mi marido podía estar muerto. Los tres o cuatro minutos que pasaron hasta que llegó la policía me parecieron veinte. Estaba convencida de que Terry estaba bien —tenía que estarlo—, pero hubo momentos en que me lo imaginé herido o muerto dentro del banco.

»Terry salió un momento del banco. Estaba demasiado lejos para que pudiera oír que le llamaba, pero por lo menos vi que parecía estar bien físicamente. Fue un alivio verlo, pero cuando volvió

adentro me preocupó que un inocente pudiera haber resultado herido o que la primera unidad en acudir al banco no distinguiera que Terry era policía y le disparase.

»A esas alturas, estaba rodeada de gente que me preguntaba qué estaba pasando. No estaba segura de cómo reaccionar. Quería ir con Terry, pero sabía que no podía exponer a mis hijos a una situación que pudiera ser insegura o traumática. También sabía que no podía interferir en el lugar donde se había producido un delito.

»Mis hijos estaban asustados. Alisa lloraba, sobre todo por el ruido de los disparos, la gente que gritaba, las sirenas que cada vez estaban más cerca. Aaron era consciente de lo que ocurría. Entendió a su padre cuando dijo: "Atraco a mano armada. Llama a la policía". Reconoció el ruido de los disparos y se dio cuenta de lo preocupada que estaba.

»No quité el cinturón de seguridad a los niños. Quería que vieran lo menos posible. Empezaron a llegar muchísimos policías y bomberos. Un policía municipal se me acercó y me explicó que Terry había disparado al sospechoso y que estaba ileso. También me dijo que nadie más había resultado herido. Me dijo que Terry se había visto implicado en un incidente muy traumático y que estaría muy afectado. Me dijo que necesitaría que lo cuidara con mucho cariño y que no fuera muy dura con él. El policía me explicó que la investigación y la entrevista durarían unas cinco horas y que lo mejor que podía hacer era volver a casa. Luego, se dio la vuelta y se fue.

»Tuve que pasar entre los coches de policía, los vehículos de bomberos, las ambulancias y todos los mirones. Me sentía aturdida. Temblaba y pisaba sin querer el pedal del acelerador. Un pinchadiscos de la radio empezó a dar la noticia de que el sospechoso de un atraco había sido abatido por un policía fuera de servicio en el First Interstate Bank.

»Llegué a casa temblando y muy preocupada por Terry. Sabía que nunca haría nada que fuera ni siquiera mínimamente cuestionable o que contraviniera las normativas de su departamento. Sin embargo, me preocupaba el tratamiento que le daría la prensa. Los últimos tiroteos en los que se habían visto implicados policías en nuestra

zona habían sido noticia y la prensa había sido muy dura. Sabía todo lo que había trabajado Terry para llegar donde estaba. Tuve miedo de que la prensa pudiera sacar de quicio injustamente lo que había ocurrido en cuestión de segundos.

»Llegamos a casa y Aaron se bajó del coche llorando. Me dijo que quería llamar a la abuela y decirle que papá había disparado a un hombre malo en el banco en el que ella trabajaba. Mi madre trabajaba en una sucursal distinta de la misma entidad. Aaron no paraba de repetir que papá había disparado a un hombre malo en el banco de la abuela. Estaba tan agotado por las emociones que se quedó dormido antes de que terminara de marcar el número de mi madre.

»Me sentí como si estuviera a punto de explotar. Llamé a una amiga que vivía cerca y vino a casa a hacerme compañía mientras esperaba noticias. Me alegré de que hubiera venido, pero aun así no pude explicarle cómo me sentía. No pude decirle que intervenir en este tipo de incidentes formaba parte del trabajo de mi marido y que me daba igual si el sospechoso había muerto. Lo que más me preocupaba era el efecto que la experiencia pudiera tener en Terry.

»El agente de turno del departamento de Terry me llamó para decirme que todo indicaba que los disparos habían sido justificados. Me explicó que Terry estaba entero. Pregunté por el sospechoso y me dijo que no iba a sobrevivir. Sentí alivio. Por lo menos, no tendría que preocuparme por que ese chalado saliera de la cárcel y buscara vengarse o por que demandara a Terry por haberle disparado.

»Entonces llamó Terry. Fue reconfortante oír su voz. Me pareció que estaba bien, aunque afectado. Después de que llamara, mi amiga se marchó y pasé las dos horas siguientes escuchando las noticias de la radio sobre el incidente.

»Finalmente, Terry llegó a casa y pude comprobar que estaba bien. En cuanto dieron la noticia del tiroteo en el telediario de las cinco, nuestro teléfono empezó a sonar una y otra vez. Imaginábamos que recibiríamos llamadas de nuestros familiares y amigos más cercanos, pero lo que no esperaba fueron las llamadas de conocidos de los que no habíamos tenido noticias en años. La gente quería

todos los detalles, detalles que seguían bajo investigación y que no podían revelarse.

»Suelo ser una persona muy comprensiva y servicial, pero me dieron ganas de decirle a ese gente: "¡Ni siquiera me caes bien! ¿Por qué no cuelgas de una vez y no vuelves a llamarnos en tu vida?". Tener esa reacción me molestó mucho. Sé que esa gente pretendía, en su mayoría, consolarme con sus comentarios, pero a mí me sacaban de quicio. "Yo habría acribillado a ese tipo y no me sentiría mal" y " Ahora sé que Terry es un buen poli". Eso me decían mientras yo pensaba: "Es increíble lo imbécil que es esta gente".

»Cuando nos tocó acudir a nuestra cita con el psiquiatra, yo iba con una mentalidad abierta. Tenía la esperanza de que ese hombre pudiera ayudarme a superar algunos de los sentimientos que tenía. Cuando dijo que las emociones son irracionales, me sentí más tranquila. Me sentó bien saber que no me estaba derrumbando.

»Aun así, todavía estaba muy preocupada por mi hijo y quise saber qué podía esperar y cómo debía abordar sus reacciones. El doctor dijo simplemente que no pasaba nada. Me dio la impresión de que desdeñaba mis preocupaciones.

»La sesión fue tensa, principalmente porque no nos habíamos esperado que nos grabase. Más tarde, quise hablar con alguien para ver si mis sentimientos y pensamientos eran naturales y "previsibles", pero no me apetecía volver a ver a ese doctor.»

Anotaciones de Cynthia, un año después

«Si vuelvo la vista atrás, ahora entiendo cuánto nos afectó el tiroteo. Por fortuna, mi relación con Terry es fuerte y sabemos comunicarnos el uno con el otro. Eso ayudó mucho. Sabíamos que podíamos conversar sobre nuestros sentimientos acerca del tiroteo. Cuando alguna anécdota desencadenaba el recuerdo, sabíamos que podíamos hablar de ello.

»He sentido, y a veces todavía siento, la necesidad de hablar del tiroteo con alguien que no sea Terry. Como saben muchas esposas de policías, a veces es difícil hablar de aspectos del trabajo de tu marido con amistades civiles. Los temores de la esposa de un policía son difíciles de describir a alguien habituado a un trabajo normal de nueve a cinco. Asimismo, aunque otras esposas de policías se han mostrado muy atentas y comprensivas conmigo, tengo la sensación de que no se sienten cómodas si les hablo del tiroteo. Es como si les tocara la fibra sensible. Habrían podido ser su marido y su familia los implicados. A veces me da la sensación de que soy una apestada.

»Hay cosas que todavía me inquietan. Me preocupa que la familia del sospechoso intente vengarse de nosotros. Sé que es muy improbable, pero empecé a preocuparme cuando me enteré de que el sospechoso vivía a menos de dos kilómetros de nuestra casa.

»A nuestra hija parece que no le ha afectado. Nuestro hijo pregunta si hay un hombre malo cada vez que vamos a un banco. Me cuesta mucho pedirle a Terry que vaya al banco a hacer alguna gestión. Ha ido muchas veces desde ese día, pero preferiría ir yo sola a arriesgarme a ponerlo en una situación que pudiera exigir que volviera a disparar.

»Se me han pasado las ganas de ver series de policías en la tele. Los tiroteos son demasiado frecuentes y las emociones casi nunca son realistas.

»Aunque Terry ha sabido tomarse los comentarios de esos expertos de salón con calma, yo no me los tomo con tanta cordialidad. Normalmente, me ofenden. Eso refleja un cambio en mi personalidad que no me gusta.

»Soy consciente de que el agente que se me acercó para comunicarme el estado de Terry seguramente no estaba acostumbrado a que la esposa del agente implicado estuviera presente en el lugar de los hechos. Aun así, su actitud me pareció fría e impersonal. Echando la vista atrás, no creo que fuera una buena decisión por su parte pedirme que me marchase a casa. Tendría que haberse informado de lo lejos que estaba de casa y preguntarme si necesitaba que alguien me acompañase. Cuando me marché, estaba temblando y conducir en ese estado habría podido

ser peligroso, no solo para mis hijos y yo misma, sino también para los demás conductores. Los agentes deberían entender que un tiroteo también es una experiencia traumática para el cónyuge y la familia, además de para el policía implicado.

»Le estoy muy agradecida al Departamento de Seguridad Pública de Arizona por el apoyo que nos brindaron a Terry y a mí en cada etapa del proceso. Me tranquilizó comprobar que la prensa, con la excepción de un titular manipulador, era comprensiva y positiva.

»Mientras escribo estas líneas, me parece que todo vuelve a pasar otra vez. Unas semanas después del tiroteo, una amiga me dijo: "Ya ha terminado todo. No le des más vueltas". Ojalá fuera así de sencillo.»

Lecciones aprendidas

«Cuando un agente, en cumplimiento de su deber, ha de cobrarse una vida humana, nunca vuelve a ser el mismo —señala Terry Azbill—. Ese cambio puede ser para bien o para mal. Sé que no hay dos tiroteos iguales, pero espero que lo que he podido aprender del mío tenga una influencia positiva en otro agente y su familia cuando lo necesiten.»

1. Reflexiona por adelantado sobre tu compromiso. «La primera lección que aprendí es que en el mundo hay gente verdaderamente malvada. Disfrutan aprovechándose de los débiles y controlando y asustando a personas inocentes. La ganancia económica obtenida en el atraco era solo un aspecto del marco mental de mi sospechoso. Ese hombre disfrutaba de verdad atormentando a los demás.

»Hay gente malvada en el mundo las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Debes decidir qué te parece razonable y aceptable hacer si te enfrentas a alguien así estando fuera de

servicio. Incorpora a tu familia a la ecuación. Reflexiona antes de que se produzca la crisis. Yo intervine porque pensé que había vidas en juego y era la única persona en los alrededores que podía marcar la diferencia en ese instante.

»Cuando alguien tiene problemas y llama a la policía, espera y merece recibir lo mejor que la sociedad puede ofrecerle. Si no estás preparado, dispuesto y capacitado para darlo todo en la defensa de la vida, dedícate a otra cosa.»

2. Debes tener un plan. «Recuerda el lema: "Planear y preparar previene el mal rendimiento". Si decides pasar a la acción, es importante tener un plan. Ha de ser flexible, porque las situaciones siempre cambian. Y debe presentar una probabilidad aceptable de éxito. No te precipites. Una respuesta calculada suele ser la mejor decisión.»

3. Permanece en la lucha. «Aprendí por las malas que un sospechoso herido luchará hasta el último aliento. La muerte puede tardar en producirse, dependiendo de las condiciones del individuo y de la gravedad de sus heridas. Mi sospechoso recibió tres impactos, con una bala en el corazón. Pero el forcejeo se me hizo eterno, como si se desarrollara a cámara lenta, hasta que finalmente dejó de vivir. Debes estar preparado mental y físicamente para luchar hasta que la amenaza desaparezca.»

4. Valora el poder de la palabra escrita. «Las palabras impresas en los periódicos tendrán un impacto en ti y en tu familia. También lo tendrán las cartas que recibas de otros afectados.

»El director del banco me escribió una carta que decía, entre otras cosas: "Eligió usted proteger las vidas y bienes de otras personas aun a riesgo de la suya propia ... En mi opinión, la frase 'más allá del cumplimiento del deber' no le hace justicia. En estos días en que

escasea el compromiso con lo que de verdad importa, sus acciones supusieron todo un homenaje a su entrega a los principios de la profesión policial que ha jurado defender".

»Otro empleado del banco me escribió para decirme que mi decisión "evitó más daños en una situación en la que se podrían haber producido múltiples víctimas mortales". La carta me la reenvió el director de mi departamento añadiendo una nota: "¡Muy de acuerdo! Excelente labor policial". Esos sentimientos me ayudaron y me dieron fuerzas.

»Cuando decidí poner por escrito mis pensamientos después del tiroteo, al principio no quería hacerlo, porque me iba a robar tiempo y además me obligaría a revivir una experiencia que intentaba dejar atrás. Pero luego descubrí que escribir me ayudaba a tener una visión más precisa de lo ocurrido y a entenderlo mejor. Poner mis pensamientos sobre el papel fue como una terapia para mí. Me ayudó a ver que el sospechoso era responsable de sus acciones y que su decisión de luchar fue lo que provocó su muerte. ¡Qué poderosa puede ser la palabra escrita!»

5. Debes curtirte frente a las críticas. «Mis acciones fueron revisadas oficialmente por el fbi, la policía de Phoenix, las unidades de investigaciones criminales y de asuntos internos de mi policía, la fiscalía del condado e incluso el cuerpo de bomberos (para valorar la atención médica recibida por el sospechoso). Todos convinieron en que mis disparos estaban más que justificados.

»La mayoría de agentes prevén que habrá revisiones oficiales, pero también debes estar preparado mentalmente para las críticas no oficiales, a menudo de las decisiones tácticas que tomaste, que siempre se producen en cualquier incidente en el que se ejerce la fuerza letal. Esas críticas procederán de civiles que siempre parecen tener una opinión basada en lo que han visto en la tele. Sin embargo, muchos agentes de policía, especialmente jóvenes, vierten juicios precipitados con un conocimiento escaso de lo ocurrido. Los agentes más veteranos suelen informarse primero y tratan de aprender algo de tu experiencia.

»Acuérdate de que la gente ve el mundo a través de su propio marco de referencias o cosmovisión. Esa perspectiva suele ser limitada. Fuiste tú quien estuvo en el centro de la acción. Proteger vidas humanas es a veces un difícil desafío. Tú fuiste la persona que aceptó cargar con esa importante responsabilidad.»

6. Abraza la vida. «Creía saber valorar la vida antes de haberme visto en una situación en la que habría podido perderla fácilmente. Después, empecé a valorar y a respetar muchísimo más la vida. El tiroteo cambió profundamente el modo en que veía el mundo. Ahora abrazo la vida con pasión. Por favor, ¡esfuérzate al máximo en tu trabajo como policía para que cada día sea importante!»

***

Cynthia Azbill nos ofrece las lecciones que aprendió durante el duro trance vivido con su marido.

1. Reafirma el compromiso con tu familia. «Hay que ser una persona entregada y altruista para saber llevar el estilo de vida de un policía. Además de para los propios agentes, eso también es cierto para sus cónyuges y familiares. Como familias, a veces parece que nos mantenemos en un segundo plano, no porque el agente así lo desee, sino porque así lo requiere la naturaleza misma de la profesión. ¡El trabajo de ser cónyuge o familiar no es para cobardes! Tenemos que ser fuertes, autosuficientes y respetuosos con el compromiso que hemos asumido juntos.»

2. Aprovecha las prestaciones del cuerpo de policía. «La mayoría de instituciones policiales han mejorado mucho sus sistemas de apoyo a cónyuges y familiares para que resuelvan

las problemáticas que pueden derivarse de un tiroteo u otra situación grave. Y, si te toca en suerte un buen psicólogo, tendrás una experiencia en terapia mejor que la nuestra. Aprovecha esta prestación.»

3. Comunícate de forma abierta. «La comunicación, cuando se ofrece y recibe de forma abierta, es fundamental. Poder decirle a Terry que me preocupaba cada vez que salía de casa, sin que él pensara que debía dejar el trabajo o buscar una solución a mi angustia, me hizo la vida más fácil. Asegúrate de que tus seres queridos te oigan decirles "Te quiero". No permitas que esas palabras se queden en el tintero.»

4. Entiende que el tiempo cura las heridas. «Por más peligrosa que haya sido la experiencia que has vivido, no siempre será lo primero en lo que pensarás cuando te despiertes ni lo último cuando te acuestes. Al principio, el tiroteo y sus secuelas nos absorbían por completo. Pero, con un poco de tiempo, el miedo y la preocupación de que pudiera volver a pasarnos algo parecido han remitido y no siempre ocupan el primer plano de mis pensamientos.

»Este calvario terminó siendo un trampolín para aprender a enfrentarnos a algunas experiencias difíciles que nos guardaba el futuro. Aprendí a enfrentarme a retos que en su momento me parecían enormes y a ponerlos en su justa perspectiva.»

5. Ten fe. «La fe ha sido lo que más me ha ayudado para superar el tiroteo, la fe en Terry y la fe en Dios. Sabía que Terry tenía una buena formación y experiencias prácticas que le ayudaban a orientarse en una situación difícil. Lo que yo tenía que hacer era aprender a confiar en su juicio y sus habilidades. Aprendí que no podía estar preocupada por él en todo momento.

»Además, encontramos consuelo en nuestras creencias religiosas. Creemos que Dios nos ve y nos protege a todos. Sé que, pase lo que pase, al final todo saldrá bien.»

6. Limita tu exposición. «Cualquier gestión bancaria puede hacerse en un cajero para conductores o por internet. ¡Sigo sin meterme en un banco!»

Después de la acción

Terry Azbill recibió dos importantes galardones profesionales por su reacción en el banco: la Medalla al Valor del Departamento de Seguridad Pública de Arizona, y el Premio Bala de Plata de la Asociación de Cuerpos Policiales de Phoenix.

14. Setenta y dos minutos de locura

Una unidad de intervención acecha a un asesino activo en el infierno de Dante.

Hay que dar caza a un asesino activo que todavía no se ha cansado de disparar. ¿Qué os parece la siguiente situación?

• Podría estar escondido en un almacén gigantesco (140.000 metros cuadrados) de productos de alimentación: un laberinto de estanterías que llegan al techo y palés envasados al vacío.

• El sitio se está llenando de un humo asfixiante y cegador procedente de los múltiples fuegos que el asaltante ha encendido.

• El agua del sistema de aspersores llega casi hasta los tobillos en algunos puntos del almacén, pero no consigue apagar todas las llamas.

• En las zonas refrigeradas hay conductos de amoniaco que podrían matarte si revientan por el calor de las llamas.

• Los gruesos muros de hormigón del almacén bloquean las comunicaciones de radio.

• Ya hay una persona muerta, cuatro más están heridas de gravedad y un número desconocido permanece en situación de peligro en este enorme coto de caza. Y el enfrentamiento a tiros con la policía todavía no se ha producido.

En este complicadísimo contexto, la policía de Denver se enfrentó al primer intento de masacre en la ciudad en la historia reciente, y

logró imponerse. «Había que entrar rápido y poner vidas de agentes en peligro», afirmó el Rocky Mountains News. «Decir que entrar ahí y enfrentarse a lo que encontraron fue confuso es quedarse corto —declaró un portavoz del almacén—. Crearon orden a partir del caos».

Michael Julias Ford

La experiencia sirvió también a los agentes de Denver para reforzar varios principios fundamentales en el tratamiento de una emergencia por tirador activo. Entre ellos, cabe destacar la importancia de adiestrar a todo un departamento —agentes patrulleros así como miembros de las unidades de intervención— en los recursos tácticos urgentes que se necesitan cuando un agresor homicida pierde la cabeza.

Todo empezó a las 15:12 del primer domingo del verano, cuando los servicios de emergencias derivaron un sinfín de llamadas al centro de comunicaciones de la policía de Denver procedentes del centro logístico de una cadena de supermercados que colindaba con la Interestatal 70, en el sector noreste de la ciudad.

Las informaciones se sucedían en un torbellino. Se hablaba de «un hombre armado», de «cinco disparos», de «un herido que necesitaba una ambulancia» y de «un hombre que dispara a la gente y está prendiendo fuego al edificio». Habría que esperar unos minutos para que los investigadores pudieran armar el rompecabezas de lo que estaba ocurriendo con la ayuda de las escalofriantes imágenes grabadas por las cámaras de seguridad.

En un drama inesperado pero por desgracia habitual en los centros de trabajo, Michael Julias Ford, un empleado de Safeway de veintidós años de edad, un chico alto, abstemio y no fumador que trabajaba en la sección de frutas y verduras, se presentó en el cambio de turno en la entrada de una zona refrigerada del cavernoso almacén. Saludó a un compañero que acababa de llegar de un viaje a África y le dio un abrazo. «Disfruta de la vida», le dijo Ford, como si se despidiera de él.

Instantes después, una de las cámaras de seguridad lo grabó vestido con una chaqueta de cuadros rojos siguiendo por la espalda a otro empleado. Entonces, Ford sacó un revólver Ruger 0.357 de cañón largo y empezó a disparar. El motivo concreto quedaría sin aclarar. Su hermana dijo a los periodistas que sus compañeros se habían mofado de él cuando se convirtió al islam. Según otras fuentes, era objeto de burlas e insultos por ser demasiado lento en el trabajo. Al parecer, un empleado le golpeó a propósito con una traspaleta.

Sea cual sea el motivo, Ford «estaba cabreado», según fuentes

policiales. Antes de acudir aquel día al trabajo, informaría más tarde el Denver Post, Ford había hablado con su padre, ya jubilado después de haber trabajado treinta años en el mismo almacén, y le había dicho sin entrar en más detalles: «Hoy en el trabajo se armará una gorda. Ya te enterarás».

Tras acceder al recinto, atacó con saña. En cuestión de segundos, disparó a cuatro compañeros: a uno en la mano y el brazo, a un segundo en la pierna, y a los otros dos en la cabeza. La gente huyó despavorida, chillando, y él corrió tras ellos. En un muelle de carga, abordó a un sorprendido compañero y le disparó seis veces, cinco en el tórax superior y una en la cabeza. Algunas de las balas atravesaron las manos de la víctima, que había levantado en un inútil intento de defenderse. El hombre cayó al suelo muerto.

Mientras se sucedían las llamadas al número de emergencias, Ford salió al aparcamiento y sacó de su coche una lata de gas para mecheros. De vuelta en el edificio, se encaramó a un toro y condujo hacia el extremo oeste del enorme recinto, recorriendo unos cincuenta metros. Vertió el líquido en pilas de productos de papel y otros objetos inflamables, como troncos para chimenea, y les prendió fuego. En una de las pilas, unas garrafas de plástico que contenían aceite de oliva se derritieron y se produjo un estallido de llamas. Ford continuó avanzando con el toro, encendiendo fuegos y buscando nuevas presas.

***

La policía municipal de Denver tiene a unos treinta agentes destinados a jornada completa en la unidad de intervención rápida. Sin embargo, aunque parezca mentira, el domingo es el día festivo para toda la plantilla. Reunir a todos los agentes de los turnos de día y de noche desde lugares dispersos en el área metropolitana de la ciudad llevaría tiempo y, cuando un tirador activo se ha entregado a la furia destructiva, la policía no puede permitirse el lujo de esperar.

Espoleado por un sospechoso que había provocado un derramamiento de sangre en una cafetería de Texas, el departamento de policía de Denver incluye la formación en respuesta a tiradores activos desde principios de la década de 1990, explica Frank Conner, teniente de la unidad de intervención del turno de día cuando se produjo la crisis en el almacén de Safeway. «Un principio clave de ese adiestramiento ha sido formar a todos nuestros policías y no solo a los miembros de las unidades de intervención» en tácticas de entrada, búsqueda, rescate y neutralización. Cuando llega el aviso de un tirador activo, la policía de Denver no espera a sus especialistas.

La misión de los agentes, con independencia de la función que tengan asignada, es «identificar el sitio donde se producen o han producido los disparos y avanzar hacia ese punto con la máxima celeridad para neutralizar la amenaza», dice Conner.

Por casualidad, los agentes de patrulla del segundo distrito, que incluía el almacén, habían recibido unas sesiones de refuerzo en neutralización de tiradores activos apenas unas semanas antes del estallido letal de Michael Ford.

Tan solo unos minutos después de que llegaran las primeras y frenéticas informaciones, se había improvisado un puesto de mando entre las docenas de semirremolques estacionados en el aparcamiento del almacén, bajo el mando del comandante de incidentes in situ Pete Conner, un teniente del segundo distrito.

A las 15:24, un equipo formado por media docena de agentes del segundo distrito capitaneados por el sargento Steve Gonzales entró por el lado norte del almacén, cerca de la zona donde Ford había disparado sus primeras balas. Iban acompañados por varios sanitarios formados en operaciones tácticas. «Entraron a sabiendas de que podían recibir un tiro», dijo el comandante Conner a la prensa.

Muy pronto, el grupo llegó a las cuatro primeras víctimas de Ford. Vivían todavía, aunque dos de ellas se encontraban en estado crítico. «Sin duda, las dos víctimas con impactos de bala en la cabeza habrían muerto de haber tenido que esperar más —dice Frank Conner—. Esos agentes les salvaron la vida al practicar la

entrada de forma inmediata.»

Mientras el primer equipo ayudaba a evacuar a los heridos y otros empleados aterrorizados que fueron encontrando, otro equipo de agentes del distrito segundo, bajo el mando del oficial Robert Fitzgibbons, entró a las 15:31 y empezó la tarea aparentemente imposible de peinar todo el edificio, con una superficie aproximada de diez manzanas. Todavía se desconocía el paradero de muchos de los ciento cincuenta empleados del complejo... y Michael Ford seguía sin aparecer.

El panorama era «casi surrealista», afirmaría Gonzales más adelante. Varios empleados circulaban caóticamente en carretillas elevadoras por los pasillos buscando a compañeros heridos. Estaban tan traumatizados que no hablaban. Otros huían en estampida entre los agentes y estos, al verlos, se preguntaban si el tirador se escondía entre ellos.

Camera 12
06-25 15.07.56.324

Camera 12
06-25 15.09.01.800

Camera 12
06-25 15.09.47.820

Las cámaras de seguridad siguieron el arrebato violento de Michael Ford: después de despedirse de un compañero con un abrazo, disparó a su primera víctima y entró corriendo en el inmenso almacén. El herido, ensangrentado, intentó arrastrarse en busca de ayuda. Con una lata de gas de mechero, Ford encendió varios fuegos. La policía peinó el recinto durante horas. (Estos pies ilustran también las imágenes de la página anterior.)

Los miembros de las unidades de intervención («técnicos» en la jerga de la policía de Denver) empezaron a llegar y se desplegaron siguiendo las instrucciones de Frank Conner. Descubrieron entonces el cadáver del hombre al que había asesinado Ford y a varios empleados asustados que se habían escondido en grupitos. Dos empleados que se habían refugiado en la garita de un capataz del almacén explicaron que habían tenido un encuentro con el pistolero que no había terminado en desastre de milagro.

Sin ser conscientes de que se había producido un tiroteo en otro punto del inmenso almacén, esos empleados habían intentado apagar las llamas que habían descubierto en la zona de textiles, que se encontraba en el sector noroeste del edificio. Cuando acudieron con un extintor, Ford se les acercó. «Yo no lo haría», les dijo en voz baja. Sacó entonces el revólver y apuntó a uno de ellos.

El otro reconoció en Ford a un antiguo compañero de instituto e intentó convencerlo de que bajara el arma. «Casi lo tenía convencido —diría más tarde a los agentes—. Entonces, fue como si se le cruzara un cable y me dijo: "No, ni lo sueñes".» Ford les disparó una vez pero falló. Huyeron a la garita del capataz y llamaron a la policía. Luego, serían rescatados por una de las unidades de intervención.

Poco después de las 16:00, entró otra llamada informando de que quizá había gente atrapada en un comedor de la primera planta que miraba a una zona abierta no muy lejos de donde los dos aspirantes a bomberos se habían encontrado con Ford.

Sobre las 16:15, tres técnicos —Ryan Grothe, James Sewald y Derek Dominguez— fueron enviados a revisar la zona por el teniente Pat Phelan, comandante in situ de la segunda unidad de intervención. Para entonces, gran parte del interior del almacén presentaba unas condiciones infernales. Un humo agrio envenenaba el ambiente, el agua del sistema de aspersores antiincendios se acumulaba en el suelo, los fuegos seguían activos, cundía el miedo a que los conductos de amoniaco se derritieran, y los muros de hormigón de aquel edificio bunkerizado acallaban las radios.

Con todo en contra, el trío se adentró en aquel infierno y a las 16:22 localizó una estrecha escalera de acero que subía al pequeño

comedor repleto de máquinas expendedoras. Gritaron «¡Policía!» varias veces para avisar a los empleados que pudieran estar escondidos de que estaban a punto de rescatarlos.

«Nos dispusimos en formación compacta y subimos la escalera», recuerda Sewald. Dominguez abría camino, con Grothe en la retaguardia. Cuando llegaron al comedor, la capa de humo los envolvía del pecho a la cabeza.

«Intentamos abrir la puerta pero estaba cerrada con llave —recuerda Sewald—. Tosíamos mucho por culpa del humo. Empezamos a retirarnos, pensando que, si no lo hacíamos, al final tendrían que rescatarnos a nosotros.»

Cuando ya volvían, Dominguez miró por encima de la barandilla de la escalera hacia la zona abierta, en la que las llamas «empezaba a dar miedo de verdad», en busca del sospechoso o, por lo menos, de un extintor. Cuando revisó a través del humo la zona que quedaba debajo de la escalera, su visión periférica atisbó por un instante una silueta humana debajo de los peldaños, a unos cuatro o cinco metros.

En ese mismo instante, Michael Ford les disparó seis veces desde debajo de la escalera.

El grueso metal de la montura soldada de la contrahuella del duodécimo escalón detuvo en seco cinco de las balas. Solo consiguieron mellarlo un poco. Pero una de las balas de núcleo blando impactó en la parte central, más fina, del panel vertical. La bala lo atravesó y penetró en el fémur izquierdo de Dominguez, golpeándole como un mazo. El impacto le destrozó el hueso y la articulación de la cadera. Gritó «¡Me han dado!» y cayó en un charco de sangre.

Grothe, que había llegado al pie de la escalera, disparó inmediatamente contra el emboscado con su fusil AR-15. Sewald, después de arrastrar rápidamente a Dominguez escaleras abajo, también abrió fuego con su HK 53.

Grothe y Sewald «no lo dudaron», dijo Steve Cooper, jefe de la división de patrullas. «En vez de agacharse o ponerse a cubierto,

defendieron su posición. Se preocuparon no solo del tirador activo, sino también de su compañero caído. En ningún momento se les pasó por la cabeza proteger su propia integridad.»

«El arma de Ford sonaba como un cañón —recuerda Grothe—. Las nuestras sonaban como escopetas de feria.» Una de sus balas le rompió el brazo a Ford. Soltó el revolver y cayó desplomado.

«¡Quédate en el suelo! ¡No te muevas!», le gritaron los agentes. En vez de ello, a la desesperada, Ford intentó incorporarse con los brazos y alcanzar su arma, que tenía a un metro. Los agentes volvieron a disparar y una vez más el agresor cayó al suelo. No volvió a levantarse.

De los diecisiete disparos que Grothe y Sewald dispararon, siete impactaron en Michael Ford: en el brazo, en la zona alta de la rodilla, en el costado y en la espalda. Las siete balas y todos sus fragmentos quedaron alojados en su cuerpo.

Detrás de Ford había una persiana metálica bajada. Sin que los tres técnicos lo supieran, al otro lado de la puerta otra unidad de intervención estaba preparando el asalto. Algunos fragmentos de las balas de Grothe y Sewald penetraron en la puerta y otro técnico resultó herido. Por fortuna, la lesión era leve y, señala Grothe, «fueron lo bastante disciplinados para ponerse a cubierto y no devolver los disparos».

Junto a la puerta, podía leerse en un letrero: «Safeway: Nuestro estilo es atenderte con simpatía».

El enfrentamiento mortal se produjo a las 16:24. Durante los setenta y dos minutos que duró su locura esa tarde, Ford disparó dieciséis balas con su revólver. Eso significa que tuvo que recargarlo dos veces. De sus balas, la única que impactó en un agente se llevó por delante un buen trozo del fémur izquierdo de Dominguez. El agente fue sometido a una importante intervención quirúrgica, a la que seguiría un largo proceso de recuperación.

Grothe agarró a Dominguez por una tira de su chaleco táctico y lo arrastró hasta el exterior del edificio para salvarlo. Sewald se quedó dentro, esposando al agresor abatido y cubriendo la zona.

Mitchell Morrissey, fiscal del distrito en Denver, no tardó en dictaminar que la muerte de Ford estaba plenamente justificada. Elogió a los «tres heroicos agentes» que eran las últimas personas a las que el asaltante había visto. También alabó a todos los demás profesionales que intervinieron en aquel domingo sangriento, desde los agentes de patrulla y operadores de radio, hasta los sanitarios y personal hospitalario.

«Vuestras acciones colectivas han salvado vidas —dijo Morrissey— y por ello os estamos agradecidos.»

Lecciones aprendidas

Reflexionando sobre el incidente, Frank Conner, primer comandante de las unidades de intervención en el lugar de los hechos, reconoce que cualquier operación de alta tensión presentará carencias tácticas, aun en aquellos casos en que los aspectos positivos hayan superado con creces lo negativos. El comandante nos ofrece sus impresiones acerca de las lecciones que pudo aprender y confirmar en el centro logístico de Safeway. También lo hacen Sewald, Grothe y otros tres miembros de las unidades de intervención: el sargento Brad Johnson y los técnicos Craig Moen y George Gray.

1. Ampliar la formación da sus frutos. El tiempo y el dinero destinados a formar a toda la plantilla policial, además de a algunos miembros de los servicios médicos de emergencia, en tácticas de respuesta rápida frente a un tirador activo resultó ser una valiosa inversión. Practicar de forma inmediata la entrada en el terreno del tirador con las fuerzas de las que se disponga en el momento resulta esencial para proteger las vidas de inocentes, aunque ello suponga poner en mayor riesgo a agentes y sanitarios. Si no se les adiestra para este tipo de emergencias, el riesgo será todavía mayor y las posibilidades de éxito menores.

Una entrada inmediata bien entrenada seguramente pondrá al agresor a la defensiva inmediatamente y, en ciertos casos, provocará que intente atrincherarse en algún sitio y deje de disparar. Asimismo, señala Conner, en la operación del centro Safeway, dos víctimas que habían sufrido heridas gravísimas antes de que los agentes y sanitarios llegaran al lugar de los hechos fueron rescatadas gracias a esa entrada inmediata, antes de que esas heridas pudieran ser mortales.

2. No esperes a que se den unas circunstancias óptimas. El humo fue un gran impedimento para ver y respirar dentro del almacén y, como es habitual en tales circunstancias, la unidad de bomberos no quiso entrar a apagar los incendios provocados por el sospechoso porque la zona no era segura para sus hombres. Ello dejó a los agentes en un entorno insostenible. Sin embargo, la policía, sabiendo que las vidas de docenas de personas de las que no se tenían noticias corrían peligro dentro del edificio, sopesó los peligros ambientales y la necesidad de actuar rápidamente y decidió entrar de todos modos, intentando hacerlo lo mejor posible. «Tienes que jugar tus cartas aunque sean malas», dice Gray.

La dicotomía bomberos-policía, en modo alguno exclusiva de Denver, es un «callejón sin salida», se lamenta Moen. Si ello ocurre, es necesario pensar creativamente las estrategias entre los dos cuerpos para diseñar una solución viable cuando el fuego dificulta la captura de un criminal activo.

3. Conoce el territorio. Plantéate recopilar planos de las instalaciones industriales y empresariales más importantes de tu jurisdicción. Muchos cuerpos policiales, incluida la policía municipal de Denver, tienen un archivo con las distribuciones interiores de todas las escuelas de su comunidad, pero los recintos comerciales a menudo no se tienen en cuenta, a pesar de que se estima que un tercio de las masacres se producen en entornos laborales.

4. Debes prepararte para resolver posibles problemas de comunicación. En el exterior del enorme almacén de Safeway, las comunicaciones de radio convencionales funcionaban perfectamente. De hecho, la policía de Denver pudo hablar sin problemas con agentes, bomberos y sanitarios de municipios vecinos gracias a un sistema que vincula las redes de seguridad pública de diez condados en una sola región metropolitana. El sistema costó solo dos millones de dólares.

Pero dentro de los gruesos muros de hormigón, donde las grandes instalaciones refrigeradas entorpecían todavía más la transmisión de las señales, la comunicación por radio era pésima, cuando no imposible. La policía de Denver se había encontrado otras veces con ese mismo problema, sobre todo en grandes edificios como escuelas y rascacielos. «Cuando fallan las comunicaciones, las cosas suelen torcerse», señala Johnson.

5. Prepárate para la confusión y el caos. Hasta cierto punto, resultan inevitables, dice Conner, pero aprovecha cualquier oportunidad de reducirlos a su mínima expresión. Con la entrada de decenas de agentes de distintos cuerpos y jurisdicciones en un recinto en el que se oculta un tirador activo, es muy posible que se arme un follón de mil demonios. Aun así, algunos problemas pueden preverse y evitarse con un poco de planificación y vigilancia.

En un momento dado, una ambulancia a la que se había llamado para recoger a las víctimas no pudo acceder al recinto porque le bloqueaban el paso unos coches patrulla que habían sido abandonados a toda prisa por sus agentes. «Se tardó por lo menos dos minutos» en apartar los coches para que la ambulancia pudiera entrar y salir, recuerda Johnson.

Por otra parte, después de que el tirador fuese abatido, se ordenó a un agente que permaneciera cerca del cadáver para proteger el lugar del delito. Gracias a ello, no se tocó ni movió nada, facilitando la tarea de los investigadores y los forenses.

6. Mantente en forma. Cuando se ordenó a Sewald, Grothe y Dominguez que fueran a comprobar el comedor, se hallaban en una zona bastante alejada del almacén y, como había demasiado terreno sin despejar, no se sentían seguros para moverse rápidamente dentro del edificio. Así pues, decidieron salir y correr a lo largo del lateral del almacén. «Tuvimos que correr deprisa, con todo el equipo encima, a lo largo de cuarenta muelles de carga antes de entrar otra vez en el edificio —dice Grothe—. Si no hubiésemos estado en buena forma, nos habríamos preocupado por nuestra fatiga en vez de hacerlo por el trabajo que teníamos que acometer.»

«En una unidad —añade Sewald—, todos los integrantes tienen que estar en forma para ir a una y ayudarse en caso de necesidad. Derick era una pesada carga cuando Ryan tuvo que arrastrarlo con un solo brazo. Si eres el que cae, esperas que tus compañeros estén lo bastante fuertes para poder sacarte del peligro.»

7. Prepárate con un entrenamiento realista en armas de fuego. «Solo un cuarenta por ciento de nuestros disparos dieron en el blanco —dice Grothe—. Es una estadística poco satisfactoria. Como integrantes de la unidad de intervención rápida, se espera de nosotros que seamos lo mejor de lo mejor. Antes del incidente, no hacíamos prácticas con munición de entrenamiento ni con blancos móviles. Ahora sí. Es lo que más se parece a entrar en combate con un objetivo que se mueve y te dispara, y aun así sigue sin ser la realidad.»

Asimismo, recomienda Grothe, no pases por alto las ventajas tácticas de volver al lugar de los hechos y fijarte en los detalles, al margen de cualquier otro análisis que se efectúe. «Tenéis que volver como equipo —dice—. Ayuda a comprender qué hicisteis bien y qué hicisteis mal.»

8. Debes estar preparado para una emergencia médica.

«Ninguno de nosotros llevaba un kit para heridos ni tampoco teníamos formación para tratar lesiones —dice Groethe—. Llegará el día en que no haya sanitarios en el lugar del incidente o no puedas acceder a ellos. Si nos hubieran retenido, tal vez no habríamos podido tomar las medidas oportunas para salvar a Derick. No me refiero a ser un sanitario con todas las letras, sino tan solo a tener unas mínimas nociones médicas.»

9. Debes ser flexible. «Asume que hay veces en que es preciso salirse del protocolo», recomienda Johnson. Los agentes Sewald y Grothe, quienes abatieron al tirador pero salieron ilesos, «normalmente habrían sido retirados de la operación inmediatamente para llevarlos a la base», dice Johnson. Sin embargo, dada la exigencia de las circunstancias, «se les encuadró en unidades distintas para proceder al registro del edificio. Solo cuando terminaron, se les envió a la base.»

En aquellos momentos, todavía existía el temor a que hubiera más agresores implicados, quizá incluso entre tres y cinco. Se desconocía el paradero de muchos empleados dentro del edificio, así como su estado de salud. En total, había veintidós agentes disponibles de las unidades de intervención. Sin embargo, dadas las dimensiones del lugar, todavía faltaban hombres. Se hizo un barrido a fondo del recinto, incluyendo el techo y zonas cerradas que hubo que abrir a la fuerza. Se descubrieron más empleados asustados que se habían escondido, pero no hubo que lamentar más heridos ni tampoco se detectó a ningún cómplice. La búsqueda duró cerca de tres horas.

10. Estudia cada detalle del plan hasta la saciedad, pero nunca descartes que te sonría la suerte. «El sospechoso sorprendió a traición a los tres agentes y les disparó a ciegas», dice Gray. Sin embargo, solo una de sus balas impactó en la parte más fina de la contrahuella del escalón, el único punto donde una bala podía penetrar. «Mala suerte, sin duda, pero habría podido ser mucho peor.»

15. Giros inesperados

Una cadena de errores tácticos arroja el saldo de un agente asesinado... y la optimista reinvención de otro.

Cuando dos criminales violentos que huían en una intrépida escapada entraron en una autovía interestatal cerca de Tuscaloosa (Alabama), conducían un vehículo inusual: un coche de policía.

Habían robado la unidad en Mississippi, después de atacar y secuestrar a un sheriff y a su ayudante, un hombre mayor, agente retirado, quienes los estaban trasladando de la prisión estatal a una cárcel del condado para una vista judicial.

Luego asesinarían a un agente de policía. Pero en Tuscaloosa, su huida había sufrido un giro inesperado cuando un capitán de la policía que no sabía nada de la fuga vio un coche patrulla y desconfió al fijarse en los ocupantes de los asientos delanteros.

Tuvo que tomar una decisión a la que tal vez tú también te veas abocado un día: ¿Debía dar el alto a un vehículo policial de otra jurisdicción? Y si lo hacía, ¿cómo proceder?

Los recursos tácticos que empleó casi le costaron la vida. Sin embargo, aquel error a la larga le cambiaría la vida de arriba abajo.

***

La huida tuvo lugar en un soñoliento jueves de junio cuando Mario Giovanni Centobie, varón de treinta y dos años de edad que cumplía una condena de cuarenta años de cárcel por robo con allanamiento, secuestro y asalto a mano armada, y Jeremy

Granberry, de diecinueve años, condenado a seis años por robo con allanamiento, eran trasladados desde la penitenciaría estatal de Mississippi, en Parchman, hasta los juzgados de Laurel, capital del condado de Jones, en una ruta de más de trescientos kilómetros a través del estado en dirección sur.

Capitán Cecil Lancaster

Se ocupaba de su traslado el sheriff del condado de Jones y un amigo suyo, un ex agente de sesenta y ocho años de edad. Presos y agentes de la ley viajaban en la unidad marcada del sheriff, un pequeño Dodge con asientos individuales sin mampara protectora, pese a que era obligatorio llevarla según la legislación estatal. El coche había tenido un accidente tiempo atrás y le faltaba el parachoques trasero.

El incumplimiento de las medidas de seguridad celular fue la ventaja que Centobie y Granberry estaban esperando. De camino a los juzgados, uno de los presos pidió parar para tomar un café. El sheriff aceptó y se detuvo en una gasolinera en la periferia sur de Jackson. Cuando volvió al coche con el café y se sentó en el asiento del conductor, Granberry lo agarró del cuello mientras Centobie le sacaba su pistola de la funda. Era una Ruger semiautomática del calibre 0,45 ornada con grabados. En ese momento los presos iban con grilletes, pero no esposados, según se supo después.

Obligaron a sus rehenes a llevarles a un sitio aislado. Después de amordazar a sus cautivos y esposarlos a unos pilares en un granero abandonado, Centobie y Granberry se marcharon en el coche patrulla del sheriff. Los agentes fueron encontrados al día siguiente.

De entrada, Centobie decidió que él y su compañero de fuga debían dirigirse hacia el sureste, hacia la costa del golfo, para buscar a la exmujer del primero en Biloxi. Ella había declarado contra su ex en el juicio que le había supuesto terminar entre rejas, asegurando que había incumplido la orden de alejamiento obligándola a ella y a su hijo en común de seis años, a punta de pistola, a acompañarle en un aterrador periplo de cuatro días a través de varios estados sureños. Cuando Centobie dio con sus huesos en la prisión estatal, se juró asesinarla en cuanto saliera. Sin embargo, Centobie y Granberry se dirigieron finalmente hacia el este, entrando en Alabama, y llegaron esa noche a Tuscaloosa.

Allí, en torno a las 19:30, conduciendo todavía el coche patrulla robado, se cruzaron con el capitán Cecil Lancaster, comandante de la división de tráfico de la policía de Tuscaloosa y agente veterano con más de veintitrés años de carrera a sus espaldas. Lancaster, de

cuarenta y ocho años, conducía su coche patrulla de vuelta a casa después de trabajar un turno completo y tener una reunión con sus compañeros de tráfico.

«Vi un coche policial que no era de nuestro estado incorporándose a la interestatal 359. Cuando se puso a mi altura, vi que le faltaba el parachoques posterior y la matrícula trasera —recuerda Lancaster —. Ver una unidad de otro estado no es extraordinario en esta zona, porque hay un importante centro de formación en la universidad que suele atraer a muchos agentes de estados vecinos. Eso también podía explicar que los dos tipos del coche fueran en camiseta en vez de uniformados.

»Pero lo que no tenía ningún sentido era que le faltara el parachoques y la matrícula. En mi departamento por lo menos, estamos muy orgullosos de nuestros coches patrulla y nos aseguramos de que su estado sea un fiel reflejo de la imagen de nuestro cuerpo policial. Jamás enviaríamos un coche patrulla fuera del estado en tan mal estado. Me pareció extraño que otro cuerpo lo hiciera. Pensé que tal vez un par de estudiantes llegados a la ciudad para hacer un cursillo habían salido a tomar una copa, se habían emborrachado, habían tenido un accidente y no habían dado parte.»

Cuando el coche terminó de incorporarse a la autovía, Lancaster lo adelantó pero no dejó de vigilarlo atentamente por el retrovisor.

Empezó entonces a circular por debajo del límite de 105 kilómetros por hora, «lo bastante despacio para que la mayoría del tráfico me adelantara, pero me fijé en que el coche patrulla no lo hacía. Eso también me pareció extraño. Normalmente, cuando los agentes vuelven a casa después de un cursillo, sobre todo si tienen que ir a otro estado, conducen bastante deprisa porque tienen ganas de llegar. Me pareció que ese conductor evitaba a posta ponerse a mi altura.»

Como cada vez le picaba más la curiosidad, Lancaster decidió que seguiría reduciendo la velocidad hasta que el otro coche patrulla se viera obligado a adelantarlo. Quería ver bien quién había dentro. «Cuanto más despacio iba yo, más despacio iban ellos.»

Cuando Lancaster bajó de los sesenta y cinco kilómetros por hora, la

unidad sospechosa lo adelantó finalmente. Al hacerlo, Lancaster miró a los dos ocupantes y les saludó con la mano. «Tanto el conductor como el acompañante miraban al frente y ni siquiera echaron un vistazo en mi dirección. Muy inusual, sobre todo si eran agentes. Estos tipos actuaban como si quisieran ser invisibles.»

Lancaster decidió que había llegado el momento de investigar más. Encendió las luces y siguió al coche patrulla hasta que este se detuvo en el arcén.

«Dejé mi coche un poco escorado a la izquierda del suyo para crearme un carril de seguridad, avisé por radio y me quedé sentado unos segundos observando a los hombres. Seguían mirando al frente. Todos mis instintos me decían que debía ser prudente y emplear el protocolo de control viario de máximo riesgo porque estaba convencido de que esos tipos no eran trigo limpio. Pero no hice caso a mi corazonada. Craso error.

»Permití que el hecho de que fuera un coche policial, lo que suele dar lugar a un incidente amistoso, pesara más que todos los indicios que había detectado. Me permití pensar: “Eh, solo estás tratando con un par de polis. No te preocupes”.»

Lancaster inició lentamente su acercamiento. Cuando llegó a la altura de la ventanilla trasera del lado del conductor, el acompañante, quien luego sería identificado como Mario Centobie, se tiró hacia la izquierda con la pistola robada en la mano y, en décimas de segundo, disparó dos balas de punta hueca a través del cristal.

«Aunque parezca mentira, pude ver cómo la primera bala salía del arma, rompía el cristal y venía directamente hacia mí. Así de concentrado estaba», dice Lancaster. La primera bala impactó en el cargador de repuesto que llevaba en su cinturón de servicio y quedó alojada en el cuero sin penetrar en su cuerpo. La segunda entró por su costado derecho, le destrozó dos costillas y salió por su espalda a apenas cinco centímetros de su columna. No llevaba el chaleco antibalas.

«El impacto me dobló. Me abrumó una sensación de incredulidad. Creo que estuve a punto de entrar en shock. Di unos pocos pasos

hasta la parte posterior de su coche patrulla. Al caer al suelo, vi que los pilotos de marcha atrás se encendían y entendí que querían atropellarme.»

»Sentí que me subía la adrenalina y, mientras me arrastraba a gatas a un lado para que no me aplastaran, pude desenfundar mi Sig Sauer calibre 0,45 e incorporarme lo suficiente para disparar siete balas a través del cristal trasero del coche. En ese momento, el coche empezó a alejarse. Estaba cabreadísimo, iba a perseguir a esos cabrones, herido o no.»

Pero su cuerpo no pudo darle lo que le pedía el alma.

«Cuando intenté ponerme de pie, mi herida escupió un borbotón de sangre y fluidos corporales y me flaquearon las rodillas. El chute de adrenalina se me había pasado y volví a desplomarme. No hay subidón más alto que ir hasta las cejas de adrenalina ni bajón más bajo que se te pase el efecto y no te quede nada en el cuerpo. Solo pude reunir las fuerzas necesarias para arrastrarme hasta mi unidad y apoyarme en ella mientras pedía ayuda por radio: “Zero-zero”, nuestro código para un agente herido.»

Todo, desde que inició el control hasta la huida de sus agresores, «parecía haber durado una eternidad». En realidad, habían pasado treinta y ochos segundos. «Qué rápido puede cambiarte la vida y llegar a su final.»

Justo cuando Lancaster se derrumbaba junto a su coche patrulla, Jeff Elmore, sargento de la policía de Tuscaloosa que en esos momentos estaba fuera de servicio, y su esposa circulaban en sentido contrario por la interestatal. La mujer echó un vistazo, vio a un agente que se desmayaba y le dijo a su marido que creía haber visto a un agente que había tenido un infarto. Elmore cruzó la carretera y acudió en auxilio de Lancaster. Lo mismo hizo un civil que lo había visto desmayarse.

«Estaba ahí tendido, preguntándome si iba a sobrevivir —recuerda Lancaster—. Un hombre arrepentido rezando sin parar. ¡Eso es lo que era!»

Cuando llegaron los sanitarios, se dio cuenta de que sus sentidos se

habían «aguzado muchísimo. Pude captar todo lo que ocurría y se decía a mi alrededor». En cierto momento, un médico anunció que su tensión bajaba a 80/40. «¡Se nos va!», exclamó.

«Si me había llegado la hora, sabía que no podía hacer nada para remediarlo, pero te aseguro que quería despertarme al día siguiente —dice Lancaster—. Recé con más fuerza todavía y sentí que me embargaba la paz.»

***

En su huida, los presos abandonaron el coche patrulla en una urbanización no muy lejos de allí, entraron a por comida y ropa en una casa, y robaron un Mercury Marquis beige frente a un bar de Tuscaloosa.

Dos noches después, en torno a las 22:30, Keith Turner, un agente de patrulla de veintinueve años, dio parte por radio en la pequeña localidad de Moody (Alabama), justo al lado de la interestatal 20, cerca de Birmingham, de que estaba vigilando a un Mercury sospechoso con el que se había encontrado en un callejón sin salida.

Solo hacía tres meses que era policía, pero su carrera estaba a unos instantes de terminar.

Al volante del Mercury, Centobie le dijo a Granberry: «No pienso volver a pisar esa cárcel». Cuando Turner se encaminaba hacia ellos, Centobie dejó la Ruger del sheriff apoyada en el respaldo del asiento del conductor. Salió del coche dejando abierta la puerta y se caminó hacia Turner.

Turner se mostró amable. «¡Eh!, ¿qué tal?», dijo para empezar la breve conversación. En respuesta a las preguntas del agente, Centobie volvió al asiento delantero del Mercury, supuestamente para coger su permiso de conducir y la documentación del coche. Turner se le acercó por detrás. Cuando el joven agente llegó a la puerta, Granberry saltó de pronto del asiento del acompañante. La

distracción duró apenas una fracción de segundo, pero fue suficiente para que Centobie empuñase la Ruger y disparase tres veces a Tuner.

Una bala quedó alojada en su chaleco, otra le golpeó en la cadera, haciéndole doblar la rodilla, la tercera le fue disparada «como si fuera una ejecución», directamente a la nuca. Su muerte fue instantánea.

Más de cuatrocientos agentes se congregaron en Moody, entre los cuales se contaban policías voluntarios de otros estados, en una de las mayores cazas al hombre en la historia de Alabama. Granberry fue capturado al día siguiente. Centobie, descrito como «hábil e inteligente», logró permanecer escondido en los densos bosques y marismas de la zona sin salir de la red policial de captura. Al cabo de una semana, atravesó el perímetro, consiguió que varios conductores lo llevaran en coche ya fuera por las malas o a base de labia, y finalmente fue capturado en Mississippi, donde dos agentes de tráfico lo sacaron a punta de pistola de una furgoneta repleta de turistas hispanos que lo habían recogido en la carretera. Todavía llevaba la pistola del sheriff metida en la cinturilla, pero no intentó emplearla.

El día que lo trasladaron de vuelta a Alabama para el juicio, la viuda del agente Turner obtuvo permiso para hablar con él, a solas, en su celda.

—¿Por qué asesinó a mi marido? —le preguntó.

—No lo asesiné —respondió Centobie con frialdad—. Le disparé porque no tuve más remedio.

***

El capitán Lancaster estuvo hospitalizado en estado crítico durante más de una semana y luego pasó todo un mes postrado en la cama de su casa. El mismo día que se cumplían dos meses del tiroteo, se

reincorporó al trabajo, convertido en un hombre distinto.

«Cuando recibí el disparo de bala, estaba muy quemado con el trabajo. Hacía entre treinta y cuarenta horas extra todas las semanas. Estaba cansado, hecho polvo. No hacía más que pensar en retirarme, solo me faltaban dieciocho meses. No veía la hora de salir de la policía, porque este trabajo puede consumirte por completo. Ya no daba gracias por tener buena salud, una buena esposa y dos hijos preciosos, por que mi vida no fuera un caos. Tenía una buena vida y no lo valoraba.

»Después del tiroteo, empecé a disfrutar de la vida. Empecé a hacer cosas con mi mujer y mis hijos que había descuidado. Incluso empezó a gustarme el trabajo otra vez. Mario Centobie intentó expulsarme del cuerpo, pero descubrí que todavía no estaba listo para dejarlo.

»Ahora, siento que cada día de vida, cada día de aliento, es un milagro. La vida es una gran aventura. Cada día es un nuevo día y no hay dos iguales. No sé qué me deparará el futuro, pero voy a luchar por cada respiración que pueda arrancarle a la vida.»

Lecciones aprendidas

Durante su recuperación, Lancaster decidió que no «iba a permitir que el tiroteo fuera una mella en mi vida. Pensé que sería estupendo aprovecharlo como herramienta de entrenamiento. Me prometí que, si alguien quería hablar conmigo sobre el incidente, me prestaría a ello. Sabía que, si le hubiera ocurrido a otro agente, me habría gustado sentarme con él y aprender lo máximo posible de su experiencia.»

De entre las lecciones que extrajo de su roce con la muerte, destacamos las siguientes:

1. Combate la «deriva mental». Como consecuencia de su

obsesión con retirarse, «avanzaba como un autómata, siempre por el mismo surco mental. En casa, estaba intentando domar a un mulo y todo mi interés se centraba esa noche en llegar a casa y montarlo.» Aunque iba de uniforme y conducía un coche marcado, «lo último que se me pasaba por la cabeza era que me hallaba a las puertas de un combate a vida o muerte».

«Como agente, debes estar concentrado en el trabajo siempre que estés de servicio. Nunca te duermas en los laureles. Si lo haces, es muy fácil desatender tu entrenamiento e instinto y puedes pagarlo con la vida. Mario Centobie estaba dispuesto a matar para seguir en la calle. Hay mucha gente suelta dispuesta a hacer lo mismo.»

2. Haz caso de tu instinto táctico. «Mi consejo es siempre pecar por exceso de cautela con independencia de con quién creas que estás tratando. Si tu instinto de supervivencia te dice que algo va mal, confía en él. Seguramente es una advertencia que procede de tu inconsciente, basada en experiencias previas.

»En este caso, no seguí mi propio consejo. No llamé para pedir refuerzos ni tampoco empleé los recursos tácticos adecuados para un control viario de alto riesgo, a pesar de que sabía que era lo indicado en aquel caso, y ese fue el motivo de que Centobie pudiera dispararme. Tanto él como Granberry así lo reconocieron después.

»Si tienes que parar a otro coche patrulla —sea cual sea el motivo —, espera a tener refuerzos antes de acercarte. Si los ocupantes del otro coche son agentes, irán armados y debes extremar las precauciones. Si su comportamiento resulta lo bastante sospechoso para que te decidas a pararlos, quién sabe qué pueden estar ocultando y qué estarán dispuestos a hacer.

»Si los ocupantes no son agentes, entonces con toda seguridad estás tratando con unos individuos peligrosos que han conseguido hacerse con un coche patrulla —imponiéndose con toda probabilidad a otros agentes— y podrían estar dispuestos a matarte para escapar.»

3. Respeta los protocolos. El trágico encadenamiento de sucesos que incluyó la toma de unos agentes como rehenes, los disparos contra Lancaster y el asesinato del agente Turner tal vez no se habría producido si se hubiera aplicado a rajatabla el procedimiento previsto de traslado en el primer eslabón de la cadena, en Mississippi. «La legislación del estado dictaba que los presos se trasladaran esposados en un coche celular —dice Lancaster —. Cuando optas por no cumplir las reglas, no solo te pones tú en riesgo, sino que además puedes exponer las vidas de otros agentes.»

4. Recurre a tus creencias religiosas. Lancaster considera que su profunda espiritualidad le ayudó a sobrevivir cuando su vida pendía de un hilo, así como en los delicados momentos que se sucedieron en los días posteriores. «Si no tienes una fe religiosa, algo en lo que creer, lo pasarás muy mal.»

5. Acepta que hay cosas que no tienen vuelta de hoja. «Todavía me siento un poco culpable por que Centobie y Granberry consiguieran dejarme atrás», lo que resultó en el asesinato del agente Turner, se lamenta Lancaster. «Racionalmente, sé que puse mi vida en peligro para intentar detenerlos y que luché hasta que me desmayé. Pero mi corazón me sigue diciendo: "Eras un capitán. Tendrías que haberlo hecho mejor".

»Me vi implicado en una situación que terminó con el asesinato de otro agente. No lo olvidaré, formará parte de mí para siempre. Sé que siempre lo tendré presente. Pero hay cosas con las que no te queda más remedio que aprender a convivir. Si alguien puede aprender de mis errores y convertirse en un agente mejor, eso me ayudará a aliviar mi sentimiento de culpa. No puedes cambiar el pasado. Lo único que puedes hacer es implicarte para que el futuro sea mejor.»

Después de la acción

Mientras estaba a la espera de juicio en Alabama, Mario Centobie, que tenía fama de ser un rompecorazones, hizo creer a una funcionaria de prisiones que estaban destinados a amarse y la convenció de que abriera cinco puertas controladas electrónicamente para que pudiera salir de la cárcel. Estuvo desaparecido trece días antes de ser detenido en Atlanta. De vuelta en la cárcel, recibió postales, cartas y fotos de mujeres que querían conocerlo.

En el juicio, Granberry fue sentenciado a tres cadenas perpetuas sin posibilidad de libertad condicional. Centobie fue condenado a muerte.

Antes de los problemas domésticos que habían dado con sus huesos en la prisión estatal de Mississippi, Centobie había sido una estrella fulgurante en el mundo de los cuerpos de bomberos. Se graduó con el mejor expediente de su promoción en la Academia de Bomberos del estado de Mississippi y más tarde fue elogiado por su heroísmo en las labores de rescate de un tren que había descarrilado en un pantano, con numerosas víctimas mortales. En opinión de Lancaster, su destino final «debería servirnos como recordatorio de que la vida son las decisiones que tomamos. Eligió un camino que iba cuesta abajo. Nadie le obligó a tomar ninguna de sus malas decisiones».

Centobie se convirtió en el asesino ejecutado número 962 en Estados Unidos desde 1976. A petición de la viuda de Keith Turner, Lancaster fue testigo de cómo se le administraba la inyección letal. «Animado y con la moral alta», según las crónicas periodísticas, Centobie se zampó una última comida de pollo a la barbacoa, fideos con mantequilla, hojas de nabo, patatas caramelizadas y un refresco de fresa. Desde la mesa de ejecuciones, levantó el pulgar y sonrió en silencio mirando al techo hasta que su pecho dejó de respirar.

Esa noche, en otro punto del mismo penal, Jeremy Granberry ocupaba una celda de mediana seguridad. En una solicitud de amistades por correspondencia que colgó en internet, se describía a sí mismo como un hombre «honesto, con los pies en el suelo, de mente abierta y muy en contacto con la realidad».

16. Agente/testigo/víctima

Después de una operación infernal, un agente destrozado se atormenta preguntándose: «¿Qué demonios estoy haciendo aquí?».

Una tranquila mañana de noviembre, en torno a un año después de haberse enrolado como patrullero en la policía de un condado del centro de Misuri, Rob Relford iba «dando vueltas por la zona, metiendo las narices, intentando encontrar algo». Como solía hacer, aquel día evitó también la ruta más directa entre su casa en Chamois (564 habitantes) y las dependencias de la policía del condado en Linn (1.400 habitantes). Entre otras cosas, esperaba encontrar pruebas sobre unos robos que se habían producido recientemente en domicilios particulares de la zona.

Sobre las ocho de la mañana, la secretaria de la policía le llamó a su teléfono móvil.

—Tienes que volver a Chamois —le soltó a bocajarro—. Acaba de llamarme un hombre diciendo que se iba a matar con su escopeta.

Relford dio media vuelta en el aparcamiento de un bar de carretera y enfiló hacia su municipio, a unos treinta kilómetros de distancia en dirección norte. Mientras conducía a la «velocidad reglamentaria», ciento treinta kilómetros por hora, ensayó mentalmente «qué haría cuando llegara al lugar de los hechos». Acababa de llegar al término municipal cuando la secretaria volvió a llamarle.

—Rob, es en el 201 de South Market Street.

La casa de sus padres.

—Es tu padre.

***

El sargento Rob Relford

Unos dos años antes, Rob Relford, de treinta siete años de edad y veterano de los marines en la operación Tormenta del Desierto,

decidió hacer realidad el sueño largo tiempo alimentado de convertirse en un agente del orden. De niño, había mirado maravillado la placa que llevaba su abuelo como policía judicial del condado y había idolatrado a un tío que había servido como agente en la policía del mismo condado. Cuando Relford mediaba la treintena, su mujer, Jody, al ver que le seguía seduciendo trabajar de policía, le animó a «intentarlo ahora que todavía eres joven».

«Renuncié a un trabajo como especialista de seguridad en una planta nuclear por el que cobraba 54.000 dólares al año», recuerda Relford, decidido a conseguir un empleo por el que cobraría la mitad en el cuerpo policial del que acababa de retirarse su tío, la policía del condado de Osage, con sede en Linn. De entrada, se ofreció como reservista sin sueldo, luego encontró un trabajo en una fábrica que le permitía disponer de las horas necesarias para asistir durante diez meses a una academia que daba instrucción para varios cuerpos de policía. Se graduó como delegado de su promoción, obteniendo el mejor expediente.

Con entusiasmo, salió a las carreteras y caminos vecinales del condado de Osage como uno de los cuatro agentes patrulleros en un cuerpo formado por tan solo doce integrantes. Normalmente, trabajaban «un chico de tráfico por turno», cubriendo 1.657 kilómetros cuadrados, en un área de actuación compuesta «sobre todo de caminos de grava y un puñado de localidades diminutas en medio de la nada».

La primera noche que patrullaba a solas, un agente de un condado vecino recibió un disparo cuando acudió a un aviso por robo en domicilio. Varios fragmentos de bala impactaron en su rostro. «Mierda —pensó Relford—. ¿En qué fregado me he metido?» Pero en realidad «tenía muchísimas ganas de subirme a mi coche patrulla todos los días y salir a la carretera». No había cumplido el año de servicio cuando fue ascendido a sargento de patrulla.

El día en que su turno se convirtió en su peor pesadilla, hubo dos llamadas a la secretaria de la policía, según averiguaría Relford más tarde. En la primera, un varón que no se identificó dijo rápidamente que llamaba desde Chamois y amenazó con suicidarse antes de colgar. En la segunda, preguntó específicamente por Relford. «Tengo que hablar con Rob ahora —dijo—, antes de suicidarme.»

En esta ocasión, la secretaria, que era amiga de la familia, reconoció la voz.

El padre del sargento Relford, en tiempos más pacíficos.

El padre también había llamado a su otro hijo, según sabría después Relford. «Te quiero, pero tengo que hacer algo», dijo. El hermano, preocupado, llamó a Relford al móvil cuando el sargento recién ascendido se dirigía a toda velocidad a la casa de sus padres. Pero había poca cobertura y Relford, con la sirena a todo trapo, no pudo entender qué le decía su hermano.

La casa de sus padres se encontraba a solo tres calles de la suya. Tras recibir la siniestra segunda llamada de la secretaria, Relford apagó inmediatamente las luces y las sirenas. «No quería asustar a mi padre y no quería que vinieran todos los vecinos.» Intentando intervenir cuanto antes, frenó derrapando frente a la casa, avisó por radio de que había llegado y corrió hacia la entrada de la casa.

Cuando abrió la mosquitera con la mano izquierda, de pronto se dio cuenta de que llevaba su Glock del calibre 0,40 en la derecha. Pensó: «¿Qué estás haciendo? Vas a entrar en casa de tus padres. ¡No deberías llevar la pistola desenfundada!».

Una vez dentro, se volvió hacia la derecha y se quedó mirando el salón de la casa. Su padre estaba sentado en una butaca orientada hacia la ventana delantera, de suerte que había podido ver a Relford aparcar fuera. Tenía un cigarrillo entre los dedos y, en posición vertical entre sus rodillas, había una vieja escopeta de un solo cañón del calibre 0,410, ya amartillada.

Relford reconoció el arma inmediatamente. Su padre se la había regalado unas Navidades cuando tenía cinco años. Era la primera arma de fuego que había tenido el agente.

«No tuve tiempo para decir nada —recuerda Relford—. No pude pronunciar palabra. Mi padre mi miró, solo fue un vistazo fugaz. Entonces, inclinó la cabeza sobre el cañón y se lo metió en la boca. Pensé: "¡Joder, va a hacerlo!". Apretó el gatillo con el dedo. Yo estaba a solo tres metros.»

La explosión fue ensordecedora en la pequeña sala. «Todo se detuvo —recuerda Relford—. No quise ver lo que estaba viendo. Supongo que mis ojos se negaron a ver el estado en que había quedado la pared detrás de mi padre. No puedo creer que no me fijara.»

Corrió hacia su padre e intentó encontrarle el pulso sin conseguirlo. Luego, salió corriendo a su coche patrulla. «Sí recuerdo haber gritado por radio que necesitaba una ambulancia. Lo grité muchísimas veces.»

Por supuesto, no había pulso, pero Relford volvió a la casa e intentó encontrarlo de nuevo mientras esperaba ayuda. «Todo se volvió borroso», dice. Solo recuerda fragmentos de una conversación entre lágrimas con un amigo íntimo, el inspector Brad Strope, y el sheriff Carl Fowler, quienes acudieron a toda prisa al lugar de los hechos. El último contacto con su padre que recuerda de aquel día fue quitarle el cigarrillo encendido de la mano.

Desde ese mismo día y en semanas sucesivas, Relford intentó en

casa asimilar aquel espantoso encuentro, en el que había sido a un tiempo policía, testigo forzoso y víctima. «Le di mil vueltas a lo ocurrido, intentando ver si podía haber actuado de otra forma. ¿Y si hubiera conducido más deprisa cuando recibí el aviso? ¿Y si me hubiese pasado un rato esa mañana a ver a mi padre antes de ir al trabajo?»

«También maldije a papá. Lo odié con todo mi ser. ¿Por qué el muy hijo de puta lo hizo delante de mí? ¿Qué estaba pensando? No se despidió de mí. Lo único que hizo fue obligarme a convivir con este recuerdo el resto de mis días.»

A sus sesenta y cuatro años, el padre de Relford, antes de jubilarse, había sido encargado en una planta de fertilizantes y llevaba largo tiempo librando una deprimente batalla contra la botella. Ya había intentado suicidarse siete años antes, después de la muerte de su mejor amigo y «compañero de correrías». Sin embargo, no había orientado del todo bien el rifle del calibre 0,22 que había elegido para hacerlo; la bala penetró en su cráneo pero se detuvo antes de llegar al cerebro. Los médicos habían decidido no extraerla, pues temían que la intervención fuese demasiado peligrosa. Desde aquel día, el padre de Relford había padecido unas jaquecas tremendas.

Después de aquel primer intento, Relford había vivido muchos buenos momentos con su padre, pescando perca americana o yendo a cazar ciervos. Entonces, más o menos en la misma época en que Relford se graduó en la academia de policía, su padre cayó en una profunda depresión. Todos los días, cuando su mujer se marchaba a trabajar en la cafetería de una universidad, «mi padre se quedaba sentado en casa y bebía sin parar a escondidas, mezclando el alcohol con la medicación».

«La verdad es que no sé por qué lo hacía —dice Relford—. Mi madre dice que estaba mal, que siempre tenía dolores. Creo que, sencillamente, se había cansado de vivir. Aunque me cabreó muchísimo lo que hizo.»

También estaba cabreado con la profesión de policía. Unas semanas antes, «había ayudado a levantar el cadáver de una conocida mía que había fallecido en un accidente de tráfico.» En otra ocasión, tuvo que detener al hijo de un buen amigo por un robo con

allanamiento. Y ahora el deber le había llamado a presenciar la cruel destrucción de su padre. «Cuando tomé juramento, pensaba que no habría nada más valioso que ayudar a mi comunidad. Pero ahora el golpe me alcanzó de lleno: "¿Qué coño estoy haciendo aquí? No puedo hacer este trabajo".»

Durante los días siguientes, «estuve decidido a dejar la policía. Entonces todo cambió. A veces de uno en uno, a veces en grupo, el sheriff, Brad Stope, los agentes y un patrullero que vivía en Linn empezaron a presentarse en mi casa para darme su apoyo. Habían apartado las placas a un lado. Ya no eran policías, eran mi familia.

»Muchas veces, nos sentábamos y reíamos, llorábamos y nos consolábamos juntos. Me demostraron que querían escucharme. Mucha otra gente no quería que les contara lo que había ocurrido o cómo lo había vivido, pero mi familia policial me dejó desahogarme todas las veces que lo necesité.

»Trabajo con un grupo de hombres muy machos y fanfarrones que no lloran nunca y no ven pelis románticas para chicas, pero aun así me envolvieron en su abrazo y lloraron conmigo. Aguantaron todas mis emociones. Fueron muy comprensivos. A veces, solo desbarraba, balbuceaba. Pero ahí estaban ellos, renunciando a pasar tiempo con sus familias para poder estar a mi lado.»

También se ofrecieron a llevar a cabo una horrible tarea que Relford no podía afrontar: limpiar el salón de la casa de sus padres. «Se llevaron la butaca donde se había sentado mi padre, la envolvieron en plástico y la tiraron a un contenedor de basura —explica Relford—. Limpiaron la pared y la alfombra. Cuando volví a ver el salón, fue como si no hubiera pasado nada.»

Con el tiempo, esas sesiones en las que Relford vivía una montaña rusa de emociones le ayudaron a considerar lo que había vivido desde otra perspectiva. «Empecé a entender que no había nada que hubiese podido hacer para impedir la muerte de mi padre. Había tomado la decisión de hacerlo y sencillamente me obligó a verlo. Creo que pensó que, como había sido marine y había vivido combates, podría con todo. Seguramente imaginó que, si se aseguraba de que fuese yo quien lo encontrara, podría arreglar el estropicio y proteger a la familia.

»Entendí que no había nada malo en estar enfadado con él y llorar, que eso no significaba que fuera menos hombre.» Gracias a la camaradería de sus compañeros, llegó un día en que pudo empezar a explicarles anécdotas divertidas y recuerdos emotivos de su padre. Cuando llega la temporada del ciervo, Relford todavía siente un aguijonazo de rabia contra su padre porque ya no está con él para ir a cazar juntos, pero «he dejado de odiarle».

También hizo las paces con su profesión. Cuando, angustiado, comentó que se había planteado devolver la placa, el inspector Strope, quien había sido su instructor, le dijo: «Sé que te encanta ser policía. No creo que seas feliz haciendo otra cosa. Tu padre también habría hecho lo que hizo si hubieses tenido otro trabajo». Otros compañeros eran del mismo parecer.

Tres semanas después del suicidio, Relford se reincorporó a su trabajo como agente de patrulla. El sheriff le dijo que podía tomarse un año sabático si lo necesitaba. Pero con una hija de quince años y un hijo de doce, Relford y su mujer tenían una familia en la que pensar: «Necesitaba mirar al futuro». Se compraron una casa en otra localidad y se marcharon de Chamois.

Acerca de sus comprensivos compañeros, quienes le continúan mostrando su apoyo cada vez que parece necesitarlo, dice Relford: «Los quiero a todos y cada uno de ellos. Recurrir a ellos para superarlo fue lo mejor que he hecho en mi vida.

»Es una suerte que me convencieran de no arrojar la toalla. Las personas se hacen daño y mueren, y una parte de nuestro trabajo es ocuparnos de eso. En aquellos momentos, quería evadirme de esa responsabilidad en vez de hacerle frente, pero soy un policía, eso es lo que soy. Mis compañeros me ayudaron a verlo.

»Lo mejor que aprendí fue que tenía una familia en la policía del condado que estaba dispuesta a darlo todo por mí. Entendí que dedicarme a esto y apoyarles como ellos hicieron conmigo es lo que quiero hacer. Los agentes deben tener un relación más estrecha que cualquier familia, para cuidar unos de otros. Si no podemos apoyarnos los unos a los otros en momentos de crisis personal, ¿qué haremos cuando haya balas volando?»

Informe especial: restañar las heridas para el día de mañana

¿Estás seguro de que podrás enfrentarte a las consecuencias de un incidente crítico? ¿Sabes qué puedes hacer para restañar las heridas emocionales de un encuentro en el que pudiste perder la vida y seguir teniendo una vida rica y gratificante?

Por más que seas una persona sana, bien formada o equilibrada, es imposible saber a ciencia cierta cómo reaccionarás frente a un trance de alta intensidad emotiva hasta que lo hayas vivido, pero algunos psicólogos policiales y veteranos que vivieron experiencias traumáticas en el ejercicio de sus funciones creen que ciertos indicadores pueden ayudarnos a pronosticar de forma general cómo encajarás un crisis y lo rápido y lo bien que tardarás en recuperarte de la misma.

Estos indicadores, esbozados en un congreso sobre Análisis de Incidentes Críticos Policiales patrocinado por la Academia Estadounidense de Psicología Policial, fueron identificados por la doctora Beverly Anderson, directora clínica y administradora del Programa Metropolitano de Asistencia a Empleados Policiales en Washington D. C. La investigadora enumera diez factores principales que pueden influir en tu capacidad para encajar de forma satisfactoria una experiencia traumática. Anderson llama a esta lista «Escala de Impacto para Incidentes Críticos Policiales».

Asimismo, la investigadora propone diez medidas proactivas que puedes tomar para recuperar el equilibrio si has tenido la desgracia de toparte con una experiencia que amenace tu bienestar emocional.

La doctora Beverly Anderson

La Escala de Impacto para Incidentes Críticos Policiales

Obviamente, trabajar en un cuerpo policial «exige fortaleza y resiliencia emocional», observa Anderson, pero «a los agentes ya no se les ve como personas invencibles e inmunes a los estragos de una experiencia traumática».

Ello no significa que vayas a experimentar necesariamente consecuencias negativas desde el punto de vista físico y emocional después de un encuentro de alta intensidad o a raíz de la acumulación de «heridas emocionales» a lo largo de tu carrera. Pero sí podrías experimentar emociones, síntomas físicos y cambios en la conducta a los que no estás acostumbrado, desde rabia y sentimientos de desesperación, a problemas digestivos y pesadillas, pasando por conductas violentas o un distanciamiento con respecto a tus familiares y amigos. De ser así, debes saber que son reacciones normales frente a un experiencia anormal. No tienen por qué ser permanentes ni dejar secuelas.

El grado de afectación, si es que esta se produce, dependerá probablemente de los siguientes factores, según Anderson:

1. Magnitud del incidente. En términos generales, a mayor gravedad del incidente, mayor probabilidad de que el impacto inicial sea profundo. Las siguientes variables pueden ser decisivas en este aspecto:

• ¿Tu compañero u otro agente perdió la vida en el incidente? Es posible que hayas presenciado más muertes de las que te gustaría recordar, pero pocas pueden causar el impacto de un agente fallecido en cumplimiento de su deber. Si la víctima es tu compañero u otro agente con quien has mantenido una relación estrecha, el impacto será mayor.

• ¿Resultasteis heridos tú, tu compañero u otro agente? ¿Cuál fue la gravedad de las heridas? Las lesiones con secuelas permanentes suelen acarrear un impacto mucho mayor.

• ¿Existió la posibilidad de que los agentes implicados, tú incluido,

perdieran la vida o sufrieran heridas graves? Aunque la bala falle por un pelo, a menudo puede desencadenar el mismo miedo y sensación de vulnerabilidad que si hubiera impactado en el blanco.

• ¿Un sospechoso o ciudadano(s) inocente(s) resultaron heridos o muertos? Por más repugnante que pueda ser el sospechoso, «matar a un hombre es algo muy duro», como decía Clint Eastwood en Sin perdón: «Le quitas todo lo que tiene... y todo lo que podría tener». A los agentes a menudo les cuesta mucho asumirlo, por más imperativa que fuera la acción.

• ¿Quién era el sospechoso/ciudadano? Perturbados, ancianos y, muy especialmente, niños suelen provocar un mayor impacto emocional.

• ¿El incidente fue atroz? Por regla general, cuanto más espantoso haya sido, más profundamente te quedará grabado en el cerebro. Un agente recuerda presenciar un incendio provocado en el que un residente trató de escapar de las llamas y quedó empalado en un gran trozo de cristal. No conseguía liberarse y los agentes no podían saltar desde el suelo hasta una altura suficiente para llegar a él. Lo vieron morir mientras gritaba pidiendo ayuda y el fuego lo envolvía, haciendo hervir su sangre sobre el cristal. Anderson cita al filósofo francés Michel de Montaigne: «Nada fija tan intensamente un recuerdo en nuestra memoria como el deseo de olvidarlo».

• ¿Estabas muy cerca del incidente ya sea física o psicológicamente? Un agente aplicó el boca a boca en un bebé en un intento finalmente baldío de salvarlo cuando paró de respirar. El bebé vomitó violentamente en la boca del agente. Amparándose en el secreto que rige las relaciones entre médico y paciente, el personal del hospital al que fue trasladado el cadáver del niño «echó sal a la herida» del agente al negarse a decirle si el niño tenía alguna enfermedad infecciosa de riesgo.

• ¿Cuáles eran las circunstancias concretas de la operación? ¿Se trató, por ejemplo, de un «suicidio por policía»? Ese tipo de situaciones suelen dejar a los agentes con la enojosa sensación de que se han aprovechado injustamente de ellos.

• ¿Tus expectativas se vieron drásticamente alteradas? Cuanto más

se aparte el incidente de lo que habías pensado que podía ocurrir, o incluso de lo que habrías podido imaginar que ocurriría, tanto más probable será que te afecte profundamente. Por ejemplo: una joven te pregunta cómo se llega a un sitio y acto seguido te dispara a quemarropa.

• ¿Hubo agentes o civiles inocentes en peligro? «Cuando ciudadanos resultan heridos o muertos, suelen darse sentimientos de culpa y dudas sobre la responsabilidad civil en que haya podido incurrir el agente», explica Anderson. Es posible que sientas, de forma irracional, que deberías haber podido prevenir el triste desenlace.

• ¿Existe la posibilidad de que haya responsabilidades civiles o penales? Las consecuencias legales pueden, por derecho propio, constituirse en un incidente crítico.

2. Grado de anticipación. ¿Dispusiste de un tiempo previo para preparar una defensa o, por lo menos, anticiparte a la crisis o, por el contrario, te golpeó de forma tan repentina que te pilló completamente por sorpresa?

3. Experiencia previa. Aunque una serie de incidentes críticos puede tener sin duda un profundo impacto negativo, si has tenido cierto tiempo para recuperarte o «recomponerte» entre ellos y has sabido resolver esas crisis anteriores, tu experiencia puede ayudarte a mitigar la potencia del último incidente.

4. Tu reacción frente al incidente. Más que el incidente en sí mismo, tu reacción ante este determinará con toda probabilidad si tienes éxito en la tarea de integrarlo en tu vida sin consecuencias drásticas. De entre los factores que pueden influir en el resultado, destacamos:

• Durante el incidente e inmediatamente después del mismo, ¿te

quedaste paralizado cuando deberías haber reaccionado, sucumbiendo a la conmoción, el pánico, la ansiedad o el miedo? ¿O por el contrario mantuviste un control profesional suficiente para resolver el incidente de forma satisfactoria?

• Si mantuviste el control sobre tus emociones pero tu respuesta fue pese a todo decepcionante, ¿cuál fue el motivo? ¿Tu adiestramiento era insuficiente? ¿Equipamiento defectuoso? ¿Falta de equipamiento? «La impotencia busca un culpable», explica Anderson y, cuando intentas repartir responsabilidades, es muy posible que termines culpándote a ti mismo por entero y de forma injusta.

• ¿Cómo conceptúas la causa del incidente? ¿Era prevenible? Aquellos incidentes que son producto de la maldad o de una negligencia grave a menudo acarrean un mayor impacto que aquellos que podrían atribuirse con mayor claridad a causas fortuitas.

• ¿Cuál suele ser tu «estilo» a la hora de lidiar con el estrés? ¿Te recluyes, buscas una salida en el alcohol, reprimes tus sentimientos para conservar una fachada de invulnerabilidad?

• ¿Te culpas por el incidente o por alguno de sus aspectos?

• ¿Cuál es la medida de tu pesar? ¿La persona herida o fallecida en el incidente era cercana a ti?

• ¿Son muy extensas y persistentes tus reacciones posteriores al incidente, tales como pesadillas, flashbacks o imágenes perturbadoras que te hagan revivirlo?

• ¿Te preguntas constantemente por qué?

• ¿Tienes en tu entorno personas apropiadas con las que sincerarte sobre el incidente y tus reacciones emocionales? ¿O crees que pedir ayuda es síntoma de debilidad? Los agentes del orden, advierte Anderson, suelen ser unos «maestros del arte del fingimiento emocional».

• ¿Te sientes vulnerable o extraordinariamente suspicaz?

5. Aprendizajes/dominios previos. Antes del incidente, ¿recibiste adiestramiento en gestión del estrés y formación relacionada con la dinámica de los tiroteos y otros incidentes críticos, sus posibles secuelas físicas y emocionales, y las estrategias para superarlas? ¿Te han enseñado a inmunizarte contra los efectos del estrés acumulado propio de las labores policiales?

6. La respuesta de los demás. Cuanto más apoyo recibas, más rápido podrás superar el incidente y más posibilidades tendrás de hacerlo con éxito. ¿Cuál fue la reacción de la opinión pública? ¿Y la de los medios (contando con las posibles tergiversaciones de lo ocurrido y los rumores)? ¿Cómo abordaron tus supervisores y directivos el incidente? ¿Cómo te trataron a ti? ¿Te concedieron unos días (baja remunerada) para recuperarte de las posibles repercusiones negativas sin hacerte sentir culpable? ¿Tus superiores proporcionaron información precisa sobre lo ocurrido a tus compañeros para atajar los rumores y las habladurías? ¿Se preocuparon además de contactar contigo para informarte de las novedades sobre tu situación?

7. Ayuda después del incidente. ¿Te reuniste con tus superiores para analizar lo ocurrido inmediatamente después del incidente? ¿Pudiste desahogarte y hablar con otros agentes que hubieran sobrevivido a incidentes críticos? ¿Se te dio acceso a terapia estrictamente confidencial y continuada con un profesional de la salud mental que fuese empático y estuviera informado sobre la naturaleza de tu profesión? ¿Te están brindando tus supervisores su apoyo de forma continuada, llamándote para preguntarte si necesitas algo y para informarte de las novedades? ¿Cuál es el grado de apoyo que estás recibiendo de tus compañeros? ¿Te prestas a aceptar la ayuda que te brinda el sistema de apoyo?

8. Naturaleza/grado del apoyo familiar. ¿Te apoya tu familia en tu trabajo? (Ahora no es el momento de que critiquen tu trabajo o te presionen para que abandones la profesión.) ¿Tu familia o tú habéis estado expuestos a otros estresores en el último año, como la muerte de un pariente, exceso de deuda en la tarjeta de crédito u otros problemas económicos? ¿Tu familia ha recibido información sobre lo ocurrido y/o apoyo terapéutico? «Cuando vives una crisis y tienes familia, terminas haciéndola partícipe de la crisis», dice Anderson.

9. Magnitud del estrés o de los cambios en tu vida en el momento del incidente. «Los estresores anteriores al incidente a menudo influyen en el ajuste posterior al mismo», señala Anderson. ¿Pasaba tu matrimonio por dificultades? ¿Tenías problemas de trabajo antes del incidente? ¿Hubo muertes en tu vida u otros factores que te hubieran puesto bajo un estrés excepcional?

10. Consumo de alcohol. ¿Abusas del alcohol o tienes otros hábitos adictivos, como el tabaquismo, la promiscuidad o el juego? Si tu consumo de alcohol ya era importante antes del incidente o se ha incrementado con posterioridad al mismo, plantéate someterte a un test de alcoholismo.

Anderson apunta que todos estos factores deberían poder explorarse en conversaciones cara a cara con un psicólogo familiarizado con este tipo de traumas o en un programa bien administrado en el que el equipo analice el incidente en sesiones de grupo bajo la supervisión de un profesional acreditado y con la presencia de compañeros formados en la materia que también hayan sobrevivido a incidentes críticos.

Qué puedes hacer por tu cuenta

Las medidas que tú mismo decidas tomar para ayudarte a superar el incidente pueden tener una influencia decisiva. Anderson identifica estos «pasos conductuales» que pueden impulsarte de forma activa en el camino de tu recuperación.

1. Desahoga tu rabia y tensión mediante un ejercicio físico extenuante y constante. El ejercicio es un gran absorbente de ansiedad. También te ayudará a combatir el insomnio.

2. Alterna el ejercicio físico con sesiones de relajación profunda. Esta alternancia será beneficiosa para tu cuerpo y tu mente.

3. Come de forma saludable.

4. Evita depresores como el alcohol y estimulantes como la cafeína.

5. No tomes decisiones de calado (como abandonar la profesión policial) inmediatamente después del incidente.

6. Acepta tus emociones. Recuerda: son reacciones normales a un estrés vital extraordinario.

7. Habla de tus emociones. En cuanto seas capaz de verbalizar tus sentimientos, empezarás a tener un mayor dominio sobre ellos. Hablar reduce la intensidad emocional.

8. Permítete estar triste.

9. Recurre a aquellas personas que te quieren. No pasa nada por pedir ayuda. Mantén la relación con tu sistema de apoyo.

10. Asume personalmente la responsabilidad de asistir a las sesiones de análisis del incidente y/o a las sesiones de terapia individual con un profesional de la salud mental que comprenda de forma realista la labor policial. No esperes a que te lo ordenen.

«Siempre guardarás el recuerdo de un incidente crítico —dice Anderson—. Cuando has pasado por una experiencia de vida o

muerte como disparar a alguien u otro incidente con una gran carga emotiva, no vuelves a ser el mismo. Es algo que te cambia. Miras la vida de una forma distinta. Los cambios pueden ser drásticos, aunque no necesariamente negativos. Al contrario, pueden tener un efecto positivo y empoderador.

»El trabajo que hagas tú y el que hagan otras personas para ayudarte permitirá que el incidente se convierta, el día de mañana, en una parte muy importante de tu pasado, dejando de ser una parte vigente de tu presente que interfiere en tu vida. Ese día serás capaz de trenzar el incidente con tu pasado sin restarle importancia y continuar con tu vida.»

17. Un as en la manga

¿Qué puedes hacer para calmarte cuando la deflagración de una escopeta te ha pasado tan cerca de la oreja que te ha abanicado el pelo?

Cuando el agente Brian Cook llegó a un escenario caótico en el que cuatro personas, incluido un agente de la policía del condado, habían perdido la vida después de que un asesino perturbado les tendiera una emboscada, una de las «armas» que llevaba era una tarjeta de plástico blanca en la cartera. Viendo cómo se desarrollaron las cosas, fue la única que utilizó y, según sus cálculos, fue decisiva para que sobreviviera indemne emocionalmente a la misión más traumática de su carrera.

El agente Brian Cook

A sus treinta años, y con siete de experiencia en la policía de Memphis, Cook desempeñó un papel fundamental en contener a un enloquecido bombero que mató a su esposa, a un agente y a dos de sus compañeros con una escopeta antes de que los policías pudieran abatirlo dejándolo en estado crítico. En mitad de aquel

pandemónium, Cook ayudó a controlar físicamente al sospechoso y esposarlo, impidiendo que recurriera a una segunda arma que habría podido provocar más policías heridos o muertos.

Según la reconstrucción que hizo Cook de los hechos, la escena se desarrolló de la siguiente forma.

Poco después del mediodía de un miércoles de primeros de marzo, un bombero de cuarenta y un años llamado Frederick Williams estaba en su casa donde esperaba escondido a su esposa, con quien se había casado hacía tres semanas. Stacey Williams, de treinta y dos años, volvía a casa después de terminar su jornada de trabajo como cartera antes de lo previsto, con la intención de tomarse la tarde libre. Entró en la cocina de su vivienda unifamiliar de ladrillo de una sola planta en una tranquila urbanización del municipio de Germantown, al este de Memphis, y Williams la mandó directa a la eternidad de un disparo a la cabeza con una escopeta del calibre 12.

Por lo visto, Stacey no había detectado —o había preferido pasar por alto— varios indicios importantes de peligro con respecto a su marido y padre de su hija de cuatro años. Durante los meses anteriores a su boda, que se celebró el Día de San Valentín, había sido detenido por pegarla e intentar estrangularla; se sabría después que escuchaba «voces» y recibía tratamiento psiquiátrico; y había intentado quitarse la vida ingiriendo matarratas. Una amiga había comentado lo que podría parecer una obviedad: «Supongo que cuando alguien come matarratas es porque tiene problemas mentales». El día del asesinato, tuvieron supuestamente una bronca porque Stacey había descubierto que su marido había mantenido relaciones sexuales con una familiar de ella.

Después de liquidarla, Williams arrastró el cadáver al garaje y prendió fuego al dormitorio de matrimonio que daba a la parte trasera de la casa. Entonces, plantado en el garaje abierto, empezó a apuntar con la escopeta a los coches que pasaban por Germantown Road, que colindaba con su casa.

Unos minutos después, una mujer del barrio pasó por delante y, al fijarse en la humareda que se alzaba en la casa, alcanzó a ver por un instante a Williams con la escopeta antes de que este se escondiera. Llamó a los bomberos con el móvil y casi en el mismo

instante paró al agente Rupert Peete, de la policía del condado de Shelby, quien pasaba por esa misma calle para atender un aviso de robo. La mujer quería avisarle de que había visto a un hombre armado.

Antes de que Peete, de cuarenta y cinco años, pudiera salir de su unidad frente a la casa de Williams, el sospechoso salió del garaje y le descerrajó sin previo aviso una bala estriada con su escopeta. La bala reventó el parabrisas de Peete, penetró en su frente y salió por su cuello. La muerte fue instantánea. El coche aceleró sin control por el césped, atravesó una cerca de madera junto a la casa en llamas, salió volando al chocar contra un montón de basura y terminó su recorrido al chocar de frente contra el árbol del vecino.

La mujer también recibió un disparo, pero sobrevivió pese a la gravedad de las heridas que sufrió en el rostro.

Poco después, un camión de bomberos llegó a la escena con las sirenas a todo trapo. Por su posición con respecto a la casa, los bomberos no alcanzaron a ver el coche destrozado de Peete ni su cadáver en el interior. Sin darse cuenta, el camión se había detenido justo en la línea de fuego de Williams.

Al parecer, el sospechoso tenía ahora a su disposición las víctimas que tenía entre ceja y ceja. Se dijo que había tenido una discusión tremenda con el cuerpo de bomberos a cuenta de una baja por incapacidad por sus problemas emocionales. Cabreado al no lograr lo que pretendía, había decidido vengarse del cuerpo liquidando a unos cuantos compañeros.

Acercándose al camión desde las inmediaciones del sombrío garaje envuelto en humo, disparó y mató al teniente de bomberos Javier Lerma y al oficial William Blakemore, encargado de la manguera a las órdenes de Lerma, antes de que pudieran bajarse del vehículo. Williams había trabajado con ambos y los conocía bien. De hecho, Blakemore estaba haciendo horas extra para cubrir el turno que Williams habría hecho si se hubiera presentado en el trabajo en vez de llamar para decir que estaba enfermo.

A esas alturas, una riada de llamadas llegaba a las dependencias tanto de la policía municipal como de la oficina del Sheriff (la casa

se encontraba en el límite entre las jurisdicciones de la ciudad y el condado). Cuando oyó las llamadas, Brian Cook, quien había estado en los juzgados toda la mañana, se estaba tomando una taza de caldo en un local a unas ocho calles del lugar de los hechos antes de empezar su turno como agente de patrulla. En el caos de avisos, lo primero que entendió fue que «un agente pedía ayuda». Luego, el aviso se actualizó e informaron de que había un incendio. Después, se comunicó que un agente y un bombero estaban «heridos por inhalación de humo». Al cabo de dos segundos, la información transmitida era: «Les han disparado y piden auxilio a gritos».

«En unos veinte segundos —dice Cook—, mi previsión pasó de "auxiliar en un incendio", es decir, evitar que los conductores pasaran por encima de las mangueras, a algo que parecía una auténtica locura.»

Como no conocía la dirección, que había sido incorporada a la jurisdicción de la policía municipal hacía poco tiempo, Cook se vio de repente en una calle que le llevó «de cabeza al infierno», uniéndose a varias decenas de agentes que acudían de todas partes y de múltiples jurisdicciones.

La previsión del agente Cook pasó de «auxiliar en un incendio» a «una auténtica locura».

Un agente, tras recibir un disparo en la cabeza, derribó esta cerca con su coche patrulla.

Entre veinticinco y treinta curiosos se habían congregado en la acera a unos quince metros de Williams para ver cómo disparaba. «Tuvo muchas oportunidades de matar a más policías, pero no parecía que eso le interesara», recuerda Cook. Después de recargar la escopeta, concentraba todo su empeño homicida en el camión de bomberos y sus compañeros del cuerpo.

Cuando Williams se giró hacia un bombero fornido y alto (medía más de metro noventa y su peso rondaba los ciento treinta y cinco kilos), una agente de policía menuda (medía un metro cincuenta y siete) «derribó al bombero y lo cubrió» para impedir que Williams lo atacara, recuerda Cook.

En primera instancia, los policías que acudieron al lugar de los hechos no intentaron dispararle, dice Cook. Mientras el incendio ardía sin control, el asesino se paseaba por delante de la casa apuntando varias veces con la escopeta e incluso se encendió un cigarrillo. Un curioso comentó que los agentes «le gritaron un montón de veces que tirase el arma».

Los segundos pasaban con una lentitud exasperante y Williams pareció entrar en modo «suicidio por policía». Burlándose de la policía, levantó la escopeta por encima de su cabeza y pasó entre dos agentes que habían desenfundado sus armas. No le dispararon porque había riesgo de fuego cruzado. «Se agachó como si quisiera dejar la escopeta en el suelo ... Entonces, de pronto, se la llevó al hombro», adoptando una posición de tiro, recuerda Cook.

A una distancia de entre veintidós y veintiséis metros, el agente Mike Brown, a quien Cook consideraba su compañero oficioso, disparó tres balas con su pistola Smith & Wesson del calibre 0,40. Dos de ellas penetraron en los muslos de Williams. «No parecieron tener ningún efecto en él», dice Cook. De hecho, Brown diría más tarde que, dado el estrés del momento, «no oyó los disparos» que él mismo había efectuado y que, al ver que Williams no caía, pensó que su arma se había encasquillado.

Aun así, Brown elevó el punto de mira para intentar darle en la cabeza. En ese instante, Earl Blankenship, agente de la policía del condado, disparó con su escopeta y alcanzó a Williams en la entrepierna.

Cook, quien no había conseguido ponerse a cubierto desde que llegase al lugar de los hechos, notó que el tiro le pasaba rozando la oreja, abanicándole el pelo. «Quince centímetros más hacia la izquierda y me habría arrancado la cabeza.»

Hasta ese instante, él también había sufrido bloqueo auditivo: no

había oído los disparos de Brown ni la deflagración de la escopeta del agente de la policía del condado. Ahora recuperó la audición, pero siguió experimentando distorsiones visuales.

«Me dominó la visión en túnel —recuerda—. Mis ojos saltaban a buscar cada cosa que se movía. La casa ardía, estaba envuelta en llamas. Vi a Mike apuntando con el arma. Lo veía todo distorsionado. La gente se movía a saltos.»

Vio que Williams empezaba a perder el equilibrio y corrió hasta él para derribarlo. Después de inmovilizarlo, Cook y un agente del condado lo esposaron por la espalda. Con todo, el sospechoso no había tenido bastante.

«Después de esposarlo y antes de que pudiera registrarlo, intentó sacarse una navaja del bolsillo trasero», dice Cook. Williams intentó abrirla pero Cook consiguió arrancársela de la mano. «Entonces lo cacheé a fondo y comprobé que tenía cartuchos en todos los bolsillos.»

La humareda que cubría el terreno era tan espesa que «no podía respirar ni ver al sospechoso», recuerda Cook. Sin embargo, cuando otros agentes acudieron corriendo para apartar a Williams del fuego, Cook oyó que Brown le gritaba al agresor: «¡Por qué coño me has obligado a hacerte esto, hijo de puta!».

«Cuando cayó al suelo, tuvimos que repeler a varios bomberos que corrían hacia él con hachas y querían reventarle la cabeza», dice Cook.

Un largo, espeso y creciente embrollo de coches policiales que se extendía desde el lugar de los hechos retrasó la llegada de la asistencia médica, dice Cook. Pero las graves heridas por arma de fuego que había recibido Williams no resultaron mortales. No dio explicación alguna sobre los motivos de su conducta violenta.

***

Cook había recibido formación en tácticas de supervivencia y recordó que sus instructores recalcaban la importancia de cuidar de tu compañero y de ti mismo como prioridad fundamental en situaciones de crisis.

Primero se aseguró de que Brown no estuviese herido de bala, luego le instó a enfundar el arma, sentarse lejos del humo, beber un poco de agua y respirar hondo para intentar serenarse. «Mike estaba ahí pero a la vez no lo estaba —notó Cook—. Miraba su pistola en plan: "¿Por qué no has funcionado?". Le dije que intentara centrarse. "No te han dado. Has actuado correctamente. Bebe agua. Has hecho lo que tenías que hacer. Ese hombre nos ha forzado la mano".»

Al poco, Cook se sacó una cartera que llevaba en el bolsillo y extrajo una tarjeta de plástico blanca que le habían dado durante un cursillo de tácticas de supervivencia. En uno de sus lados, se leían autoafirmaciones positivas como:

• Puedo derrotar cualquier amenaza contra mí.

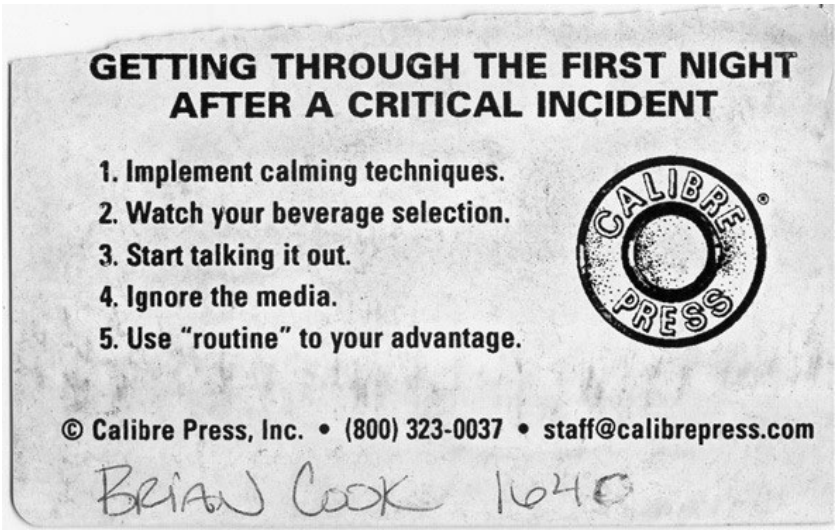
• Conozco las tácticas que debo usar.

• Puedo mantener la concentración en lo fundamental.

• Tengo alternativas para controlar el problema.

• Puedo emplear la fuerza letal para salvar mi vida o la de otra persona.

• Puedo sobrevivir y seguir adelante, pase lo que pase, aunque me hayan dado.



El «arma secreta» con la que el agente Cook acudió a la crisis.

En la otra cara de la tarjeta, había una lista con cinco sugerencias útiles para superar la primera noche después de un incidente crítico:

1. Recurre a técnicas de relajación.

2. Vigila lo que bebes.

3. Empieza a desahogarte.

4. Pasa de la prensa.

5. Saca partido de tus «rutinas».

Ya en el mismo lugar de los hechos y también después, cuando llegó a casa al cabo de trece horas, Cook siguió punto por punto las instrucciones de la tarjeta.

Practicó la respiración «táctica» o de «combate»: inspiraciones profundas, lentas y rítmicas por la nariz expulsando el aire por la boca. Esta forma de respirar hace llegar aire fresco a tu cerebro y sistema circulatorio con la máxima celeridad y es la mejor para expulsar las impurezas de tu organismo. Asimismo, reduce tu frecuencia cardíaca y tu tensión arterial, además de contrarrestar algunos de los efectos de la adrenalina y ayudarte a calmar y aclarar tus ideas.

Bebió agua, que sirve para purgar el organismo de los subproductos químicos del estrés y contribuye a que tu cuerpo recupere su equilibrio electrolítico, sin los efectos depresores del alcohol o los efectos estimulantes del café.

Como sabía de la importancia de hablar sobre lo ocurrido y las emociones derivadas con alguien dispuesto a escucharle sin juzgarle, Cook compartió lo vivido y sus sentimientos con su familia. «Mi mujer trabaja de enfermera de quirófano y es una persona muy fuerte y comprensiva —explica—. Su familia vino la noche siguiente, hicimos una barbacoa y charlamos.» También habló con Mike Brown. «Me tranquilizó saber que aquello no solo me había afectado a mí.»

Para ahorrarse interpretaciones negativas de lo ocurrido por parte los medios de comunicación que pudieran poner en riesgo su bienestar, Cook se abstuvo de ver cómo presentaban la noticia en la televisión y los periódicos.

La mañana posterior a la masacre, para empezar a reiniciar los ritmos habituales de su vida, se obligó a retomar la rutina de despertar a sus tres hijos para que fueran a la escuela y luego se marchó al campo de golf. Recuperar en la mayor medida posible tu actividad normal te ayuda a imponer una estructura sobre tu vida y te proporciona la sensación de estar recuperando el control, con lo que contrarrestas la de haberlo perdido en una experiencia de alto nivel de estrés.

Más tarde, un psicólogo del cuerpo de policía al que Cook fue a ver le recalcó la importancia de retomar sus rutinas normales, especialmente aquellas actividades que más le gustaban. Cook descubrió que las sesiones de reconstrucción de los hechos con otros

agentes implicados y con la presencia de otros compañeros que habían sobrevivido a experiencias traumáticas le servían para recordar algunos detalles de lo ocurrido y para comprobar que sus emociones eran compartidas. También esperaba hacer lo mismo con los bomberos, porque le dolía «no haber llegado a tiempo de proteger a los que perdieron la vida, hombres a los que conocía».

Pasado un tiempo, volvió al lugar de los hechos «para intentar cerrar aquel capítulo de mi vida en lo posible». Había flores como homenaje a los servidores públicos que habían perdido sus vidas y también vio a «varias personas que nos dieron las gracias por nuestro trabajo. Eso me ayudó».

A Cook, la violencia no le era desconocida. Se había formado como marine y, durante su carrera como agente del orden, le habían disparado cinco veces antes de su encuentro con Frederick Williams. Sin embargo, la locura de aquellos asesinatos en la casa en llamas tuvo un profundo impacto emocional en él. Esa mañana, había tomado café con el agente Peete, apenas unas horas antes de que Williams le disparase en la cabeza, y solía «quedar para comer y tomar una copa» con los bomberos.

«Ninguno de nosotros volvió a ser el mismo después de aquel día», dice Cook. Recuperar el equilibrio mental tras un incidente crítico suele ser un viaje paulatino y, a veces, como vería más adelante, exige cambios importantes en la vida.

Los vecinos rindieron homenaje a los servidores públicos caídos con flores y recuerdos en el lugar de su muerte.

«Fue una suerte llevar esa tarjetita conmigo porque la verdad es que habría podido tirarla. Me orientó en la buena dirección enseguida. Le debo una parte importante de mi proceso de recuperación.»

Después de un descanso en el que quemó buena parte de los días de baja por enfermedad que tenía acumulados, Cook volvió a patrullar por las calles, trabajando en un distrito distinto. A su entender, no sufrió síntomas prolongados que pudieran atribuirse a un trastorno por estrés postraumáutico, aunque algunos compañeros sí lo

padecieron. «Me sentía sano emocionalmente, mis relaciones se conservaron intactas, pero mi carrera dio un giro. Ya no encontraba el impulso necesario para salir a la calle y encarar los problemas.» Y había días en que los recuerdos emocionales del incidente le abrumaban por sorpresa.

«Quizá me había hecho una idea equivocada de lo que es el trabajo de policía, una sensación falsa de tener el control. Perdí la capa de Superman y me sentí sin energía. Entendí que podía perder la vida.»

Tres años después, solicitó traslado a tareas administrativas y empezó a trabajar como técnico informático en el departamento. Casi seis años después de la matanza, abandonó la profesión. Se trasladó a California y abrió su propia empresa, en la que promociona con entusiasmo las bondades de Original Limu, una bebida funcional a base de «superalimentos».

Lecciones aprendidas

A los agentes que trabajan en la calle, Cook les ofrece estas lecciones que aprendió durante el ataque homicida protagonizado por Frederick Williams.

1. Evita precipitarte. «Aquello era un auténtico caos: el incendio, los bomberos, la gente, la prensa, el tirador, cientos de polis. La policía del condado y la policía municipal operaban en frecuencias de radio distintas. Se daban órdenes contradictorias. ¡Una locura!

»Aunque te encuentres con una situación a punto de caramelo para actuar, tienes que calmarte y no entrar precipitadamente. Yo me lancé sin saber qué estaba pasando y el sitio que elegí para colocarme casi me costó la vida.

»Como mando, tienes que analizar las cosas antes de que los agentes empiecen a actuar. Como agente, sea cual sea tu rango, tienes que

evaluar las cosas antes de empezar a recibir órdenes.»

2. Comprende que tu dominio de la situación tiene límites. «Actúas en un estado mental peligroso si crees que tienes un dominio total de cada situación dada. En esa operación, gran parte del dominio lo tenía Williams, no nosotros. Incluso después de detenerlo, los interrogatorios y las declaraciones que tuvimos que dar nos recordaron que no dominábamos la situación. Obviamente, tampoco podíamos dominar a los medios de comunicación y su desconfianza con respecto a nuestras acciones.

»Tienes que ocuparte de las cosas según te vayan sucediendo, pero no puedes controlar lo incontrolable. Procura centrarte en cosas que puedas dominar, como, por ejemplo, los puntos de esa tarjetita que llevaba encima.»

3. Debes estar dispuesto a emplear la fuerza letal si es preciso. «Demasiado hablar, demasiado esperar, cuando en realidad tendríamos que haber abatido a Williams antes. Sabíamos que había muertos y que él les había disparado. Estaba plenamente justificado abatirle y habríamos podido resolver la situación antes si no hubiésemos esperado tanto a dispararle. Al esperar, solo conseguimos que la amenaza que suponía para otras vidas se alargara de forma innecesaria. Sospecho que el temor a posibles responsabilidades legales tuvo algo que ver.»

4. Hazte responsable de tu propia recuperación. Después de un suceso de alta intensidad, «tienes que cuidar de ti mismo mental, física y emocionalmente. Es posible que tu policía no haga mucho por ti; quizá una sesión de reconstrucción de lo ocurrido, una hora con un terapeuta, y luego ya esperan que vuelvas a la trinchera como si nada. Es posible que eso no te baste y deberías planear de antemano qué harás si eso no te sirve.»

5. No escondas la cabeza en la arena. «Cuando salgas a patrullar, confía en que todo irá bien, pero prepárate también para la peor crisis que puedas imaginarte. Nunca caigas en el error de pensar: "Esto no me pasará a mí".»

Después de la acción

Frederick Williams fue juzgado por cuatro asesinatos, un asesinato en grado de tentativa y un incendio provocado con agravantes. Reconoció sus crímenes, pero fue declarado no culpable por enajenación mental. El tribunal ordenó su confinamiento en un psiquiátrico.

Implicado de lleno en su nueva carrera, Brian Cook asegura: «No me resultó difícil abandonar la policía. Mi familia comenta que, desde que dejé el trabajo, estoy completamente desestresado y relajado. Amo mi libertad; ya no recibo órdenes de nadie. Me encanta vivir en California. Estoy ganando mucho dinero. No tengo queja».

Sin embargo, hablando con él, el tirón que todavía siente por la policía no tarda en reaparecer: «He estado dándole muchas vueltas a ideas para ayudar a la comunidad policial. Por ejemplo, me gustaría que se ofreciera asistencia psicológica a los policías después de incidentes críticos. Los policías envejecen aceleradamente por culpa del estrés y estoy intentando pensar de qué forma podría ayudar a encontrar una solución a este problema».

Comenta que quizá le gustaría crear «una especie de puerto seguro» donde los agentes puedan acudir a terapia de forma cómoda o «tal vez sufragar la terapia de un agente». Afirma: «Sé que, cuando llegue a cierto nivel de ingresos, haré algo por los policías que valga la pena».

18. En el filo de la navaja

Cuando un agente atormentado se sienta frente a la tumba de su compañero asesinado y se mete el arma en la boca, ¿qué le impide apretar el gatillo?

El conductor frenó en seco cuando vio a los agentes de la policía metropolitana Keith DeVille y Scot Lewis intentando entenderse con un sordomudo muy nervioso que les había parado en una calle de un barrio conocido por su peligrosidad y tráfico de crack en la parte noreste de Washington D. C.

Aquel conductor parecía un buen samaritano, deseoso de ayudar a los policías que intentaban desentrañar los gruñidos y gestos exaltados del mudo en torno a las dos y media de la noche de aquel viernes de octubre. «Eh, ¿qué tal vamos, agente?», le dijo a DeVille sin bajarse del coche.

—Tirando —contestó este. En ese momento, su compañero, Lewis, estaba apuntando algo en una libreta para dárselo a leer al sordomudo.

—¿Saben que es sordo? —preguntó el conductor.

—Sí.

—¿Y saben qué le pasa?

—No, pero lo averiguaremos.

—Si quieren ayuda, aquí estoy —dijo el conductor, al tiempo que saludaba con la mano al mudo, como si se conocieran de antes.

El hombre se quedó sentado unos quince segundos en su Honda, observando a los agentes, que empezaban a entender que el mudo quería denunciar un robo en una casa. Luego, abrió la puerta como

si quisiera echarles una mano.

El agente Scot Lewis

Al bajarse, se giró ligeramente a un lado, dio un paso, luego se volvió de repente... y con una semiautomática del calibre 0,380

disparó a Lewis, dándole de lleno en la cabeza.

«Entonces, empezó a dispararme desde el otro lado del capó de nuestro coche patrulla —explica DeVille—. No recuerdo haber cogido mi Glock. Sabía que no había tiempo para pedir ayuda. O actuaba o moría.

»Empiezo a dispararle, pero parece que no hay forma de darle. No lo entiendo, porque me parece ver que tiene la camisa llena de sangre.

»Disparo dieciocho veces y tengo que volver a cargar. Estoy de rodillas, detrás de nuestro coche. El tipo se acerca con una segunda arma [el arma reglamentaria de Lewis, según se supo después] y sigue disparando. Está intentando volver a su coche.

El pistolero salió del coche, como si quisiera echar una mano.

El agente Lewis recibió un disparo en la frente y sangró sobre su coche patrulla.

La pistola del agente Lewis (en el suelo del coche) y el arma de su asesino.

«Al principio, me asusto al pensar que voy a morir. Luego, me asusta que se me escape. Lo veo de rodillas junto a la puerta del coche, mirándome. Empiezo a gritarle: "¡Suelta el arma!". El tipo me mira como si nada. Vuelvo a disparar. Los impactos de bala suenan como palomitas de maíz. Es como si el tipo estuviera lejísimos de mí, metido en un túnel, aunque en realidad estamos a menos de un coche de distancia.»

Los restos de sangre tras el tiroteo no supusieron el punto final de aquel calvario.

«Finalmente, el tipo cae, con los brazos dentro del coche y la cabeza junto al pedal del freno.» Muere ahí mismo. En el primer tiroteo con víctimas mortales de su carrera, DeVille, de treinta y un años, había

alcanzado al agresor con dieciséis de los veinticuatro disparos. El pistolero fue identificado como Melvin Darnell Pate, un traficante con catorce detenciones en su historial. En su brazo derecho lucía un acertado tatuaje: «Public Enemy».

Entretanto, la sangre salía a chorro de la cabeza de Scot Lewis describiendo un arco de medio metro. Empezó a tener convulsiones. DeVille lo sostuvo, mientras gritaba «¡Mierda!» una y otra vez.

Pese a que fue intervenido de urgencia, Lewis no volvió a recuperar la conciencia. Tres días después del tiroteo, «lo desconectaron de la unidad de soporte vital. Se declaró su fallecimiento diez segundos después. Le pusimos su chaqueta y su gorra de policía sobre el pecho y lo llevamos en camilla a la furgoneta del instituto forense».

En esos momentos, Keith DeVille se debatía entre las garras de un trauma emocional tan cruel que, con el tiempo, también estaría a punto de costarle la vida. Su experiencia es un aviso para toda la profesión policial: si eres agente, tienes que estar preparado, porque la desgracia puede abatirse sobre ti en cualquier momento de tu turno de trabajo; si eres mando o directivo, debes saber cómo reaccionar cuando ello ocurra.

***

Inmediatamente después del tiroteo, DeVille recuerda: «Mis percepciones visual y auditiva estaban muy distorsionadas. No sabía qué había pasado ni por qué. Aún hoy sigo sin comprender por qué seguía vivo». Milagrosamente, el agresor había fallado cada uno de los nueve disparos que había efectuado contra DeVille.

Después de que se llevaran a Lewis a toda prisa al hospital, DeVille, desprovisto de su arma reglamentaria, fue trasladado al departamento de homicidios de su distrito y se le dejó a solas en una sala, cuyas paredes estaban decoradas con fotos y objetos de tres agentes que habían sido asesinados en acto de servicio. «Nadie vino a darme ninguna información. En ese momento todavía no

sabía que Scot seguía con vida.»

DeVille era un héroe reconocido en su cuerpo de policía. Un par de años antes se le había concedido la Medalla de Plata al Valor por rescatar a nueve personas atrapadas en un edificio en llamas. Sin embargo, después del tiroteo no recibió el trato que correspondería a un héroe.

«Estuve sentado ocho o nueve horas mirando las placas y los recuerdos antes de que vinieran a tomarme declaración. Luego, me mandaron a casa sin más. Fui solo en el coche. Todo me parecía irreal. Cuando llegué, me puse de rodillas y empecé a llorar y gritar.»

Las semanas siguientes, que incluyeron el funeral de Scot, fueron un caos surrealista. «Hay algo que hacemos muy bien en la policía: enterrar a nuestros muertos. El funeral que le organizaron a Scot fue espectacular», recuerda DeVille. Sin embargo, una vez resuelto el triste trámite, «a la madre de Scot, a su hermana y a mí, nos dejaron tirados y tuvimos que hacer frente solos a la muerte de Scot mientras el cuerpo seguía con su actividad como si nada».

«Algunos agentes que me conocían no me llamaron. No sabían qué decirme y todos pensaban que ya lo haría otro compañero. Desde el cuerpo me llamaron un par de veces para decirme que tenía que comparecer en el juzgado. Mi capitán me llamó para que bajara al centro para asistir a una ceremonia de entrega de premios en la que nos iban a rendir homenaje a los dos por algo que habíamos hecho. Pero, aparte de eso, no tuve noticias del cuerpo, con la excepción de la gente del Programa de Asistencia a Empleados de la Policía Metropolitana, que me llamaban continuamente para preguntar cómo estaba.»

Por obligación, los agentes de la Policía Metropolitana implicados en tiroteos tenían que asistir a seis sesiones de análisis de incidente crítico, dirigidas por terapeutas contratados en el marco del Programa de Asistencia a Empleados de la Policía Metropolitana, una iniciativa conjunta de la dirección y el sindicato de agentes financiada por la corporación municipal. Sin embargo, la policía no fijaba ningún calendario para las sesiones.

Durante sus seis años con la Policía Metropolitana en «una de las zonas más violentas de la capital» y, con anterioridad, en su labor para la policía militar en Alemania y Panamá como agente infiltrado de la unidad de narcóticos, DeVille había aprendido mucho sobre la cruda realidad de la calle. «Hay quien dice que esto es nuestro escudo —le dijo una vez a un reportero al tiempo que se señalaba la placa—. No lo es. Es un imán que atrae problemas. Son tantas las faltas de respeto que he recibido que no caben en un libro. La gente no siente ningún respeto por nada, especialmente por la autoridad.»

Aun a pesar de lo curtido que estaba, la experiencia de DeVille era muy escasa cuando se trataba de afrontar crisis personales. Como no veía con buenos ojos «pedir ayuda», empezó a saltarse las sesiones «obligatorias» de análisis del incidente con total impunidad.

«Me dejaron tirado y tuve que recurrir a mis propios medios, que eran muy autodestructivos. Consumía enormes cantidades de alcohol. Empecé a "pescar", que en mi caso consistía en tirar la caña y dejarla todo el día en el agua. Un gusano, un día. Me aislé por completo. No quería ver a nadie.»

Pensaba obsesivamente en el tiroteo. «Nadie me había dicho jamás que alguien me sonreiría, se ofrecería a ayudarme y, acto seguido, sacaría un arma e intentaría matarme. Como policía, trabajes donde trabajes, vas desarrollando cierto instinto sobre lo que puedes encontrarte en cada caso. Yo pensaba que tenía ese instinto con respecto a la comunidad a la que servía y que sabía distinguir cuándo no había nada que temer.»

DeVille no habló de sus sentimientos con nadie. Su matrimonio, que ya pasaba por dificultades, no le ofreció consuelo. Su mujer no intentó sacarlo de su ensimismamiento y él no quería que lo hiciera. Cuando ella, con manifiesta indiferencia, le preguntaba si estaba bien, él la despachaba respondiendo que sí entre dientes.

En realidad, no podía estar peor. «Me aislaba en la ducha. De rodillas, bajo el agua helada, lloraba como un bebé.»

Llevaba dos armas cada vez que salía de casa; una, en todo

momento sobre los muslos cuando iba en coche a Washington D. C. Una vez le plantó esa arma en los morros a un vendedor de periódicos porque pensó «que se había acercado demasiado rápido a mi coche». En otra ocasión, estando en un cajero automático, sufrió el primer ataque de pánico de su vida cuando un coche estacionó a su lado. «Imaginé que el conductor iba a bajarse y matarme.»

Una de las batallas más terribles que tuvo que librar fue «la batalla de la culpa». No sentía pesar ni remordimiento por haber matado al agresor. Sabía que había librado a la ciudad de un peligroso criminal y creía, asimismo, que había ahorrado a la hermana y la madre de Scot el duro trance de tener que ver al asesino de Scot en el juicio. «Pero me empeñé en identificar todos los errores que pudiera haber cometido. ¿Scot había muerto porque yo había hecho algo mal? ¿Por qué no tuve la intuición de que algo iba mal esa noche?»

En casa, tenía «ataques de rabia». Durante una comida, de pronto tiró los espaguetis por todo el comedor. Luego, no se acordaba de haberlo hecho.

Se enteró de que el sordomudo de la noche del crimen había muerto en Chicago víctima de los disparos de un agente al que había intentado arrebatar el arma. «Cuando el sordomudo murió, me convencí completamente de que yo iba a morir también. Los cuatro nos habíamos encontrado en esa calle. Ahora, ellos tres habían muerto violentamente. Pensé que yo iba a ser el siguiente.»

Lo que no sabía entonces es que él mismo sería el «asesino» con su propio dedo en el gatillo.

***

Un día, cuando habían pasado unos dos meses del tiroteo, «me emborraché, fui al cementerio y me senté junto a la tumba de Scot. Seguí bebiendo. Pensé que sería una macabra ironía matarme frente a su tumba. Había trabajado en muchos suicidios y siempre me

preguntaba cómo alguien podía hacerse eso. Entonces lo entendí. Cada mañana, al salir de la cama, sentía dolor».

Se puso el arma en la boca... pero no apretó el gatillo. En vez de eso, se desmayó por todo el alcohol que llevaba encima. «Cuando me desperté, temblaba de la cabeza a los pies. Decidí que no podía seguir así.»

El recuerdo de Scot lo había destrozado casi por completo, pero ahora le sirvió para motivarse. «No quería empañar su recuerdo. Pensé que, si me suicidaba, le estaría dando una victoria al tipo que había asesinado a Scot, porque nos habría liquidado a los dos.»

Mejor tarde que nunca. DeVille empezó a asistir a las sesiones de análisis del incidente.

La doctora Beverly Anderson

La doctora Beverly Anderson, psicóloga y supervisora del Programa de Asistencia a Empleados de la Policía Metropolitana, encontró a dos agentes retirados que años antes habían vivido crisis desgarradoras tras el asesinato de un compañero. Junto con otros supervivientes de tiroteos y Anderson, esos agentes participaron en sesiones a las que también acudía DeVille. Le hablaron de sus

recuerdos y sentimientos sobre aquella época trágica de sus vidas y supieron escucharle con total comprensión cuando DeVille, poco a poco, empezó a confesar lo mal que lo estaba pasando.

Las sesiones duraban entre una y tres horas normalmente. «No eran "terapia" en el sentido clínico y profesional del término», explica Anderson. El centro de interés era el hecho en sí, no la historia pasada. Tampoco se analizaban críticamente los aspectos operativos o tácticos del incidente. «La finalidad es hacerte entender que puedes volver a ser feliz», dice la psicóloga, y el primer objetivo era ayudar a que surtieran efecto los que ella considera cinco antídotos para una crisis:

• Imprime cierta estructura al incidente a partir del caos que pudo parecerte en primera instancia.

• Intenta profundizar en las emociones excesivas que tal vez estés sintiendo para comprenderlas mejor: «Es importante que, además de sentirlas, puedas dar nombre a tus emociones», recomienda Anderson.

• Comprende la sensación de falta de control que muy posiblemente sentiste durante el incidente.

• Experimenta una liberación catártica de tensión psicológica.

• Toma medidas positivas que te ayuden a contrarrestar la impotencia que sentiste.

«Incluso el sistema más completo e integrado para gestionar un trauma no podrá evitarlo o resolverlo por completo —dice Anderson—, pero un buen programa puede paliarlo y ser un importante impulso en el proceso de reducir su duración y gravedad, lo que puede evitar, en última instancia, que el agente termine con una discapacidad crónica.»

Los supervivientes a los que conoció en las sesiones «tenían mucha credibilidad», comenta DeVille. «Aunque no me conocían ni sabían

nada de mi vida personal, su primera pregunta fue: "¿Empinas mucho el codo?". Fueron directos al grano: me dijeron qué estaba haciendo y qué me esperaba si seguía por el mismo camino. Sus experiencias vitales me hicieron ver que me había embarcado en un tren que me llevaba a la autodestrucción.

»Que un grupo como aquel te dé su aprobación es muy importante. Necesitaba hablar con otros agentes que hubieran vivido situaciones graves. Necesitaba que alguien me dijera que esa noche, cuando nos atacó aquel tipo, yo lo había dado todo. El grupo confirmó que lo ocurrido había sido un acontecimiento enorme en mi vida. Me ayudaron a entender que esas sensaciones que tenía no significaban que estuviera enloqueciendo.

»La mentalidad de un policía da preferencia a la acción. No es fácil convencernos de que hablar puede ayudarnos. Pero lo hace.»

***

DeVille tardó un año en reincorporarse al cuerpo. Durante ese tiempo, con la ayuda del programa de asistencia, empezó a recuperar cierta sensación de control sobre su propia vida. «Antes de que pasara todo eso, nunca había sido un defensor del programa de asistencia. Pensaba que era algo que nunca necesitaría en mi carrera. Ahora sé que el programa me salvó la vida y me permitió continuar siendo agente.

»Me costó muchísimo decidirme a volver a la profesión. Había perdido el idealismo. Me preguntaba: "¿Por qué volver a servir a una comunidad que asesina a sus agentes de policía sin motivo aparente?". Tres agentes con los que Scot Lewis y él mismo habían trabajado codo con codo sí abandonaron el cuerpo. «La muerte de un agente puede traumatizar a toda la institución», sostiene DeVille.

Al final, decidió que quedarse en la policía «era la única forma de honrar la memoria de Scot».

Al cabo de un tiempo, DeVille empezó a trabajar como instructor en armas de fuego en la Academia de la Policía Metropolitana. Allí, hablaba largo y tendido sobre sus experiencias con los nuevos reclutas y otros agentes, con la esperanza de vacunarlos contra el estrés y proporcionarles algunas pautas útiles por si algún día vivían en sus carnes un incidente crítico.

Empezó a coliderar un grupo oficial de análisis de incidentes con Anderson y se asoció con ella para impartir a dúo un curso de gestión del estrés para la Policía Metropolitana y otros cuerpos de seguridad en la región de Washington y en puntos tan distantes como Ohio.

Lo único que pudo averiguar acerca de los motivos de aquel ataque a traición fue que Melvin Pate, el agresor, estaba «deprimido» después de una bacanal narcótica de tres días en la que había tomado polvo de ángel, maría y crack, y por lo visto había decidido que matar a un policía solucionaría todos sus problemas. DeVille y Lewis fueron víctimas aleatorias.

Triste ironía, ninguno de los dos agentes tendría que haber estado trabajando cuando se produjo el asalto. Ya se dirigían a su comisaría con apenas siete minutos para terminar el turno cuando decidieron echar una mano a otro agente que había detectado un coche robado. Eso fue lo que les llevó a la calle donde el sordomudo se les acercó y donde aquel conductor con una fijación homicida les abordó.

Lecciones aprendidas

La Policía Metropolitana concedió a DeVille una segunda Medalla al Valor (por «la valentía y convicción demostradas ante los disparos»); Scot también obtuvo un reconocimiento, póstumo en su caso. Pero la insensibilidad de la institución frente al trauma que había padecido DeVille tuvo continuidad cuando se reincorporó al servicio activo. En su primer día, se le requirió ayudar a un civil encargado de custodiar pruebas y a otro agente, que acababa de

reincorporarse tras una suspensión de treinta días, a tirar basura y papeles. «Aquello me desmoralizó mucho y volví a pensar en dejar el trabajo.» En vez de ello, protestó y no tardó en recibir un mejor trato de sus superiores.

Ya sea por acción o por omisión, las medidas que toma un cuerpo de policía pueden tener un impacto muy profundo en los agentes. Por ello, DeVille ofrece una «fórmula en cuatro partes» para los supervisores con la que aspira a ayudar a los agentes a superar con éxito un tiroteo o cualquier otro tipo de incidente crítico. Si estas medidas no forman parte de los protocolos operativos de tu institución, haz presión con tus compañeros para que se incluyan por tu propio interés.

1. Es preciso intervenir e informar. En realidad, se trata de algo que debería hacerse antes de que se produzca la crisis, por medio de la formación, a fin de que el agente implicado comprenda la naturaleza de los incidentes críticos y las características del trauma emocional que puede experimentar como consecuencia de una situación grave, además de aprender algunas técnicas urgentes y a largo plazo para superarlo.

Cuando se ha producido un incidente, los supervisores y mandos en primera línea deben decirle al agente qué puede esperar exactamente del protocolo para tales casos. «Tienes que saber qué está pasando, por qué vienen a verte de asuntos internos o de homicidios, qué preguntas te harán, etcétera —afirma DeVille—. Los policías somos por naturaleza muy curiosos y en este tipo de situaciones tienes mucha curiosidad por saber qué está pasando con respecto a ti. No deberían cortarte las vías de comunicación.»

El control de los rumores es muy importante. «Los cuerpos policiales son grandes fábricas de rumores. En mi caso, el jefe vino al lugar de los hechos y se puso a gritar a los agentes que se habían congregado allí: "¡Ya lo veis! ¡Parar a un conductor sospechoso no es una broma!". No habíamos parado a nadie cuando se produjo el tiroteo. El hombre no tenía ni idea de lo que había pasado. También corrió el rumor de que yo estaba en nuestro coche y Scotie estaba

fuera solo cuando le dispararon.»

Para poner coto a especulaciones y falsedades, incluyendo las tergiversaciones que suelen aparecer en los medios, «debería redactarse un texto en el que se dé cuenta de lo que ha pasado exactamente y leerlo durante el reparto de instrucciones de cada turno en todo el cuerpo. El informe deber ser veraz y completo, y la información debe llegar rápido». Los rumores no harán más que complicar la situación y agravar tu trauma si eres uno de los agentes implicados en el incidente.

La administración debe prever un mecanismo para poner en contacto al agente con el equipo de análisis. Idealmente, las primeras sesiones deberían tener lugar en las primeras 24/48 horas después del incidente. Los agentes que formen parte del equipo deben haber pasado por experiencias críticas lo más parecidas posible a la del agente afectado. «Los participantes deben tener credibilidad», recalca DeVille.

2. Hay que prever medidas de seguimiento y apoyo. Si se concede una baja remunerada al agente implicado, debe asignarse a un compañero o compañera de su unidad «la función de enlace. Es preciso organizar un seguimiento telefónico semanal» en una hora y día que le vaya bien al agente afectado. «Las llamadas son una oportunidad para averiguar si necesitas algo, mantenerte informado sobre cualquier novedad y apoyarte a lo largo del proceso. El enlace debe ser alguien que te conozca, para que pueda entender tu personalidad, saber cuál es la mejor forma de tratar contigo» y detectar rápidamente cualquier síntoma inquietante en fase temprana.

«Aparte de tus llamadas semanales, el enlace debe avisarte cuando surja cualquier novedad sobre tu caso.» Es importante trasladar de forma inmediata la información. «No puede permitirse que el agente implicado se entere de las novedades por otras personas o por la prensa.

»Sin un seguimiento continuado, te sientes marginado, como un

paria. Dispones de una enorme cantidad de tiempo y podrías no emplearlo de forma constructiva.

»Con demasiada frecuencia, cuando llamas a tu cuerpo para informarte sobre el caso, te dan largas. Estás nervioso porque no sabes qué está pasando. Puede darte la impresión de que tus interlocutores se sienten incómodos. Nadie te dice nada. El mensaje que recibes es: "Tu caso es uno más. Simplemente, estás de baja mientras se decide si se te abre expediente. Eso es lo único que nos interesa de tu caso". Un buen enlace puede ayudarte a calmar esas reacciones negativas.»

3. Es necesario que el agente se sienta reconocido. «El mensaje que la dirección transmite al agente deber ser: "Eres importante... Tu trabajo es importante. Nos tomamos muy en serio lo ocurrido". Lo que yo sentí fue que mi cuerpo no me respetaba por lo que había pasado. Mi impresión fue que les daba igual.»

4. La reincorporación debe prepararse con tiempo. Si un agente ha estado de baja durante una temporada larga, «debe acompañarse su reincorporación a la línea principal de trabajo. Mientras estuve fuera, cambiamos los sistemas informáticos. No sabía cómo comprobar una matrícula o un nombre con en el sistema nuevo.»

Aunque la ausencia sea muy breve, necesitarás saber qué se te exige para volver. ¿Tienes que hacer una prueba física, ver a un terapeuta, renovar la licencia de armas?

El agente enlace debe organizar una reunión a la que asistan, además de él mismo, el agente que se reincorpora, su mando y el supervisor administrativo para trasladar esta información y responder a otras preguntas que puedan surgir. «Lo ideal sería que te proporcionen un pequeño dosier de vuelta al trabajo con una lista de objetivos que cumplir y todo el papeleo necesario.»

Cuando el agente afectado se reincorpora, los mandos deben asignarle tareas significativas, aunque no vuelva inmediatamente a pisar la calle. Hay que evitar que en su vuelta al trabajo se dedique a matar el tiempo en las dependencias policiales.»

La Policía Metropolitana incorporó mejoras después del duro trance que vivió, reconoce el propio DeVille. Pero se podría haber hecho más, según cree. «Basta una circular para cambiar los protocolos, pero para los cambios en la cultura del cuerpo lo que se necesita es tiempo. Yo empezaría con los supervisores de primera línea y los mandos intermedios, para que tengan una mejor comprensión de todos los factores que intervienen cuando un agente a pie de calle vive un experiencia traumática.»

Después de la acción

Cuando escribo estas líneas, DeVille, hoy teniente, ha sido trasladado para encabezar la Unidad de Seguridad Interna en el Departamento de Seguridad Nacional y Operaciones Especiales de la Policía Metropolitana. Aunque sigue teniendo encuentros individuales con supervivientes de incidentes críticos, al final dejó de participar en las sesiones de grupo. «Tenía que dar una paso más en su proceso de curación —explica la doctora Anderson—. Yo siempre le había dicho que él mismo sabría cuándo tendría bastante. Creo que tomó la decisión en el momento oportuno.»

«Es importante —continúa la doctora— que el agente pueda avanzar después de un trauma. Si no, te quedas encallado. La muerte de Scot siempre será una cicatriz dolorosa en la vida de Keith y su historia como agente del orden. “Seguir adelante” en la curación y la recuperación exige que tejas lo ocurrido en el tapiz de tu vida para así poder crearte una nueva vida. Eso es, de hecho, lo que debes hacer.

»Aunque es una vida que no habías planeado ni previsto, no deja de ser una nueva vida, con sus propios retos, riqueza y recompensas.»

19. Una furia cuadrúpeda

No tiene el arma... y un perro gruñe y se lanza a por su cuello.

Cuando el bóxer de treinta y cinco kilos que estaba atacando a la agente Michelle Hertling se levantó sobre sus patas traseras, gruñendo y lanzándole dentelladas al cuello con su poderosa mandíbula, era casi tan alto como ella.

Ya le había mordido varias veces en las piernas y el pecho. Le había hecho saltar el móvil de la mano cuando intentó llamar para pedir auxilio. Le había hecho trizas la camiseta de tirantes con los colmillos y las garras mientras saltaba para morderle en el cuello.

Pero la agente estaba fuera de servicio y no llevaba ni su pistola ni ninguna otra arma. Luchaba a la desesperada para someter a aquel perro poderoso, pero él seguía empeñado en atacarla y cada vez lo hacía con más saña.

«Tenía que pararlo», recuerda. Si le hundía los colmillos en el cuello, podía matarla.

En el corazón mismo de su lucha desgarradora por la supervivencia anidaban «el arrojo y la tenacidad» de Michelle, recuerda su instructor, Larry Jones.

***

Si te piden que te imagines a un perro atacándote, seguramente lo que visualizarás será el pitbull salvaje de un camello o un rottweiler que corre hacia ti obedeciendo las órdenes de su amo en un casa donde se vende y consume crack. Sin embargo, en el caso de

Hertling, que tenía entonces veinticinco años y era una agente de primera destinada a la patrulla ciclista de la policía de la Universidad de Carolina del Norte en Raleigh, el atacante era una de las dos mascotas que un compañero le había pedido que cuidara durante su luna de miel.

La agente Michelle Hertling

A lo largo de casi dos semanas, la agente había pasado por la casa unas treinta veces para alimentar y pasear a aquel perro que se llamaba Champ, y a Lucky, un enorme collie macho. Entre visita y visita, los perros se quedaban en un garaje de dos plazas, donde el collie estaba suelto y podía moverse a su aire y el bóxer debía permanecer en una caseta interior por indicación de su dueño, ya que este no quería que se acercara a la comida de su compañero. «Los perros me conocían y les caía bien —recuerda Hertling—. Nunca tuve el menor problema.»

Y le gustaban los perros, porque había crecido en una familia que durante un tiempo tuvo siete a la vez.

Normalmente, cuando se pasaba a echar a un vistazo a Champ y Lucky, iba de uniforme y armada, ya fuera antes de empezar su turno de noche o a la vuelta del mismo. Sin embargo, Hertling libraba ese sábado por la noche en que el bóxer se revolvió contra ella e iba a cenar con unos amigos. Llevaba unos pantalones militares y una camiseta de tirantes. Ahora, se arrepiente de no haber llevado su pistola reglamentaria o alguna arma defensiva salvo sus propias manos vacías.

Volviendo la vista atrás, sospecha que las temperaturas tórridas que se registraban desde hacía unos días —en esa última jornada se habían alcanzado unos insoportables 46 grados— tuvieron algo que ver en que el perro se volviese loco, aunque el motivo exacto no pudo determinarse.

Cuando Hertling abrió la puerta del garaje, el collie salió contento al jardín trasero. Luego, al abrir la caseta, el bóxer también salió disparado antes de que pudiera ponerle el collar estrangulador. «Supuse que los perros necesitaban salir a correr un poco», de modo que se olvidó del collar y salió con ellos al jardín.

Después de jugar un rato por separado, empezaron a retozar entre ellos, «jugando a pelearse, como habían hecho muchas veces». Para gran fastidio del bóxer, el collie empezó a montarlo y el bóxer se vengó pegándole un mordisco en el cuello, lo que provocó gañidos de protesta.

Hertling llamó a Lucky y se agachó para acariciarle afectuosamente

el cuello. Sin previo aviso, Champ se lanzó hacia ella y embistió contra su pierna derecha. Hertling, que mide un metro sesenta, perdió el equilibrio y cayó con todo su peso al suelo.

Siempre había visto al bóxer como «un bebé grandote al que le gustaba darme lametones y que yo le acariciara». Al principio no entendió que la estaba atacando. Pero en pocos segundos los gruñidos del perro disiparon cualquier duda.

Hertling estaba manchada de barro (había llovido el día anterior), estaba sudada por el calor que hacía y pronto estaría ensangrentada como consecuencia de las dentelladas frenéticas del bóxer.

Su primera reacción fue ovillarse en posición fetal y cubrirse la cara con los brazos, previendo que pudiera atacarle el rostro. Pero Champ apuntaba a sus piernas y barriga, gruñendo y mordiendo sin cesar. Por tres veces le pateó la cara, pero en cada ocasión «el perro volvía al ataque y me mordía más». La visión de sus colmillos brillantes era pavorosa, tanto como «su gruñido, que era como un ladrido constante», un mensaje amenazador «en plan: "¡Voy a matarte!"».

Ahora, el collie se sumó a la refriega. Mientras el bóxer le desgarraba la pantorrilla y el muslo derechos, Lucky le mordía la pierna izquierda. Por lo que pudo atisbar, lo único que acertaba el collie a llevarse a la boca eran jirones de sus pantalones militares. Pero el bóxer, «que estaba perdiendo la cabeza por completo», no fallaba en sus dentelladas. Desplazó entonces su ataque al pecho de la agente. «Hertling no podía escapar corriendo —dice Jones—. Los perros no paraban de acosarla.»

Intentó agarrar la cabeza o el cuello del bóxer varias veces, pero el perro era rápido y, como estaba sudada, se le escurría y no podía inmovilizarlo. La agente gritaba a los perros que parasen, pero los gritos no parecían afectarles y, además, tampoco sirvieron para alarmar a los vecinos.

Dando patadas y forcejeando con ambos perros, Hertling logró ponerse de pie y sacarse el móvil del bolsillo. «En cuanto empecé a llamar para pedir ayuda, Champ me saltó encima y me tiró el móvil de la mano.» El aparato aterrizó a varios metros, con la pantalla

rayada por las garras del bóxer.

«Me giré para ver adónde había ido a parar y volvió a saltarme encima.» Le hundió los colmillos en su pecho derecho, desgarrándole la piel. La herida le escocía por el sudor y notó que la sangre le bajaba por el pecho. El perro, como si hubiera olido la sangre, redobló su furia y empezó a saltar buscándole el cuello. Con cada salto, le mordía la clavícula y le destrozaba la camiseta de tirantes.

Tres años antes, la abuela de Hertling estaba paseando a su chihuahua en Nueva York cuando fueron atacados por dos rottweiler enloquecidos. «Al perro de mi abuela lo desgarraron en dos, literalmente —dice Hertling—. Había trozos de perro por toda la calle. Cuando mi abuela intentó salvarlo, los rottweiler fueron a por ella también. Es un milagro que no la hicieran trizas como a su perro, pero aun así la dejaron tan malherida que tuvo que pasar varias semanas en el hospital.»

Mientras Champ continuaba lanzándose contra Hertling, aquel recuerdo le pasó fugazmente por la cabeza. «Fue eso lo que me mantuvo en la lucha. Sabía que podía matarme, pero me dije a mí misma: “¡Este perro no podrá conmigo!”.»

Varias veces (de nuevo sin éxito), trató de agarrarlo por el cuello. «Yo estaba sudada y el perro también, así que me resbalaban las manos.» Sin embargo, finalmente, aprovechando uno de sus saltos, Hertling pudo agarrarle las patas delanteras y arrastrarlo al suelo. «Luché con él hasta que pude sentarme sobre su lomo. Entonces, le rodeé el cuello con los dos brazos y lo estrangulé.» El perro intentó corcovear y girar la cabeza para morderla de nuevo, pero ella se mantuvo firme, «intentando quitarle toda la energía antes de que él me la quitara a mí».

El collie, mientras tanto, «había perdido interés» y se había retirado al garaje. Al cabo de unos minutos, el bóxer pareció calmarse. Le acercó la mano con cuidado para acariciarlo y, al comprobar que ya no parecía resistirse ni mostrar agresividad, lo soltó y fue a buscar su teléfono.

Había dado apenas un par de pasos cuando «vi que Champ volvía a

levantarse». El perro volvió a la carga inmediatamente, embistiendo contra ella, y en esta ocasión le clavó los colmillos en la zona lumbar. «El dolor fue horroroso», recuerda Hertling. Sin embargo, retomó la lucha a pesar del dolor y el agotamiento creciente y pudo inmovilizarlo de nuevo agarrándolo del cuello. Esta vez, le hizo una llave de estrangulación y lo arrastró para poder recuperar el teléfono y llamar a un amigo que vivía cerca.

Acto seguido, todo consistió en «domar» al perro en el suelo, con los brazos estrangulándole el cuello, hasta que llegaron el amigo, la policía y la ambulancia. Le colocaron el collar de estrangulación y lo devolvieron a su caseta, «tan tranquilo como si no hubiera pasado nada».

Hertling calcula que su batalla con los perros duró veinte minutos. Cuando la examinaron en la ambulancia, los sanitarios contaron por lo menos nueve mordiscos, tan profundos que las dentelladas podían apreciarse entre los múltiples golpes y arañazos que le había hecho con las garras. Tres de los mordiscos le habían perforado la piel y en dos puntos —espalda y pecho— tenía jirones de carne colgando.

Los perros estuvieron en cuarentena diez días, pero no se les encontró ninguna enfermedad. El dueño se ofreció a sacrificarlos si Hertling así lo deseaba, pero ella le confió la decisión y al final él los dejó vivir.

A todo eso, Hertling volvió al trabajo en el siguiente turno que le correspondía. Había querido ser policía desde que tenía dos años y llevaba unos veinte meses destinada en el campus, su primer trabajo como agente del orden.

Lecciones aprendidas

¿Qué lecciones podemos aprender de la pesadilla que vivió Hertling? Ella y su instructor nos ofrecen varias:

1. Ve armado siempre. «Siempre debes llevar un arma lo bastante cerca para cogerla, incluso cuando no estás de servicio», recomienda Hertling. Jones, quien es coordinador de formación, instructor en armas de fuego para la policía de Orlando (Florida) y antiguo agente en una unidad de intervención rápida, es de la misma opinión. Las amenazas contra la vida pueden presentarse de forma sorpresiva y con un origen absolutamente inesperado, dice, «vayas adonde vayas, hagas lo que hagas». «En cualquier situación en la que me parece inoportuno ir con una pistola, intento por lo menos llevar una navaja.»

La fuerza letal es la opción preferible para enfrentarte a un perro que ataca. El espray de pimienta resulta problemático en el mejor de los casos. Las pistolas Taser pueden parar a un perro, aunque no suele ser fácil disparar con precisión y de forma efectiva cuando el objetivo es un perro.

2. Recuerda que el exceso de confianza es tu enemigo. «Eso es lo que me pasó —reconoce Hertling—. El bóxer siempre era cariñoso, siempre me obedecía. Nunca pensé que me haría daño y, por eso, pensé que no habría problema si lo dejaba correr sin el collar. Como crecí entre amantes de los perros, me costó recordar que nunca puedes confiarte del todo con un perro o con cualquier otro animal.» Los animales son, a fin de cuentas, impredecibles.

3. Reconoce el ataque inmediatamente. «Cuando el perro empezó a morderme, me quedé desconcertada, no entendí qué estaba pasando porque no había previsto que pudiera tener problemas —dice Hertling—. Si hubiese identificado la situación de forma inmediata, habría sacado antes el móvil y también habría podido contratacar enseguida.»

4. La forma física es importante. Además de sus sesiones de seis horas yendo en bicicleta durante su turno de trabajo, Hertling tiene en casa un «gimnasio total». Es una experta jugadora de rugby y practicante de artes marciales, por lo que está acostumbrada a «correr mucho, hacer muchas flexiones y muchas sentadillas». Si no hubiese estado en tan buena condición física, «no estoy segura de que hubiera podido mantener la fuerza y la resistencia» necesarias para vencer finalmente a los perros.

5. Alimenta una mentalidad ganadora. La mentalidad de Herling, sostiene Jones, fue tal vez el factor más decisivo para que pudiera imponerse a los perros. «Ella encarna el espíritu de supervivencia: "Pase lo que pase, ¡el adversario no me liquidará!". Pese al dolor de los mordiscos y los reveses al no poder controlar prontamente a los perros, conservó la concentración y no entró en pánico. Estaba decidida a ganar y es muy posible que ese compromiso inquebrantable con la victoria le salvara la vida.»

20. Espera lo inesperado

«Me confié un segundo y mi hijo de cuatro años estuvo a punto de perder a su padre.»

En la mentalidad necesaria para sobrevivir a los múltiples peligros inherentes al trabajo policial hay tres reglas importantes: no te fíes nunca de las apariencias; no hagas suposiciones; espera lo inesperado. Una noche de abril, el policía judicial Scott Enlow dio la espalda a esos principios básicos por un instante mientras salía de los juzgados de Pike County (Mississippi) y estuvo a punto de pagar aquel descuido con la vida.

Poco después de la medianoche de aquel miércoles, tras haber concluido un control de seguridad en una pequeña tienda de campo, Enlow, de treinta y cuatro años de edad, fue informado por radio de que un hombre retenía a una mujer a punta de pistola y acudió al lugar indicado. «Fui solo —recuerda—. Era una zona muy agreste y mi compañero de apoyo estaba a quince minutos de carretera por lo menos.»

Aunque la labor de Enlow consistía fundamentalmente en entregar órdenes de detención y papeleo de procesos judiciales, también tenía encomendadas tareas como policía de proximidad y de patrullaje contra la delincuencia en las zonas agrícolas que rodean a Magnolia, la capital del condado. Era un «agente muy proactivo» y cinco veces ganador del premio Top Gun de la Asociación de Policías Judiciales de Mississippi, había acumulado más detenciones —por delitos de tráfico de drogas, robos, agresiones, incendios provocados e incluso un asesinato— que cualquier otro agente que hubiera desempeñado el mismo trabajo en su distrito. Sabía de la importancia de «estar atento al peligro en cada una de sus misiones».

El policía judicial Scott Enlow

Llegó a un par de casas humildes y aisladas al final de un camino de tierra y grava de unos sesenta metros en una zona boscosa escasamente poblada. Enlow conocía el sitio; lo había visitado en su campaña para ser elegido policía judicial del distrito. Sabía que los vecinos eran «buena gente», que no eran problemáticos. Era la

primera vez que tenía que ir allí en su labor policial. «No era en absoluto una zona que pudieras considerar de elevado riesgo».

Al llegar al final del camino, reconoció al hombre en el patio delantero de una de las casas, bajo una lámpara de seguridad de vapor de mercurio. Cuando salió de su coche patrulla, Enlow dejó las luces azules encendidas para señalizar su ubicación a su hombre de apoyo, porque el estrecho camino no se veía fácilmente desde la carretera.

Se tutearon al saludarse. Luego le refirió el aviso que había recibido de la presencia de un hombre armado y le preguntó si había algún problema. «Me pareció que estaba sinceramente extrañado por mi aparición —recuerda Enlow—. Me dijo que él y su esposa estaban a punto de irse a la cama y que todo iba bien.»

«Le creí, pero, como sé que las apariencias a veces engañan, le dije que me esperase en un sitio visible mientras iba a hablar con su esposa, que acababa de asomarse a la puerta de la casa.» La mujer confirmó que no había recibido ninguna amenaza.

Cuando el policía se disponía a marcharse, el hombre cayó en que la llamada de auxilio probablemente la había hecho su madre, de ochenta y cuatro años y aquejada de una ceguera parcial, quien vivía en la casa de al lado. Apenas quince minutos antes, le dijo el hombre, unos amigos se habían marchado de su casa y sus hijos pequeños habían «chillado y armado jaleo al meterse en la furgoneta». La madre del hombre, que «se preocupaba enseguida por cualquier tontería», tal vez había malinterpretado el alboroto y había pensado que «pasaba algo grave».

En el jardín de la casa vecina, Enlow vio a una anciana menuda en albornoz que observaba silenciosamente su conversación con la pareja. También la conocía y decidió que «no estaría de más hacerle unas preguntas para asegurarse» de que todo iba bien.

Unos segundos después, se llevó la mayor sorpresa de toda su carrera.

«Cuando eché a andar hacia esa mujer bajita y de aspecto débil que era como cualquier otra abuela, llamé por radio a la central y les

pedí que le dijeran a mi apoyo que se lo tomara con calma. Les dije que la situación estaba controlada y que el aviso de hombre armado era una falsa alarma. Inmediatamente después, saludé a la mujer por su nombre de pila, le dije quién era —pudo ver mi uniforme— y le pregunté si nos había llamado para pedir ayuda.

»Cuando me encontraba a unos diez pasos de ella, de pronto se llevó la mano detrás de la pierna y sacó una escopeta.» Haciendo gala de una velocidad y fuerza sorprendentes, «se puso la escopeta al hombro y me apuntó a la cara. ¡No daba crédito! Me encontraba en medio del patio de esa casa, lejos de cualquier cosa con la que protegerme, y esa mujer me tenía a su merced. Me pilló con la guardia baja, totalmente, y me quedé paralizado por un instante.»

El hijo de la anciana parecía igual de sorprendido. Gritó: «¡Mamá! ¡Es Scotty, el policía! ¡Baja la escopeta!». Pero ella se negó y empezó a despotricar contra «la gente que la avasallaba y la molestaba, y se metía en su terreno».

«Pensé inmediatamente en un amigo mío —recuerda Enlow—, un inspector de la policía del condado, asesinado a tiros por un ladrón de trece años al que había considerado inofensivo. Recuerdo haber pensado: "¡Mierda! ¡Es verdad lo que dicen! ¡Todo el mundo puede ser una amenaza".»

Desenfundó entonces su pistola Para-Ordnance del calibre 0,45 y empezó a recular despacio hacia su coche patrulla, que se encontraba a unos diez metros. Tomó la precaución de no apuntar directamente a la anciana por temor a provocar en ella una respuesta violenta.

«Mientras caminaba de espaldas, intenté calmarla hablándole despacio y con tranquilidad. Le dije que era policía y que estaba para ayudarla. Llevaba la linterna con el brazo extendido a un lado y la enfoqué a sus ojos, con la esperanza de que no pudiera verme con la claridad suficiente para meterme una perdigonada.» Su hijo seguía rogándole que bajara la escopeta, mientras le suplicaba a Enlow: «Por favor, no dispares a mi madre».

«La cabeza me iba a mil por hora. No paraba de preguntarme: "Si le disparo, ¿todavía estará a tiempo de dispararme a mí? De verdad

que solo iba a disparar a esa abuelita como ultimísimo recurso.»

Cuando llegó a su unidad, volvió a llamar por radio e informó de que la amenaza por arma era real, solicitando asimismo que su hombre de apoyo se diera prisa en llegar. «También pedí que avisaran al agente de que el sospechoso no era un hombre armado, como se había informado en primera instancia... Era una anciana.»

Enlow se mantuvo a cubierto detrás del coche con el arma apuntando a la mujer hasta que su hombre de apoyo llegó entre diez y quince minutos después. «La anciana no se movió del jardín y me estuvo apuntando en todo momento.

»Cuando llegó mi hombre, el agente James Tucker, apuntó el foco de su unidad al rostro de la mujer. Yo no llevaba foco en el coche, así que no lo había podido hacer. También le ordenó de forma tajante que bajara el arma. Yo había evitado las órdenes fuertes y agresivas para intentar tenerla tranquila hasta que llegaran refuerzos.

»El foco la distrajo, lo que, sumado a nuestros gritos, hizo que finalmente se decidiera a dejar la escopeta en la hierba y apartarse de ella. Corrí a recogerla.»

El arma era una escopeta de un solo cañón del calibre 12 con el martillo visible, lista para apretar el gatillo. La mujer tenía tres cartuchos más en la mano izquierda.

Fue ingresada en el hospital para recibir tratamiento psiquiátrico. Aunque nunca dio una versión plenamente coherente de lo sucedido, todo parece indicar que su hijo llevaba razón: se había enfadado porque esos niños ruidosos la habían despertado y había llamado a la policía con una fantasiosa denuncia de amenazas.

El policía judicial Enlow conservó un recuerdo del peligro de hacer suposiciones.

Scott Enlow se quedó con el cartucho que contenía la escopeta cuando la anciana le apuntó a la cara. «Lo llevo en el salpicadero de mi coche patrulla. Muchas veces, cuando simplemente estoy vigilando el tráfico, lo saco y lo froto con los dedos, pensando en lo que podría haberme hecho ese cartucho. Ahora reluce mucho más que cuando me lo quedé.»

Lecciones aprendidas

«Cuando me llaman a alguna parte, casi siempre pienso en ese encuentro al bajarme del coche —dice Enlow—. Me afectó mucho.» Reviviendo lo ocurrido, descubrió puntos fuertes y puntos flacos en su proceder.

Puntos fuertes

«No entré en pánico cuando percibí la gravedad de la situación en la que me encontraba. Conservé la calma y hablé con esa mujer perturbada en un tono tranquilizador. Hoy pienso que conseguí que se serenara un poco y que, gracias a eso, no me disparó. Aunque me tenía a su merced, pude enfriar la situación y ganar el tiempo suficiente para ponerme a cubierto y abordar el problema desde una posición segura.»

Puntos flacos

«Cuando comprobé que el hombre con el que había hablado primeramente no iba armado y consideré que el aviso era una falsa alarma, desconecté la mentalidad de supervivencia. Supuse que la anciana era inofensiva. Ni se me pasó por la cabeza que pudiera representar una amenaza.

»Si no hubiera conocido a esa familia, habría abordado el asunto de una forma completamente distinta. No me habría acercado a nadie hasta haber visto sus manos y convencerme de que no portaban armas. Había varios lugares donde parapetarse: un gran árbol, mi coche. Tendría que haberle ordenado que caminase hacia mí mientras yo me mantenía a resguardo. Con que solo hubiese dado unos pasos, le habría visto la escopeta antes de que me apuntara con ella a los morros.

»Cuando mi amigo inspector fue asesinado por ese chico, tendría que haber sacado la lección de no descartar a nadie como amenaza solo porque sea un niño o un anciano. La edad no importa. Puedes apretar un gatillo a cualquier edad.

»¡Qué importante es esperar lo inesperado en cualquier momento! Me confié un segundo y mi hijo de cuatro años estuvo a punto de

perder a su padre.»

21. Disparos en la cuneta

El arma de un fugitivo atrapado contra las manos vacías de un policía... Y de postre: el perro.

Un camello que te mete un arma cargada por debajo del borde del chaleco, dispuesto a reventarte las tripas, sería motivo más que suficiente para que se te disparen las pulsaciones durante un control de tráfico. Pero a esta receta, protagonizada por el oficial de patrulla Jon Watson, se añadía un pitbull de treinta kilos que se le echaba encima con la intención aparente de hacerle picadillo.

Watson, que trabajaba para la policía del condado de Sonoma (California), era el segundo agente de refuerzo en llegar al control de tráfico ese sábado de diciembre. Hacía más de una hora que sus compañeros le habían dado el alto al vehículo sospechoso cuando Watson y Koogan, su perro antidrogas, llegaron al sitio indicado cuando ya caía la noche.

A última hora de esa tarde, el agente Dave Iverson, con veinticinco años de carrera en la policía del condado, estaba patrullando en sentido norte por la congestionada carretera federal 101, en un tramo que surca la vitivinícola región de Sonoma, al norte de San Francisco. Un Toyota 4Runner azul que circulaba a su derecha —conducido por un hombre y con una mujer de acompañante, ambos de unos cuarenta y cinco años de edad— le llamó la atención.

El conductor, un fornido nativo americano con un tupido bigote, llevaba el brazo apoyado en la ventanilla bajada. Iverson reparó enseguida en dos indicios que siempre consideraba preocupantes:

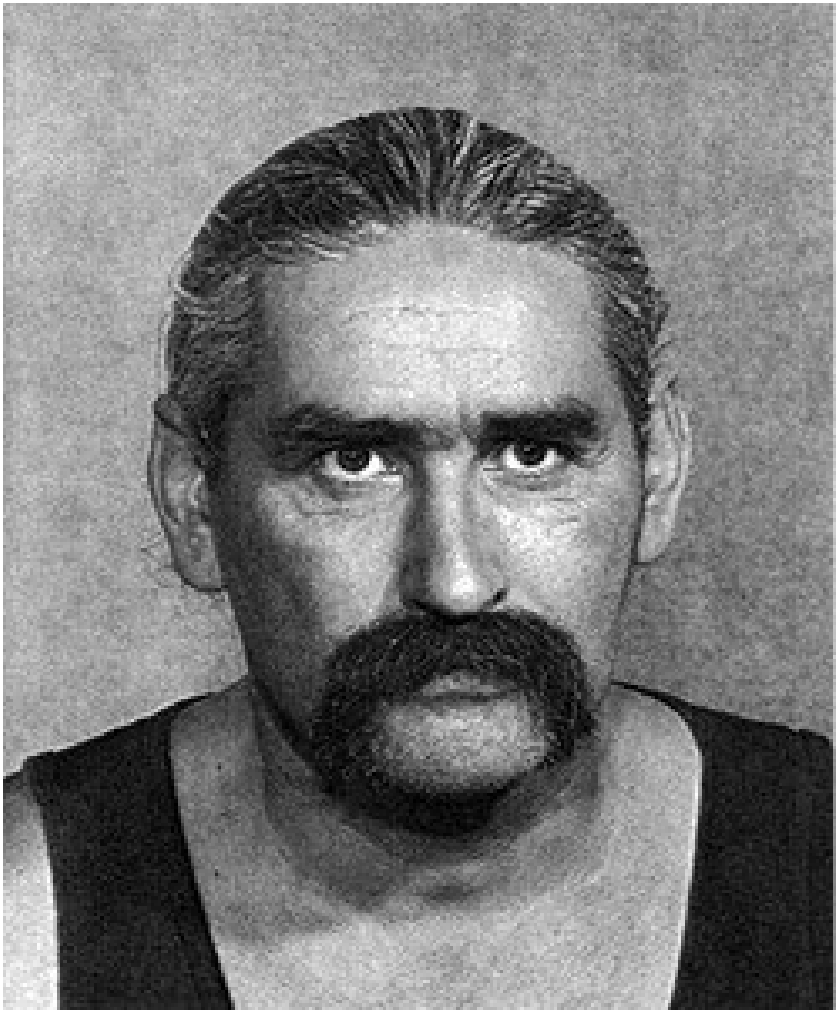
• Unos tatuajes monocromos de aspecto carcelario decoraban el brazo del hombre por debajo de la manga corta de su camiseta.

• El sujeto cumplía con la «regla de no mirar». Circulaba muy cerca de la unidad señalizada de Iverson, pero seguía mirando al frente en todo momento, ignorando de forma llamativa la presencia del policía. Los agentes antidrogas con una larga experiencia a sus espaldas identifican esta actitud como un poderoso indicio de comportamiento delictivo.

El agente Dave Iverson.

El agente Greg Myers.

El oficial de policía Jon Watson con su perro Koogan.



James Richard Nace.

La tosquedad de los tatuajes en el brazo del conductor levantó las sospechas del agente Iverson. En uno de ellos se leía: «Me he saltado la condicional». No mentía.

Nace lucía más tinta carcelaria debajo de la coleta.

El todoterreno abandonó la autovía en la salida siguiente. Iverson hizo lo propio. Manteniendo la distancia, observó que el vehículo se metía por una vía de servicio paralela a la autovía y, finalmente, se detenía en un explanada de gravilla cerca de un paso elevado, un sitio bien conocido para la policía local, ya que en él se producían trapicheos de droga aprovechando la noche.

Iverson se detuvo y empezó a hablar con los viajeros después de que estos se bajaran de su vehículo. Cuanto más hablaba con ellos, más convencido estaba de sus sospechas. Cuando ya habían pasado unos treinta minutos desde el inicio del control, el agente Greg Myers, con una experiencia relativamente escasa en la unidad de patrullas, llegó para apoyarle en la operación.

Uno de los tatuajes del conductor rezaba «Me he saltado la condicional», pero el hombre, que llevaba el pelo canoso recogido en una coleta de medio metro, negó haber estado nunca en la cárcel. La vaguedad con la que hablaba de su pasado resultaba exasperante y, para colmo de males, aseguró que no llevaba encima ningún documento de identidad porque se había olvidado la cartera en la mesilla de noche. Los agentes comprobaron el número de la seguridad social y el nombre que les había facilitado —James Bayard—, pero la base de datos no arrojó ninguna coincidencia. En cuanto al nombre de la mujer, la verificación permitió saber que le habían suspendido o revocado el permiso de conducir.

La pareja aseguró que acababan de estar en las oficinas de tráfico de la cercana localidad de Santa Rosa para registrar su coche y que ahora volvían a su casa en Chicken Ridge, una montaña en el término municipal de Covelo, unos kilómetros al norte del condado de Sonoma. A Iverson no le cuadraba que las oficinas de tráfico estuvieran abiertas en sábado. Además, la zona en la que afirmaban residir era conocida por su producción de marihuana.

A Iverson le pareció que la mujer «cooperaba de tan buena gana que casi le hacía perder la concentración». En un momento dado, ella reconoció que llevaba una maleta con dos kilos de cogollos de marihuana repartidos en bolsas de plástico de doscientos gramos. Sin embargo, afirmó que trabajaba como terapeuta autorizada para diez pacientes que necesitaban la droga por motivos médicos, como permitía la ley de California. Mostró entonces ciertos documentos

que así lo acreditaban. Con todo, pese a que supuestamente habían parado en los domicilios de esos pacientes durante su viaje, la pareja seguía teniendo la misma cantidad de maría con la que habían salido de casa esa mañana.

Finalmente, en una comunicación por radio directa entre coche y coche, Iverson localizó a Jon Watson, que estaba patrullando en un vecindario cercano. A sus cincuenta y un años, Watson acumulaba veintiocho de experiencia, en su mayoría en la carretera, y solía tener éxito en sus intervenciones antidroga.

Además de la maría, Iverson le dijo a Watson que había encontrado una balanza en el todoterreno. «Esto me huele mal —le dijo—. No puedo confirmar la identidad del hombre.»

—Por lo que cuentas, parece que quieren hacer algún trapicheo —respondió Watson por la radio—. No dejes que se vayan. Ahora mismo voy con vosotros a echar un vistazo.

La «regla de no mirar» dio inicio a un interminable control en una vía de servicio.

Mientras Watson iba de camino, Iverson empezó a registrar el todoterreno. Entre el asiento del conductor y el tramo central del salpicadero encontró una caja de balas precintada con cinta americana. Le preguntó al conductor si había un arma en el coche, pero el sospechoso respondió negativamente y explicó que las balas eran «para las pistolas de mis hijos. Ahí arriba [se refería a Covelo], todo el mundo tiene armas».

Unos minutos más tarde, a las 18:16, cuando Watson llegó en su Chevrolet Tahoe, vio que las puertas del todoterreno estaban abiertas y que Iverson seguía registrando su interior. El conductor estaba sentado en el protector de parrilla de la unidad de Iverson. Myers esperaba de pie no muy lejos. La mujer estaba a unos diez metros, sujetando los collares de dos perros. Uno era cachorro, todavía pequeño. El otro, dice Watson, «era un ejemplo perfecto de pitbull, debía de rondar los treinta kilos, fácil... Era enorme».

Watson, que había dejado a Koogan en su coche patrulla, estaba hablando por el móvil cuando se acercó. Había llamado a un inspector amigo suyo, Andy Cash, quien trabajaba en un grupo operativo antinarcóticos del condado y había investigado en una ocasión la zona de Covelo. Watson quería describirle al misterioso conductor y transmitirle el nombre que les había facilitado, esperando que tal vez Cash pudiera reconocerlo.

«Pequé de exceso de confianza porque había pasado mucho tiempo desde el inicio del control y me acompañaban dos agentes», recuerda Watson. Se puso delante del conductor y este pudo escuchar la mitad de la conversación, incluido el momento en que Watson le dijo a su interlocutor: «Sé que miente».

En aquel instante, cuando todavía no habían pasado dos minutos desde la llegada de Watson, Iverson empezó a caminar hacia el frontal de su coche patrulla. Watson supo después que Iverson acababa de encontrar la documentación del conductor (un permiso de conducir y una tarjeta de la seguridad social) escondida en la guantera del 4Runner y ahora tenía pruebas de que el sospechoso les había dado un nombre falso. En realidad era James Richard Nace, de cuarenta y dos años.

Iverson cruzó sus muñecas para indicarle silenciosamente a Myers que esposarían de forma inminente al sospechoso. Quizá el conductor también reparó en la señal, porque Watson vio que intercambiaba una mirada con la mujer.

Iverson abrió entonces la funda de las esposas y le puso la mano al sospechoso en la nuca. «¡Levántate! ¡Las manos, a la espalda! ¡Quedas detenido!», le dijo Iverson.

Watson dijo al teléfono: «Le han descubierto algo. Van a meterlo en la cárcel».

—Eh, eh, eh, ¿pero qué dices? ¿Qué coño está pasando aquí? —replicó Nace—. ¡Yo no he hecho nada!

Iverson repitió su orden y le avisó: «¡No te lo diré dos veces!». Agarró entonces a Nace del brazo izquierdo y lo obligó a ponerse de pie.

El sospechoso apartó el brazo de un tirón. Watson vio que este se llevaba la mano a la parte frontal de sus pantalones anchos al tiempo que se colocaba en «semicuclillas». «¡Arriba las manos», gritó Watson, pensando por un instante que Nace intentaba deshacerse de la droga que llevaba encima.

—¡Que os den por culo, hijos de puta! —gritó el sospechoso.

Watson recuerda: «Veo que el sospechoso se saca un arma de los pantalones. Sin tiempo para reaccionar, me mete el cañón por debajo del borde inferior del chaleco. El arma se me clava en la barriga y el golpe me hace saltar sobre las puntas de los pies». Si Nace hubiese disparado en ese instante, «la bala me habría atravesado un montón de órganos vitales. Pensé que iba a morir».

Watson, un instructor en defensa personal para la policía del condado y la municipal, ejercitaba de forma constante sus habilidades físicas y pudo reaccionar de forma instintiva. Soltó el teléfono y se dejó caer con las dos manos sobre el arma, sin saber en aquel momento si se trataba de un revólver o de una pistola. Más tarde, sabría que era un revólver Smith & Wesson del calibre 0,38. Al aferrar el tambor —y lo hizo con tanta fuerza, de hecho, que se

torció varios dedos—, evitó que este girase y que el sospechoso pudiera disparar mientras forcejeaba para apartar el arma.

—¡Un arma! ¡Un arma! —gritó.

Iverson recuerda: «Supe lo que iba a ocurrir en cuanto Nace se metió la mano en los pantalones. Saqué mi Glock 22 y se la puse en la espalda. Sin embargo, como estaba detrás de él y Jon justo al otro lado, temí que mis balas pudieran atravesarle y hacerle daño a Jon». En esas milésimas de segundo, se planteó dispararle a la cabeza, pero una vez más no estaba seguro de que la bala no le diera a Watson.

Iverson enfundó su arma y «agarró al sospechoso por la espalda en un abrazo de oso y lo apartó de mí», recuerda Watson. «Al hacerlo, se me escurrió el arma del sospechoso y el cañón terminó apuntándome al pecho.»

Watson se lanzó contra el pistolero, esperando la deflagración de la bala. En vez de ello, cayeron los tres al suelo y Myers se tiró encima de la melé, mientras Nace «nos pasaba el arma por las narices», recuerda Watson. «Pensé que, a uno de los tres, nos iba a matar seguro».

Iverson también «esperaba un disparo en cualquier momento» y se preguntó «cómo iba a ser recibir un tiro». Aun así, no desenfundó su arma porque estaba completamente empeñado en inmovilizar al sospechoso. Este, por su parte, seguía resistiéndose y gritándoles obscenidades.

Al cabo de unos segundos, Watson pudo ponerse de pie y sacar su Glock. Gritó a los agentes que se apartaran. Cuando lo hicieron, Nace empezó a incorporarse; todavía empuñaba el revólver.

Watson disparó una vez desde un metro aproximadamente. «Fue como la explosión de un cañón —recuerda Watson—. La bala penetró en el pecho del sospechoso y «el hombre cayó como si lo hubiera golpeado un mazo», dice Watson. Le dio una patada al revólver para alejarlo.

—¡Cuidado con el perro! —le gritó Iverson justo en ese instante.

Watson se giró y vio que el pitbull «venía esprintando hacia mí». Tanto él como Iverson empezaron a disparar: diez balas, nueve impactos. «Oímos cómo las balas le daban —recuerda Watson—. El perro soltaba un quejido, se desviaba un poco, pero seguía viniendo», hasta que finalmente, con el último impacto, el perro se alejó cojeando y se desplomó cerca del todoterreno, muerto. La mujer aseguraría luego que el perro «se le había escapado» sin querer.

El sospechoso metió este revólver por debajo del chaleco antibalas ligero del oficial de policía Watson.

Los agentes tuvieron que disparar diez balas para abatir al pitbull.

Cuando Watson se acercó al agresor para comprobar su estado, Nace, tendido de espaldas con los brazos en cruz, volvió la cabeza hacia el policía y murmuró con los ojos abiertos de par en par: «Joder, me has matado». Watson le dijo: «Aguanta, aguanta con nosotros. Saldrás de esta». Iverson corrió al maletero de su coche patrulla a buscar el botiquín. Aplicó una venda a la herida e intentó reanimarle. Sin embargo, en menos de una hora se declaró su fallecimiento en un hospital cercano. En su trayectoria, la bala le había perforado las costillas, el corazón, los pulmones, el hígado y el intestino grueso. Las pruebas de toxicología atestiguaron «una concentración elevada de metanfetamina en sangre».

El agresor resultó ser hijo de un predicador. Su tatuaje no mentía: era un fugitivo con numerosos antecedentes por tráfico de drogas y condenas por delitos violentos, incluida una agresión a un agente de policía. Había roto el contacto con el supervisor de su libertad condicional y hacía más de un año que pesaba una orden de busca y captura contra él. De haber sido capturado con vida, se habría

enfrentado a una larga temporada entre rejas.

Sus padres, que lo habían adoptado de niño después de haberlo tenido en acogida, dijeron que la noticia de su muerte «no les había sorprendido». Nace había tenido sus primeros escarceos con la droga estando en la Marina, dijo su padre, «y desde entonces simplemente fue de mal en peor».

La acompañante, de treinta y ocho años y casada con Nace desde hacía menos de un año, fue detenida por incumplir las condiciones de su libertad condicional y por posesión de drogas. Además de la marihuana, se hallaron en el vehículo varias dosis de metanfetaminas.

La mujer negó haber sabido que Nace tenía el arma en esa tarde de violencia. Pero Watson explicó que la mujer reconoció que Nace estaba «nervioso por la presencia de la policía» y que le había dicho que iba a «ocuparse» de Iverson durante la larga parada. Confesó asimismo que le había dicho a su marido: «Calma. Saldremos de esta».

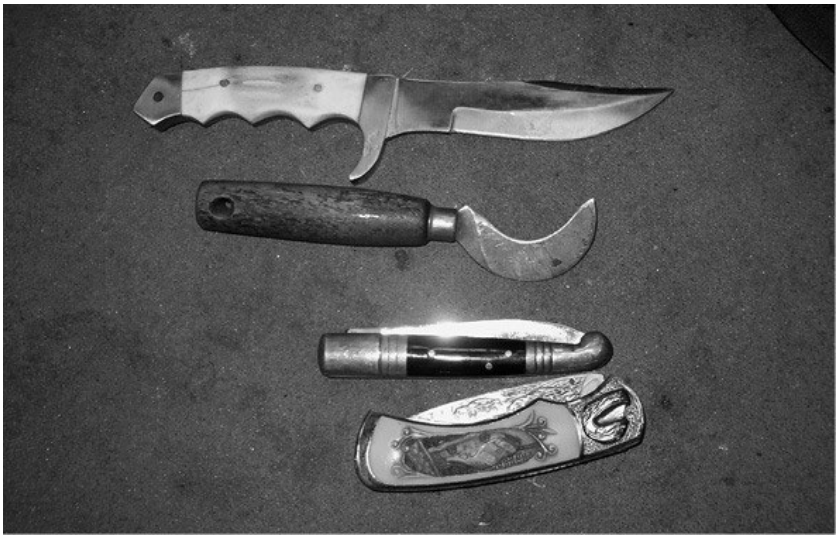
Los paquetes de marihuana eran para pacientes, aseguró la acompañante.

Durante el control, según se supo después, Nace usó su móvil para llamar a su hijo mayor de edad y, como él, productor de marihuana. Nace le dijo que «no pensaba volver a la cárcel», que le quería y que «haría lo que hiciese falta». Watson dice que Nace «estuvo acumulando tensión hasta el desenlace».

En una declaración, la esposa de Nace afirmó: «No entiendo por qué no disparó cuando solo había un policía con nosotros. Me pareció

que no quería seguir viviendo».

Otros objetos para el consumo de drogas descubiertos durante el control sembraron dudas sobre la veracidad de las declaraciones de la acompañante.



Tras su muerte, se le encontraron al sospechoso varias armas blancas.

Lecciones aprendidas

Reflexionando sobre el incidente tras un mes de baja remunerada, Watson, quien con anterioridad ya había vivido dos tiroteos, afirma que se pueden aprender muchas cosas del incidente con Nace. Nos ofrece un análisis sincero del mismo:

1. Nunca des nada por supuesto. «Estaba tan confiado cuando llegué que incluso seguí hablando por teléfono. No hice ninguna pregunta del estilo: "¿Los habéis registrado?". Simplemente, di por supuesto que ya lo habían hecho porque llevaban mucho tiempo con ellos. Tampoco vi que la mujer podía ser una amenaza, de modo que no la traté como tal.»

2. Mantén un control estrecho de los movimientos de tu sospechoso. Iverson jura que cacheó a Nace al principio del control. Sin embargo, antes de que Watson llegara, se le permitió al sospechoso volver a entrar en su todoterreno para ocuparse de los perros, reconoce Watson. Cree que ese fue el momento en el que Nace pudo esconderse el arma en los pantalones.»

3. No subestimes a tu adversario. «Los criminales conocen nuestras tácticas y trabajan duro para perfeccionar las suyas», dice Watson. Telegrafiar tus intenciones e información, como ocurrió con la señal de las muñecas cruzadas y los comentarios que Nace pudo escuchar de la llamada telefónica, puede darle a tu adversario una ventaja. Decirle que está detenido antes de haberlo inmovilizado también puede dársela. Watson

considera que el recurso letal y sorpresivo de meterle el cañón del arma por debajo del borde de su chaleco ligero fue algo que Nace probablemente había aprendido y practicado en la trena.

4. Tómate en serio la autodefensa. «Los agentes más veteranos suelen pensar que la instrucción en defensa táctica es una basura porque nunca van a necesitarla. En realidad, son unos indolentes —dice Watson—. Yo soy la prueba viviente de que a veces pasa lo inesperado. Y tus reacciones dependen totalmente de cómo te hayas entrenado.»

5. No te rindas. «La conmoción y el miedo me duraron una fracción de segundo. Luego me cabreé —explica Watson—. Planté cara por mí mismo, por mis hijos, por mis compañeros. Si te hieren en una agresión, no te pares a hacer recuento de daños. Coge el dolor, conviértelo en rabia y lánzala contra el sospechoso. Solo tardé entre cinco y diez segundos en saber que iba a disparar a ese hombre, el tiempo necesario para convencerme de que estaba decidido a matarme.»

6. No dudes en disparar a quemarropa. «Habría podido sacar el arma y ponerle la punta de la pistola en la cabeza o en el torso mientras forcejeábamos en el suelo —dice Watson—. Estaba en una posición perfecta para un disparo a quemarropa que habría liquidado la amenaza al instante. No lo pensé, todo ocurrió muy deprisa. Debería haberlo hecho.»

7. Recuerda que los perros también pueden ser armas. «Los perros de ataque pueden ser tan peligrosos como un arma de fuego —advierte Watson—. Los criminales tienen debilidad por los pitbull y otras razas agresivas. Muchos fumaderos y plantaciones de marihuana están protegidos por estos animales. No olvides que pueden ser una amenaza.»

8. Cuida de ti mismo y de tu familia cuando todo haya pasado. Después del incidente, la policía del condado ofreció terapia a Watson, su mujer y sus tres hijos, y la familia decidió aprovecharlo. Watson estaba preocupado sobre todo por su mujer, cuyo primer marido, también agente de la policía del condado, había fallecido en un accidente de helicóptero veinticinco años atrás. En esta ocasión casi había perdido a Watson. «La terapia nos ayudó a todos», dice el agente. También fue de ayuda el apoyo y el reconocimiento recibido de sus compañeros.

«No me cuestiono lo que hice. Tampoco me arrepiento —dice Watson—. Durante una semana, me miraba el moratón en la barriga que me había dejado el cañón del arma y pensaba: "Ese imbécil intentó matarme". Estoy convencido de que quería matarme y luego dirigir el arma contra los otros agentes. Dios veló por todos nosotros.»

22. Despertar en un baño de sangre

Sorprendido fuera de servicio por la furia de un asesino, un teniente piensa: «Cuando las cosas se tuercen de verdad es cuando mejor respondo».

A las 02:26, el teniente Dan Marcou se despertó de golpe en la habitación de un motel cuando la alarma de humo empezó a aullar en el pasillo. Minutos después, estaría hablando por teléfono con un hombre que le dijo con una calma glacial: «Llámame el Chico de los Periódicos. Reparto periódicos... y muerte».

Encontrándose en la ciudad para asistir a un curso de formación, Marcou estaba durmiendo a pierna suelta en el Comfort Suites de Oak Creek (Wisconsin) la noche de noviembre en que un convicto colérico se embarcó en una carnicería en el motel, asesinando a su novia, matando a un hombre de negocios alemán, disparando a otros huéspedes y tomando como rehén a un militar en la reserva.

Atrapado sin comerlo ni beberlo en la crisis, Marcou y otro policía de Wisconsin que, como él, estaba fuera de servicio ayudaron al primer agente que se personó en solitario en el lugar de los hechos en su intento de refrenar la tormenta infernal e iniciar una estrategia táctica que conduciría a la captura del hombre armado.

Los policías fuera de servicio eran Marcou, de cincuenta y un años y miembro de la policía de LaCrosse, y el sargento Brian Puent, de la policía del condado de Trempealeau. Ambos se hospedaban en el motel mientras participaban en un curso avanzado para instructores organizado por la Academia de la Policía del Condado Milwaukee, que se encontraba a apenas unos minutos en coche.

El teniente Dan Marcou

Tras salir precipitadamente de su cama en la planta baja, Marcou pensó al principio que el aullido incesante del detector de humos lo había provocado un incendio. Solo después contempló que pudiera deberse al humo de un arma. Después de tocar la cara interior de la puerta y notar que estaba fría, echó un vistazo por la mirilla y no vio nada peligroso. Entonces, se puso su ropa de civil, echó unas miradas rápidas por las ranuras del marco de la puerta y salió al pasillo de camino a la recepción para investigar.

Al cruzar el aparcamiento, vio a un agente uniformado —averiguaría más tarde que era Robert Michalski, agente de patrulla y especialista en brechas explosivas de la unidad de intervención rápida de la policía de Oak Creek— que salía de un coche policial aparcado frente a la entrada del motel. Marcou no lo sabía todavía, pero alguien había llamado desde el Comfort Suites al número de emergencia para informar de que había oído disparos y Michalski, que estaba patrullando por la zona, acababa de pasar por el aparcamiento cuando recibió el aviso.

El humo de los disparos activó las alarmas contra incendios en este motel.

Marcou vio que el agente llevaba una escopeta y un cinturón repleto de cartuchos, lo que le «puso en estado de alerta».

En aquellos momentos, un hombre de mediana edad salió por la puerta principal del motel y se dirigió a todo correr hacia Michalski.

—¡Está disparando a la gente! ¡Está disparando a la gente! —gritaba el hombre. Resultó ser el conserje de noche del motel. Balbuceó que había subido al segundo piso para comprobar por qué se habían activado los detectores de humos, despertando a toda la clientela. Cerca del ascensor, se había topado con un joven con perilla «de aspecto hispano» vestido con un chándal amarillo y que llevaba un arma en cada mano. Tenía los brazos «levantados hacia el cielo» como si fuera un pistolero de una vieja película de vaqueros.

«¿Ha disparado con estas armas?», le había preguntado estupefacto

el encargado de mantenimiento. «Sí», contestó con toda tranquilidad el hombre. Tras decidir que lo mejor que podía hacer era «bajar a la recepción», salió corriendo por una puerta que daba a la escalera de servicio y escapó ileso.

Dijo que una de las armas «le recordaba» a un fusil AK-47 y que la otra era un revólver. «¡Tienen que subir ahora mismo!», les gritó.

«Normalmente no meto las narices cuando no estoy de servicio», explica Marcou. Pero al oír todo eso «era obvio que teníamos a un tirador activo y jamás se me habría ocurrido dejar solo a ese agente».

Dio un paso al frente, le mostró a Michalski su carné de policía y se ofreció a apoyarle.

—Voy a necesitar ayuda —respondió Michalski—. ¿Vas armado?

—No —reconoció el teniente. Se había olvidado su Glock 17 al salir corriendo de la habitación.

Michalski le dio una pistola del calibre 0,45 y se quedó con otra arma para su uso personal, además de la escopeta. Luego, llamó por radio al operador de sala.

—Hemos oído disparos —dijo—. Hay gente herida, el sospechoso se encuentra posiblemente en la segunda planta. Se solicita ayuda a las policías vecinas.

También dio una descripción precisa de Marcou y recalcó que iba armado a fin de que el operador pudiera informar de su presencia a los agentes que acudieran al lugar de los hechos y evitar así que el teniente corriera peligro. «Todo el mundo sabía que estaba en el motel», recuerda Marcou agradecido.

Un segundo policía uniformado aparcó al lado y Michalski, abandonando su función de agente de patrulla para convertirse en líder del operativo, le dijo que «tomara una posición perimetral» en la parte trasera del edificio. Acto seguido, Michalski se dirigió al vestíbulo del motel acompañado por Marcou.

La joven recepcionista les informó inmediatamente de la primera

víctima. La empleada estaba al teléfono con una huésped de la habitación 2025 que afirmaba haber recibido un disparo. El agresor «seguía disparando en el pasillo del segundo piso».

Justo en ese instante, el compañero de clase de Marcou, Brian Puent, quien también dormía cuando empezó todo el alboroto, bajó corriendo de su habitación en el segundo piso y apareció en el vestíbulo con una riñonera en la que llevaba su pistola de uso personal. Michalski también lo reclutó y empezó a diseñar un primer plan de contención de la amenaza: Marcou controlaría el vestíbulo, los pasillos que salían del mismo y las zonas comunes para impedir cualquier intento de huida del sospechoso; Puent, con la placa visible en la cintura, se colocaría en un punto desde el que pudiera vigilar los pasillos del primer piso; y Michalski subiría a controlar el segundo piso.

En esos instantes solo había tres policías en el interior del edificio.

***

Los agentes empezaron a llegar en tropel al lugar de los hechos. Cuando Bob Michalski hubo terminado un primer examen apresurado de los pasillos del primer piso y enfilaba ya hacia el segundo, recibió el apoyo del sargento Patrick Hammernick, de la policía de Oak Creek, y de dos agentes a quienes no conocía procedentes de un distrito cercano en Milwaukee. Hammernick llevaba un escudo antibalas para emplearlo en la caza del tirador y colaboró en abrir una vía segura para que el personal médico pudiera llegar a los heridos.

Al llegar al rellano del segundo piso, vieron que el pasillo estaba lleno de humo y que el olor a pólvora era omnipresente. La alarma antiincendios seguía aullando. Por toda la moqueta del pasillo había casquillos de bala y restos que habían caído del techo.

Al doblar una esquina, el equipo de búsqueda vio a un varón blanco «corriendo por el pasillo en ropa interior». Le ordenaron a punta de

pistola que se echara al suelo, pero enseguida permitieron que se marchara cuando una mujer histérica se les acercó a toda prisa diciéndoles a gritos que era su esposo y que «estaba corriendo por los pasillos porque estaba asustado».

Dentro de la habitación 2025, encontraron a la mujer que había llamado a recepción para decir que le habían disparado. Sangraba y, posiblemente, estaba en shock. Su novio, «muy angustiado y alterado», dijo que había oído un alboroto —como «ruido de disparos»— en el pasillo y que, «sin saber qué pasaba», había abierto la puerta.

Se encontró a un hombre con dos armas que le miró a la cara. El novio había cerrado de un portazo y se había apartado a un lado. La mujer, que justo antes había estado ordenando la ropa sucia, no había tenido tiempo para reaccionar antes de que una bala atravesara la puerta cerrada y le impactara en la barriga. Parecía herida de gravedad.

Los agentes mantuvieron una posición de seguridad frente a la habitación hasta que los sanitarios llegaron y empezaron a atenderla. Para entonces, otro agente de Oak Creek se había unido al dispositivo de búsqueda.

Retomaron el barrido del segundo piso y llegaron a la habitación 2015, en cuyo interior vieron a un varón blanco de mediana edad en vaqueros y camiseta interior tendido en un gran charco de sangre. Presentaba múltiples heridas de bala. No respiraba ni tenía pulso.

Mientras comprobaban su estado, la puerta de la habitación 2016, que se hallaba justo enfrente, se abrió y un hombre salió a gatas con un gravísima herida de bala en el pecho. El hombre se había enfrentado al agresor en el pasillo y no se había dado cuenta de que había recibido un balazo hasta que huyó de vuelta a su habitación. Los agentes reclamaron la presencia de más sanitarios y siguieron avanzando para despejar la zona a fin de que el personal médico pudiera trabajar de forma segura cuando llegara.

El humo de los disparos seguía flotando en los pasillos, pero no oyeron detonaciones ni vieron rastros inmediatos de nuevas

víctimas... ni del agresor. Empezaron a preguntarse si había logrado escapar.

Desconocían lo que estaba ocurriendo tras la puerta cerrada a cal y canto de la habitación 2035.

***

Segundos después de que el conserje de noche se hubiese topado con el tirador en el segundo piso y hubiese huido aterrorizado en busca de ayuda, un miembro en la reserva activa de la Fuerza Aérea que se alojaba en la habitación 2025 durante una misión en Milwaukee había abierto la puerta para ver a qué se debía el estrépito procedente del pasillo. Había oído una serie de «potentes explosiones» y ruido de gente corriendo, seguramente, pensó, niños traviesos que tiraban petardos.

Sin embargo, lo que se encontró al abrir la puerta fue un pasillo lleno de humo y un hombre alto y corpulento, de aspecto hispano y con perilla, que tenía los «ojos brillantes». Apuntó al reservista con un fusil de asalto directamente a la cara y le gritó:

—¡Métete en la habitación, joder!

—Llévate lo que quieras —le suplicó el reservista, mientras reculaba trastabillándose.

—No quiero tu dinero. Tengo de sobra —le soltó el agresor—. Dame algo de beber.

El asaltante añadió entonces que tenía calor porque llevaba un chaleco antibalas debajo de la camiseta.

El reservista agarró una Coronita de la nevera de la habitación. El agresor la abrió con el cañón de lo que parecía un revólver del calibre 0,38. Tras ordenar al reservista que se sentara en la cama, el agresor lo retuvo a punta de pistola mientras se tomaba la cerveza y hablaba.

—Acabo de matar a mi novia porque la muy zorra ha intentado matarme con la ayuda de una panda de hijos de puta —declaró—. Después de matarla, también he disparado a toda la gente que ha abierto la puerta de su habitación. Ya he matado a diez personas.

Mientras el reservista intentaba calmarlo dándole conversación, los minutos iban pasando lentamente en un vaivén de emociones. En cierto momento, el agresor le amenazó con el revólver. «Mira el cañón —le ordenó—. Menudo agujero te haría.» Entonces, mientras el reservista le suplicaba que no le hiciera daño por el bien de sus hijos, su captor le dijo: «No sufras, amigo. No te mataré a menos que la poli derribe la puerta».

Cuando el asaltante tuvo que ir al cuarto de baño, hizo desfilar a su rehén delante de él apuntándole a la nuca. Ordenó al reservista que se metiera en la ducha y pasó la cortina. El reservista estaba seguro de que aquel hombre iba a dispararle a través de la cortina. Sin embargo, no tardó en hacerlo salir del cuarto de baño, obligándolo a sentarse otra vez en la cama.

El asaltante usó entonces un teléfono móvil para llamar a sus padres. Les dijo que había matado a su novia «y a un montón de gente», y que tenía a un rehén. Luego, le dijo a su madre que la quería «en el hotel ahora mismo».

En reiteradas ocasiones, le aseguró al rehén que no le haría daño, a menos que la policía lo provocase. En ese instante, el reservista oyó sirenas fuera del edificio. El asaltante también las oyó. «Ya están aquí», dijo en voz baja.

Entonces, volvió a coger el móvil y marcó el número de la recepción.

***

Entretanto, el teniente Marcou, sin saber lo que acontecía arriba, había tenido bastante trabajo desde el instante en que había

asumido la responsabilidad de proteger la zona del vestíbulo. Los clientes iban llegando de sus habitaciones y preguntaban qué estaba pasando. Cuando aparecían en el vestíbulo, el teniente les decía: «Un hombre está disparando a la gente. No sabemos quién es. Vengan hacia mí». A medida que le obedecían, los iba metiendo en una sala de conferencias segura que había junto al vestíbulo.

El sargento Puent también se dedicaba a llevar a un lugar seguro a la gente que iba encontrando por los pasillos del primer piso. En esos mismos instantes, el agente Michalski y el equipo improvisado de búsqueda estaban descubriendo el sangriento rastro del asesino en el segundo piso.

Marcou pidió a la recepcionista que apagara el sistema de alarma para evitar que otros clientes del hotel salieran de sus habitaciones, así como para eliminar esa ensordecedora distracción. La empleada, que era hija de un inspector de la policía de Milwaukee, tranquilizó en un ejercicio de serenidad a los clientes que llamaban a recepción. Les decía que se encerrasen en sus habitaciones y que la policía ya había llegado. Uno de los clientes que llamó le dijo que «le habían disparado y que sangraba». Mientras intentaba tranquilizarlo, la recepcionista lo puso un momento en espera para atender otra llamada.

Casi al instante, le hizo un gesto a Marcou. «¡Creo que es el asesino! —le susurró, tapando el teléfono con la mano—. Pregunta si la policía ya está aquí.» Marcou supuso que el asaltante quería saber si la zona estaba despejada para intentar escapar.

Con sus treinta y un años de experiencia policial y un currículum con multitud de cursos de formación, Marcou estaba más que preparado para aquel momento. Estaba titulado para impartir más de una docena de materias fundamentales en la formación policial, incluido el adiestramiento en tácticas contra tiradores activos. Durante sus años con la policía de LaCrosse, había sido varias veces comandante de la unidad de intervención rápida y negociador con secuestradores.

Marcou cogió el teléfono.

Una de las primeras cosas que preguntó a su interlocutor fue si

estaba herido.

—¿Herido? —replicó el hombre soltando un bufido—. Yo soy el que mata. Soy el que asesina. Soy el que dispara. No entréis en mi habitación, porque tengo a un rehén.

Marcou reparó en que la voz de aquel hombre sonaba «seria y controlada, y que tenía un ligero acento hispano».

—¿Vas armado? —preguntó.

—Sí. Tengo dos Mac-10 —respondió el asaltante.

(En realidad, eran una Smith & Wesson Model 10 y una metralleta Uzi de 9 mm montada con piezas de distinta procedencia. El conserje de noche se había equivocado al mencionar el AK-47.)

Con un arma en cada mano, el asesino se internó por el pasillo disparando a los aterrorizados clientes del motel.

—¿Dónde estás? —preguntó Marou.

—No es asunto tuyo.

—¿Quién eres?

—Eso tampoco es asunto tuyo.

—Bueno —dijo el teniente—, vamos a hablar un rato. Yo me llamo Dan. ¿Cómo quieres que te llame?

El asaltante guardó silencio un momento.

—Llámame el Chico de los Periódicos. Reparto periódicos... y muerte.

Marcou sintió un escalofrío. Pero, «cuando las cosas se tuercen, es cuando mejor respondo. Simplemente, me pongo a trabajar porque es lo que me toca hacer». Aun así, sabía que «el asaltante podía saltar en cualquier momento, decirle "Veta a la mierda", colgar y empezar a disparar otra vez». Decidido a no perder el contacto con él, Marcou siguió hablándole para intentar crear un vínculo. Cuando tuvo la sensación de que el sospechoso había llegado a un punto en que no colgaría de forma impulsiva, le preguntó si podía hablar un momento con el rehén.

Lo que se proponía era recabar la máxima información posible haciéndole preguntas binarias para evitar respuestas que pudieran alarmar o enardecer al asaltante. Pudo así constatar que el rehén no estaba herido todavía y confirmar que el sospechoso iba armado, que tenía más de un arma y que de su actitud se desprendía que podía volver a usarlas. Al poco de iniciar su entrecortado intercambio, el rehén no pudo contener los nervios y dijo: «¡Este tipoo va a matarme, hombre! ¡Vengan a sacarme de aquí!». El asaltante le arrancó el teléfono de las manos.

Aun así, Marcou consiguió mantener el contacto. El asaltante se negó a decirle a quién había matado y, a modo de explicación, se limitó a decir: «Me la estaban jugando». Con todo, sí reveló que llevaba un chaleco antibalas y aseguró que sus armas eran totalmente automáticas. Luego dijo para disipar cualquier duda: «Soy peligroso, amigo. He matado a gente aquí y también he matado en otros sitios».

En reiteradas ocasiones mencionó que estaba esperando a su gente. Marcou pudo aclarar que se refería a sus padres, a quienes había llamado desde la habitación de su rehén. «Ahora tenía un anzuelo», explica Marcou. Con esa información, intentó construirse cierta red de seguridad. «Seguramente son unos buenos padres —le dijo al asaltante—. Sé que les quieres. No tienes por qué disparar más. Podrían estar aquí ahora mismo. Sé que no quieres que terminen heridos.»

Marcou fue desarrollando esa línea de aproximación y, finalmente, consiguió que el asaltante se comprometiera a entregarse cuando sus padres llegaran al motel. «Pero si intentáis algo —le advirtió—, voy a matar al rehén.»

Marcou no sabía cuántos minutos había estado al teléfono —«perdí completamente la noción del tiempo»—, pero en todo caso fueron suficientes para que las unidades de intervención rápida recién llegadas se desplegaran. Otro negociador tomó el relevo de la conversación y él, al igual que el sargento Puent, a quien también habían sustituido en el primer piso, pasó a ser «un simple testigo», recuerda Marcou. Pudo dar un paso al lado con la satisfacción de haber convertido una crisis de tirador activo en una situación mucho menos peligrosa de toma de rehenes estacionaria gracias a su habilidad negociadora.

A partir de la información sobre las armas que Marcou había sonsacado al tirador, los agentes pudieron confirmar que los escudos antibalas de que disponían para rescatar a los clientes heridos podrían parar la munición del asaltante si este retomaba los ataques.

La negociación con el asaltante continuó al tiempo que se avanzaba en los trabajos de rescate de las víctimas con la ayuda del agente Michalski. Finalmente, pasadas dos horas desde sus primeros disparos, el hombre accedió a entregarse pacíficamente. Un portavoz de la policía de Oak Creek diría: «El vínculo que el teniente Marcou creó con el tirador fue un factor decisivo en su rendición».

El asaltante informó a los policías de la habitación en la que se había atrincherado y accedió a dejar las armas dentro y salir con las

manos en alto. Quería llevar su teléfono móvil y tener a su madre en línea desde la planta baja del motel. De esta forma, confiaba en que los agentes que le esperaban en el pasillo no se atreverían a dispararle.

Cuando fue detenido, lo único que preguntó fue: «¿A cuántos he matado?».

***

El asaltante fue identificado como Gregg Phillips. Llevaba unos diez días en el motel con su novia de veintitrés años, que era la cuñada de un agente de la policía de Milwaukee. Philips, a quien apenas faltaban cuatro días para cumplir los veinticinco años, había sido miembro de los Latin Kings, según se pudo averiguar. Tenía antecedentes delictivos que se remontaban a diez años atrás y se hallaba en libertad vigilada después de haber cumplido condena por traficar con bienes robados para una banda de ladrones. Antes de la matanza del motel, se había jactado de haber timado diez mil dólares a un antiguo contacto en el mundo de la droga.

Según su propia confesión, la noche en la que todo se torció, Phillips había salido por la ciudad, había cenado patas de cangrejo y filet mignon, había ido a bares y clubs de estriptis y había consumido éxtasis. Cuando volvió al Comfort Suites, cuatro conocidos le abordaron armados en el aparcamiento y le amenazaron mientras discutían acaloradamente sobre una deuda.

De vuelta a su habitación en el segundo piso, Phillips arremetió contra su novia por haberle «traicionado» y haber soplado a sus enemigos dónde se alojaba la pareja. Discutieron y, de madrugada, ella llamó a una amiga y a su hermana para que fueran a recogerla. Cuando metió algunas prendas en una maleta e intentó marcharse, Phillips la tiró al suelo. «Esta vez sí que la has cagado, zorra», le espetó.

Le descerrajó «una ráfaga de tres balas» con la metralleta y «la

remató con una bala del calibre 0,38» en la cabeza. «Disparo bien», alardeó frente a sus interrogadores.

Empuñando las dos armas, irrumpió entonces en el pasillo, disparando a diestro y siniestro «varias decenas» de balas a medida que «todo tipo de gente» iba abriendo las puertas de sus habitaciones para ver qué estaba pasando. Antes de que el reservista lo interrumpiera, Phillips tenía previsto «ir a su casa a coger unos fusiles AR-15 y Mac-10 para matar a más gente».

¿Por qué no mató al rehén? «Supongo que fue su día de suerte.» Aparte de eso, Phillips quería conservar la poca munición que le quedaba por si acaso tenía que enfrentarse a tiro limpio con la policía en un duelo definitivo. De haber ocurrido, afirmó que quería liquidar a «todos los policías que pudiera».

Pese a que se había pavoneado de haber matado a diez personas, el total de víctimas mortales fue de dos: su novia y un ejecutivo de ventas alemán de cuarenta y tres años, casado y con dos hijos, a quien disparó siete veces cuando este salió al pasillo desde una habitación que colindaba con la de Phillips. Los otros dos heridos sobrevivieron.

Desde el momento en que los dos agentes fuera de servicio aunaron esfuerzos con los agentes de patrulla de la policía de Oak Creek que se habían personado en el lugar de los hechos, no hubo más heridos. La policía de Oak Creek destacó especialmente la habilidad negociadora de Marcou como «uno de los motivos principales de que la situación no empeorase». Gracias a las medidas tácticas decisivas de Michalski, los dos heridos «pudieron recibir atención médica rápidamente», declaró John Edwards, teniente de la policía de Oak Creek. «El personal sanitario comunicó que ambos heridos habrían fallecido de no haber sido tratados con tanta rapidez. Las acciones del agente Michalski durante este incidente crítico atestiguan que los agentes formados en respuesta táctica constituyen un activo fundamental para la unidad de patrulleros y para los ciudadanos a quienes sirven.»

Marcou no pudo averiguar a qué se había referido Phillips cuando dijo que era «el chico de los periódicos». Al final, concluyó que no era más que un comentario burlón que se le ocurrió al asaltante

durante el sangriento choque.

Lecciones aprendidas

Al reflexionar sobre esa noche fatídica, Marcou reconoce que los sistemas de adiestramiento compartidos en todo el estado de Wisconsin contribuyeron a que la respuesta de la policía fuera fluida y efectiva en el motel Comfort Suites. «Cada agente de policía del estado debe completar cursos estandarizados para recibir la acreditación correspondiente, de modo que todos tenemos las mismas bases para hablar con la gente, luchar, perseguir vehículos, etcétera. Pese a que en el dispositivo tomaron parte cinco cuerpos distintos, todos sabíamos cómo iban a reaccionar nuestros compañeros.»

En el plano personal, la experiencia confirmó otras lecciones vitales para Marcou, relativas a las exigencias particulares a las que debe hacer frente un agente cuando no está de servicio:

1. Cuando menos te lo esperas, espéralo. «Durante lo que me quede de vida, no podré imaginar una circunstancia en la que me sienta cómodo si no voy armado. En cualquier momento puede ocurrir algo imprevisible. En cualquier momento, podrías ayudar, por poco que sea, en una situación delicada», si llevas un arma. Cuando no estás de servicio, tienes que encontrar un equilibrio sano que te permita estar relajado, pero atento («condición amarilla» en la escala de Cooper), sin caer en la paranoia.

2. Plantéate si debes consumir alcohol. «En realidad podría decirse que no bebo —afirma Marcou—. Eso tiene mucho que ver con formar parte de una unidad de intervención rápida y estar de guardia las veinticuatro horas del día, los siete días de

la semana. No querría encontrarme nunca en un estado que no me permitiera estar atento y en plenitud de facultades. Creo que los agentes de policía deberían planteárselo.»

3. Da a conocer tu presencia. Si surgen problemas cuando no estás de servicio, una de tus primeras prioridades debería ser alertar a los agentes a los que se envía al lugar de los hechos de que eres policía, sobre todo si vas armado. Si los refuerzos llegan en oleadas, el primer agente con el que hables debe transmitir tu descripción detallada a los otros agentes convocados. Si te ves implicado en un enfrentamiento y un civil llama a la policía, asegúrate de que le diga al operador que hay un agente fuera de servicio en el lugar de los hechos, facilitando asimismo tu descripción.

4. Recuerda: lo que ves no necesariamente se corresponde con lo que hay. En medio del caos, examina con más detalle la situación para asegurarte de que tu interpretación de los hechos se corresponde con lo que ves y oyes. Los factores perturbadores, sean del tipo que sean, pueden distraerte de un suceso más grave. En el caso de Marcou, la alarma de humos no avisaba de un incendio, sino de la presencia de un tirador activo. Toma medidas adecuadas al suceso aparente, pero mantén la atención y la curiosidad frente a cualquier otra amenaza que pueda acecharte.

5. Practica el adiestramiento transversal siempre que puedas. Como agente, pueden llamarte para atender un amplio abanico de situaciones, tanto cuando estás de servicio como en tus horas libres. Cuanto más amplio sea tu repertorio básico de habilidades, mejor. Aprovecha cualquier oportunidad de entrenar otras habilidades a fin de estar preparado para actuar de forma efectiva cuando seas el primer agente de la autoridad en situaciones inesperadas como, por ejemplo, una toma de rehenes, emergencias médicas, intentos de suicidio, personas

perturbadas, etcétera.

Marcou afirma ser un fiel seguidor de lo que él mismo llama el Kei Satsu Jitsu, es decir: la Senda Policial del Combate. En su opinión, esta práctica debe incluir la exposición al máximo número de aspectos de la labor policial. «Es imposible saber qué pedacito de información podría tener una importancia decisiva el día de mañana.»

Después de la acción

Gregg Phillips fue condenado a dos cadenas perpetuas consecutivas sin posibilidad de libertad condicional por sendos asesinatos y a otros ochenta y cinco años de reclusión por otros delitos. Al dictarse la sentencia, negó de forma vehemente ser un «matón desalmado». Cuando el juez trató de manifestarse sobre la gravedad de sus crímenes, Phillips le interrumpió diciendo: «A nadie le importa su opinión. ¿Para qué va a decirla?».

Por su actuación durante el asalto en el motel, Dan Marcou y Robert Michalski compartieron el galardón de Agente de Intervención Rápida del Año, ofrecido por la Asociación de Agentes de Intervención Rápida de Wisconsin.

El teniente Marcou y el agente Michalski con sus galardones.

23. Discapacitado en espontaneidad

«Has dicho más de una vez que el trabajo de policía me ha destrozado...» En una carta a su exmujer, un teniente defiende su inocencia.

No todas las amenazas a tu supervivencia, no todas las lecciones aprendidas, tienen lugar en las calles.

A raíz de un momento doloroso en su vida, el teniente Herbert «Sonny» Bourgeois, con dieciocho años de carrera en la policía de Nueva Orleans, volvió la vista atrás sobre su carrera y puso sus pensamientos por escrito. Aborda un tipo concreto de incidente crítico que todo agente del orden conoce perfectamente.

«Hace poco perdí a mi mujer. No, no saques el pañuelo. No la despedimos en una ceremonia. Nos divorciamos.

»Lo importante aquí es el motivo. ¡Me dijo que no era espontáneo! Debo de ser el único hombre de Estados Unidos de quien se han divorciado por déficit de espontaneidad.

»Desde luego, mi primera reacción fue la típica de cualquier policía experimentado cuando le interrogan los de asuntos internos. Negué la mayor de forma vehemente y me ceñí al pie de la letra a mi versión de los hechos, citando numerosos ejemplos de acciones espontáneas por mi parte.

»Cuando la discusión se enfrió, empecé a pensar que tal vez mi mentís espontáneo había dejado mucho que desear como prueba para defenderme de la acusación. Asimismo, me pareció que había sido una de las pocas ocasiones en que había exhibido ese rasgo de carácter estando fuera de servicio.

»Después de mucho pensarlo, me di cuenta de que seguramente era verdad que mi mujer tenía esa impresión de mí y me pareció

entender por qué era “discapacitado en espontaneidad”.

»Como amo a mi mujer más de lo que Dios debería permitir a un hombre amar a una mujer, pensé que sería buena idea escribirle una carta para defender mi inocencia y que todo se arreglaría. Decidí intentarlo:

Querida esposa:

[Empleé su nombre, pero no es de tu incumbencia.]

En cuanto a mi falta de espontaneidad (y estoy seguro de que tienes razón al percibirla), permíteme que te ofrezca estas palabras, aun a sabiendas de que son una excusa y no un motivo:

Ya conoces cómo era mi vida personal anterior, y conoces también gran parte de lo que he hecho y sufrido en el cuerpo de policía porque lo hemos hablado. Has dicho más de una vez que el trabajo de policía me ha destrozado.

No elegiría las mismas palabras, aunque es verdad que me ha afectado. Como todo hijo de vecino, lo que te incluye a ti, soy la suma de todas mis experiencias. Pero quizá no eres del todo consciente de lo que ha ocurrido y de cómo puede cambiarte la perspectiva de las cosas, así que voy a intentar contarte un poco mejor lo que he vivido.

Mi primera noche de verdad fue una Nochebuena, recién salido de la Academia, patrullando en el turno de noche. Dos horas después de empezar, llegó el día de Navidad.

A mitad de turno más o menos, nos llegó un aviso de tiroteo. Era una mujer, embarazada de ocho meses, a la que su novio había disparado en la cara después de ponerse hasta las cejas con un cóctel de pentazocina y tripelenamina. La mujer se puso de parto cuando llegamos. La llevamos al hospital y, cuando el doctor le estaba metiendo un rollo entero de gasas en la boca para que dejara de sangrar, tuvo una contracción y le escupió un chorro de sangre a

la cara.

Mientras le secaba la cara con una toalla, el doctor dijo sin dirigirse a nadie en concreto: «¡Gracias, guapa!». Ella, a pesar de las gasas y la sangre en la boca, pudo mascullar: «Lo siento». Entonces se la llevaron al quirófano. Luego me enteré de que no había muerto, pero no supe qué había sido de ella.

Unos dos años después, cuando ya había cambiado de compañero, nos llegó el aviso de que una enferma mental estaba armando escándalo en el mismo bloque de viviendas sociales. Cuando entramos en el apartamento, encontramos a una anciana, un niño y una mujer completamente desnuda que estaba destrozándolo todo mientras gritaba que alguien le había hecho daño.

Tuvimos que pelearnos con ella para contenerla y, cuando la esposamos, me fijé en que tenía una cicatriz redonda en la cara. Pregunté a la abuela y me dijo que era la misma mujer. La abuela señaló al niño y me dijo que era el niño que había nacido en Navidad.

Cuando le pregunté por qué no me habían llamado a juicio, me explicó que al novio de la chica no le había pasado nada. Me dijo que lo habían tenido tres meses entre rejas y que luego lo habían soltado porque estaba demasiado loco para que lo juzgaran. Me contó que su hija había perdido la cabeza al saberlo y que desde ese día se preguntaba si volvería a buscarla para matarla.

En los años que habían pasado entre esas dos salidas, y en todos los años que vinieron después, vi de todo. Más o menos por las fechas en que tú y yo nos conocimos, el ritmo bajó un poco, pero durante todos esos años había librado y, con la ayuda de mi familia, mis amigos y Dios, había «ganado» la batalla al alcoholismo. Tenía amigos y conocidos que habían librado la misma batalla y muchos la habían perdido.

La muerte se llevó a amigos y conocidos por enfermedades, accidentes, asesinatos y suicidios, y muchos de ellos terminaron heridos, algunos de gravedad. He tratado con locos, en circunstancias locas. Una vez llevé a una enferma mental al hospital, porque su hermano retrasado la tenía encerrada en una

habitación vacía y la alimentaba sobre el mismo suelo donde ella hacía sus necesidades. No por maldad. El chico simplemente no sabía dónde encontrar ayuda para su hermana. Mi compañero y yo pensamos que la chica llevaba unas trenzas africanas cortas, pero cuando la sacamos a la luz vimos que tenía la cabeza rapada y que esas «trenzas» en realidad eran garrapatas hinchadas.

Asuntos internos y el FBI me han investigado e interrogado tantas veces que he perdido la cuenta. Me han juzgado en un tribunal federal tres veces por haberme defendido y haber defendido a mis compañeros, por haber hecho mi trabajo. En todas ellas me han declarado inocente, pero no es una experiencia agradable ser policía y ver que te llaman «el acusado».

He visto a mujeres y hombres de todas las edades y razas morir por todas las causas imaginables, unos en accidentes de tráfico en los que terminaron despedazados, otros asesinados, de cualquier forma y mediante cualquier método que una mente enferma pueda concebir. He visto a gente muerta en todos los estados posibles, desde cuerpos que todavía estaban calientes y convulsionaban a esqueletos, pasando por todas las etapas intermedias, con todas las imágenes y olores de rigor en estos casos.

Me han mentido, me han insultado, me han escupido, me han empujado, me han dado puñetazos y patadas.

Me han disparado y han fallado. Me han disparado y han acertado.

He disparado a gente y la he herido. He disparado a gente y la he matado.

Una vez, disparé a un chico de diecinueve años que estaba atacando a un sargento con un cuchillo de carnicero de cuarenta centímetros. Estaba tan cerca de él que casi podía tocarlo. Nos miramos a los ojos, como hipnotizados, mientras la vida se escurría de su cuerpo como la sangre se derramaba por el orificio que mi bala le había abierto en el cuello.

Casi todas las cosas que he experimentado o a las que me he visto expuesto durante mi trabajo han sido espontáneas. Ni siquiera cuando tienes una idea aproximada de lo que vas a hacer, puedes

estar totalmente preparado. Una vez me enviaron a un aviso de tiroteo en los bloques Magnolia en el que se había visto implicado un niño de seis años, pero uno no puede estar preparado para ver a un crío de seis años muerto por un balazo del calibre 0,38 disparado por su primo de cinco años, y luego tener que ver cómo la «madre» miente sobre dónde tenían guardada el arma porque se preocupa más por librarse de la culpa que por su niño muerto.

Quizá nada de todo esto sea tan emocionante o poético como conducir un coche en una película de acción o ser un espía, pero te aseguro que no es rutinario.

Y terminas pagando el precio; créeme, pagas el precio. Te construyes unos muros y desarrollas unas actitudes para no terminar chiflado.

Mis reservas de espontaneidad quizá estén agotadas.

Aprendes que no puedes entregarte a las emociones ni tampoco manifestarlas, no solo en el trabajo, sino también en gran parte de las horas en que no estás de servicio, porque no puedes arriesgarte a perder pie. Albergas la esperanza de encontrar a alguien en quien confiar y con quien puedas compartir tus emociones.

Me dijiste hace poco que puedo ser míster Macho y un segundo después ser una persona sensible. Te aseguro que no supe a qué te referías. Ese míster Macho no sé de dónde sale. No creo que haya intentado inventarme esa personalidad contigo, pero sí, reconozco que te he mostrado mis emociones. Cada vez me sentía más a gusto con la idea de poder explicarte mis emociones, a ti, a la persona a la que había estado buscando. Todas mis emociones.

Sobre todo, el amor.

Tuyo, para siempre,

Teni

[Mi mujer había empezado a llamarme «Teni» cuando conseguí los galones de teniente, pero eso tampoco es de tu incumbencia.]

«No sirvió de nada. Como ya he dicho, perdí a mi mujer. Pues bien, resulta que mi falta de espontaneidad no era el único problema de nuestro matrimonio. Quizá ni siquiera era tan importante. Luego salieron otras cosas a la luz que no pude superar.

»Pero no puedo descartar que mi falta de espontaneidad pudiera tener algo que ver.

»Si hay en todo esto algo que pueda servirte, supongo que podría irte bien recordar que el exceso de confianza en casa (y en tus otras relaciones personales) podría ser tan letal como pueda serlo el exceso de confianza en la calle para tu integridad física.

»Te lo habrán dicho mil veces: ¡No te lleves el trabajo a casa! Esfuérzate más en conseguirlo. Recuerda: la realidad de las calles no es la única realidad que existe. Te habrás partido la cara con un montón de hombres y mujeres, pero no todo el mundo viola o miente. Algunos civiles son buena gente. La única diferencia es que pasan gran parte de sus vidas en una realidad distinta.

»Entrenas y practicas para sobrevivir en la calle, y aprendes y practicas para sobrevivir en los juzgados. No descuides la supervivencia de tu mente.

»De vez en cuando, buscad a una canguro y pasad la noche en un hotel del centro de la ciudad, o pedid un taxi y salid a cenar a un buen restaurante, y dad un largo rodeo por el parque o a orillas del lago cuando volváis a casa.

»Quizá llegará el día en que, al volver a casa de la calle, te pararás en el garaje y te quitarás espontáneamente todo lo que llevas encima salvo tu cinturón y tu gorra de policía antes de entrar.

»Asegúrate solamente de que ese día tu mujer no esté vendiendo Tupperwares en casa a las amigas.

»La línea entre ser espontáneo y excesivo es muy fina.»

Después de la acción

Una década más tarde, Sonny Bourgeois escribe:

«Mientras me encontraba en pleno divorcio y en una disputa por la custodia de mis hijos, tuve un infarto tremendo y tuvieron que hacerme un quíntuple bypass. Perdí un trozo importante de mi corazón. Pero sobreviví y las cosas mejoraron.

»Con el tiempo, pude sobreponerme a la pérdida de mi matrimonio y a la total reorganización de mi vida en una configuración que jamás había previsto. Con todo, antes de que eso ocurriera, visité un lugar muy oscuro, donde el amor y la esperanza se convirtieron en amargura, rencor y, sí, odio. Paulatinamente, fui aceptando lo ocurrido y, en consecuencia, me di cuenta de que esos sentimientos se deben a personas, lugares y circunstancias que no solo están más allá de tu control, sino también más allá de toda capacidad humana de comprenderlos y desentrañarlos por completo. Gracias a la fe y la reflexión pude entender que las cosas, en realidad, me habían ido bastante bien.

»Una vieja frase que se ha convertido en un puntal para mí es: "Todo pasará". Por más dolorosa que sea una experiencia, ya sea física o emocional, terminará pasando. Y lo más probable es que aprendas cosas sobre ti mismo que te servirán durante el resto de tu vida.»

24. Reparto letal

Un policía queda mutilado de por vida tras un enfrentamiento con un criminal violento y debe encontrar la forma de hacer las paces con su profesión y el sacrificio prestado.

Robert John Collins dijo a sus amigos que le gustaría matar a un poli por «pura diversión», ya que los polis le hacían la vida imposible. Cuando fijó sus miras en uno, decidió hacerlo volar por los aires.

Collins sabía matar. En Vietnam, se había granjeado la fama de ser una «máquina de matar». Decían de él que bastaba con señalarle una dirección para que abriera fuego; le daba igual a quién eliminara. Al parecer, su mujer le tenía tanto miedo que se había tatuado todas las extremidades y guardaba fotos de los diseños. El motivo: si algún día la descuartizaba y solo encontraban parte de su cadáver, quería estar segura de que pudieran identificarla.

El agente Ken Gager y su esposa, Deanna.

Con la idea de matar a un policía entre ceja y ceja, Collins trabó amistad con el dueño de una armería a quien pronto convertiría en su cómplice después de intimidarlo. El fbi sospechaba que el dueño de la tienda «traficaba con armas por la puerta de atrás», vendiéndolas a criminales sin que quedara constancia. Ambos hombres estaban fascinados por los explosivos. Leían concienzudamente el Libro de cocina del anarquista y

experimentaban con bombas caseras en el desierto, haciendo volar por los aires carrocerías oxidadas de coches y lavadoras viejas con dinamita que robaban de explotaciones mineras.

Un día de verano, estaban trasteando con el contenido de una caja de cartón en el garaje del vendedor de armas mientras la hija preadolescente de Collins miraba la tele y jugaba con un hurón en la casa. Collins le dijo a la niña que no mirase lo que estaban haciendo. Sin embargo, cuando entraron en la casa para descansar un momento, la niña se metió a hurtadillas en el garaje y echó un vistazo. Más tarde, haría un dibujo para la fiscalía de lo que había visto dentro de la caja: tuercas, pernos, tornillos, clavos, cables de colores, pilas y un objeto que «parecía un martillo de carpintero».

Cuando los socios se separaron ese día, Collins le dio la caja a su secuaz y le pidió que la escondiera en un armario. «Cuando te diga que la envíes —le dijo—, hazlo.»

De vuelta en casa, Collins le dijo a su mujer: «Nuestro Chico recibirá un regalo de cumpleaños que nunca olvidará».

***

El agente Ken Gager de la policía de tráfico de Nevada tenía un aspecto tan aniñado que no es de extrañar que Collins le pusiera el mote desdeñoso de «Nuestro Chico». Gager «aterrizó en la carrera policial» bastante tarde —a los treinta y dos años—, después de encadenar trabajos en ferrocarriles y la construcción de viviendas. Tras un par de años en la policía del condado de Nye, donde entró a instancias de un amigo que era teniente allí, superó las pruebas para acceder a un trabajo que se le antojaba ideal para él, «perseguidor de luces traseras» para la policía de tráfico de Nevada.

«No me iban las armas —dice Gager—. Me gustaba conducir deprisa. Me encantaban las persecuciones ... mirar por el retrovisor, ver el destello de luces rojas y azules y pensar: “No me persiguen a mí. Son refuerzos”.»

También sacaba una «gran satisfacción» de meter «a gente realmente mala entre rejas; nunca me gustaron los abusones». Una vez detuvo una violación en el aparcamiento de un casino. Rescató a gente a la que estaban pegando. Liberó a un niño al que habían secuestrado a punta de pistola. Salvó vidas sacando a gente de vehículos en llamas. Y le «encantaba entrar en un restaurante y permitir que los niños pequeños le tocaran la pierna de su uniforme. Eso era lo que más me gustaba».

Robert Collins entró conduciendo en la vida de Gager una mañana de domingo «más o menos aburrida» de febrero, cuando el tráfico empezaba a animarse después de que se vaciaran las iglesias. Gager, con ocho años de carrera en la policía de tráfico, estaba vigilando la ruta 50 en el tramo que atravesaba Carson City, cuando se fijó en que el dos puertas compacto de Collins circulaba sin matrículas. Le dio el alto cerca de un casino.

Gager solo pretendía darle un aviso. «El hombre iba con su hija de ocho años en el coche y yo era un trozo de pan cuando había niños de por medio —recuerda Gager—. Pero desde el primer momento el tipo se puso de uñas; faltón, lento a la hora de darme la documentación, exigiendo saber por qué le había parado realmente. En su permiso de conducir había algo que no cuadraba (no recuerdo qué exactamente), así que decidí ponerle una multa.»

Collins se negó a firmarla con el bolígrafo de Gager: «Había entregado miles de citaciones y eso nunca me había pasado». Usando su propio bolígrafo, Collins emborronó su firma para que no pudiera leerse. Entonces, arrugó la multa y la tiró cabreado al suelo de su coche.

Gager solicitó ayuda a un agente de la policía del condado. Le dijo a Collins que quedaba detenido y le ordenó salir del coche. «Era un tipo duro, metro noventa, ciento diez kilos, treinta y tantos años... ¡Tenía unos brazos enormes!» Gager pensó que, si se revolvía, ese tipo le iba a dar para el pelo.

Collins estaba «hecho una furia. Cerró los puños como si fuera a atacarme». Gager le ordenó: «¡Atrás! ¡Apoya la frente en el techo del coche! ¡Abre las piernas!».

Gager sacó la porra y se agachó. Si la situación se desmadraba, confiaba en propinarle un porrazo en la rodilla que lo dejara seco y desenfundar su arma inmediatamente después. «Preví que querría derribarme —dice Gager—. Iba a dispararle en la barriga. Temí que pudiera quitarme el arma y dispararme en la cabeza ... La pesadilla de todo policía.»

Sin embargo, Collins se calmó de pronto y empezó a obedecer. Gager lo estaba esposando cuando llegó el policía del condado.

Durante el registro del vehículo, la detención dio un giro radical. En un cenicero, Gager encontró «todo tipo de llaves en bruto», y otras más en varios sitios del coche. En unas cajas escondidas debajo de una manta, descubrió «varios pares de guantes negros, unas pinzas de presión, walkie-talkies, ganzúas, todo un instrumental de ladrón de casas». También encontró «dispositivos electrónicos y diagramas de un edificio que me parecieron incomprensibles». Solicitó la presencia de un agente de la Unidad de Investigación de Nevada para que valorara los hallazgos.

—Felicidades, policía —le dijo el agente después de examinar el alijo—. Creo que has detenido a alguien con ganas de atracar un banco.

Y así era. Cuando Gager le dio el alto, Collins, un delincuente habitual con más de veinte años de experiencia, volvía de pasar el fin de semana en Reno. Durante un tiempo, había estado camelándose a un guarda de seguridad de un banco, un hombre crédulo a quien, con buenas palabras, había convencido de que le permitiera acceder fuera de horario a una caja de seguridad que tenía alquilada en la sucursal. Según la investigación posterior, Collins había empleado los dispositivos electrónicos para acceder a los secretos de la combinación de la puerta de la cámara acorazada y a los códigos de las alarmas. «Calcularon que estaba a un sábado de matar al guarda, acceder a las cajas de seguridad del banco y robar millones de dólares», dice Gager.

Por si eso fuera poco, Gager descubrió durante el registro del coche unas monedas de colección con un valor aproximado de ochenta mil dólares. Meses antes, Collins y su mujer habían denunciado que se las habían robado y habían cobrado el seguro que tenían

contratado.

Para Robert Collins, una simple infracción de tráfico había mutado en un avispero de problemas.

Gager fue «extremadamente prudente» en los meses que siguieron a la detención de Collins y siempre tenía puesto un ojo en el retrovisor para comprobar que no le siguiera nadie. «Sabía que había detenido a un mal elemento.» Durante el juicio por faltas, «me miraba con un odio profundo, pero nunca me amenazó directamente».

Luego, pasó el tiempo y, viendo que no pasaba nada, «bajé la guardia. Supuse que, dadas las graves acusaciones que pesaban contra él, había llegado a un acuerdo con la fiscalía y se había largado. Poco podía imaginarme que estaba jugando con el sistema».

***

Tras abonar la fianza y recurrir a aplazamientos y otras tretas para postergar la hora de la verdad judicial, Collins logró una larga temporada de libertad. Gran parte de esos días los utilizó para alimentar su obsesión patológica con Gager.

Como vivían en un pueblo pequeño, no era muy difícil dar con el paradero del policía y su familia. «Collins sabía dónde estaba mi subcomisaría y pudo seguirme desde allí. Yo siempre aparcaba mi coche patrulla delante de casa. Collins tenía un escáner de llamadas y sabía mi número, así que podía seguir mis movimientos mientras trabajaba. Sabía dónde trabajaba mi esposa y a veces la seguía hasta allí. Nos robaba las bolsas de basura y revisaba los papeles que tirábamos. Averiguó mi fecha de nacimiento y una vez incluso utilizó unos prismáticos para espiarnos por la ventana mientras abría mis regalos de cumpleaños. No teníamos ni idea de lo que estaba pasando.»

Durante el tercer verano posterior a la detención de Collins, los Gager vivían en una casa nueva que Ken había hecho construir en una urbanización al sur de Carson City. Collins y su cómplice, ese turbio vendedor de armas, estaban fabricando y probando bombas caseras. El vendedor de armas se había llevado el artefacto que la hija de Collins les había visto fabricar y lo había escondido en un armario, según lo acordado. A finales de agosto, Collins se presentó en los juzgados para la revisión de su libertad condicional.

Con anterioridad, se le había ordenado someterse a una revisión psiquiátrica en un hospital de su elección después de «hacerse el loco» en una vista anterior. Ahora, el juez tuvo conocimiento de que no había cumplido con lo ordenado.

«El juez estaba furioso —recuerda Gager—. Dijo que iba a mandarlo a un psiquiátrico para delincuentes inimputables por trastornos mentales y que le harían allí el examen. Era un centro de confinamiento.» Cuando lo encerrasen allí, Collins tendría una coartada perfecta.

Justo antes de que tuviera que presentarse en el centro psiquiátrico, Collins llamó al vendedor de armas: «Envía el paquete», le dijo.

***

El 8 de septiembre, dos días antes de cumplir los cuarenta y dos años, Ken Gager estaba fuera de servicio en la cocina de su nueva casa, enfriando los músculos después haber salido a correr a última hora de la tarde. Al llegar a casa del trabajo, Deanna, su esposa, había entrado con el correo del día: algunas cartas y una caja de cartón, completamente envuelta en cinta de embalar, cubierta de sellos y con una etiqueta mecanografiada en la que constaban el nombre y la dirección de Ken. La etiqueta del remitente parecía haberse desprendido durante el transporte.

Al principio, Gager tenía más interés en abrir la carta de cumpleaños que le había enviado su hijo, que servía en las Fuerzas

Aéreas. «Llevaba triste un tiempo porque nuestros tres hijos, todos mayores, se habían marchado de casa en el último año. Me puso muy contento recibir la carta.» En ella, su hijo le comentaba que le enviaba un par de botas como regalo de cumpleaños. Ken y Deanna imaginaron que estaban en el paquete que ella había dejado sobre la isla de la cocina.

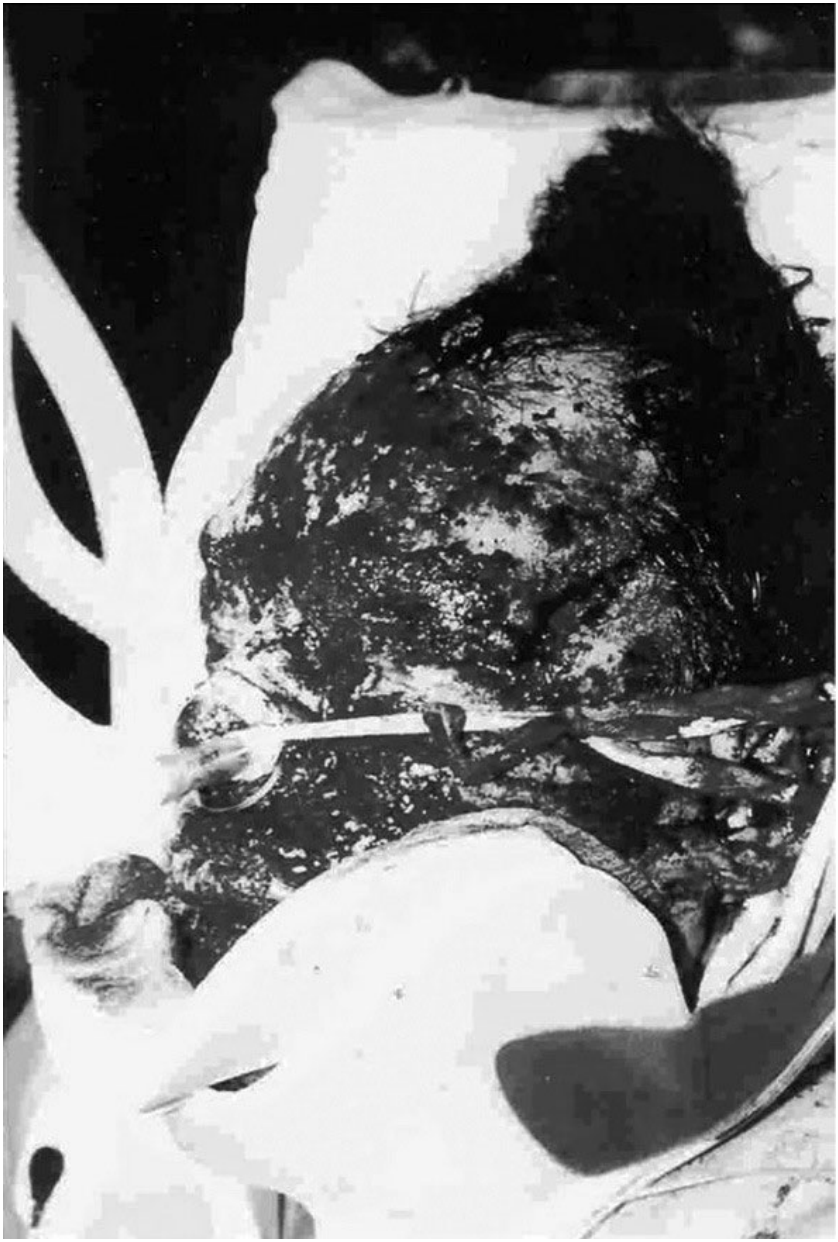
Deanna intentó abrirlo, pero no pudo desenganchar la cinta con los dedos, de modo que le dejó la tarea a su marido. Abrió entonces la nevera y se agachó para sacar algunas cosas para preparar una ensalada para la cena. Gager cogió un cuchillo de sierra y cortó la gruesa cinta.

Seis cartuchos de dinamita bien comprimidos en un fardo repleto de grapas para madera, clavos, tornillos y otras formas de metralla explotaron cuando se activó el interruptor de presión.

«Sentí un estallido de calor descomunal. Todo se volvió negro —dice Gager—. El ruido fue como si un mercancías me atravesara la cabeza. Me pareció que salía volando. No recuerdo caer. Estuve inconsciente un rato.»

La explosión abrió un agujero en el techo de la cocina, arrancó todas las piezas de pladur de la casa, rompió los cristales de las ventanas, reventó las cañerías haciendo que el agua saliera a chorro y llenó el aire de humo y escombros. Se pudo oír a casi diez kilómetros de distancia.

Decir que las heridas que sufrió Gager fueron devastadoras es quedarse corto. El cuchillo de sierra había salido despedido y se le había clavado en el antebrazo derecho. La mano izquierda le había quedado amputada por encima de la muñeca. Su ojo izquierdo colgaba encima de la masa irreconocible y ensangrentada en que se había convertido su rostro. Había perdido los párpados. También los labios. Le habían estallado los tímpanos. Tenía el vientre abierto en canal, con los intestinos al aire. Tenía jirones de piel colgando, desgarrados por los proyectiles de metralla. La explosión le había arrancado la ropa y su ropa interior ardía. Su cuerpo expulsaba sangre y fluidos corporales como una esponja estrujada y jadeaba para recuperar el aliento que el estallido le había arrebatado.



El rostro del agente Gager después de la explosión. El pelo oscuro indica la parte superior de su cabeza.

Deanna también resultó herida. Sufrió una conmoción cerebral y recibió el impacto de la metralla, pero sus lesiones eran menos graves porque en el momento de la explosión estaba agachada frente a la nevera. Aturdida y moviéndose como un zombi, llamó al número de emergencias, apagó el fuego con las palmas de las manos y se arrodilló junto a su marido, suplicándole que «aguantara».

El agente Gager perdió la mano izquierda en la explosión.

«Sentía aire donde no debería sentirlo y supe que las lesiones eran graves», recuerda Gager. El dolor iba más allá de lo imaginable. «No voy a salir de esta —dijo a duras penas a Deanna—. No puedo soportarlo. Ve a por mi arma y acaba con esto.» Luego le susurró que la quería y le pidió que dijera a sus hijos y a sus padres que también los quería.

Iban a celebrar sus bodas de plata en diciembre. «Escucha —le dijo Deanna sin perder la calma—, me prometiste que íbamos a renovar nuestros votos en nuestro aniversario. Te obligo a cumplir. ¡Aguanta!».

***

Al cabo de un mes, tras varias operaciones, Gager se despertó del coma inducido. Aunque veía borroso con el ojo que le quedaba, pudo distinguir a algunos de sus superiores junto a su cama. Aturdido, preguntó: «¿He tenido un accidente con mi coche patrulla? ¿Me he metido en un lío?».

El mimo con el que se trataba a los coches patrulla en la policía de tráfico de tráfico de Nevada era legendario y todos los presentes se echaron a reír. Durante una larga temporada no abundaron los motivos para reírse.

Gager estuvo cuatro meses ingresado en el hospital, a lo que hubo que sumar varios meses más encerrado en casa con las capacidades muy mermadas. Durante los dos años siguientes tuvo que someterse a veintiún intervenciones quirúrgicas. La explosión lo había dejado «horriblemente desfigurado». Había perdido el ojo izquierdo. Se le reconoció legalmente la ceguera del derecho. En las intervenciones para reconstruirle el rostro se emplearon injertos cutáneos para

recrearle los párpados y trasplantes de pelo de la nuca para hacerle unas cejas «bastante graciosas». También le operaron los labios y la nariz. La prótesis de la mano izquierda le parecía más un estorbo que algo útil. No podía levantar la pierna izquierda por las secuelas musculares. Cuando los cirujanos pudieron empezar a reconstruirle el vientre, algunos músculos se habían calcificado —«básicamente, se habían petrificado»—, lo que complicó las reconstrucciones internas.

Las desastrosas lesiones que sufrió el agente Gager le hicieron preguntarse por qué se habían empeñado en salvarle la vida.

«Cuando entendí todo lo que me había pasado, me supo mal seguir vivo —dice—. Pensé: “Miradme, ¿para qué me salvasteis?”.»

Durante una fase depresiva, «toqué fondo. Pensé en meterme un balazo en la boca». Gager se sentó solo en el garaje y se lo planteó «muy en serio». Dos verdades le sorprendieron. «Primero, me di cuenta de que borrarme del mapa sería como rendirme ante ese cobarde que me había reventado. Se hartaría a reír. Luego, pensé en toda la gente que se había esforzado tanto en mantenerme con vida. Sería una enorme decepción para ellos.»

Aquel día, se hizo una promesa personal que le dio aliento a lo largo de aquel interminable calvario. En vez de llorar por lo perdido, «construiría una nueva vida con lo que tenía».

Uno de los puntales que lo mantuvo en pie fue el deseo de volver a trabajar. Se marcó un objetivo: se reincorporaría en cualquier tarea que pudiera realizar antes de que se cumpliera un año del atentado.

Lo logró dos días antes de que venciera el plazo que se había impuesto. «Todavía tenía pendientes algunas cirugías, pero entré por la puerta y dije: "Aquí estoy". Aunque tuve que ponerme un uniforme más grande para que me entrara con todos los vendajes que llevaba, había vuelto al trabajo.»

Volver a patrullar con el coche, que era su gran pasión, quedaba descartado. Sin embargo, con el pleno apoyo de su cuerpo de policía, cubrió una baja como supervisor en la sección de formación y auditoría del depósito de expedientes penales de Nevada, que gestiona la policía de tráfico. «Seguía formando parte de las fuerzas de seguridad», dice.

«Durante diez años, mi coche patrulla fue una mesa, hasta que llegué a la edad normal de jubilación. Estoy orgulloso de no haber abandonado el cuerpo con una pensión por discapacidad.»

Lecciones aprendidas

«He recreado mentalmente el momento en el que le di el alto a Collins para ver si hubo algo que hubiese podido hacer para que la situación no se desmadrara —dice Gager—. Ese día estaba de muy buen humor. Era un trozo de pan. No hice nada para provocarle. Me quedé atónito cuando se puso de uñas conmigo. No me queda otra que pensar que fue cosa suya y no mía. Hay gente con la que es imposible conectar. Hagas lo que hagas, te darán problemas.»

Por ello, las lecciones que nos ofrece Gager se centran más bien en el atentado vengativo que sufrió y sus consecuencias:

1. Preocúpate por tu «supervivencia en casa». «El día que te encuentres con un sospechoso que te ponga los pelos como escarpias y percibas que es una persona verdaderamente malvada, no des por supuesto que la amenaza se disipará por sí sola», dice Gager.

«Comunícaselo a tu superior, director o representante sindical para que se destine alguna patrulla a la vigilancia de tu domicilio. Pide a aquellos vecinos en los que confíes que mantengan los ojos abiertos y te informen de si ven a alguien merodeando cerca de tu casa o alguna otra pista de que alguien te espía. Compra una trituradora de papel para destruir cualquier documento personal antes de tirarlo a la basura.

»Investiga los antecedentes de la persona que te preocupa. Si en ocasiones anteriores ha intentado vengarse de otras personas, eso debería activar tus alarmas. Collins trabajó con explosivos durante su paso por el ejército. También tenía numerosos antecedentes de violencia. Por desgracia, lo averigüé después del atentado.

»Me relajé. Jamás se me pasó por la cabeza que pudiera sufrir un atentado letal en casa. Tendría que haber pensado en la supervivencia en casa además de la supervivencia en las calles. Recuerda: cualquier persona que toma decisiones que pueden afectar a las vidas de otras personas, puede convertirse en blanco de sus iras.»

2. Recuerda que pueden ponerte una bomba. «Ahora que podemos acceder por internet a muchísimos recursos relacionados con la formación militar y guías prácticas de todo tipo, no es tan complicado fabricar una bomba. Antes de mi incidente, no habría reconocido un paquete bomba si me hubiera caído en la mesa, aunque le saliesen cables por todas partes. Recibí adiestramiento para reconocer bombas trampa en vehículos, pero nunca para detectar un artefacto explosivo que llegara a mi casa.» Algunas pistas que hay que vigilar son:

• Paquetes que parecen anormalmente pesados.

• Uso excesivo de cuerda o cinta de embalar en el envoltorio. «Los paquetes bomba suelen activarse por presión —explica Gager—. El terrorista quiere asegurarse de que no estalle antes de que llegue a las manos de la víctima deseada.»

• Más sellos de lo normal. «El terrorista quiere eliminar toda posibilidad de que el paquete sea devuelto.»

• Anotaciones restrictivas como «personal» o «confidencial».

• Dirección escrita a mano o mal mecanografiada.

• Ausencia del nombre de pila del destinatario o referencia incorrecta a su título profesional.

• Remite ausente o ilegible.

• Manchas de aceite, decoloraciones y/o olores procedentes de acelerantes líquidos que pueden haberse filtrado durante el transporte.

• Cables o papel de aluminio visibles.

• Distracciones visuales como dibujos o figuras recortadas.

«Después de mi desastre, algunos agentes impusieron una norma en sus familias: todos los paquetes, con independencia de a quién vayan dirigidos, van directos al garaje. No se abren hasta que papá o mamá —quien sea el policía en casa— llegue y lo haga. Cualquier sospecha, por pequeña sea, obliga a llamar a los técnicos en desactivación de la policía. Pueden llegar en un momento, pasar el paquete por un equipo de rayos x y comprobar que todo esté en orden.»

3. Busca el equilibrio. «Pasar por un calvario como el mío te baja los humos y te obliga a replantearte tus preferencias vitales. Ser policía es adictivo, casi igual que tomar drogas. Puedes quedar tan enganchado que pierdas de vista otros aspectos importantes de tu vida, como tu cónyuge o tu familia. No pienses que tu trabajo es tan importante como para desatender a las personas que te apoyan y te quieren. Intenta no salirte de la órbita de tu familia. Si tienes la opción de hacer horas extra, di que no y pasa ese tiempo con tus hijos. Intenta

encontrar el equilibrio en tu vida. Aprende a valorar las cosas sencillas.

»Si tienes la suerte de oler el césped recién cortado en primavera, sentir la espuma del océano o ver cómo mudan los colores en otoño, no dejes escapar esos momentos. Nunca sabes cuándo será la última vez que los vivas.»

Después de la acción

Robert Collins fue el sospechoso natural —y casi inmediato— del atentado contra Gager. Gracias al habilidoso interrogatorio de su hija pequeña, los investigadores pudieron identificar a su cómplice y fue este quien confesó lo que habían hecho. Collins fue acusado de una lista interminable de delitos estatales y federales, incluida la fabricación, posesión, envío y uso de un «artefacto destructivo con la voluntad de matar y causar lesiones». Fue declarado culpable. Recurrió. Perdió. Dio guerra hasta el final. Durante una de las sesiones del juicio, se lanzó contra Gager e intentó propinarle un cabezazo en la cara. Durante buena parte del proceso, estuvo encadenado con grilletes a una armella que había en el suelo. «Habrá cumplido los cien años antes de que pueda solicitar salir de la cárcel, incluso con buen comportamiento», dice Gager.

El vendedor de armas se libró con una condena más suave porque colaboró con la fiscalía. Ha sido puesto en libertad y parece ser que no disfruta de buena salud.

Cuando escribo estas líneas, Ken Gager lleva cinco años jubilado después concluir su carrera con la policía de tráfico. Está construyéndose una casa de trescientos metros cuadrados en la costa de Oregón. De sus días como obrero de la construcción, conoce «los pasos en los que se supone que debe armarse una casa». Sin embargo, para un hombre manco y ciego, los retos de instalar cableado, fontanería, serrar, hacer los acabados y montar los armarios no son fáciles.

«Mi esposa es mis ojos y mis manos —dice—. Yo entro y hago lo que puedo con las fuerzas que tengo. Cuando choco contra un obstáculo infranqueable, le explico qué hay que hacer y ella lo hace. No podría ir a ningún lado sin ella.»

De noche, a veces todavía sueña que vuelve a estar en su Ford Mustang, patrullando, siguiendo luces traseras. «Me encantaba ser policía. En mis sueños, se produce algún tipo de milagro y otra vez puedo ver lo bastante bien para volver a la carretera. Haría cualquier cosa para hacerlo realidad.»

¿Cómo asume todo lo que este trabajo le ha arrebatado?

«Mantengo una actitud positiva. No me permito pensar que este sacrificio fue en balde. Vivimos en un Estado de derecho y las leyes, cuando no hay nadie que las haga cumplir, no son más que sugerencias. Como agente de la ley, tienes que enfrentarte a gente problemática, a los abusones. Quieren salirse con la suya y están dispuestos a hacer cualquier cosa para conseguirlo. En este partido que es la vida, tiene que haber árbitros. Sin ellos, nuestra sociedad se convertiría en un país más del Tercer Mundo.

»Si pretendes convertirte en un héroe y que tu ciudad te obsequie con una desfilada porque eres policía, te vas a llevar un gran chasco. Es posible que termines herido, herido de gravedad. Es posible que la gente ni siquiera se acuerde de cómo te llamas. Pero a pesar de todo hay una satisfacción que es íntima.

»Cuando te haces mayor y tienes a tus nietos a tu vera, puedes decirles con orgullo que fuiste un árbitro de la conducta humana y que las decisiones que tomaste sirvieron para mejorar el mundo.»

recuerda

:

Las lecciones importantes de la vida —y de la muerte— suelen repetirse hasta que las aprendes.

Agradecimientos

Es posible que, al lector, un libro le parezca fruto de un esfuerzo solitario, pero todo autor honesto conoce la profundidad de su deuda con las personas que han colaborado con él y le han alentado durante el proceso de escritura, haciéndolo posible.

Especialmente, no hay palabras para expresar la deuda de gratitud que tengo contraída con los agentes sobre los que he informado y, en algunos casos, también con sus cónyuges. Su buena disposición para compartir sus momentos de mayor vulnerabilidad, sin esperar ninguna ganancia personal, es testimonio de su generosidad y coraje. El tiempo que me dedicaron es un tesoro para mí y les rindo aquí homenaje como las personas extraordinarias que son.

Vaya también mi gratitud al presidente Mike Herning, el director ejecutivo Alex Ford y otros colegas de Calibre Press y PoliceOne, así como de su empresa matriz, el Praetorian Group. Me han brindado una calurosa bienvenida a su casa, desde la que he podido investigar el mundo siempre fascinante de la policía, y la huella que han dejado en este proyecto se aprecia en muchos aspectos.

Debo asimismo un reconocimiento a dos amigos muy especiales por su inquebrantable apoyo y contribuciones creativas a lo largo de los años: Scott Buhrmaster y Gary Klugiewicz. En esta y una larga lista de otras empresas, han sido unos aliados firmes, imaginativos y divertidos en los múltiples desafíos a los que he tenido que enfrentarme.

También quiero expresar mi agradecimiento a Blauer Manufacturing, por patrocinar mi columna en PoliceOne, a través de la cual tuve las primeras noticias de algunos de los agentes cuyo perfil he esbozado aquí.

Por su inestimable ayuda para ponerme en contacto con los agentes implicados y/o facilitarme el acceso a los archivos y otros materiales relacionados con sus incidentes, estoy en deuda con: el

jefe David Kirk y el inspector Glenn Fischer de la policía de Sheboygan (Wisconsin); los civiles Mary Nahser, La Engel y Deanna Gager; el teniente John Edwards de la policía de Oak Creek (Wisconsin); el instructor Robert C. Willis, de la Escuela Politécnica del Noreste de Wisconsin; Ed Nowicki, director ejecutivo de la Asociación Internacional de Formadores e Instructores de Agentes del Orden; el sargento Craig Stapp, de la policía de Tempe (Arizona); el agente Gary Monreal, de la policía de New Berlin (Wisconsin); el agente y coordinador de instrucción Larry Jones, de la policía de la Universidad Estatal de Carolina del Norte; Dave Smith, instructor del seminario «Supervivencia en la Calle» organizado por Calibre Press; el teniente Jim Harvey, de la policía de Memphis; Bob «Coach» Lindsey, coronel retirado y director de la academia de la policía del condado de Jefferson Parish (Luisiana); la doctora Alexis Artwohl, expsicóloga de la policía de Portland (Oregón); el agente Mark Zbojniewicz, de la policía de Tucson y especialista en formación de la Junta de Reglamentos e Instrucción de los Cuerpos de Seguridad de Arizona; el agente Brent Weaver, de la policía del condado de Jefferson (Texas); el capitán David Edmonds, el sargento Dennis O'Leary y el agente Dan Bessette de la policía del condado de Sonoma (California); la doctora Beverly Anderson, directora clínica y administradora del Programa de Asistencia a Empleados de la Policía Metropolitana de Washington D. C.; Linda Gillespie, del Departamento de Seguridad Pública de Nevada; la capitana Lori Wagner, de la Unidad de Archivos de la Policía Estatal de Nueva York.

Asimismo, me gustaría mencionar a aquellas personas que contribuyeron a este proyecto en distintos aspectos importantes pero que deben guardar el anonimato. Vuestros nombres tal vez estén ausentes, pero mi profunda gratitud por lo que aportasteis a este proyecto no lo está.

De entre quienes merecen mi agradecimiento por poner a mi alcance sus conocimientos o habilidades especiales, me gustaría destacar: Jim Kepler, Ann Kepler y Tom Kepler de Adams Press, por haberme orientado en temas de producción y por su infinita paciencia; Carol Rosenthal, por su ayuda en la revisión del manuscrito; Tom Porter, por su dominio informático; Wally Wood, quien me proporcionó una traducción del japonés que me era

esquiva; el doctor Grant Hulse Wagner y Carol Wagner, por compartir conmigo sus conocimientos espirituales y haberme ofrecido una cita que venía perfecta al libro; el agente e instructor en tácticas de supervivencia Wayne Corcoran, por haberme facilitado información complementaria sobre detección de explosivos; el teniente Dave Nickels de la policía de Appleton (Wisconsin), por ofrecerme información sobre el uso de las pistolas Taser contra perros; el abogado Paul Neibergs y Sarah Wilson, de PoliceOne, por su ayuda en asuntos legales.

Vaya mi reconocimiento asimismo a Bismarck, el gato, quien durmió durante la mayor parte del arduo trabajo, pero, sin embargo, fue un muy bienvenido compañero durante los largos días (y noches) que culminaron en este libro.

Y, por último, debo expresar mi gratitud a mi esposa, Colleen, quien hace que tantas cosas sean posibles y cuya paciencia y aliento van más allá de todo límite razonable.